

OCTAVIA E. BUTLER



PARENTESCO

Capitán Swing®



La obra más famosa de Butler, aclamada por la crítica, cuenta la historia de Dana, una joven negra que de repente e inexplicablemente es transportada desde su hogar en la California de la década de 1970 hasta la guerra civil. Mientras viaja en el tiempo entre ambos mundos, uno en el que es una mujer libre y otro en el que forma parte de su propia y complicada historia familiar en una plantación del sur, se enreda atterradoramente en la vida de Rufus, un conflictivo esclavista que es a la vez un antepasado de Dana, y en las vidas de las muchas personas que están esclavizadas por él. Considerada como una obra esencial dentro de los géneros feminista, de ciencia ficción y fantasía, y una piedra angular del movimiento afrofuturista.

La interseccionalidad de la raza, la historia y el tratamiento de las mujeres abordada en este libro sigue siendo un tema crítico en el diálogo contemporáneo, tanto en el aula como en la esfera pública. Inquietante, convincente y de una rica imaginación, «Parentesco» ofrece una mirada inquebrantable a nuestra complicada historia social.



Octavia E. Butler

Parentesco

ePub r1.2

Titivillus 07.11.2020

Título original: *Kindred*
Octavia E. Butler, 1979
Traducción: Amelia Pérez de Villar

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Prologo

El río

El fuego

La caída

La pelea

La tormenta

La soga

Epílogo

PRÓLOGO

La última vez al volver a casa, perdí un brazo. El brazo izquierdo.

Perdí también un año de mi vida, aproximadamente, y buena parte de la comodidad y la seguridad que había tenido —y no había valorado— hasta entonces. Kevin fue al hospital en cuanto le soltó la policía y se quedó conmigo para que supiera que a él no le había perdido.

Pero antes de eso tuve que convencer a la policía de que no le correspondía estar en la cárcel. Aquello me llevó tiempo. «La policía» era un manchón, una sombra que aparecía de vez en cuando al lado de mi cama para hacerme preguntas que me costaba mucho entender.

—¿Cómo se hizo lo del brazo? —preguntaban—. ¿Quién se lo hizo?

A mí me llamaba la atención que utilizaran aquella palabra: «lo». Como si fuera un arañazo. ¿Pensaban acaso que no sabía que lo había perdido?

—Un accidente —me oí decir en un susurro—. Fue un accidente.

Empezaron a hacerme preguntas sobre Kevin. Al principio sus palabras parecían fundirse, borrosas, y yo no les prestaba mucha atención. Al cabo de un rato, sin embargo, volvía a oírlas en mi mente y me daba cuenta de pronto de que aquellos hombres estaban intentando culpar a Kevin de «lo» de mi brazo.

—No —dije yo moviendo la cabeza levemente, sin levantarla de la almohada—. No fue Kevin. ¿Está aquí? ¿Puedo verle?

—¿Entonces quién fue? —insistieron.

Intenté pensar con claridad a pesar de la medicación, del dolor lejano, pero no había ninguna explicación honesta que pudiera darles: ninguna que ellos pudieran creer.

—Fue un accidente —repetí—. Y fue culpa mía, no de Kevin. Por favor, déjenme verle.

Repetí aquello una y otra vez, hasta que las siluetas difusas de los policías me dejaron en paz, hasta que me desperté y vi a Kevin allí sentado, dormitando junto a la cama. Me pregunté fugazmente cuánto tiempo llevaría allí, pero no importaba. Lo que importaba era que estaba allí. Y yo volví a dormirme, aliviada.

Hasta que, por fin, me desperté, sintiéndome capaz de hablar con él con cierta coherencia y de entender lo que él me decía. Estaba casi cómoda, salvo por un extraño latido que sentía en el brazo. O donde antes había estado mi brazo. Moví la cabeza, traté de mirar al lugar vacío que había dejado..., al muñón.

Y entonces vi a Kevin de pie delante de mí, con las manos en mis mejillas, tratando de volverme la cara hacia él.

No dijo nada. Al cabo de un rato se volvió a sentar, me cogió la mano y no la soltó.

Tuve la sensación de que habría podido levantar la otra mano y tocarle. Tuve la sensación de tener otra mano. Intenté mirar de nuevo y esta vez sí me lo permitió. Yo necesitaba comprobar que era capaz de aceptar lo que sabía que había ocurrido.

Y pasado un momento volví a apoyar la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

—Por encima del codo —dije.

—No había otra solución.

—Ya lo sé. Estoy tratando de habituarme, eso es todo. —Abrí los ojos y le miré: recordé entonces a mis anteriores visitantes—. ¿Te he metido en algún lío?

—¿A mí?

—Vino la policia. Creyeron que me lo habías hecho tú.

—Ah, eso. Eran ayudantes del sheriff. Los vecinos les llamaron cuando empezaste a gritar. Me interrogaron, me tuvieron retenido un rato..., así es como lo llaman ellos... Pero les convenciste de que tenían que dejarme en paz.

—Bien. Les dije que había sido un accidente. Culpa mía.

—Una cosa así no puede ser culpa tuya. De ninguna manera.

—Eso es discutible. Pero desde luego culpa tuya no fue. ¿Te han seguido molestando?

—Creo que no. Están convencidos de que te lo hice yo, pero no había testigos y tú no vas a colaborar. Además, no creo que puedan imaginarse de qué manera te lo hice..., tal y como pasó.

Cerré los ojos de nuevo, recordando cómo había pasado. Recordando el dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Kevin.

—Si. Dime qué contaste a la policía.

—La verdad. —Jugueteó con mi mano unos instantes, en silencio. Yo le miré y vi que él también me estaba mirando.

—Si dijiste a esos policías la verdad —dije con voz queda—, te encerrarán. En un hospital psiquiátrico.

Kevin sonrió.

—Les dije todo lo que podía decirles. Que yo estaba en el dormitorio cuando te oí gritar. Que fui corriendo a la sala de estar a ver qué pasaba y te encontré forcejeando para sacar el brazo de lo que me pareció un boquete en la pared. Que fui a ayudarte. Y que entonces me di cuenta de que no tenías el brazo. Que de alguna manera se había quedado pegado a la pared, machacado contra ella.

—Machacado... no exactamente.

—Ya lo sé. Pero me pareció que era una palabra muy adecuada para explicárselo a ellos. Para mostrar ignorancia. Y además, tampoco es del todo inexacto. Luego

quisieron que les dijera cómo había podido suceder algo así. Les dije que no lo sabía. Les dije una y otra vez que no lo sabía. Y que el cielo me asista, Dana: no lo sé.
—Yo tampoco —susurré—. Yo tampoco.

PARENTESCO

*A Victoria Rose,
mi amiga y mi acicate*

El río

Los problemas comenzaron mucho antes del 9 de junio de 1976, que fue cuando yo me di cuenta. Pero el 9 de junio es la fecha que recuerdo. Ese día yo cumplía veintiséis años y también fue el día en que conocí a Rufus. El día que él me llamó por primera vez.

Kevin y yo no habíamos hecho ningún plan para celebrar mi cumpleaños. Estábamos los dos demasiado cansados para celebrar nada. El día anterior nos habíamos mudado de un apartamento de Los Ángeles a una casa propia, a pocas millas de Altadena. La mudanza ya tuvo para mí bastante de celebración. Estábamos todavía desembalando..., mejor dicho, yo estaba todavía desembalando: Kevin había parado en cuanto tuvo organizado su despacho. Y en aquel momento estaba allí atrincherado, holgazaneando o pensando, porque no se oía la máquina de escribir. Hasta que salió del despacho y entró en la salita, donde estaba yo colocando los libros en una de las estanterías grandes. Solo ficción. Teníamos tantos libros que intentábamos que guardaran cierto orden.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada. —Se sentó en el suelo, cerca de donde estaba yo—. Estaba luchando contra mi propia perversidad. ¿Sabes? Ayer, mientras hacíamos la mudanza, tenía al menos media docena de ideas para la historia navideña esa.

—Y ahora que ha llegado el momento de escribirla no tienes ninguna.

—Ni una sola.

Cogió un libro, lo abrió y pasó unas cuantas páginas. Yo cogí otro libro y le golpeé con él en el hombro. Cuando levantó la mirada, sorprendido, le puse delante una pila de libros de ensayo. Los miró con aire infeliz.

—¡Demonios! ¿Cómo se me ha ocurrido salir de ahí?

—Para buscar ideas. A fin de cuentas, siempre aparecen cuando estás ocupado.

Me lanzó una mirada que yo sabía que no era tan malévola como aparentaba. Tenía esos ojos pálidos, casi incoloros, que le hacían parecer distante y enfadado cuando no lo estaba. Normalmente, incomodaba a la gente. A los desconocidos. Le lancé un gruñido y regresó al trabajo. Al cabo de un momento se llevó la pila de libros de ensayo a otra estantería y comenzó a colocarlos.

Me agaché para acercarle otra caja llena y luego me incorporé rápidamente. Había empezado a sentirme mareada, con náuseas. Veía la habitación borrosa y oscura. Me quedé de pie un momento, agarrada a una librería y preguntándome qué me habría pasado, hasta que, de pronto, me caí de rodillas. Oí a Kevin emitir un sonido de sorpresa, sin decir una palabra, y le oí preguntarme:

—¿Qué te ha pasado?

Levanté la cabeza y me di cuenta de que no podía enfocarle.

—No me encuentro bien —boqueé.

Le oí acercarse a mí, vi un borrón con pantalones grises y camisa azul. Y entonces, justo antes de que llegara a tocarme, se desvaneció.

La casa, los libros se desvanecieron también. Todo se desvaneció. De pronto me encontré al aire libre, arrodillada en el suelo, bajo los árboles. Estaba en un sitio muy verde, al borde de un bosque. Ante mí corría un río tranquilo y hacia el centro del río había un niño chapoteando, gritando...

¡Se estaba ahogando!

Reaccioné y fui corriendo hacia el niño. Ya preguntaría después, ya intentaría averiguar dónde estaba, qué había ocurrido. De momento, tenía que socorrer al niño.

Corrí hacia el río; me metí en el agua totalmente vestida y fui nadando, deprisa, hasta el chico. Cuando le alcancé ya estaba inconsciente. Era un niño pequeño, pelirrojo, que flotaba en el agua con la cara vuelta hacia abajo. Lo giré, lo levanté lo suficiente para que la cabeza le quedara fuera del agua y tiré de él. Entonces vi en la orilla a una mujer pelirroja que nos esperaba. O, mejor dicho, estaba en la orilla gritando, corriendo de un lado a otro. En cuanto vio que me acercaba, ahora ya caminando, echó a correr hacia mí, me quitó al niño de los brazos y lo llevó ella el resto del trayecto, tocándolo, inspeccionándolo.

—¡No respira! —chilló.

Respiración artificial. Yo había visto cómo se hacía, me lo habían explicado, pero nunca la había hecho. Había llegado el momento de ponerlo en práctica. La mujer no estaba en condiciones de hacer nada útil y por allí no se veía a nadie más. En cuanto llegamos a la orilla le arrebaté al niño. No tendría más de cuatro o cinco años y no era muy grande.

Lo dejé en el suelo, boca arriba. Le incliné la cabeza hacia atrás y empecé a hacerle la respiración boca a boca. Vi que se le movía el pecho y le insuflé aire. Luego, de repente, la mujer comenzó a pegarme.

—¡Has matado a mi niño! —chilló—. ¡Tú le has matado!

Me di la vuelta y me las arreglé para sujetarla por las muñecas.

—¡Ya basta! —grité, imprimiendo a mi tono de voz toda la autoridad de la que fui capaz—. ¡Está vivo!

¿Lo estaba? No podía asegurarlo. Quisiera Dios que estuviera vivo.

—El niño está vivo. Déjeme ayudarlo.

La aparté, aliviada de que fuera algo más menuda que yo, y dediqué de nuevo toda mi atención a su hijo. Entre una y otra respiración la vi mirándome fijamente, sin expresión alguna en los ojos. Luego se dejó caer de rodillas a mi lado, llorando.

Unos instantes después el niño empezó a respirar sin ayuda. A respirar y toser, a atragantarse y vomitar y llamar a su madre, llorando. Si podía hacer todo aquello, estaba bien. Yo me aparté un poco de él y me senté, aliviada, tranquila. ¡Lo había conseguido!

—¡Está vivo! —gritó la mujer. Cogió al niño y casi lo asfixia—. Rufus, cariño...

Rufus. Cómo se puede infligir un nombre tan feo a un niño razonablemente guapo.

Cuando Rufus vio que era su madre quien lo tenía en brazos se abrazó a ella, gritando tan fuerte como pudo. Desde luego, en la voz no tenía ningún problema. Luego, de pronto, otra voz:

—¿Qué demonios pasa aquí? —La voz de un hombre enfadado, en tono exigente.

Me giré, sorprendida, y me encontré ante el cañón del rifle más largo que había visto en mi vida. Oí un clic metálico y me quedé helada, pensando si me iría a disparar por haber salvado la vida al niño. Iba a morir.

Traté de hablar, pero me había quedado sin voz. Me sentía revuelta, mareada. Veía borroso, tan borroso que no podía distinguir ni la escopeta ni la cara del hombre que la sostenía. Oí a la mujer, que hablaba con claridad, decir algo, pero yo estaba demasiado hundida en la espiral de mareo y de pánico como para entender lo que decía.

Y luego el hombre, la mujer, el niño y el rifle..., todo se desvaneció.

Volvía a encontrarme en la sala de estar de mi casa, de rodillas en el suelo, a pocos pasos de donde me había caído unos minutos antes. Estaba de nuevo en casa, mojada y llena de barro, pero intacta. Al otro lado de la habitación estaba Kevin, de pie, helado, mirando el sitio donde yo estaba antes. ¿Cuánto tiempo llevaba Kevin allí?

—¿Kevin?

Dio la vuelta para ponerse frente a mí.

—Pero qué demonios... ¿Cómo has conseguido hacer eso? —susurró.

—No lo sé.

—Dana...

Se acercó a mí, me tocó con cuidado, como si no tuviera la certeza de que yo era de carne y hueso. Luego me cogió por los hombros con fuerza.

—¿Qué ha pasado?

Intenté zafarme, pero él no me soltó. Se agachó y se puso de rodillas a mi lado.

—¡Dímelo! —exigió.

—Te lo diría, si supiera qué decirte. Me estás haciendo daño.

Al final me soltó. Me miró fijamente, como si acabara de reconocermelo.

—¿Te encuentras bien?

—No.

Bajé la cabeza y cerré los ojos un momento. Estaba temblando de miedo. Un residuo de terror me arrebatava la fuerza que me quedaba. Me incliné hacia delante y me rodeé el cuerpo con los brazos, intentando calmarme. La amenaza había desaparecido, pero no podía hacer otra cosa para que los dientes me dejaran de castañetear.

Kevin se puso en pie y salió unos instantes. Luego volvió con una toalla grande y me envolvió en ella. Aquello me reconfortaba, así que me ajusté la toalla. Me dolían

la espalda y los hombros en los puntos donde la madre de Rufus me había golpeado. Me había golpeado con más fuerza de lo que yo pensé y Kevin, al agarrarme, no había sido de gran ayuda.

Nos quedamos sentados en el suelo, uno junto a otro: yo envuelta en la toalla y Kevin rodeándome con un brazo y tranquilizándome solo con su presencia. Al cabo de un rato dejé de tiritar.

—Y ahora cuéntamelo —dijo Kevin.

—¿El qué?

—Todo. ¿Qué te ocurrió? ¿Cómo pudiste...? ¿Cómo pudiste ir y venir así?

Me quedé callada, sin moverme, tratando de ordenar mis ideas, viendo de nuevo el rifle apuntándome a la cabeza. Nunca había sentido tanto pánico en mi vida. Nunca me había visto tan cerca de la muerte.

—Dana —dijo suavemente.

El sonido de su voz parecía poner distancia entre mis recuerdos y yo, pero, aun así...

—No sé qué decirte —respondí—. Es todo absurdo.

—Dime cómo te mojaste así —dijo—. Empieza por ahí.

Asentí.

—Había un río —expliqué—. Un río que atravesaba un bosque. Y en el río se estaba ahogando un niño. Le salvé. Así es como me mojé.

Titubeé, traté de pensar, intenté que aquello encajara. No es que lo que me había pasado tuviera sentido alguno, pero al menos podía contarle de un modo coherente.

Miré a Kevin, vi que se esforzaba por mantener una expresión neutra. Él esperó. Más compuesta, volví al principio, a la primera vez que sentí el mareo, y entonces lo recordé todo: pude revivirlo todo con detalle. Incluso recordé cosas que —me di cuenta entonces— no había advertido en su momento. Los árboles junto a los que había pasado, por ejemplo. Pinos: altos y rectos, con ramas y agujas en la copa. Me di cuenta también de cómo había sido el momento justo antes de ver a Rufus. Y recordé otra cosa más de la madre de Rufus. Su ropa. Llevaba puesto un vestido negro largo que la tapaba desde el cuello hasta los pies. Un poco absurdo, llevar un vestido así a la orilla embarrada de un río. Y hablaba con acento..., con acento del sur. Y luego estaba la escopeta, imposible olvidarla: larga y mortal.

Kevin me escuchó sin interrumpirme. Cuando hube terminado, cogió una punta de la toalla y me limpió un poco de barro de la pierna.

—De algún sitio tiene que venir este barro —dijo.

—¿No me crees?

Durante un momento miró aquel barro, concentrado. Luego me miró a mí.

—¿Sabes cuánto tiempo has estado fuera?

—No mucho. Unos minutos.

—Unos segundos. No han pasado más de diez o quince segundos desde que te fuiste hasta que me llamaste por mi nombre.

—No, no. —Negué con la cabeza, despacio—. No puede haber sucedido todo eso en solo unos segundos.

Kevin no dijo nada.

—Pero ¡ha pasado de verdad! ¡Estuve allí! —Me contuve, respiré hondo y me calmé—. De acuerdo. Si tú me contaras una historia así, probablemente yo tampoco te creería. Pero es cierto lo que dices: este barro tiene que venir de algún sitio.

—Sí.

—Mira... Dime qué es lo que viste. ¿Qué crees que ocurrió?

Frunció el ceño, movió la cabeza.

—Desapareciste. —Daba la impresión de que le costaba encontrar las palabras—. Estabas aquí, yo tenía la mano a unos centímetros de distancia de ti, y de pronto desapareciste. No podía creerlo. Me quedé ahí de pie. Y luego volviste a aparecer al otro lado de la habitación.

—¿Y ahora lo crees?

Se encogió de hombros.

—Sucedió. Yo lo vi. Desapareciste y volviste a aparecer. Son los hechos.

—Volví a aparecer mojada, llena de barro y muerta de miedo.

—Sí.

—Y sé lo que vi y lo que hice. Esos son mis hechos. Y no son más absurdos que los tuyos.

—No sé qué pensar.

—No sé si importa mucho lo que pensemos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... que ya ha sucedido una vez. ¿Y si vuelve a pasar?

—No, no creo que...

—¡No lo sabes! —Yo estaba empezando a tiritar otra vez—. Sea lo que sea, no necesito repetirlo. Casi acaba conmigo.

—Cálmate —dijo—. Pase lo que pase, no te hace ningún bien volver a sentir tanto miedo.

Me revolví, incómoda, y miré a mi alrededor.

—Tengo la sensación de que puede volver a ocurrir, que podría ocurrir en cualquier momento. Y aquí no me siento segura.

—Estás asustada y...

—¡No!

Me volví hacia él y le miré fijamente. Me pareció tan preocupado que aparté la vista. Me pregunté, con amargura, qué le preocupaba más: que yo pudiera desaparecer de nuevo o que pudiera no estar en mis cabales. Yo seguía convencida de que no había creído mi relato.

—Puede que tengas razón —dije—. Espero que tengas razón. Tal vez soy como la víctima de un robo, o de una violación, o algo así: una víctima que sobrevive, pero ya

no vuelve a sentirse segura. —Me encogí de hombros—. Y no sabría cómo llamar a lo que me ocurrió, pero ya no me siento segura.

Me habló con una voz extraordinariamente dulce.

—Si vuelve a suceder y es real, el padre del niño sabrá que tiene que darte las gracias. No te hará daño.

—Eso tú no lo sabes. No sabes lo que puede pasar. —Me puse de pie, tambaleándome un poco—. Qué narices, no puedo reprocharte que te lo tomes a broma.

Me callé para darle la ocasión de negarlo, pero no lo hizo.

—Me están entrando ganas de reírme a mí también.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Todo el episodio ha sido real. Yo sé que ha sido real y, a pesar de eso, se está empezando a alejar de mí..., se está convirtiendo en algo... como si lo hubiera visto en televisión o lo hubiera leído. Algo que no he vivido yo de primera mano.

—¿O algo así como... un sueño?

Le miré.

—Quieres decir una alucinación.

—Vale.

—¡No! Sé lo que hago. Veo bien. Estoy intentando poner distancia porque me asusta. Pero sucedió, fue real.

—Pues deja que se aleje. —Se puso en pie y me quitó la toalla manchada de barro—. Eso parece lo mejor que puedes hacer, tanto si fue real como si no: dejar que se aleje.

El fuego

|

Lo intenté.

Me duché, me quité las manchas de barro y aquel agua salobre, me puse ropa limpia, me cepillé el pelo...

—Mucho mejor así —dijo Kevin cuando me vio.

Pero no.

Rufus y sus padres no se habían alejado aún lo suficiente, no se habían convertido en el sueño que Kevin quería que fuesen. Se quedaron conmigo, sombríos y amenazantes. Se construyeron un limbo y me metieron a mí en él. Yo había temido que volvieran los mareos mientras estaba en la ducha: me asustaba caerme contra los azulejos y romperme la cabeza o volver al río aquel, dondequiera que estuviese, y encontrarme de repente desnuda entre desconocidos. ¿Aparecería así, desnuda y vulnerable, en cualquier otro sitio?

Me lavé a toda prisa.

Luego volví a los libros de la salita, pero Kevin había terminado prácticamente de colocarlos todos.

—Ni se te ocurra pensar en desembalar nada más por hoy —me dijo—. Vamos a comer algo por ahí.

—¿Por ahí?

—Sí, ¿qué te apetece comer? Elige un sitio bonito, por tu cumpleaños.

—Aquí.

—Pero...

—Aquí, de verdad. No quiero ir a ninguna parte.

—¿Por qué?

Respiré hondo.

—Mañana —respondí—. Mañana salimos.

No sé por qué, me parecía que sería mejor «mañana». Habría dormido bien y el descanso pondría cierta distancia entre lo que había ocurrido y yo. Y si no sucedía nada más, podría reponerme un poco.

—Te haría bien salir de aquí un rato —dijo Kevin.

—No.

—Escucha...

—¡No!

Nada me haría salir de casa aquella noche, si yo podía evitarlo. Kevin me miró unos instantes: debí parecerle tan asustada como lo estaba en realidad. Cogió el

teléfono y encargó pollo y unas gambas.

Pero quedarme en casa tampoco me hizo sentir bien. Cuando llegó la comida, cuando ya estábamos comiendo y yo me sentía más tranquila, la cocina comenzó a volverse borrosa.

De nuevo empezó a debilitarse la luz y yo a sentir aquel mareo. Me aparté de la mesa, pero no intenté ponerme de pie. No creo que lo hubiera logrado.

—¿Dana?

No respondí.

—¿Vuelve a pasar?

—Creo que sí.

Me quedé sentada, muy quieta, intentando no caerme de la silla. El suelo parecía estar más lejos de mí de lo que debiera. Alargué el brazo para agarrarme a la mesa y estabilizarme, pero, antes de llegar a tocarla, la mesa había desaparecido. Y el suelo, distante, parecía oscurecerse y mutar. El linóleo se convirtió en madera y había una alfombra. Y la silla en la que yo estaba sentada desapareció.

2

Cuando se me pasó el mareo me encontré sentada en una cama pequeña, protegida por una especie de dosel reducido, en color verde oscuro. A mi lado había un pequeño pedestal de madera con un cortaplumas viejo y desgastado, unas cuantas canicas y una vela encendida en una palmatoria de metal. Tenía ante mí a un niño pelirrojo. ¿Rufus?

El niño estaba de espaldas a mí y no había advertido aún mi presencia. Llevaba en una mano una vara de madera con el extremo quemado y echando humo. El fuego había alcanzado, por lo que parecía, las cortinas de la ventana. El niño estaba de pie, mirando cómo las llamas engullían la tela en su avance.

Durante unos instantes yo también me limité a mirar. Luego me espabilé, aparté al chiquillo, agarré las cortinas por el extremo que no se había quemado y las arranqué. Al caer, las cortinas asfixiaron algunas de las llamas y dejaron expuesta la ventana entreabierta. Las recogí rápidamente y las tiré por la ventana.

El niño me miró. Después fue hacia la ventana y miró al exterior. Yo hice lo mismo, esperando que las cortinas no hubieran caído en el tejado de un porche o demasiado cerca de alguna pared. En la habitación había una chimenea; la veía ahora, que era demasiado tarde. Podía haber tirado las cortinas al fuego y dejar que se quemaran allí, sin correr riesgos.

Fuera estaba oscuro. Cuando salí de mi casa el sol no se había puesto todavía, pero en este lugar estaba oscuro. Veía las cortinas un piso más abajo, ardiendo,

encendiendo la noche solo lo justo para comprobar que estaban en el suelo y a cierta distancia de la pared más cercana. Aquel acto impetuoso no había provocado ningún daño. Podía irme a casa sabiendo que había evitado un problema por segunda vez.

Porque ahora, esperaba yo, me iría a mi casa.

Mi primer viaje había terminado tan pronto como el niño quedó a salvo, y había terminado también a tiempo de salvarme a mí. Sin embargo, ahora, mientras aguardaba, me di cuenta de que en esa ocasión no iba a tener tanta suerte.

No me encontraba mareada. Percibía con nitidez la habitación: no había duda de que era real. Miré a mi alrededor sin saber qué hacer. El miedo que me había acompañado desde casa se reavivó. ¿Qué me sucedería si, en esa ocasión, no regresaba inmediatamente? ¿Y si me quedaba abandonada allí, dondequiera que estuviese aquella casa? No tenía dinero, no tenía ni idea de cómo regresar.

Miré por la ventana hacia la oscuridad, intentando tranquilizarme. Pero aquella no era, sin embargo, una visión tranquilizadora. No se veían las luces de ninguna ciudad. No había ninguna luz en absoluto. Y, aun así, no percibía un peligro inminente. Dondequiera que estuviese, había un niño conmigo y un niño podría responder a mis preguntas con más soltura que un adulto.

Le miré y él me miró a mí con curiosidad y sin miedo. No era Rufus, ahora lo veía. Tenía el mismo pelo rojo y la misma constitución liviana, pero era más alto: estaba claro que tenía tres o cuatro años más... Suficiente, pensé, como para saber que uno no debe jugar con fuego. Si no hubiera prendido las cortinas de su habitación, yo ya podría estar en casa.

Fui hacia él, le quité el palo y lo lancé a la chimenea.

—Te tendrían que atizar con uno de estos antes de que quemes la casa entera — dije.

Lamenté aquellas palabras en el mismo momento de decirlas. Necesitaba la ayuda de aquel niño. Y, a pesar de todo, ¿quién sabía en qué lío me habría metido!

El niño dio un paso atrás, asustado.

—Si me pones una mano encima, se lo digo a mi padre.

Tenía un acento inconfundible del sur y, antes de apartar de mí aquel pensamiento, comencé a preguntarme en qué parte del sur podría estar. A tres mil o cinco mil kilómetros de casa.

Si estaba en el sur, las dos o tres horas de diferencia explicarían que ya hubiera oscurecido. Pero, dondequiera que estuviese, lo último que quería era encontrarme con el padre de aquel crío. El hombre podría mandarme a la cárcel por allanamiento o simplemente pegarme un tiro por entrar en su casa. Ahora yo tenía un motivo claro de preocupación. No había duda de que el niño podría contarme alguna otra cosa más.

Y lo hizo. Si mi destino era quedarme allí atrapada, tenía que averiguar cuanto me fuese posible. Por peligroso que pudiera parecerme quedarme allí, en casa de un hombre que podía dispararme en cualquier momento, me parecía más peligroso aún

salir y empezar a caminar sin rumbo en mitad de la noche, sin saber nada. Si el niño y yo hablábamos en voz baja, podríamos mantener una conversación.

—Olvídate de tu padre —le dije suavemente—. Vas a tener que explicarle muchas cosas cuando vea esas cortinas quemadas.

El niño pareció desmoralizarse. Encorvó los hombros y se giró para mirar hacia la chimenea.

—De acuerdo, pero ¿tú quién eres? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Así que él tampoco lo sabía. No es que esperase que lo supiera, la verdad. Pero daba la impresión de que se encontraba a gusto conmigo y estaba mucho más tranquilo de lo que yo lo hubiera estado a su edad si de pronto apareciera un desconocido en mi habitación. Seguramente, ni siquiera me habría quedado tan tranquila en la habitación. Si el niño hubiera sido tan tímido como lo era yo a su edad, habría conseguido que me mataran.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Rufus.

Le miré fijamente unos instantes.

—¿Rufus?

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

Ojalá supiera qué tenía de malo... ¡o qué estaba pasando!

—Nada, nada —respondí—. Mira, Rufus, mírame. ¿Tú me habías visto antes?

—No.

Aquella era la respuesta correcta, la respuesta razonable. Intenté aceptarlo, a pesar de su nombre y de su cara, que tan familiar me resultaba. Pero el niño al que yo había sacado del río podía haberse convertido en ese niño... en cuestión de tres o cuatro años.

—¿Recuerdas una vez que casi te ahogas? —pregunté, sintiéndome idiota.

El niño frunció el ceño y me miró con interés.

—Eras más pequeño —le dije—. Tendrías unos cinco años más o menos. ¿No te acuerdas?

—¿En el río?

Pronunció aquellas palabras en voz baja y con cautela, como si él mismo no se lo creyera.

—Te acuerdas, entonces. Eras tú.

—Me estaba ahogando, si. Me acuerdo de aquello. ¿Y tú...?

—Yo no sé si entonces conseguiste verme. Me da la impresión de que fue hace muchísimo tiempo... para ti.

—No, ahora me acuerdo de ti. Te vi.

No dije nada. No le creía. Me preguntaba si decía aquello solo porque era lo que yo quería oír, aunque no tenía ningún motivo para mentir. Estaba claro que yo no le asustaba.

—Por eso me pareció que te conocía —dijo—. No me acordaba bien, tal vez por la manera en que te vi. Se lo dije a mi madre y ella dice que no pude verte así, como estaba.

—¿Y cómo estabas?

—Bueno..., con los ojos cerrados.

—Con los...

Me detuve: el niño no mentía. Estaba soñando.

—¡Es verdad! —insistió, levantando la voz; luego se recompuso y comenzó a susurrar—: Así fue como te vi justo cuando me metí en el agujero.

—¿El agujero?

—El del río. Yo iba andando, metido en el agua. Había un agujero. Me caí dentro y no conseguía encontrar el fondo. Entonces te vi, dentro de una habitación. Veía una parte de la habitación, estaba todo lleno de libros..., había más libros que en la biblioteca de mi padre. Tú llevabas pantalones, como un hombre. Como ahora. Creí que eras un hombre.

—Muchas gracias.

—Pero esta vez no pareces un hombre: pareces una mujer con pantalones.

Suspiré.

—Muy bien, no te preocupes por eso. Siempre que te acuerdes de que fui yo quien te sacó del río...

—¿De verdad? Sabía que tenías que ser tú.

Callé, confundida.

—Creí que me recordabas.

—Recuerdo haberte visto... Fue como... Hubo un momento en que dejé de ahogarme y te vi. Luego empecé a ahogarme de nuevo. Después de eso aparecieron mi madre y, luego, mi padre.

—Y la escopeta de padre —dije con amargura—. Tu padre casi me pega un tiro.

—También pensó que eras un hombre y que ibas a hacernos daño a mi madre y a mí. Dice mi madre que ella le dijo que no te disparase y entonces desapareciste.

—Sí.

Probablemente había desaparecido ante sus ojos. ¿Qué habría pensado la mujer?

—Le pregunté dónde te habías ido —dijo Rufus—. Ella se puso muy nerviosa y dijo que no lo sabía. Volví a preguntar al cabo de un rato y me pegó. Y ella nunca me pega.

Esperé, casi segura de que me preguntaría eso mismo. Pero no dijo nada más. Solo sus ojos conservaban una expresión interrogativa. Y yo busqué una respuesta que darle.

—¿Dónde crees que fui, Rufus?

El niño suspiró, decepcionado.

—Entonces tú tampoco me lo vas a decir.

—Sí, yo te lo explicaré... lo mejor que pueda. Pero primero respóndeme tú. Dime adonde crees que fui.

Daba la impresión de que estaba decidiendo qué hacer, si decírmelo o no.

—Pues a la habitación aquella —dijo al fin—. A la habitación de los libros.

—¿Eso crees? ¿O volviste a verme?

—No, no te vi. ¿Tengo razón? ¿Regresaste allí?

—Sí. Volví a casa y asusté a mi marido casi tanto como supongo que asusté a tus padres.

—Pero ¿cómo conseguiste llegar? ¿Y cómo llegaste aquí?

—Así —dije, chasqueando los dedos.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que tengo. Yo estaba en mi casa y, de repente, estaba aquí, ayudándote. No sé cómo sucede. No sé cómo puedo trasladarme así. Y no sé cuándo va a suceder. No puedo controlarlo yo.

—¿Y quién puede?

—No lo sé. Nadie.

No quería que creyese que él podía controlarlo. Sobre todo si luego resultaba que sí.

—Pero... ¿cómo es? ¿Qué fue lo que vio mi madre que no quiso contarme?

—Probablemente lo mismo que vio mi marido. Él dice que, cuando vine aquí, simplemente me desvanecí. Desaparecí. Y luego volví a aparecer.

Se quedó pensando.

—¿Desapareciste? ¿Como el humo, quieres decir? —El miedo asomó a sus ojos—. ¿Como un fantasma?

—Como el humo, más bien. No te vayas a pensar que soy un fantasma. Los fantasmas no existen.

—Eso es lo que dice mi padre.

—Y lleva razón.

—Pero mi madre dice que ella una vez vio uno.

Conseguí guardarme mi opinión. Su madre, a fin de cuentas... Además, probablemente yo era el fantasma de su madre. Ella tenía que encontrar alguna explicación a mis desapariciones. Me pregunté cómo lo habría explicado su marido, más dado al realismo. Pero aquello no tenía importancia. Lo que me preocupaba entonces era que el niño estuviera tranquilo.

—Tú estabas en peligro —le dije—. Y yo vine a ayudarte. Dos veces. ¿Te parezco una persona de la que hay que tener miedo?

—No, creo que no.

Se quedó mirándome un buen rato, luego se acercó a mí, alargó un brazo titubeante y me tocó con la mano tiznada.

—Ya ves que soy tan real como tú —dije.

Asintió.

—Ya sabía que lo eras. Con las cosas que has hecho..., tenías que serlo. Mi madre dijo que ella también te tocó.

—Seguro que sí.

Me froté el hombro, donde la mujer me había provocado aquel cardenal con sus golpes desesperados. Durante un momento me confundió el escozor, me obligó a recordar que el ataque había tenido lugar solo unas horas antes. Y, sin embargo, el niño era unos años mayor. Entonces, era un hecho: de algún modo mis viajes atravesaban el tiempo, además de la distancia. Y otro hecho: el niño era el objetivo de aquellos desplazamientos y puede que también la causa. Me había visto en mi propio salón, antes de que algo me llevara hacia él. Aquello no podía habérselo inventado. Pero yo no había visto nada en absoluto ni había sentido nada más que malestar y desorientación.

—Mi madre dijo que cuando me sacaste del agua fue como lo del Segundo Libro de los Reyes —dijo el niño.

—El... ¿qué?

—Donde Elíseo echó aire en la boca del niño muerto y el niño volvió a la vida. Mi madre dijo que ella había intentado detenerte cuando vio lo que me estabas haciendo, porque eras una negra que no había visto nunca. Y entonces se acordó del Segundo de Reyes.

Yo estaba sentada en la cama. Me volví a mirarle, pero no vi nada en sus ojos aparte de interés y la emoción del recuerdo.

—¿Dijo que yo era qué? —pregunté.

—Una negra desconocida. Tanto ella como mi padre estaban seguros de que no te habían visto antes.

—¡Eso es todo lo que se le ocurre decir después de verme salvar la vida a su hijo! Rufus frunció el ceño.

—¿Por qué?

Le miré fijamente.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó—. ¿Por qué te has enfadado?

—Tu madre siempre nos llama así, Rufe. ¿«Un negro»? ¿«Una negra»?

—Claro. Salvo que tenga visita. Pero ¿por qué no?

Su expresión de inocencia al preguntarme me dejó confusa. O no sabía lo que estaba diciendo o le esperaba una brillante carrera en Hollywood. Fuese lo que fuese, no me parecía que me fuera a decir nada más.

—Soy una mujer negra, Rufe. Si no me llamas por mi nombre, así es como tienes que referirte a mí, ya está.

—Pero...

—Mira: yo te he ayudado. He apagado el fuego, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Entonces tú tienes que ser amable conmigo y referirte a mí como te he pedido que lo hagas.

Se quedó mirándome, fijamente.

—Y ahora, dime —comencé a hablarle con mayor dulzura—. ¿Me viste también cuando las cortinas empezaron a arder? Quiero decir que si me viste igual que cuando te estabas ahogando.

Le di un momento para que pudiera cambiar el paso. Entonces respondió:

—No vi nada más que el fuego.

Se había sentado en una silla vieja con el respaldo de listones que había junto a la chimenea y me miraba.

—No vi nada hasta que estuviste aquí. Pero tenía mucho miedo. Era..., era parecido a cuando me estaba ahogando... y no se parece a otra cosa que recuerde. Pensé que se iba a quemar la casa entera, por mi culpa. Y que me iba a morir.

Asentí.

—Seguramente no te hubieras muerto, porque te habría dado tiempo a salir. Pero si tus padres están dormidos, seguramente el fuego les habría alcanzado antes de despertarse.

El niño miró la chimenea.

—Una vez quemé el establo —dijo—. Quería que mi padre me diera a Nerón..., un caballo que me gustaba. Pero se lo vendió al reverendo Wyndham solo porque el reverendo Wyndham le ofreció un montón de dinero. Mi padre ya tiene mucho dinero. En fin, me enfadé mucho y quemé el establo.

Meneé la cabeza, incrédula. El niño sabía ya más que yo de venganzas. ¿En qué clase de hombre se iba a convertir?

—¿Y por qué prendiste fuego a esto? ¿Tenías otra cuenta que ajustar con tu padre?

—Me pegó. ¿Lo ves?

Se giró y se levantó la camisa para que yo pudiera ver las ronchas rojas y alargadas que tenía. Y vi también otras marcas, antiguas: cicatrices muy feas de al menos otra paliza mucho peor.

—Ah, ¡por amor de Dios!

—Dijo que yo había cogido dinero de su mesa y no era cierto. —Rufus se encogió de hombros—. Dijo que le estaba dejando por embustero y me pegó.

—Varias veces.

—Y no cogí más que un dólar.

Se bajó la camisa y se volvió hacia mí. No supe qué responder a aquello. El chico podría considerarse afortunado si evitaba la cárcel cuando fuese mayor. Si llegaba a serlo. Continuó:

—Empecé a imaginar que si quemaba la casa perdería todo su dinero. Y debería perderlo, porque no piensa en otra cosa. —Rufus tembló—. Pero me acordé del establo, del látigo con el que me pegó cuando le prendí fuego. Mi madre dijo que, si ella no le hubiera detenido, me habría matado. Yo tenía miedo esta vez, temía que me matara, así que quería apagarlo como fuera. Pero no pude. No sabía qué hacer.

Así que me llamó. Ahora ya no me quedaba duda. El muchacho me atraía hacia sí, de algún modo, cuando se metía en un lío que no era capaz de manejar. Cómo lo hacía, lo ignoro. Aparentemente, no sabía que lo estaba provocando él. De haber sido consciente y de haberme llamado voluntariamente, podía haberme encontrado entre el padre y el hijo durante alguna de las palizas. No logro imaginar qué habría ocurrido entonces. Yo ya tenía bastante con un encuentro con el padre de Rufus. Y el chico tampoco parecía muy interesado en la experiencia, pero...

—¿Has dicho que te pegó con un látigo, Rufus?

—Sí. Como esos con los que pega a los negros y a los caballos.

Se detuvo un momento.

—Como esos con los que pega... ¿a quiénes?

Me lanzó una mirada cautelosa.

—No hablaba de ti.

Le quité importancia.

—No importa. Aunque no hables de mí, puedes decir «a las personas negras». Pero... ¿tu padre pega con un látigo... a esa gente?

—Cuando hace falta. Mi madre decía que era cruel y vergonzoso que me pegara así, daba igual lo que yo hubiera hecho. Después de aquello me llevó a Baltimore City, a casa de tía Mary. Pero él vino a buscarme. Después de un tiempo volvió ella.

Por un momento me olvidé del látigo y de los negros. Baltimore City. Baltimore, ¿Maryland?

—¿Está Baltimore muy lejos de aquí, Rufe?

—Al otro lado de la bahía.

—Pero... esto es Maryland, ¿no?

Yo tenía familia en Maryland, gente que me prestaría ayuda si lo necesitaba, si pudiera llegar hasta allí. Estaba empezando a preguntarme, sin embargo, si podría llegar hasta algún sitio donde hubiera alguien conocido. Y empecé a sentir un miedo nuevo, que crecía lentamente.

—Pues claro que estamos en Maryland —respondió Rufus—. No sé cómo no sabes eso.

—¿Qué día es hoy?

—No lo sé.

—El año. ¡Dime solo el año!

Miró hacia la puerta y luego volvió a mirarme a mí, enseguida. Me di cuenta de que con mi ignorancia y mi repentina insistencia le estaba poniendo nervioso. Me obligué a hablarle con más calma.

—Vamos, Rufe. Sabes en qué año estamos, ¿no?

—En... 1815.

—En... ¿qué?

—1815.

Me quedé sentada, sin moverme. Respiré hondo, intentando calmarme, intentando creerle. Le creía. No estaba ni la mitad de sorprendida de lo que tendría que haberlo estado. Ya había aceptado el hecho de que viajaba en el tiempo. Pero estaba más lejos de casa de lo que había creído. Ya sabía por qué el padre de Rufus empleaba el látigo con negros y caballos.

Alcé la mirada y vi que el niño se había levantado de la silla y se había acercado más a mí.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó—. Sigues comportándote de una manera muy rara.

—No es nada, Rufe. Estoy bien.

No. No lo estaba. Estaba fatal. ¿Qué iba a hacer? ¿Por qué no había vuelto a casa? Aquello podía terminar convirtiéndose en mi tumba si me quedaba mucho más tiempo.

—¿Estamos en una plantación? —pregunté.

—La plantación Weylin. Mi padre es Tom Weylin.

—Weylin... —Aquel nombre disparó un recuerdo, algo en lo que yo no había pensado durante mucho tiempo—. Rufus, ¿cómo escribes tu apellido? ¿W-e-y-l-i-n?

—Sí, creo que es así.

Le miré con un gesto de impaciencia. Un niño de su edad tenía que saber cómo se escribía su apellido. Aunque fuera un nombre como ese, con una grafía poco habitual.

—Es así —respondió rápidamente.

—Y... ¿hay una niña negra, tal vez esclava, que se llama Alice? ¿Vive por aquí?

No sabía con seguridad el apellido de la niña. Aquel recuerdo me llegaba fragmentado.

—Claro. Alice es amiga mía.

—Ah, ¿sí?

Me miraba fijamente las manos, intentando pensar. Cada vez que me habituaba a alguna imposibilidad, surgía otra.

—Pero no es esclava —respondió Rufus—. Es libre. Nacida libre, como su madre.

—Ah. Entonces puede que...

Dejé que se me apagara la voz mientras mi cabeza pensaba a toda prisa, intentando encajar las cosas. Era en aquel estado, en aquella época..., aquel apellido poco habitual, la niña, Alice...

—Puede que... ¿qué? —me apremió Rufus.

Sí, puede que qué. Si yo no había perdido por completo la cabeza, si no me encontraba en el ojo de una alucinación perfecta, la más perfecta de la que haya tenido noticia, si aquel niño que tenía delante era real y decía la verdad, puede que fuese uno de mis antepasados.

Puede que fuera mi tatarabuelo, un hombre que aún habitaba, vagamente vivo, en los recuerdos familiares, porque su hija había comprado una enorme Biblia metida en

un cofre de madera tallado y ornamentado en el que había empezado a guardar los papeles familiares. Mi tío aún lo conservaba.

La abuela Hagar. Hagar Weylin, nacida en 1831. El suyo era el primer nombre apuntado en aquellos papeles. Y ella había escrito los nombres de sus padres: Rufus Weylin y Alice Green no sé qué Weylin.

—Rufus, ¿cuál es el apellido de Alice?

—Greenwood. Pero ¿qué has dicho antes? ¿Puede que qué?

—Ah, nada. Pensé que tal vez yo conociera a alguien de su familia.

—Ah, ¿sí?

—No lo sé. Hace mucho tiempo que no veo a la persona en la que estaba pensando.

Quién se iba a creer aquella mentira. Pero era mucho mejor que la verdad. Rufus no era más que un chiquillo: si se la contaba, pensaría que no estaba en mis cabales.

Alice Greenwood. ¿Cómo se casó con este niño? ¿Se casaron? ¿Y por qué nadie de mi familia había dicho que Rufus Weylin era blanco? Si es que lo sabían, claro, que probablemente no. Hagar Weylin Blake había muerto en 1880, mucho tiempo antes que cualquier miembro de la familia que yo había conocido. Sin duda, la mayor parte de los datos que teníamos sobre su vida habían muerto con ella. Al menos, antes de que llegaran, filtrados, a mí. Solo quedaba la Biblia.

Hagar había llenado muchas páginas con aquella cuidada caligrafía suya. Había una partida de su matrimonio con Oliver Blake y una lista de siete hijos con sus respectivas partidas de matrimonio, algunos nietos... Después otra persona se hizo cargo de aquel registro familiar. Había muchos parientes a los que yo nunca había visto, a los que no conocería.

¿O sí?

Miré al niño que sería el padre de Hagar. No había en él nada que me recordara a mis parientes. Cuanto más le miraba, más confusa estaba yo. Pero tenía que ser él. Tenía que haber algún motivo que justificara aquel vínculo que parecía existir entre nosotros. No es que creyera que una relación de consanguinidad pudiera explicar que algo me hubiera llevado hasta él en dos ocasiones. No podía ser. ¿Qué era, entonces? Lo que había entre nosotros era algo nuevo que no tenía ni siquiera nombre. Había algo coincidente y a la vez ajeno entre nosotros, que podía deberse a una relación de parentesco o no. Algún motivo tenía que existir para que yo me sintiera feliz por haber podido llegar a salvarle. A fin de cuentas..., a fin de cuentas, ¿qué habría sido de mí, de la familia de mi madre, si no le hubiera salvado?

¿Por eso estaba allí? No era solo para garantizar la supervivencia de un niño muy pequeño proclive a los accidentes, era para garantizar la supervivencia de mi familia. Mi propia existencia.

¿Qué habría pasado si el niño se hubiera ahogado? ¿Se habría ahogado de no ser por mí o le habría salvado su madre? ¿Habría llegado su padre a tiempo de salvarle él? Supongo que uno u otro le habría salvado, de alguna manera. Su vida no podía

depender de la intervención de una descendiente que aún no había sido concebida. No importaba lo que hiciera yo. Rufus tenía que sobrevivir para ser el padre de Hagar o yo no existiría. Y eso sí encajaba.

Pero por alguna razón no encajaba lo suficiente para dejarme tranquila. No encajaba lo suficiente para animarme a probar si, ignorándolo, volvería a meterse en líos... Yo no habría podido ignorar a ningún niño que se encontrara en dificultades, pero este en concreto necesitaba atención especial. Si yo tenía que vivir, si otros tenían que vivir, él debía vivir. Y yo no podía poner a prueba esa paradoja.

—¿Sabes...? —me dijo, mirándome con atención—. Te pareces un poco a la madre de Alice. Si llevaras vestido y el pelo recogido en alto..., te parecerías mucho.

Y se sentó junto a mí, con gesto cómplice, en la cama.

—Lo que me sorprende, entonces, es que tu madre no me confundiera con ella —dije.

—¿Así vestida? Imposible. Al principio pensaría que eras un hombre. Como yo lo pensé. Y mi padre también.

—Ah.

Ahora me resultaba más sencillo entender la confusión.

—¿Seguro que no eres pariente de Alice?

—No que yo sepa —mentí y cambié de tema enseguida—: Rufe, ¿aquí hay esclavos?

Asintió.

—Treinta y ocho, dice mi padre. —Levantó las piernas y las cruzó; se sentó en la cama frente a mí, sin dejar de examinarme con interés—. Pero tú no eres esclava, ¿verdad?

—No.

—No me lo parecía. Ni hablas ni vistes ni te comportas como ellos. Ni siquiera tienes pinta de fugitiva.

—No lo soy.

—Y tampoco me llamas «amo».

Me di cuenta de que me estaba riendo.

—¿«Amo»?

—Se supone que es lo que tendrías que hacer. —Se puso muy serio—. Tú no quieres que te llame «negra».

Al verle tan serio dejé de reírme. Además... ¿qué gracia tenía aquello? Seguramente Rufus tenía razón. Yo le debía, sin duda, un respeto. Pero... ¿«amo»?

—Tienes que decirlo —insistió—. O «joven amo» o «señor». Igual que hace Alice. Tú también. Se supone...

—No. —Negué con la cabeza—. Nada de eso. A no ser que las cosas se pongan peor.

El niño me agarró por el brazo con fuerza.

—¡Sí! —susurró—. Si no lo haces, te meterás en un lío. En cuanto te oiga mi padre.

Me metería en un lío si me oía su padre dijera lo que dijera. Pero estaba claro que el niño estaba preocupado por mí, incluso tenía miedo de lo que me ocurriera.

—Muy bien —dije—. Si viene alguien, te llamaré «señor Rufus», ¿quieres?

Si venía alguien, tendría suerte de salir viva.

—Sí —respondió Rufus, con aspecto aliviado—. Aún tengo cicatrices en la espalda de cuando mi padre me pegó con el látigo.

—Ya las vi.

Había llegado el momento de marcharme de allí. Ya había hecho bastante, hablando, informándome y alimentando la esperanza de ser devuelta a mi casa. Estaba claro que, fuese cual fuese el poder que me había obligado a proteger a Rufus, no había hecho nada por protegerme a mí. Tenía que salir de aquella casa e ir a algún lugar seguro antes de que amaneciera..., si es que había por allí algún lugar donde yo estuviera segura. Me pregunté entonces cómo se las habían arreglado los padres de Alice, cómo habrían sobrevivido.

—¡Eh! —dijo Rufus de pronto.

Di un respingo, le miré y me di cuenta de que había estado hablando. Había dicho algo que yo no había oído.

—Que cómo te llamas —repitió—. Aún no me lo has dicho.

¿Aquello era todo?

—Edana —dije—. Pero casi todos me llaman Dana.

—Ay, no —dijo en voz baja, mirándome igual que cuando me dijo que creyó haber visto un fantasma.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, supongo. Pero..., bueno. Querías saber si esta vez también te había visto antes de que llegaras aquí, como cuando apareciste en el río. Pues no, no te vi. Pero creo haberte oído.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No lo sé. No estabas aquí. Pero cuando empezó el fuego y yo me asusté tanto, oí la voz de un hombre que decía: «¿Dana?» y luego: «¿Vuelve a pasar?». Y alguien, creo que tú, susurró: «Creo que sí». Te oí decirlo.

Suspiré, agotada: echaba de menos mi cama y quería acabar con todas aquellas preguntas que no tenían respuesta. ¿Cómo había podido Rufus oírnos a Kevin y a mí a través del tiempo y del espacio? No tenía ni idea. No tenía tiempo ni siquiera de preocuparme. Tenía problemas más acuciantes.

—¿Quién era aquel hombre? —preguntó Rufus.

—Mi marido. —Me froté la cara con la mano—. Rufe, tengo que salir de aquí antes de que se despierte tu padre. ¿Por qué no me dices por dónde bajo sin despertar a nadie?

—¿Y adonde vas a ir?

—No lo sé, pero aquí no puedo quedarme.

Hice una pausa, preguntándome en qué medida podía ayudarme el chico, hasta qué punto podía hacer algo.

—Estoy muy lejos de casa —dije—. Y no sé cuándo podré llegar. ¿Sabes de algún sitio al que pueda ir?

Rufus descruzó las piernas y se rascó la cabeza.

—Puedes salir y esconderte fuera de la casa hasta que sea de día. Luego puedes salir del escondite y preguntarle a mi padre si puedes trabajar aquí. A veces contrata a algún negro libre.

—Ah, ¿sí? Y si tú fueras libre y de raza negra, ¿crees que querrías trabajar para él?

Apartó la mirada de mí y negó con la cabeza.

—Creo que no. A veces es bastante malo.

—¿Hay algún lugar donde pueda ir?

Pensó un poco más.

—Podrías ir al pueblo y buscar trabajo allí.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Easton.

—¿Está lejos?

—No, no mucho. Los negros van a veces cuando mi padre les da tiempo libre. O tal vez...

—¿Qué?

—La madre de Alice. Su casa está más cerca que el pueblo. Puedes ir allí y seguro que te dice dónde pedir trabajo. A lo mejor hasta puedes quedarte con ella y todo. Así yo podría verte antes de que vuelvas a tu casa.

Me sorprendió que quisiera volver a verme. Yo no había tenido mucho trato con niños desde que yo misma dejara de serlo, pero por algún motivo me di cuenta de que este me gustaba. Su entorno había dejado en él algunas marcas que no me gustaban tanto, pero en el sur de antes de la guerra podría haberme visto allí a merced de alguien mucho peor; podría descender de alguien mucho peor.

—¿Dónde puedo encontrar a la madre de Alice? —pregunté.

—Vive en el bosque. Vamos fuera, te diré cómo llegar.

Cogió una vela y fue hacia la puerta de la habitación. Las sombras de la habitación se movían, terroríficas, al compás de Rufus. Me di cuenta de pronto de lo fácil que le resultaría traicionarme, abrir la puerta y salir corriendo o dar un grito de alarma.

Pero no lo hizo. Abrió la puerta solo una rendija y miró al exterior. Luego se giró hacia mí y me hizo una seña. Parecía entusiasmado y complacido, con la dosis de temor justa para resultar cauto. Yo me tranquilicé y le seguí rápidamente. Rufus estaba disfrutando la aventura. De pronto se veía de nuevo jugando con fuego,

ayudando a una intrusa a escapar sin ser vista de la casa de su padre. De haberlo sabido, su padre seguramente habría cogido el látigo y nos hubiera pegado a los dos.

Ya abajo se abrió la puerta, grande y pesada, sin hacer ruido y nosotros salimos a la oscuridad casi total. Había media luna y varios millones de estrellas encendían la noche como nunca se había visto donde yo vivía. Rufus comenzó enseguida a darme instrucciones para ir a casa de su amiga, pero yo le detuve. Antes, tenía que hacer otra cosa.

—¿Dónde han caído las cortinas, Rufe? Llévame hasta donde estén.

Obedeció. Doblamos la esquina hasta llegar a un costado de la casa. Allí estaban las cortinas, humeando, en el suelo.

—Si nos deshacemos de estas cortinas..., ¿crees que podrás conseguir que tu madre te ponga unas nuevas sin decir nada a tu padre? —pregunté.

—Creo que sí —dijo—. De todos modos, casi no se hablan.

La mayor parte de la tela estaba fría. Pisoteé las zonas que aún mostraban un borde rojo, amenazando con arder de nuevo. Luego encontré un área bastante grande de tela sin quemar. Lo extendí y lo salpiqué de cenizas y toda clase de porquerías que encontré por allí. Rufus me ayudaba en silencio. Cuando terminamos, enrollé la tela y así, como un paquete, se la di.

—Echa esto a la chimenea —le dije—. Encárgate de que todo esto se haya quemado antes de quedarte dormido. Pero..., Rufe, no quemes nada más.

Bajó la mirada, avergonzado.

—No, no lo haré.

—Bien. Tiene que haber maneras menos arriesgadas de enfadar a tu padre. Y ahora, dime: ¿cómo se va a casa de Alice?

3

Me indicó el camino y luego me dejó sola en medio de la noche silente y helada. Me quedé un momento en pie junto a la casa y sentí miedo y soledad: no me había dado cuenta hasta entonces de lo reconfortante que era la presencia del chico. Al fin empecé a caminar por la extensión de pradera que separaba la casa del campo abierto. Veía árboles dispersos aquí y allá, y edificios sombríos a mi alrededor. A un lado había una fila de pequeñas edificaciones que desde la casa no se veían apenas. Supuse que eran las cabañas de los esclavos. Me pareció ver a alguien moverse en torno a una de ellas y me quedé inmóvil un instante detrás de un árbol grande con muchas ramas. La figura desapareció en silencio entre dos barracones. Imagino que era un esclavo que tenía el mismo afán que yo por evitar que le pillaran por ahí fuera de noche.

Rodeé un cercado donde habían cultivado una planta herbosa que me llegaba a la cintura y que no intenté ni siquiera identificar con aquella luz tan débil. Rufus me había explicado que aquello era un atajo y que el trayecto por el camino era más largo. Además me alegraba evitar el camino, la verdad: la posibilidad de encontrarme con un adulto blanco me asustaba más que la posibilidad de sufrir algún tipo de violencia callejera en la ciudad donde vivía.

Vi por fin un rodal boscoso que, tras cruzar los campos iluminados por la luna, me pareció una muralla de negrura. Me detuve ante los árboles unos segundos y me pregunté si, después de todo, no habría sido mejor idea ir por el camino.

Entonces oí ladrar a unos perros —por el sonido, no estaban muy lejos— y, presa de un súbito temor, me adentré en la masa de árboles, atravesando la zona donde estaban los más jóvenes. Se me ocurrió que habría espinas, hiedra venenosa, culebras... Lo pensé, pero no me detuve. Me pareció que sería peor una jauría de perros asilvestrados. O una jauría de perros de caza entrenados para rastrear a los esclavos que se fugaban.

El bosque no era tan oscuro como me había parecido. Una vez que se me habituaron los ojos a aquella luz tenue, pude ver algo. Árboles altos y tenebrosos..., árboles por todas partes. Mientras caminaba me preguntaba cómo podía estar segura de que avanzaba en la dirección correcta. Ya era suficiente. Me di la vuelta con la esperanza de ser, aún, consciente de lo que aquello significaba y volví sobre mis pasos en dirección a la plantación. Era una mujer de ciudad.

Llegué sin problemas a la plantación y giré a la izquierda, en dirección a donde Rufus había dicho que había un camino. Lo encontré y comencé a caminar por él, intentando oír a los perros. Pero ya solo rompían el silencio de la noche algunas aves nocturnas o algunos insectos. Grillos, un búho o algún otro pájaro cuyo nombre no conocía. Me ceñí al borde del camino, intentando controlar mi nerviosismo y rezando por volver a casa.

Algo atravesó el camino tan pegado a mí que casi me rozó la pierna. Me quedé inmóvil, demasiado aterrada hasta para gritar. Luego me di cuenta de que no había sido más que un animalillo al que yo habría asustado: un zorro, tal vez, o un conejo. Me di cuenta de que me estaba tambaleando un poco, me tambaleaba como si estuviera mareada. Me caí de rodillas, deseando desesperadamente que aquel mareo se hiciera más intenso, que tuviera lugar la transferencia...

Había cerrado los ojos. Cuando los abrí, el camino embarrado y los árboles seguían allí. Agotada, me puse en pie y seguí caminando.

Cuando llevaba un rato andando, comencé a preguntarme si me habría pasado la cabaña sin darme cuenta. Y empecé a oír ruidos. Esta vez no eran pájaros ni animales, ni nada que pudiera identificar a la primera. Pero fuera lo que fuera aquello, se estaba acercando. Me llevó demasiado tiempo advertir que eran caballos que venían por el camino, despacio, y se estaban acercando a mí.

Justo a tiempo, me lancé a los matorrales.

Me quedé allí quieta, escuchando, temblando levemente, preguntándome si me habrían visto los jinetes. Entonces los tuve a la vista: unas siluetas oscuras que se movían despacio y avanzaban en la que, seguramente, era la dirección de la casa de los Weylin: pasarían de largo y seguirían hacia allí. Y si me veían, lo mismo me cogían prisionera y me llevaban con ellos. Se daba por hecho que uno era esclavo solo por ser negro, a no ser que pudiera demostrar que era libre..., a no ser que tuviera un documento que certificara su libertad. Los negros sin papeles eran presa fácil para cualquier blanco.

Y aquellos jinetes eran blancos. Podía distinguirlos a la luz de la luna, cuando se acercaron. Luego viraron y se adentraron en el bosque, a unos metros de distancia de donde yo estaba. Yo observaba y esperaba sin moverme lo más mínimo, hasta que pasaron de largo. Ocho hombres blancos que salen a dar un paseo a caballo en medio de la noche. Ocho hombres blancos que se adentran en los bosques en la zona donde se suponía que estaba la cabaña de Greenwood.

Tras un momento de indecisión, me puse en pie y los seguí, avanzando con cuidado de árbol en árbol. Sentía miedo de ellos, pero al mismo tiempo me alegraba de que hubiera allí una presencia humana. Aunque para mí podían ser muy peligrosos, por alguna razón no me parecían tan amenazadores como aquellos árboles oscuros y tenebrosos con sus extraños sonidos... y todo tan desconocido.

Tal y como me había esperado, los hombres me guiaron hacia una pequeña cabaña de troncos que estaba en un claro del bosque, iluminada por la luna. Rufus me había dicho que podía llegar a la cabaña de Greenwood yendo por el camino, pero no me había explicado que la cabaña estaba algo apartada y desde el camino no se veía. Y es que tal vez no fuera así: a lo mejor aquella cabaña era de otra familia... y en el fondo esperaba que así fuera, porque si los habitantes de aquella cabaña eran negros, casi seguro que estaban en peligro.

Cuatro de los jinetes desmontaron y fueron hacia la puerta, que golpearon y patearon. Como nadie respondía, dos de ellos intentaron echarla abajo. La puerta parecía recia: daba la impresión de que cualquiera de aquellos hombres se rompería un hombro antes de lograr que cediera. Pero parece que el cerrojo que le habían puesto no era muy resistente. Oí el sonido de la madera al astillarse y la puerta que se abría. Los cuatro hombres se apresuraron a entrar y un instante después salieron de la cabaña tres personas, a empujones. A dos —un hombre y una mujer— los cogieron los jinetes que se habían quedado fuera, parece que esperándolos, que ya habían desmontado. La tercera persona era una niña vestida con una prenda larga de colores claros; esta pudo tirarse al suelo y escapar, porque los hombres no le prestaron atención. En su huida llegó a unos cuantos metros de donde yo estaba escondida, en los arbustos que había cerca del borde del claro.

Habían empezado a hablar y yo podía distinguir las palabras en la distancia, a pesar de que el acento me resultaba tan poco familiar.

—No tiene pase —dijo uno de los jinetes—. Se ha fugado.

—No, señor —rogó uno de los que habían salido de la cabaña, un hombre negro que se dirigía a los blancos—. Tenía un pase. Tenía...

Uno de los blancos le golpeó en la cara. Los otros dos le sujetaron, pero él se cayó en medio de los dos. Siguieron hablando.

—Si tenías un pase, ¿dónde está?

—No lo sé. Se me debió de caer cuando venía hacia aquí.

Empujaron al hombre contra un árbol, tan cerca de mí que tuve que tumbarme bien pegada al suelo. El miedo me inmovilizaba. Como no tuviera suerte, alguno de aquellos blancos me vería o, en medio de la negrura, no me vería y se caería encima de mí.

Obligaron al hombre a abrazarse al árbol y le ataron las manos para que no se escapara. El hombre estaba desnudo, parece que le habían sacado de la cama. Miré a la mujer, que estaba de pie, inmóvil junto a la cabaña, y vi que se estaba envolviendo en algo. Una manta, quizá. Me di cuenta de que uno de los blancos se la arrancaba. Ella dijo algo con una voz tan queda que lo único que capté fue su tono de protesta.

—¡Cierra la boca! —ordenó el hombre que le había quitado la manta. Luego la tiró al suelo—. Además, ¿quién demonios te crees que eres?

Uno de los otros hombres se unió a él.

—¿Qué te crees que tienes tú que no hayamos visto antes?

Se oyeron unas risas estridentes.

—Hemos visto más y mejor —añadió otro.

Después, más obscenidades. Más risas.

El hombre estaba ya atado al árbol. Uno de los blancos fue hasta su caballo para coger lo que resultó ser un látigo. Lo hizo restallar en el aire, aparentemente para divertirse. Luego cruzó con él la espalda al hombre negro. El hombre tembló, pero no emitió más sonido que un grito ahogado. Aguantó varios latigazos más sin gritar, pero yo oía su respiración entrecortada: le costaba respirar.

A su espalda, su hija sollozaba pegada a la pierna de la madre, pero la mujer seguía callada, igual que su marido. Abrazó a la criatura y se quedó inmóvil con la cabeza baja, apartando la vista.

Fue entonces cuando la fortaleza del hombre se quebró. Comenzó a gemir, a emitir un sonido grave que retorció las entrañas, un sonido que le arrancaban contra su voluntad. Al final, empezó a gritar.

Podía, literalmente, oler el sudor del hombre y oír sus jadeos entrecortados, sus gritos, los cortes que le producía el látigo: todos y cada uno de ellos. Veía cómo se retorció, convulsionándose, estirando la soga, sin parar de gritar. Se me revolvió el estómago. Tuve que hacer un esfuerzo para quedarme quieta y callada. ¿Por qué no paraban de una vez?

—Por favor, señor —rogó el hombre—. Por amor de Dios, señor, por favor...

Cerré los ojos y tensé los músculos, intentando controlar las ganas de vomitar.

Había visto en la televisión y en el cine cómo pegaban a la gente. Había visto ese sustituto de la sangre —demasiado rojo— corriéndoles por la espalda. Había oído sus gritos bien ensayados. Pero nunca había estado tan cerca, nunca había oído su sudor ni había oído suplicar y rezar, avergonzado delante de su familia y de sí mismo. Probablemente estaba menos preparada para la realidad que aquella niña que lloraba no muy lejos de mí. De hecho, ambas estábamos reaccionando de manera muy parecida: yo tenía la cara húmeda por el llanto y la mente buscando enloquecida la manera de sintonizar con algo que la apartara de los latigazos. En algún momento este último despliegue de cobardía me proporcionó algo que sí me fue útil: un nombre para aquellos blancos que habían salido a montar a caballo en medio de la noche por el sur de antes de la guerra de Secesión, echando abajo las puertas de las casas y apaleando o torturando a los negros.

Patrullas. Grupos de jóvenes blancos que mantenían el orden entre los esclavos. Patrullas. Los antecesores del Ku Klux Klan.

El hombre dejó de gritar.

Al cabo de un momento levanté la vista y vi que los patrulleros le estaban desatando. Continuó apoyado en el árbol, aunque ya le habían quitado la soga, hasta que uno de los patrulleros tiró de él y le ató las manos por delante. Luego, sin soltar el otro extremo de la soga, el patrullero se subió al caballo y empezó a alejarse, casi arrastrando tras él a su cautivo. El resto de la patrulla también montó y le siguió, salvo uno que estaba discutiendo con la mujer en voz baja. Evidentemente, la discusión no fue por el camino que deseaba el hombre, porque antes de seguir a los demás golpeó a la mujer en la cara de la misma manera que habían pegado antes a su marido. La mujer cayó al suelo. El patrullero se marchó y la dejó allí.

La patrulla fue hacia el camino, con su cautivo tambaleándose, y avanzó en diagonal hacia la casa de Weylin. Si hubieran vuelto exactamente por el mismo camino por el que habían ido, habrían pasado por encima de mí o me habrían sacado de mi escondrijo. Tuve suerte, pero había sido una estúpida por acercarme tanto. Me pregunté si el hombre que habían capturado pertenecía a Tom Weylin. Eso podría explicar la amistad de Rufus con la niña, Alice. Bueno, suponiendo que esa niña fuera Alice. Y que esa fuera la cabaña. Lo fuera o no, la mujer, inconsciente y abandonada, necesitaba ayuda. Me puse en pie y fui hacia ella.

La niña, que estaba arrodillada junto a ella, dio un salto como para salir corriendo. —¡Alice! —dije suavemente.

Y ella se detuvo y me miró ajustando su visión a la negrura. De modo que era Alice. Estas gentes eran mi familia. Eran mis parientes, mis antepasados. Y este lugar podría ser mi refugio.

—Soy una amiga, Alice —dije mientras me arrodillaba y sujetaba la cabeza a la mujer, intentando colocársela en una posición más cómoda. Alice me observó reticente y entonces preguntó en un susurro.

—¿Está muerta?

Levanté la mirada. La niña era menor que Rufus, de piel oscura, esbelta y menuda. Se limpió la nariz con la manga y resolló.

—No, no está muerta. ¿Hay agua en la casa?

—Sí.

—Trae un poco.

Fue corriendo a la cabaña y regresó a los pocos segundos con una calabaza llena de agua. Humedecí un poco la cara a la madre, le limpié la sangre de la nariz y la boca... Por lo que pude ver, parecía tener más o menos mi edad, esbelta como su hija, como yo en realidad. Y como yo, era de huesos finos, probablemente no todo lo fuerte que tenía que ser para sobrevivir en aquella época. Pero estaba sobreviviendo, a duras penas. Quizá pudiera enseñarme a hacerlo a mí.

Recuperé despacio la conciencia, primero gimí un poco, luego gritó fuerte:

—¡Alice!, ¡Alice!

—¿Mamá? —contestó la niña, no muy convencida.

La mujer abrió más los ojos y me miró fijamente.

—¿Quién eres tú?

—Una amiga. He venido a buscar ayuda, pero creo que ahora prefiero prestarla yo. Cuando se sienta capaz de levantarse, le ayudaré a entrar en la casa.

—¡Te he preguntado quién eres! —La mujer endureció el tono de voz.

—Me llamo Dana. Soy libre.

Yo estaba arrodillada a su lado y vi cómo me miraba la blusa, los pantalones, el calzado, que para vaciar las cajas de la mudanza y trabajar por casa eran un par de botas safari viejas. Me miró a placer y luego me juzgó.

—Fugitiva, querrás decir.

—Eso dirían los patrulleros, porque no tengo papeles. Pero soy libre, nacida libre, y pretendo seguir siéndolo.

—Me vas a meter en un lío.

—Esta noche no. Esta noche ya ha tenido su parte. —Dudé un momento, me mordí el labio y luego añadí en voz queda—: No me eche, por favor.

La mujer permaneció en silencio durante unos segundos. Vi que miraba a su hija y luego se tocaba la cara y se limpiaba la sangre de la comisura de la boca.

—No te iba a echar —dijo suavemente.

—Gracias.

Le ayudé a levantarse y entrar en la cabaña. El refugio, más bien. Unas horas de paz. Tal vez al día siguiente por la noche podía seguir actuando como la fugitiva que aquella mujer pensaba que era. Quizá ella podría darme alguna información, como cuál era el camino más rápido y más seguro para ir hacia el norte.

La cabaña estaba a oscuras: solo había un fuego mortecino en la chimenea. La mujer consiguió llegar hasta la cama sin problemas.

—¡Alice! —llamó.

—Estoy aquí, mamá.

—Echa un tronco a la lumbre.

Vi que la niña obedecía, con el camisón largo colgando peligrosamente cerca de las brasas. La amiga de Rufus tenía tan poco miedo al fuego como él.

Rufus. Su nombre trajo consigo todo el miedo y la confusión y las ganas de volver a casa. ¿De verdad tendría que recorrer toda la distancia hasta cualquier estado del norte para encontrar la paz? Y si lo hacía, ¿qué tipo de paz iba a ser? El norte restringido era mejor para los negros que el sur esclavizado, pero no mucho.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó la mujer—. ¿Quién te ha enviado?

Miré hacia el fuego y fruncí el ceño. La oía moverse a mi espalda, seguramente poniéndose algo de ropa.

—El niño —dije en voz baja—. Rufus Weylin.

Los ruiditos cesaron. Se hizo el silencio durante un momento. Me di cuenta de que estaba corriendo un riesgo al hablar de Rufus. Probablemente un riesgo absurdo. Me pregunté por qué lo había hecho.

—Nadie me conoce. Nadie más que él —continué.

El fuego empezó a reavivarse alrededor del tronco que había echado Alice. El leño crujió y chisporroteó, y llenó el silencio hasta que Alice dijo:

—El señor Rufe no dirá nada. —Se encogió de hombros—. Nunca dice nada.

Y allí, en sus palabras, estaba el riesgo que había corrido. No lo había pensado hasta ese momento, pero si Rufus contaba lo que no debía, la madre de Alice tendría que saberlo, para poder esconderme o echarme. Esperé a ver qué decía.

—¿Seguro que no te ha visto su padre? —preguntó.

Y eso tenía que significar que estaba de acuerdo con Alice y que Rufus tenía razón. Tom Weylin había marcado a su hijo con el látigo, seguramente, más de lo que él mismo creía.

—¿Estaría yo aquí si me hubiera visto el padre? —pregunté.

—Creo que no.

Me volví hacia ella. Se había puesto un camisón largo y blanco como el de su hija. Se sentó al borde de la cama, mirándome. No muy lejos de mí había una mesa hecha con gruesas planchas de madera lijadas y un banco que era un trozo de tronco partido por la mitad. Me senté en el banco.

—¿Es Tom Weylin el amo de su marido? —pregunté.

Asintió con tristeza.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—No tenía que haber venido. Le dije que no viniera.

—Pero ¿tenía pase?

Rio con amargura.

—No. Ni se lo iban a dar. No para venir a verme. El señor Tom le dijo que se buscara otra mujer allí, en la plantación. De esa manera él sería el dueño de todos sus hijos.

Miré a Alice. La mujer me miró a mí.

—Nunca será el dueño de un hijo mío —afirmó con decisión.

Dudé. Parecían tan vulnerables... Seguramente aquella no era la primera visita de la patrulla ni sería la última. En un lugar como aquel, ¿cómo podía una mujer estar segura de nada?... Pero el resto era historia. De alguna manera, Rufus y Alice acabarían juntos.

—¿De dónde eres? —preguntó la mujer de repente—. Por cómo hablas, no eres de por aquí.

El nuevo tema de conversación me pilló desprevenida. Estuve a punto de decir: «De Los Ángeles».

—De Nueva York —mentí tranquilamente.

En 1815, California no era más que una remota colonia española. Una colonia de la que aquella mujer probablemente no habría oído hablar.

—Eso está muy lejos —dijo la mujer.

—Allí está mi marido.

¿De dónde salía esta mentira? Y la había soltado con toda la añoranza que sentía por Kevin, que estaba demasiado lejos para llegar hasta él por cualquier medio.

La mujer se acercó a mí y se quedó de pie mirándome. Me pareció muy alta, estirada y adusta, y muchos años mayor.

—¿Te han traído ellos? —preguntó.

—Sí.

Tal vez había sido secuestrada, en cierto modo.

—¿Y estás segura de que no lo han traído a él también?

—Estoy segura. Solo a mí.

—Y ahora tienes que volver.

—¡Sí! —respondí con toda mi furia, con toda mi esperanza—. ¡Sí!

La verdad y la mentira se habían fundido en una. Se hizo el silencio. La mujer miró a su hija y luego a mí, de nuevo.

—Te puedes quedar hasta mañana por la noche —dijo—. Entonces te irás a otro sitio... Hay otro sitio al que puedes ir. Te darán algo de comida y...

Se detuvo, con expresión de remordimiento.

—Tendrás hambre. Voy a traerte...

—No, no tengo hambre. Solo cansancio.

—Entonces vete a la cama. Y tú también, Alice. Aquí hay sitio para las tres. Ya está.

Se dirigió hacia la niña y comenzó a barrer parte de la suciedad que Alice había metido en casa. Vi que cerraba los ojos un momento y luego miró hacia la puerta.

—Dana, has dicho. ¿Te llamas Dana?

—Sí.

—Me he olvidado la manta —dijo—. La he dejado fuera cuando... La he dejado fuera.

—Yo iré —dije.

Fui hacia la puerta y miré afuera. La manta estaba en el suelo, donde la había lanzado el patrullero, no lejos de la casa. Fui a agacharme, pero justo cuando la agarraba alguien me cogió por el brazo y empezó a sacudirme. Me vi de repente frente a un hombre blanco de cara ancha y pelo oscuro, de constitución recia y unos quince centímetros, más o menos, más alto que yo.

—¡Qué demonios! —balbuceó—. Tú no eres.

Me miró como si no estuviera muy seguro. Creo que me parecía demasiado a la madre de Alice y eso le desconcertó un poco.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

¿Qué podía hacer? Me tenía agarrada firmemente y apenas percibía los esfuerzos que yo hacía por soltarme.

—Yo vivo aquí —mentí—. ¿Qué estás tú haciendo aquí? —Pensé que sería más sencillo que me creyera si empleaba un tono indignado.

Pero no fue así: me pegó una fuerte bofetada con una mano mientras me sujetaba con la otra. Dijo despacio:

—No tienes modales, negra. Yo te enseñaré.

No dijo nada. Todavía me pitaban los oídos del golpe, pero le oí decir:

—Podrías ser su hermana. Su gemela, casi.

Me pareció que era bueno que pensara aquello, así que no dije nada. El silencio parecía ser lo más seguro.

—Su hermana vestida como un chico. —Esbozó una sonrisa—. La hermana fugitiva. Me pregunto cuánto valdrás.

El pánico se apoderó de mí. Ya era bastante horrible que me hubiera atrapado y me tuviera agarrada así. Y ahora se proponía entregarme, como si fuera una fugitiva. Le clavé en el brazo las uñas con la mano que tenía libre y le rasgué la piel desde el codo hasta la muñeca.

La sorpresa y el dolor le hicieron aflojar un poco y pude soltarme.

Le oí gritar, le oí salir corriendo tras de mí.

Yo fui hacia la puerta de la cabaña, pero me topé con la madre de Alice, que me impedía entrar.

—No —entres susurró—. No entres aquí, por favor.

No podía entrar. El hombre me atrapó, tiró de mí y me lanzó contra el suelo. Iba a patearme, pero rodé hacia un lateral y me puse en pie de un salto. El horror me proporcionaba una velocidad y una agilidad que yo no sabía que tenía.

Volví a correr, esta vez hacia los árboles. No sabía hacia dónde iba, pero el ruido que hacía el hombre persiguiéndome me obligaba a seguir hacia delante, en zigzag.

Ahora deseaba que el bosque fuera más espeso y oscuro, para poder perderme en él.

El hombre me derribó y me golpeó contra el suelo. Al principio me quedé pasmada, incapaz de moverme o defenderme, ni siquiera cuando me empezó a pegar; puñetazos, al principio. Nunca me habían pegado de esa manera. Nunca pensé que pudiera encajar tantos golpes sin perder la consciencia.

Cuando intentaba escabullirme, tiraba de mí. Cuando trataba de apartarle, apenas parecía advertirlo. Hubo un momento en el que conseguí, sin embargo, captar su atención. Se había agachado y se me había acercado mucho. Yo estaba tumbada boca arriba. Levanté las manos y se las puse en la cara; logré taponarle, en parte, los ojos con los dedos. En ese momento supe que podría detenerle, paralizarle en aquella época primitiva, destruirle.

Los ojos.

Lo único que tenía que hacer era mover un poco los dedos y hundirlos en los tejidos blandos, privarle de la vista y provocarle así un sufrimiento mayor que el que él me estaba dando a mí.

Pero no pude. Solo pensarlo me ponía mala, me inmovilizaba las manos ahí donde estaban. ¡Tenía que hacerlo! Pero no podía...

El hombre se apartó las manos de la cara y se retiró de mí, y yo me maldije por mi estupidez absoluta. Había perdido mi oportunidad sin hacer nada. Mis escrúpulos eran de otra época, pero me los había llevado conmigo. Y ahora me venderían como esclava solo por no tener estómago para defenderme con eficacia. ¡Esclava! Y había otra amenaza más inmediata.

El hombre había dejado de pegarme. Lo único que hacía en ese momento era mantenerme sujeta y mirarme. Me di cuenta de que le había dejado algunos arañazos en la cara. Arañazos superficiales, insignificantes. Se los frotó con las manos, miró la sangre, me miró a mí.

—Sabes que vas a pagar por esto, ¿verdad? —dijo.

Yo no respondí. Por la estupidez sí que tendría que pagar, en todo caso.

—Seguro que tú vales lo mismo que tu hermana —dijo—. He venido a por ella, pero tú eres igual.

Esto me aclaró quién era seguramente. Uno de los patrulleros. Probablemente el que había pegado a la madre de Alice. Alargó un brazo y me rasgó la blusa. Los botones volaron, pero yo no me moví. Entendí lo que aquel hombre se proponía hacer. Iba a desplegar parte de su propia estupidez y de ese modo me iba a dar otra oportunidad de destruirle. Casi me sentí aliviada.

Me arrancó el sujetador y yo me preparé para actuar. Una embestida rápida y listo. Pero entonces, sin motivo aparente, se puso de pie y me volvió a golpear con el puño. Yo aparté la cabeza y choqué contra algo duro justo cuando su puño aterrizaba en mi mandíbula.

Este dolor nuevo desbarató mi resolución y me lanzó de nuevo a un lado. Antes de que él volviera a inmovilizarme, solo pude moverme unos centímetros; pero

fueron suficientes para ver con qué me había golpeado; era un palo, tal vez una rama de árbol. Lo agarré con las dos manos y le golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza.

Se derrumbó sobre mi cuerpo.

Yo estaba tumbada, jadeando, intentando reunir fuerzas para ponerme en pie y echar a correr. El hombre tenía que haber traído un caballo. Si lograba encontrarlo...

Salí a rastras de debajo de su cuerpo pesado y traté de ponerme en pie. A medio camino sentí que perdía la consciencia y caía de espalda. Me agarré a un árbol y quise permanecer consciente. Si llegaba el hombre y me encontraba allí, me mataría. Seguro que me mataría. Pero no pude mantenerme agarrada al árbol. Me caí, me dio la impresión de que muy lentamente, y me hundí en una negrura sin estrellas.

5

El dolor me arrastró de nuevo a la consciencia. Al principio era lo único de lo que era consciente. Me dolía todo el cuerpo. Luego vi, sobre mí, una cara borrosa —la cara de un hombre— y me entró el pánico.

Me aparté, le pateé, clavé las uñas en aquellas manos que intentaban tocarme, traté de morderle, traté de llegar a sus ojos. Ahora sí era capaz de hacerlo. Ahora era capaz de hacer cualquier cosa.

—¡Dana!

Me quedé petrificada. ¿Mi nombre? Ningún patrullero sabía cómo me llamaba.

—Dana, mírame, por el amor de Dios.

¡Kevin! ¡Era la voz de Kevin! Miré hacia arriba y logré enfocar, por fin, su rostro. Estaba en casa. Estaba tumbada en mi propia cama, ensangrentada y sucia, pero a salvo. ¡A salvo!

Kevin estaba casi encima de mí, sujetándome, manchado con mi sangre y con la suya. Me di cuenta de que le había arañado la cara muy cerca del ojo.

—Kevin, ¡lo siento!

—¿Estás bien ya?

—Sí. Creía..., creía que eras el patrullero.

—¿El... qué?

—Él... Luego te lo cuento. Dios, cómo duele y qué cansada estoy. Pero da igual. Estoy en casa.

—Esta vez has estado fuera dos o tres minutos. No sabía qué pensar. No sabes qué alivio que hayas vuelto...

—¿Dos o tres minutos?

—Casi tres. He mirado el reloj. Pero me ha parecido más tiempo.

Cerré los ojos, dolorida y agotada. Entonces, no solo a mí me había parecido más tiempo. Había estado fuera varias horas y lo sabía bien. Pero en ese momento no me sentía capaz de discutirlo. No era capaz de discutir nada. Ese arrebato que me había impulsado a luchar cuando pensaba que así salvaría el pellejo me había abandonado.

—Te voy a llevar al hospital —dijo Kevin—. No sé cómo voy a explicarlo pero necesitas ayuda.

—No.

Se levantó. Sentí que me levantaba a mí.

—No, Kevin, por favor.

—Escúchame. No tengas miedo. Yo estaré contigo.

—No. Mira: lo único que hizo fue golpearme. Varias veces. Me pondré bien. — Sentí de repente que volvía aquella fuerza, ahora que la necesitaba—. Kevin, me fui de aquí la primera vez y también esta. Y aquí he vuelto. ¿Qué pasará si desaparezco estando en el hospital y regreso allí?

—Probablemente nada. —Pero se había detenido—. Nadie que te vea desaparecer y luego regresar se lo creerá. Y nadie osaría contárselo a otro.

—Por favor. Déjame dormir. Eso es lo que de verdad me hace falta: descansar. Los cortes y los golpes se curarán y yo me pondré bien.

Me llevó otra vez a la cama, probablemente contra su propia voluntad.

—¿Cuánto tiempo pasó para ti? —preguntó.

—Horas. Pero solo se complicó al final.

—¿Quién te hizo esto?

—Un patrullero. Pensó que era una fugitiva. —Fruncí el ceño—. Necesito dormir, Kevin. Te lo explicaré mejor mañana, te lo prometo.

Se me apagaba la voz.

—¡Dana!

Di un respingo, intentando prestarle atención de nuevo.

—¿Te violó?

Suspiré.

—No. Le pegué con un palo. Le dejé inconsciente. Déjame dormir.

—Espera un momento...

Sentí que me alejaba de él. Para mí era casi imposible seguir escuchando e intentar entender algo. Casi imposible responder.

Suspiré y cerré los ojos. Le oí ponerse en pie y alejarse, oí agua correr en algún sitio. Y luego me dormí.

Cuando desperté —a la mañana siguiente, cuando aún no había amanecido— estaba limpia. Llevaba puesto un camisón viejo de franela que no había usado desde que nos casamos y que desde luego nunca me había puesto en junio. Junto a mí tenía una bolsa de loneta con un par de pantalones, una blusa, ropa interior, un jersey, zapatos y la navaja más grande que había visto en mi vida. Tenía la bolsa atada a la cintura con un trozo de cuerda. Al otro lado estaba Kevin, todavía dormido. Se despertó cuando le di un beso.

—Aún estás aquí —dijo con un tono inconfundible de alivio y me abrazó, recordándome con dolor los cardenales. Entonces se dio cuenta, me soltó y encendió la luz—: ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien. —Me incorporé, me levanté de la cama y conseguí permanecer en pie unos instantes. Luego volví a la cama—. Se está curando.

—Bien. Has descansado, te estás curando y ya puedes contarme qué demonios te ocurrió. Y qué es un patrullero. Porque no hago más que pensar en la policía de tráfico...

Recordé lo que había leído.

—Un patrullero es..., era... un hombre blanco, normalmente joven, con frecuencia pobre y a veces borracho. Miembro de un grupo de hombres como él, organizados para mantener a los negros a raya.

—¿Qué?

—Los patrulleros se encargaban de que los esclavos estuvieran por la noche donde tenían que estar y de castigar a los que no lo estaban. Perseguían a los que se habían fugado. Les pagaban por ello. A veces lo único que hacían era agitar el ambiente y divertirse un poco aterrorizando a personas que no tenían derecho a defenderse.

Kevin se apoyó en un codo y me miró.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde estabas?

—En Maryland. En algún punto de la orilla este, si no entendí mal a Rufus.

—¡Maryland! A cinco mil kilómetros de aquí en... ¿cuánto tiempo? ¿Un par de minutos?

—Más de cinco mil kilómetros. Más que cualquier distancia en kilómetros. —Cambié de postura para aliviar la presión sobre un cardenal que me dolía más que los otros—. Deja que te lo cuente todo.

Recordé toda la historia y se la conté con detalle, como había hecho la vez anterior. También esta vez me escuchó sin interrumpirme. Y en esta ocasión, cuando terminé, se limitó a mover la cabeza.

—Esto es cada vez más absurdo —suspiró.

—Para mi no.

Me miró de soslayo.

—Para mí es cada vez más creíble. Y no me gusta. No quiero estar ahí en medio. No quiero entender cómo puede pasar, pero es real. Duele demasiado para no serlo.

Y... mis antepasados, ¡por Dios!

—Tal vez.

—Kevin, puedo enseñarte la Biblia.

—Pero ya habías visto la Biblia, ya sabías la historia de esa gente, sus nombres, que eran de Maryland. Sabías...

—¿Y qué demuestra eso? ¿Que he tenido alucinaciones y me he puesto a jugar con los nombres de mis antepasados? Me gustaría que pudieras sentir parte de este dolor que debe ser una alucinación mía.

Me puso un brazo sobre el pecho, apoyándolo en una zona donde no había cardenales. Al cabo de un rato, dijo:

—¿De verdad crees que puedes viajar en el tiempo, retroceder más de un siglo, desplazarte casi cinco mil kilómetros y ver a tus antepasados muertos?

Me revolví, incómoda.

—Sí —dije en voz baja—. Por raro que suene, por raro que te parezca, ha sucedido así. Y burlándote no me estás ayudando mucho.

—No me estoy burlando.

—Eran mis antepasados. Hasta ese maldito parásito, el patrullero, se dio cuenta de que la madre de Alice y yo nos parecíamos.

No dijo nada.

—Te voy a decir una cosa: no puedo actuar como si no tuviera nada que ver con ellos. No puedo permitir que les pase nada, ni al niño ni a la niña, si puedo impedirlo de algún modo.

—No vas a poder, hagas lo que hagas.

—Kevin, por favor, tómate esto en serio.

—Eso hago. Y haré todo lo que pueda para ayudarte.

—¡Pues créeme!

Suspiró.

—Justo lo que acabas de decir.

—¿Qué?

—No puedo actuar como si no lo creyera. A fin de cuentas, cuando desapareces de aquí tienes que ir a algún lugar. Y si ese lugar es el que tú crees, el sur de antes de la guerra de Secesión, entonces tengo que encontrar la forma de protegerte mientras estás aquí.

Me acerqué más a él, aliviada, contenta incluso a pesar de una aceptación tan poco entusiasta. Se había erigido de pronto en mi ancla, mi asidero con mi propio mundo. No podía imaginarse lo mucho que le necesitaba ahí, firme a mi lado.

—No sé si eso es posible. Una mujer negra sola..., ni siquiera un hombre negro... no sé si puede estar a salvo en ese lugar —dije—. Pero si tienes alguna idea, estaré encantada de escucharla.

No dijo nada durante unos segundos. Luego alargó los brazos por encima de mi cuerpo para agarrar la bolsa de lona y sacar la navaja.

—Esto te dará más opciones. Si eres capaz de usarla.

—Ya la he visto.

—¿Sabes usarla?

—Lo que quieres saber es si voy a usarla.

—También.

—Sí. Antes de esta última noche puede que no estuviera tan segura. Pero ahora sí.

Se levantó y salió un momento de la habitación. Luego regresó con dos reglas de madera.

—Demuéstramelo —dijo.

Desaté el cordel de la bolsa de lona y me levanté, recordando el dolor de algunos músculos al moverme. Avancé cojeando hacia él, cogí una de las reglas y la miré. Me froté la cara, soñolienta. Y con un movimiento súbito le di un golpe fulminante con la regla en el abdomen justo cuando él abría la boca para decir algo.

—Eso es —dijo.

Hizo una mueca.

—Kevin, no creo que vaya a participar en una pelea de iguales...

No dijo nada.

—¿No lo entiendes? Soy una pobre negra tonta y asustada hasta que cambie mi suerte. Si las cosas se ponen de mi parte, ni siquiera verán la navaja. No hasta que sea tarde.

Negó con la cabeza.

—¿Qué más hay que no sepa de ti?

Me encogí de hombros y volví a la cama.

—He presenciado la violencia de esa época en la pantalla el tiempo suficiente para haber aprendido un par de cosas.

—Me alegra saberlo.

—Pues no sirve de mucho.

Se sentó cerca de donde yo estaba tumbada.

—¿Qué quieres decir?

—La mayoría de la gente que rodea a Rufus sabe lo que es la violencia de verdad mejor de lo que todos los guionistas actuales lo sabrán en toda su vida.

—Eso es discutible.

—No creo que pueda sobrevivir allí. Ni con una navaja ni con una pistola.

Inspiró profundamente.

—Mira, si te vuelven a arrastrar hacia allí, no puedes hacer otra cosa: tienes que intentar sobrevivir. No puedes dejar que te maten sin más.

—No, no me matarán. A no ser que sea lo suficientemente idiota como para resistirme a que me hagan otras cosas que suelen hacer, como violarme, llevarme a la cárcel por escaparme y venderme al mejor postor cuando vean que mi dueño no viene a reclamarme. —Me froté la frente—. Casi preferiría no haber leído cosas de estas.

—Pero no tiene por qué suceder así. Había negros libres. Tú podrías pasar por uno de ellos.

—Los negros libres tienen papeles que prueban que son libres.

—Y tú también puedes tenerlos. Podemos falsificar un...

—Si supiéramos cómo. Quiero decir que no sabemos qué aspecto tiene un certificado de libertad. Yo he leído algo de eso, pero nunca he visto uno.

Se puso en pie y se fue al salón. Un momento después volvió y dejó caer sobre la cama un cargamento de libros.

—He traído todo lo que tenemos sobre la historia de los negros —dijo—. Empieza a buscar.

Había diez libros. Comprobamos el índice de todos ellos y hojeamos algunos página por página para asegurarnos. Nada. Lo cierto es que no había pensado que en aquellos libros podría haber algo. No los había leído todos, pero sí les había echado un vistazo anteriormente.

—Entonces iremos a la biblioteca —dijo Kevin—. Iremos hoy mismo, en cuanto abran.

—Si aún estoy aquí cuando abran.

Dejó los libros en el suelo y volvió a meterse en la cama. Se quedó tumbado a mi lado mirándome con aire inquisidor.

—¿Y el pase que se suponía que tenía el padre de Alice?

—Un pase no es más que una nota manuscrita donde consta que el esclavo tiene permiso para estar fuera de casa en un determinado momento.

—Una simple nota.

—Exacto —dije—. ¿Te das cuenta? Esa es una de las razones por las que en algunos estados era ilegal enseñar a los esclavos a leer y escribir: porque podían escaparse escribiendo sus propios permisos. Algunos se escaparon así.

Me levanté, fui al despacho de Kevin y cogí una libreta pequeña y un bolígrafo del escritorio, y el atlas grande de su estantería.

—Voy a arrancar la hoja de Maryland —le dije cuando volví al dormitorio.

—Adelante. Ojalá tuviera un atlas de carreteras. En él saldrían carreteras que no existirían entonces, pero podría orientarte para moverte por allí.

—En este aparecen las rutas principales. Y muestra también muchos ríos. Seguro que en 1815 no había muchos puentes.

Miré con atención el mapa y volví a levantarme.

—¿Qué buscas ahora?

—La enciclopedia. Quiero ver cuándo construyó la Ferroviaria de Pensilvania esta fantástica vía de tren que recorre la península. Tendría que ir hasta Delaware para cogerlo, pero me llevaría hasta Pensilvania.

—Olvídalo —dijo—. En 1815 no había trenes.

Busqué, de todos modos, y vi que la Ferroviaria de Pensilvania no había empezado a construir hasta 1846. Volví a la cama y metí el bolígrafo, el mapa y la

libreta en la bolsa de lona.

—Vuelve a atarte esa cuerda a la cintura —dijo Kevin.

Obedecí sin replicar.

—Creo que se nos ha olvidado algo —dijo—. Volver a casa podría resultarte más fácil de lo que crees.

—¿Volver a casa? ¿Aquí?

—Aquí. Tal vez tengas más control sobre tu regreso del que te crees.

—No tengo ningún control en absoluto.

—Puede que sí. Escucha: ¿recuerdas el conejo o lo que fuera, eso que dijiste que había cruzado el camino delante de ti?

—Sí.

—Te asustó.

—Me aterrorizó. Durante unos segundos pensé que era... No sé, algo muy peligroso.

—Y el miedo te hizo marearte y pensaste que volvías a casa. ¿Te sueles marear cuando sientes miedo?

—No.

—Creo que esta vez tampoco. Al menos no en el sentido normal. Creo que tenías razón. Casi vienes a casa. Tu miedo casi te envía de vuelta a casa.

—Pero..., pero mientras estuve allí tuve miedo constantemente. Estaba horrorizada, casi al borde de la locura, mientras aquel patrullero me pegaba. Y, sin embargo, no regresé hasta que le dejé fuera de combate. Me salvé yo sola.

—Esto no ayuda mucho.

—No.

—Pero... verás. ¿Crees que ya se había resuelto tu pelea con el patrullero? Dices que tenías miedo de que te encontrara allí sin conocimiento y te matara.

—Lo hubiera hecho, por venganza. Yo me defendí y le hice daño, sí. Pero no creo que me hubiera dejado marchar así sin más.

—Puede que tengas razón.

—Tengo razón.

—O, mejor dicho, crees que la tienes.

—Kevin...

—Espera, escúchame: creíste que tu vida corría peligro, que el patrullero te iba a matar. Y en el viaje anterior también creíste que tu vida estaba en peligro, porque el padre de Rufus te estaba apuntando con el rifle.

—Sí.

—Y con lo del animal... creíste que era algo peligroso.

—Pero lo vi a tiempo. Era un borrón negro, pero fue suficiente para darme cuenta de que era algo pequeño e inofensivo. Ya veo lo que quieres decir.

—Que hubiera sido mejor para ti que el animalillo fuese una serpiente. Tu peligro, entonces, o lo que tú hubieras percibido como peligro, te habría devuelto a

casa antes de encontrarte con el patrullero.

—Entonces... el miedo de Rufus a la muerte es lo que me atrae hacia él y mi propio miedo a la muerte lo que me devuelve a casa.

—Eso parece.

—Pues no ayuda mucho, la verdad.

—Pero podría.

—Piénsalo, Kevin. Si aquello de lo que tengo miedo no es verdaderamente peligroso, si es un conejo en lugar de una serpiente, me quedo donde estoy. Si es peligroso, puede matarme antes de devolverme a casa. Y volver a casa lleva un rato, te lo aseguro. Hay que pasar el mareo, la náusea...

—Segundos.

—Segundos que aumentan cuando algo está a punto de matarte. No podría ponerme por mi propia voluntad en una situación de peligro con la esperanza de volver a casa antes de que caiga el hacha. Y si me meto en algún lío por accidente, desde luego no me quedaría esperando con los brazos cruzados hasta que llegara la salvación. Porque entonces podría volver hecha pedazos.

—Sí. Ya veo lo que quieres decir.

Suspiré.

—Así que cuanto más lo pienso más difícil me resulta creer que podría sobrevivir a estos viajes..., aunque no fueran muchos más..., a un lugar como ese. Hay demasiadas cosas que pueden torcerse.

—Para, no sigas. Mira: tus antepasados sobrevivieron a esa época. Sobrevivieron con menos ventajas de las que tú tienes. Y tú no eres menos que ellos.

—En cierto sentido, sí.

—¿En qué sentido?

—En la fuerza. La resistencia. Para sobrevivir, mis antepasados tuvieron que enfrentarse a muchas cosas a las que yo no podría. Muchas más cosas. Ya sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé —dijo con tono de fastidio—. Te estás hundiendo en una actitud que podría resultar suicida, si no le pones remedio.

—Pero es que es de suicidio de lo que hablo, Kevin. De suicidio o algo peor. Por ejemplo, podría haber utilizado esa navaja anoche con el patrullero, si la hubiera llevado. Le podría haber matado. Eso habría terminado con la amenaza de peligro inminente que se cernía sobre mí y entonces yo no habría vuelto a casa. Pero si los amigos de ese patrullero llegan a pillarme, me habrían matado. Y si no, habrían ido a por la madre de Alice. Igual fueron, a pesar de todo. Así que o habría muerto yo o habría causado la muerte a otra persona inocente.

—Pero el patrullero estaba tratando de... —Se detuvo, me miró—. Ya veo.

—Bien.

Se produjo un largo silencio y me abrazó.

—¿Me parezco al patrullero?

—No.

—¿Y tengo el aspecto de alguien a cuyo lado volverías desde dondequiera que estuvieses?

—Necesito que estés aquí para volver a ti. Eso ya lo he comprobado.

Me miró pensativo un momento.

—Sigue volviendo a casa —dijo al fin—. Yo también te necesito.

La caída

Creo que Kevin estaba tan solo y tan fuera de lugar como yo cuando nos conocimos, aunque él lo llevara mejor. Pero en aquel momento él estaba a punto de escapar.

Yo estaba trabajando con una agencia de trabajo temporal. Los habituales lo llamábamos «el mercado de esclavos», pero en realidad era todo lo contrario a la esclavitud. A los que la dirigían no les importaba lo más mínimo si uno se presentaba en el puesto que le habían ofrecido, porque en cualquier caso siempre tenían más demandantes de trabajo que puestos que ocupar. Si uno quería resultar elegido para algún trabajo, lo que tenía que hacer era ir a su oficina a eso de las seis de la mañana, registrarse y sentarse a esperar. Al lado siempre tendría algún borracho que esperaba que le dieran unas cuantas botellas más, mujeres pobres con niños pequeños que intentaban sacarse algún complemento al cheque del subsidio, muchachos que buscaban su primer empleo, gente mayor que había perdido el suyo demasiadas veces y, normalmente, alguna vieja loca de la calle que hablaba sola sin parar y que daba igual lo que hiciera: no la contratarían, porque solo llevaba un zapato.

Nos sentábamos allí y nos quedábamos sentados hasta que el coordinador nos enviaba a trabajar a algún sitio o nos mandaba a casa. Irse a casa significaba que no habría dinero. Que habría que meter otra patata en el horno. O, llevados por la desesperación, vender un poco de sangre en alguno de los puestos que había en la misma calle de la agencia. Yo solo había hecho aquello una vez.

Si te mandaban a trabajar te pagaban el salario mínimo —menos la cuota del Tío Sam— durante las horas que te necesitaran en la empresa. Barrías el suelo, ensobrabas cartas, hacías un inventario, lavabas platos, clasificabas patatas fritas (¡lo digo en serio!), limpiabas váteres, etiquetabas productos con el precio... Hacías lo que te mandaran. Casi siempre eran trabajos para los que no hacía falta usar el cerebro y, desde el punto de vista de los empleados, los desempeñaba gente que no tenía cerebro: no-gente alquilada para trabajar unas horas, unos días, unas semanas. Qué importaba.

Yo hacía el trabajo, me iba a casa, comía y dormía unas horas. Después me levantaba y escribía. A la una o las dos de la mañana estaba totalmente despierta, totalmente viva y trabajando a tope en mi novela. Durante el día solía llevar encima una caja pequeña de No Doz. Gracias a ellas me mantenía despierta, aunque no mucho. Lo primero que me dijo Kevin fue:

—¿Por qué siempre andas por ahí como un zombi?

Kevin era uno de los empleados fijos de un almacén de recambios al que fuimos un grupo enviado por la agencia para hacer inventarlo. Yo iba por allí, caminando entre los estantes de tuercas, tornillos, tapacubos, embellecedores y sabe el cielo qué

más. Tenía que supervisar lo que hacían los otros. Tenía la costumbre de ir al trabajo todos los días y de hacerlo en las condiciones necesarias para contar, para que el encargado supiera que, zombi o no, yo era quien controlaba a los demás. Pero él tenía razón: había algunos que venían después de haber pasado la noche bebiendo y contaban cinco unidades por caja, cuando estaba claramente indicado que contenía cincuenta unidades.

—¿Zombi? —repetí levantando la vista de una bandeja de cables cortos y negros, y mirando a Kevin.

—Parece que vas sonámbula todo el día —dijo—. ¿Te has metido algo o qué?

No era más que un auxiliar o, en cualquier caso, desempeñaba algún puesto de la zona baja del escalafón. No tenía autoridad alguna sobre mí y yo no tenía por qué darle explicaciones.

—Hago mi trabajo —contesté con tranquilidad.

Volví a mis cables, los conté, corregí la hoja del inventario, puse mis iniciales y pasé al estante siguiente.

—Me ha dicho Buz que eres escritora —dijo aquella voz, que yo pensaba que se había marchado ya.

—Mira, no puedo contar si no paras de hablarme.

Saqué una bandeja llena de tornillos grandes. Veinticinco por caja.

—Tómame un descanso.

—¿Has visto a ese tipo al que la agencia mandó a su casa ayer? Se tomó demasiados descansos. Y yo, por desgracia, necesito este trabajo.

—¿Eres escritora?

—Soy una mierda, por lo que a Buz respecta. Cree que la gente que lee un libro no es normal. Además —añadí con amargura—, ¿qué iba a hacer un escritor trabajando en el mercado de esclavos?

—Pagarse el alquiler y las hamburguesas, supongo. Por eso trabajo yo en un almacén.

Me espabilé un poco y luego le miré bien. Era poco habitual encontrar un blanco tan guapo: tenía un rostro joven, sin apenas arrugas, pero el pelo totalmente gris y los ojos tan claros que casi eran incoloros. Era musculoso, proporcionado, pero no superaba mi metro setenta y cinco. Así que me encontré mirándole fijamente a aquellos extraños ojos. Aparté la mirada confusa, preguntándome si no había visto en ellos cierta ira. Tal vez era más importante de lo que yo había creído, tal vez tenía cierta autoridad.

—¿Eres tú escritor? —pregunté.

—Ahora ya sí —dijo sonriendo—. Acabo de publicar un libro. El viernes dejo este trabajo.

Le miré con una mezcla terrible de envidia y frustración.

—Enhorabuena.

—Mira —dijo sin dejar de sonreír—: es casi la hora de comer. Come conmigo. Quiero saber qué estás escribiendo.

Y se fue. Yo no había dicho ni sí ni no, pero él ya se había ido.

—¡Eh! —susurró otra voz a mi espalda.

Buz. Cuando estaba sobrio, el payaso de la agencia. El vino, sin embargo, le ponía en una especie de trance en el que se limitaba a quedarse sentado con la mirada fija en algún sitio y con aspecto de retrasado mental. Cosa que no era. O no del todo. Le importaba todo un pimiento, incluso él mismo. Se bebía la paga entera y andaba por ahí cubierto de harapos. No se bañaba en la vida.

—Eh, ¿entonces os vais a juntar los dos y a escribir unos libros? —preguntó con expresión maliciosa.

—Lárgate de aquí —le dije, tratando de mantener una respiración normal.

—Vais a escribir juntos un poco de pornografía...

Y se marchó, riéndose.

Más tarde, en una de las mesas redondas de metal oxidado que había en un rincón del almacén que funcionaba como comedor, averigüé más cosas de mi nuevo amigo. Kevin Franklin era su nombre. Y no solo le habían publicado el libro: había vendido muchos ejemplares. Con ese dinero podía vivir mientras escribía el siguiente. Podía dejar ese trabajo de mierda, esperaba que para siempre.

—¿Por qué no comes? —preguntó cuando se paró para coger aire.

El almacén estaba en un área industrial de Compton de nueva construcción, lo suficientemente lejos de las cafeterías y de los puestos de perritos calientes como para disuadirnos a la mayoría de ir allí a comer. Algunos se llevaban la comida de casa. Otros la compraban en la furgoneta de *catering*. Yo no había hecho ni una cosa ni la otra: me estaba tomando una taza de aquel café que parecía agua de fregar y que estaba a disposición, gratuitamente, de todos los empleados del almacén.

—Estoy a dieta —dije.

Me miró unos instantes, se puso de pie y me hizo levantarme.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Al furgón. Si está todavía.

—Espera un momento, no tienes que...

—Oye, que yo también he hecho esa dieta.

—Estoy bien —mentí, incómoda—. No me apetece tomar nada.

Me dejó allí sentada, se fue hacia el furgón y volvió con una hamburguesa, leche y una porción pequeña de pastel de manzana.

—Come —dijo—. Aún no soy lo bastante rico como para tirar el dinero, así que cómetelo.

Y, para mi propia sorpresa, comí. No tenía intención de hacerlo. Tenía la agitación que da la cafeína, estaba enfadada y era perfectamente capaz de tirar su dinero. A fin de cuentas, le había dicho que no se lo gastara. Pero comí.

Llegó Buz, caminando furtivo.

—Eh —dijo otra vez en voz baja—. ¡Porno!

Se marchó.

—¿Qué? —preguntó Kevin.

—Nada —dije—. Está loco. —Y añadí—: Gracias por el almuerzo.

—Está bien. Y ahora dime: ¿qué escribes?

—Relatos, por ahora. Pero estoy trabajando en una novela.

—Claro. ¿Has vendido algún relato?

—Alguno, sí. A revistas insignificantes de las que no habrás oído hablar. Ese tipo de revistas que, como pago, te regalan un par de ejemplares.

Movió la cabeza.

—Te vas a morir de hambre.

—No. Con el paso del tiempo he llegado a convencerme de que mis tíos tenían razón.

—¿En qué? ¿En que tenías que haber sido contable?

Me sorprendí de nuevo: me estaba riendo a carcajadas. Aquella comida me estaba haciendo revivir.

—Nunca se plantearon que fuese contable —dije—. Pero les habría parecido bien. Es lo que ellos llaman «sensato». Querían que fuese enfermera, secretaria o maestra, como mi madre. Maestra era lo más.

—Sí —suspiró—. Yo se supone que tenía que ser ingeniero.

—Eso es mejor.

—No para mí.

—Bueno. De todos modos, tú ya has demostrado que estabas en lo cierto.

Se encogió de hombros y no me dijo algo que me diría un tiempo después: que sus padres, como los míos, estaban muertos. Habían muerto años atrás en un accidente de coche, esperando que venciera la sensatez y se hiciera ingeniero.

—Mis tíos me dijeron que podía escribir en mi tiempo libre, si quería —le conté—. Pero mientras, para buscarme un futuro de verdad, tendría que ponerme a estudiar algo sensato, si esperaba que ellos me mantuvieran. Del programa de enfermería pasé a los estudios superiores de secretariado y de ahí a maestra de educación elemental. Todo en dos años. La experiencia fue muy mala. Y yo no fui mejor.

—¿Y qué hiciste? —preguntó—. ¿Catear?

Me atragaté con un trozo duro del pastel.

—¡Claro que no! Siempre tuve buenas notas. Pero para mí no significaba nada. No conseguía «fabricar» interés: no el suficiente para seguir con aquello. Al final conseguí un trabajo, me fui de casa y dejé los estudios. Pero sigo yendo a la UCLA siempre que puedo permitírmelo. Voy a clases de Escritura.

—¿Es este el trabajo que conseguiste?

—No. Trabajé un tiempo en una empresa aeroespacial. No era más que una simple mecanógrafa, pero conseguí abrirme camino hasta el departamento de

publicidad. Estuve escribiendo artículos para el boletín de la empresa y notas de prensa para mandar fuera. Cuando vieron que lo hacía bien, se mostraron encantados. Tenían una escritora por el precio de una mecanógrafa.

—Parece un puesto en el que podías haberte quedado para ascender luego.

—Esa era mi intención. Un trabajo administrativo sin más no podría soportarlo, pero aquello estaba bien. Luego, hace cosa de un año, cerraron el departamento.

Se echó a reír, pero sonó a risa compasiva.

Buz, al volver de la máquina de café, murmuró:

—Porno con vainilla y chocolate.

Cerré los ojos, exasperada. Siempre hacía lo mismo. Soltaba una broma que ya desde el principio no tenía la menor gracia y luego la exprimía hasta la última gota.

—Dios, a ver si se emborracha y se calla.

—¿Emborrachándose se calla? —preguntó Kevin.

Asentí.

—Es la única manera.

—No importa. Ya he oído lo que ha dicho.

Sonó el timbre que señalaba el final de la media hora de almuerzo y Kevin hizo una mueca que arruinaba por completo el efecto de sus ojos. Luego se puso de pie y se marchó.

Pero volvió. Volvió durante toda esa semana en todos los descansos a la hora de comer. Con lo que la agencia me pagaba diariamente, me bastaba para comprarme mi propia comida —y pagar unos dólares a mi casera—, pero yo seguía esperando verle, esperando hablar con él. Había escrito y publicado tres novelas y, aparte de los miembros de su familia, nunca había conocido a nadie que las hubiera leído, según me dijo. Le daban tan poco dinero que había decidido coger trabajos de encefalograma plano, como aquel del almacén, y se había dedicado a escribir. Con total ausencia de sensatez, contra lo que le aconsejaba la gente cabal. Era como yo: un espíritu libre capaz de seguir intentándolo. Sentía con él una especie de parentesco, al fin...

—Yo estoy aún más loco que tú —dijo—. A fin de cuentas, soy mayor que tú. Lo suficiente para reconocer el fracaso y dejar de soñar. O eso me dicen.

Había encanecido prematuramente, con treinta y cuatro años. Le sorprendió enterarse de que yo solo tenía veintidós.

—Pareces mayor —dijo, sin el menor tacto.

—Como tú —murmuré yo.

Se rio.

—Lo siento. Al menos a ti te favorece.

Yo no estaba muy segura de que aquello me favoreciera, pero me alegré de que a él le gustara. Estaba empezando a dar importancia a lo que le gustaba y lo que no. Una de las mujeres de la agencia me dijo, con ese candor típico del mercado de esclavos, que él y yo formábamos la pareja más rara que había visto en el mundo.

Le dije, y no con mucha suavidad, que entonces no había visto mucho mundo y que de todos modos no era asunto suyo. Pero a partir de ese momento pensé en nosotros como pareja. Y me gustó la idea.

Mi contrato con el almacén y su etapa allí terminaron el mismo día. El afán casamentero de Buz nos había regalado una semana juntos.

—Oye —dijo Kevin el último día—, ¿te gustan las obras de teatro?

—¿Las obras de teatro? Claro. Escribí un par de ellas en el instituto. De un acto. Muy malas.

—Yo también perpetré alguna. —Se sacó algo del bolsillo y me lo dio. Eran entradas. Dos entradas para una obra teatral de éxito que acababa de llegar a Los Ángeles. Creo que me brillaron los ojos.

—No quiero perderte de vista solo porque ya no seamos compañeros de trabajo —dijo—. ¿Mañana por la noche?

—Mañana por la noche —acepté.

Fue una velada estupenda. Le invité a mi casa cuando acabó la función y la noche fue aún mejor. Y en algún momento de la mañana siguiente, durante las primeras horas, mientras estábamos los dos tumbados en mi cama juntos, cansados y satisfechos, me di cuenta de que sabía menos de la soledad de lo que creía... y mucho menos de lo que sabría después, una vez que él se había ido.

2

Decidí no ir con Kevin a la biblioteca a buscar documentos para falsificar. Me preocupaba qué pasaría si Rufus me llamaba mientras íbamos en el coche. ¿Llegaría hasta él, en su época, si me pillaba en movimiento, pero ya sin la protección del coche? ¿O llegaría sana y salva, pero tendría problemas para regresar porque en esa ocasión regresaría a una calle muy transitada?

No quería averiguarlo. Así que mientras Kevin se preparaba para ir a la biblioteca yo me quedé sentada en la cama, completamente vestida, y metí en la bolsa de lona un peine, un cepillo y una pastilla de jabón. Me daba miedo quedarme atrapada en la época de Rufus más tiempo que la otra vez. El primer viaje había durado solo unos minutos, el segundo unas horas. ¿Y el siguiente? ¿Duraría días?

Entró Kevin a decirme que se iba. No quería que me dejara sola, pero pensé que esa mañana ya había llorado bastante. Me tragué mis temores o eso creí.

—¿Estás bien? —me preguntó—. No tienes buen aspecto.

Me miré al espejo por primera vez después de la paliza y a mí también me pareció que no tenía buen aspecto. Abrí la boca para tranquilizarle, pero antes de que pudiera

decir palabra me di cuenta de que algo no marchaba. La habitación estaba empezando a oscurecerse y a girar.

—Ay, no —gemí.

Cerré los ojos para protegerme del mareo. Luego me senté abrazada a la bolsa de lona, esperando.

De pronto vi a Kevin a mi lado, agarrándome. Intenté apartarle. Temía por él, no sabía por qué. Le grité que me soltara.

Luego desaparecieron las paredes de la habitación y la cama en la que estaba sentada. Me vi tirada en el suelo, bajo un árbol. Kevin estaba tumbado a mi lado, no me había soltado. Entre los dos, la bolsa de lona.

—¡Dios mío! —musité, incorporándome.

Kevin se sentó también. Miró a su alrededor, sorprendido. Estábamos de nuevo en el bosque y esta vez era de día. El campo era muy parecido a como lo recordaba de mi primer viaje, aunque esta vez no se veía ningún río.

—Ha sucedido —dijo Kevin—. Y es real.

Le cogí la mano y la apreté, alegrándome de sentir algo familiar. Sin embargo, hubiera querido que estuviese en casa. En aquel lugar su presencia suponía para mí, seguramente, una protección más fuerte que la que me hubieran proporcionado los papeles, pero no quería que estuviera allí. No quería que aquel lugar le tocara, salvo por mediación mía. Pero ya era demasiado tarde.

Busqué a Rufus, segura de que estaría por allí. Estaba. Y supe, en el momento en que le vi, que esta vez era demasiado tarde para salvarle del peligro.

Estaba tumbado en el suelo con el cuerpo hecho un ovillo y se agarraba una pierna con ambas manos. Junto a él había otro niño, un niño negro de unos doce años. Rufus parecía no ver más que su pierna, pero el otro niño sí nos vio. Puede que incluso hubiera visto que habíamos aparecido de la nada. Quizá por eso estaba tan asustado.

Me puse en pie y me acerqué a Rufus. Al principio no se dio cuenta. Tenía la cara desencajada por el dolor y manchada de barro y lágrimas, pero no lloraba. Parecía tener unos doce años, igual que el niño negro.

—Rufus.

Miró hacia arriba, asombrado.

—¿Dana?

—Sí.

Me sorprendió que me recordara, con los años que habían transcurrido para él.

—Te he vuelto a ver —dijo—. Estabas en una cama. Justo cuando empecé a caer, te vi.

—Has hecho algo más que verme —dije.

—Me he caído. Esta pierna...

—¿Tú quién eres? —preguntó el otro niño en tono exigente.

—Déjala, Nigel —dijo Rufus—. Es la que te dije. La que apagó el fuego la vez aquella.

Nigel me miró a mí, luego otra vez a Rufus.

—¿Y te puede arreglar la pierna?

Rufus me miró expectante.

—Lo dudo —dije—. Pero déjame verla.

Le aparté las manos con toda la suavidad que pude y le subí la pernera del pantalón. La pierna no tenía buen color y estaba hinchada.

—¿Puedes mover los dedos? —pregunté.

Lo intentó y logró mover un poco un par de dedos del pie.

—Se le ha roto —comentó Kevin, que se había acercado a mirar.

—Sí —dije yo mirando al otro niño, a Nigel—. ¿De dónde se ha caído?

—De allí. —El chico señaló hacia arriba: había una rama de árbol colgando encima de nosotros. Una rama partida.

—¿Sabes dónde vive? —pregunté.

—Pues claro. Vive donde yo.

El chico era seguramente esclavo, me di cuenta entonces, y propiedad de la familia de Rufus.

—Pues sí que hablas tú raro —dijo Nigel.

—Bueno, es cuestión de gustos —dije—. Mira, si aprecias a Rufus y te preocupa lo que le suceda, es mejor que vayas a decir a su padre que mande... una carreta. Que vengán a buscarle. No puede ir andando a ningún sitio.

—Se puede apoyar en mí.

—No. Lo mejor que puede hacer es volver a casa echado boca arriba. De esa forma es como le dolerá menos. Ve a decir a su padre que Rufus se ha roto la pierna. Que venga un médico. Nos quedaremos con él hasta que vuelvas con la carreta.

—¿Vosotros? —Me miró a mí y luego a Kevin dejando claro que no le parecíamos de fiar; al final me preguntó—: ¿Por qué vas vestida como un hombre?

—Nigel —dijo Kevin con calma—, no te preocupes por cómo va vestida. Ve a buscar ayuda para tu amigo...

—¿Mi amigo?

Nigel lanzó a Kevin una mirada de susto y luego miró a Rufus.

—Ve, Nigel —le instó Rufus—. Me duele horrores. Di que yo te mandé ir.

Y al final Nigel fue, a regañadientes.

—¿De qué tiene miedo? —pregunté a Rufus—. ¿Se va a meter en un lío por dejarte aquí?

—Puede. —Rufus cerró los ojos de dolor y se quedó así un momento—. O por dejar que me pasara esto. Espero que no. Dependerá de si alguien ha sacado a mi padre de sus casillas en el último rato.

Bien. Su padre no había cambiado. Yo no tenía las menores ganas de conocerle. Pero al menos no tendría que hacerlo sola. Miré a Kevin. Se había arrodillado junto a

mí para echar otro vistazo a la pierna de Rufus.

—Menos mal que iba descalzo —dijo—. Si hubiera llevado zapato, habríamos tenido que cortarlo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Rufus.

—Me llamo Kevin. Kevin Franklin.

—¿Y ahora Dana es tuya?

—En cierto modo, sí —dijo Kevin—. Es mi esposa.

—¿Esposa? —chilló Rufus.

Yo suspiré.

—Kevin, creo que es mejor que me bajes de categoría. En esta época...

—Los negros no se pueden casar con blancos —dijo Rufus.

Puse una mano sobre el brazo de Kevin justo a tiempo para impedir que dijera lo que iba a decir. Su expresión bastó para asegurarme que se mantendría callado.

—El chico ha aprendido a hablar así por su madre —dije suavemente—. Y por su padre, y probablemente por los propios esclavos.

—¿He aprendido a hablar cómo? —preguntó Rufus.

—Como hablas de los negros —respondí yo—. No me gusta esa palabra, ¿recuerdas que te lo dije? Intenta no decirlo con desprecio. Puedes decir personas negras, de raza negra o de color.

—¿Para qué voy a decir todo eso? ¿Y cómo puedes estar casada con él?

—Rufe, ¿te gusta a ti que la gente te llame basura blanca cuando habla contigo?

—¿Qué? —Se puso en pie muy enfadado, olvidándose de la pierna, y se volvió a caer—. Yo no soy basura —susurró—. Maldita negra...

—Chissst, Rufe. —Le puse la mano en el hombro para tranquilizarle; según parecía, había logrado darle donde le dolía—. No he dicho que tú seas basura. He preguntado que cómo te sentirías si te llamaran así. Y ya veo que no te gusta. Pues a mí tampoco me gusta que me llamen negra así, con desprecio.

Se quedó callado mirándome con el ceño fruncido, como si yo hablara en otro idioma. Y tal vez así era.

—Donde nosotros vivimos es una vulgaridad que un blanco llame negro a alguien de raza negra. Y un insulto. Y sí, donde nosotros vivimos los blancos pueden casarse con ellos.

—Pero va contra la ley.

—Aquí sí, pero no donde nosotros vivimos.

—¿Y dónde es eso?

Miré a Kevin.

—Tú te lo has buscado —me dijo.

—¿Quieres que intente explicárselo?

Negó con la cabeza.

—No tiene sentido.

—Tal vez no para ti, pero para mí... —Pensé un momento, buscando las palabras adecuadas—. Seguramente, este niño y yo vamos a estar vinculados mucho tiempo, lo queramos o no. Y quiero que lo sepa.

—Buena suerte.

—¿De dónde venís? —repitió Rufus—. Desde luego, no habláis como nadie que yo conozca.

Fruncí el ceño, pensé y acabé por negar con la cabeza.

—Rufe, yo quiero decírtelo. Pero no lo entenderías. La verdad es que ni nosotros lo entendemos.

—Ahora ya sí que no entiendo nada —dijo—. No sé cómo puedo verte cuando no estás aquí ni cómo hacer que vengas, ni nada. Me duele tanto la pierna que no puedo ni pensarlo.

—Entonces, esperemos. Cuando estés mejor...

—Cuando esté mejor, igual ya te has marchado. Dana, ¡dímelo!

—De acuerdo, voy a intentarlo. ¿Has oído hablar de un lugar llamado California?

—Sí. El primo de mi madre se fue allí en un barco.

Bien.

—Bueno, pues de allí venimos. De California. Pero... no es la California a la que fue tu primo. Somos de una California que aún no existe, Rufus. La California de 1976.

—¿Y eso qué es?

—Quiero decir que venimos de un tiempo diferente, además de un lugar diferente. Ya te dije que era difícil de entender.

—Pero ¿qué es 1976?

—El año. Ese es el año en el que vivimos nosotros.

—Pero estamos en 1819. Es 1819 en todas partes. Lo que dices es absurdo.

—Desde luego. Lo que nos ha ocurrido es absurdo. Pero te estoy contando la verdad. Venimos de un tiempo futuro, de un lugar que aún no existe. No sé cómo llegamos aquí. No venimos porque queremos, porque este no es nuestro sitio. Pero cuando tú estás en peligro te comunicas conmigo de alguna forma y yo vengo. Aunque, como ves ahora, siempre puedo ayudarte.

Podría haberle hablado de nuestro parentesco. Tal vez lo hiciera si volvía a verle cuando fuese algo mayor. Pero ya le había dejado bastante confundido, por el momento.

—Pero todo esto es absurdo —repetía mirando a Kevin—. Dime, ¿tú eres de California?

Kevin asintió.

—Sí.

—Entonces eres español. California es española.

—Ahora sí, pero llegará a formar parte de Estados Unidos. Igual que Maryland o Pensilvania.

—¿Cuándo?

—Se convertirá en estado en 1850.

—Pero aún estamos en 1819. ¿Cómo puedes saber...? —Se detuvo y nos observó, primero a Kevin y luego a mí, confundido—. Eso no es verdad —dijo al fin—. Os lo estáis inventando.

—Es verdad —dijo Kevin con toda tranquilidad.

—Pero ¿cómo puede ser?

—No lo sabemos. Pero es así.

Se quedó pensativo un momento, mirándonos a los dos.

—No os creo —dijo.

Kevin emitió un sonido que no acababa de ser una risotada.

—No te culpo.

Yo me encogí de hombros.

—Bueno, Rufe, he querido decirte la verdad, pero no puedo culparte de que no lo aceptes.

—Así que 1976 —dijo el chico lentamente.

Meneó la cabeza y cerró los ojos. Me pregunté por qué me había empeñado en convencerle. A fin de cuentas, ¿no me costaría a mí aceptarlo si me encontrara con un hombre que asegurase que venía de 1819? O de 2019, tanto daba. En 1976 los viajes en el tiempo eran ciencia ficción. En 1819... Rufus tenía razón. Era una locura absoluta. Nadie, salvo un niño, nos habría escuchado a Kevin y a mí contar aquello.

—Si sabéis que California llegará a ser un estado —dijo Rufus—, tenéis que saber otras cosas que van a suceder.

—Claro —admití yo—. Algunas, no todas. No somos historiadores.

—Pero si ya ha sucedido en vuestro tiempo, tendríais que saberlo todo.

—¿Qué sabes de 1719, Rufe?

Me miró impasible.

—La gente no sabe todo lo que pasó antes de su tiempo —dije yo—. ¿Por qué iba a saberlo?

Suspiró.

—Dana, dime algo para que pueda creerte.

Buceé en la historia norteamericana que había aprendido dentro y fuera del colegio.

—Bien, si estamos en 1819, el presidente es James Monroe, ¿verdad?

—*Sip*.

—Pues el próximo presidente será John Quincy Adams.

—¿Cuándo?

Fruncí el ceño intentando recordar la lista de presidentes que me había aprendido de memoria sin motivo alguno cuando iba al colegio.

—En 1824. Monroe tuvo..., tendrá... dos mandatos.

—¿Qué más?

Miré a Kevin. Kevin se encogió de hombros.

—Solo se me ocurre una cosa que leí en los libros que estuvimos consultando anoche. En 1820 el Compromiso de Misuri abrió la vía para que Misuri entrara en la Unión como estado esclavista y Maine como estado libre. ¿Te suena algo de todo esto que digo, Rufus?

—No, señor.

—Ya me parecía. ¿Tienes algo de dinero?

—¿Dinero? ¿Yo? No.

—Bien. Pero lo has visto, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Las monedas llevan el año en el que se acuñan, incluso en estos tiempos.

—Sí, es verdad que lo llevan.

Kevin se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de calderilla. Se lo dio a Rufus y este cogió algunas monedas.

—«1975» —leyó—. «1967», «1971», «1970», pero en ninguna pone «1976».

—Tampoco hay ninguna donde ponga mil ochocientos y lo que sea —dijo Kevin—. Mira aquí.

Cogió un cuarto de dólar del bicentenario y se lo dio a Rufus.

—«1776-1976» —leyó el niño—. Hay dos fechas.

—En 1976 el país cumple doscientos años —dijo Kevin—. Algunas monedas son distintas: las han hecho así para conmemorar el aniversario. ¿Te convences ahora?

—Bueno, también podríais haberlas hecho vosotros.

Kevin recogió el dinero.

—Tú no conocerás Misuri —dijo, rindiéndose—. Pero pareces de allí.

—¿Qué?

—Es una broma. Una broma que aún no se ha puesto de moda.

Rufus hizo un gesto que mostraba su confusión.

—Os creo. No lo entiendo, como ha dicho Dana, pero supongo que os creo.

Kevin suspiró.

—Gracias a Dios.

Rufus miró a Kevin y esbozó una sonrisa.

—No eres tan malo como había creído.

—¿Malo? —Kevin me lanzó una mirada acusadora.

—Yo no le he dicho nada de ti —aseguré.

—Pero yo te vi —dijo Rufus—. Estabas peleando con Dana justo antes de que llegarais aquí los dos juntos. O eso parecía. ¿Le hiciste tú todas esas marcas en la cara?

—No, no fue él —me apresuré a decir—. Y no estábamos peleando.

—Espera un minuto —me interrumpió Kevin—. ¿Cómo puede saber eso?

—Ya lo ha dicho. —Me encogí de hombros—. Nos vio antes de que llegáramos aquí. No sé cómo lo consigue, pero ya lo ha hecho antes. Rufus, ¿has dicho a alguien

que me ves?

—Solo a Nigel. Nadie más me creería.

—Bien. Mejor será que no le digas a nadie esto tampoco. Nada de California ni de 1976. —Agarré a Kevin de la mano—. Vamos a tener que movernos por aquí lo mejor que podamos, encajar entre la gente el tiempo que estemos... Eso quiere decir que tendremos que desempeñar los papeles que tú nos asignaste.

—¿Y decir que tú le perteneces?

—Sí. Quiero que se lo digas a quien te pregunte.

—Mejor eso que decir que eres su mujer. Eso no lo creerá nadie.

Kevin emitió un sonido de fastidio.

—Espero que no nos quedemos aquí mucho tiempo —murmuró—. A mí ya me está entrando nostalgia.

—No lo sé —dije yo—. No te separes de mí. Has venido hasta aquí porque me estabas agarrando. Me temo que es la única forma que tienes de volver a casa.

3

El padre de Rufus llegó con una carreta abierta, cargado con su inseparable rifle de cañón largo: un viejo rifle de avancarga, según pude ver. Con él venían, en la carreta, Nigel y otro hombre negro alto y robusto. Tom Weylin, también alto, era demasiado flaco para impresionar, al contrario que su esclavo. Weylin no tenía un aspecto especialmente cruel ni depravado. En ese momento solo parecía contrariado. Nos quedamos de pie esperando a que bajara de la carreta y viniera hacia nosotros.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó suspicaz.

—El chico se ha roto la pierna —dijo Kevin—. ¿Es usted su padre?

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Kevin Franklin. —Miró hacia mí, pero se contuvo y no me presentó—. Nos hemos encontrado a los dos muchachos justo después del accidente y me ha parecido lo mejor quedarme con su hijo hasta que viniera a buscarlo.

Weylin gruñó y se arrodilló para ver la pierna de Rufus.

—Me parece que la tiene rota. A ver cuánto me cuesta esto.

El hombre negro le lanzó una mirada de reprobación que, de haberla visto, le habría enfadado mucho.

—¿Qué estabas haciendo subido al maldito árbol? —preguntó Weylin a Rufus.

Rufus le miró en silencio.

Weylin farfulló algo que no logré entender. Se puso de pie y empezó a hacer gestos al hombre negro. El hombre se acercó, levantó con cuidado a Rufus y le colocó en la carreta. Rufus hizo un gesto de dolor cuando le levantó y comenzó a

gritar hasta que le colocó sobre la plataforma. Kevin y yo le podíamos haber entablillado la pierna, pensé demasiado tarde. Seguí al hombre negro hasta la carreta.

Rufus me agarró del brazo y me sujetó, haciendo claros esfuerzos por no llorar. Su voz era un susurro apagado.

—No te vayas, Dana.

No quería irme. Me gustaba el muchacho y, por lo que había oído contar de la medicina de principios del siglo XIX, lo que iban a hacer con él era echarle un poco de whisky al colete y tirar cada uno de un lado de la pierna. Aprendería alguna cosa nueva sobre el dolor. Si yo podía confortarle quedándome con él, quería quedarme.

Pero no podía.

Su padre había cruzado unas palabras con Kevin en privado y se estaba acomodando en la carreta. Estaba listo para marchar y Kevin y yo no estábamos invitados. Eso decía bastante de la hospitalidad de Weylin: en aquellos tiempos, con las plantaciones muy alejadas unas de otras y los hoteles aún más dispersos, la gente tenía fama de acoger a los desconocidos. Pero a un hombre que tras mirar a su hijo herido no pensaba más que en la factura del médico no debían preocuparle mucho los desconocidos.

—Venid con nosotros —rogó Rufus—. Papá, deja que vengan.

Weylin miró hacia atrás contrariado y yo intenté con suavidad soltar la mano de Rufus, que me seguía agarrando. Al momento me di cuenta de que Weylin me estaba mirando fijamente. Tal vez se había percatado de mi parecido con la madre de Alice. No podía haberme visto bien ni el tiempo suficiente cuando nos encontramos en el río para reconocermes ahora y advertir que yo era aquella mujer a la que había estado a punto de disparar. Al principio le sostuve la mirada. Luego la aparté, recordando que se suponía que yo era una esclava. Los esclavos bajaban los ojos en señal de respeto. Sostener la mirada era una insolencia. Eso decían mis libros.

—Venga y cene con nosotros —dijo Weylin a Kevin—. Tú también puedes venir. De todos modos, ¿dónde pensaba pasar la noche?

—Debajo de un árbol si es preciso —dijo Kevin. Nos subimos los dos a la carreta junto a Nigel, que iba callado—. No tengo muchas opciones, como le he dicho.

Le miré preguntándome qué le habría dicho a Weylin. Luego tuve que agarrarme: el hombre negro había espoleado a los caballos y nos pusimos en marcha.

—Tú, muchacha —me dijo Weylin—. ¿Cómo te llamas?

—Dana, señor.

Se volvió para mirarme y esta vez creí haber dicho algo inconveniente.

—¿De dónde eres?

Miré a Kevin. No quería contradecir lo que hubiera podido contarle. Me hizo un leve movimiento de cabeza y asumí que tenía libertad para inventar mis propias mentiras.

—De Nueva York.

Entonces me lanzó una mirada realmente fea y me pregunté si habría oído recientemente un acento neoyorquino y el mío no se le parecía o si yo había dicho algo inconveniente. No había cruzado con él ni diez palabras. ¿Qué podía haber hecho mal?

Weylin miró a Kevin con expresión áspera, luego se giró y nos ignoró durante el resto del viaje.

Avanzamos a través del bosque hasta llegar a un camino y por este hasta pasar un campo de trigo dorado, muy alto. En el campo trabajaban los esclavos, hombres sobre todo, que movían acompasadamente las guadañas e iban apilando, ordenadas, las espigas cortadas en unos soportes de madera. Otros esclavos, mujeres en su mayoría, les seguían, atando el trigo en manojos. Ninguno de ellos pareció fijarse en nosotros. Busqué con la mirada un capataz blanco, pero no lo vi y eso me llamó la atención. La casa de Weylin me sorprendió a la luz del día. No era blanca. No tenía columnas ni un porche del que hablar. Casi me sentí decepcionada. Era un edificio de estilo colonial georgiano de ladrillo rojo, cuadrado pero atractivo y armonioso, de dos plantas y media de altura, con ventanas en mansarda y una chimenea a cada lado. No era lo suficientemente grande ni imponente como para llamarla mansión. En Los Ángeles, en nuestra época, Kevin y yo podríamos habernos permitido algo así.

La carreta nos dejó ante las escaleras de entrada y entonces vi el río a un lado y parte del terreno por el que había pasado corriendo unas horas —unos años— antes. Los árboles diseminados, el césped cortado desigual, la hilera de cabañas a un lado, casi ocultas por los árboles, el bosque. Había otros edificios alineados junto a la casa y por la parte de atrás, frente a las cabañas de los esclavos. Cuando nos detuvimos casi me mandan a una de ellas.

—Luke —dijo Weylin al hombre negro—, lleva a Dana ahí detrás y dale algo de comer.

—Sí, señor —dijo el hombre en tono suave—. ¿Quiere que suba primero al señorito Rufe?

—Haz lo que te he dicho. Yo le subiré.

Vi a Rufus apretar los dientes.

—Te veré luego —susurré, pero no quiso soltarme hasta que hablé con su padre.

—Señor Weylin, a mí no me importa quedarme con él. Parece que es lo que quiere.

—Está bien, ve —respondió Weylin, exasperado—. Puedes quedarte hasta que venga el médico.

Levantó a Rufus sin el menor cuidado y subió las escaleras que llevaban a la casa. Kevin le siguió.

—Ten cuidado —dijo el hombre negro en voz baja cuando subí tras ellos.

Le miré, sorprendida. No estaba segura de si me hablaba a mí... Sí, era a mí.

—El amo Tom puede volverse malo, así de repente —dijo—. Y el niño también, con la edad que tiene ya. Y tu cara dice que igual ya has tenido tu ración de maldad

de los blancos, al menos por un tiempo.

Asentí.

—Efectivamente. De acuerdo, Gracias por el aviso.

También Nigel había llegado. Se colocó junto al hombre y, mientras hablábamos, me di cuenta de lo mucho que se parecían los dos. El niño era una réplica del hombre en miniatura. Eran padre e hijo, probablemente. Se parecían más que Rufus y Tom Weylin. Mientras subía las escaleras a toda prisa, pensé en Rufus y su padre, en Rufus convirtiéndose en su padre. Sucedería algún día, de alguna forma, porque Rufus heredaría la plantación. Algún día sería él el amo de los esclavos, el responsable de lo que sucediera a la gente que vivía en aquellas cabañas medio escondidas. El muchacho estaba, literalmente, creciendo mientras yo miraba. Crecía porque yo miraba y porque quería mantenerle a salvo. Y yo era, probablemente, el peor guardián que podía tener: una negra cuidando de él en una sociedad que consideraba a los negros seres infrahumanos, una mujer en una sociedad que trataba a las mujeres como si fueran eternamente niñas. Haría lo posible por cuidar de mí misma, pero le ayudaría a él lo mejor que pudiera. E intentaría mantener mi amistad con él, tal vez sembraría un par de ideas en su cabeza que me ayudarían a mí, y a personas como yo que serían sus esclavos en los años venideros. Podía, incluso, facilitar las cosas a Alice.

Seguí a Weylin hasta el piso de arriba. Llegamos a un dormitorio que no era el que ocupaba Rufus en mi anterior viaje. La cama era más grande; el dosel y las cortinas, azules en lugar de verdes. La habitación era más grande también. Weylin dejó caer a Rufus sobre la cama, ignorando los gritos de dolor del chico. No daba la impresión de que quisiera hacerle daño, simplemente no tenía ningún cuidado de cómo le cogía; era como si no le importara.

Entonces, cuando Weylin y Kevin salían de la habitación, entró a toda prisa una mujer pelirroja.

—¿Dónde está? —preguntó sin resuello, en tono imperativo—. ¿Qué ha pasado?

La madre de Rufus. La recordaba. Se abrió paso hasta la habitación y entró cuando yo estaba colocando a Rufus la almohada.

—¿Qué le estás haciendo? ¡Déjale en paz! —gritó, intentando apartarme de su hijo.

Cuando Rufus estaba en peligro siempre reaccionaba y su reacción era siempre la misma: no era la adecuada.

Afortunadamente para los dos, Weylin llegó antes de que yo me olvidara de todo y la apartara de mí de un empujón. La detuvo, la sujetó y habló con ella con calma.

—Margaret, escucha. El chico se ha roto una pierna, eso es todo. No hay nada que puedas hacer con una pierna rota. Ya he mandado a buscar al médico.

Margaret Weylin pareció calmarse un poco. Me miró fijamente.

—¿Y ella qué está haciendo aquí?

—Es del señor Kevin Franklin. —Weylin señaló a Kevin con un ligero movimiento de la mano y él, para mi sorpresa, hizo una reverencia a la mujer—. El señor Franklin es quien encontró a Rufus herido —continuó Weylin y, encogiéndose de hombros, añadió—: Rufus quería que la muchacha se quedara con él. No hace ningún daño.

Luego se giró y salió de la habitación. Kevin le siguió de mala gana.

La mujer habría escuchado lo que su marido había dicho, pero no lo parecía. Seguía mirándome con una expresión de extrañeza, como si estuviera intentando recordar dónde me había visto antes. Ella no había cambiado mucho con los años; yo, naturalmente, nada. Pero no esperaba que me recordara. Me había visto solo un momento y tenía la cabeza en otro lado.

—Yo te he visto antes —afirmó.

¡Demonios!

—Sí, señora. Es posible.

Miré a Rufus y vi que nos estaba observando.

—¿Mamá? —dijo suavemente.

La mirada acusadora se borró de su rostro y la mujer se inclinó rápidamente sobre él.

—Mi pobrecito niño —murmuró, cogiéndole la cabeza entre las manos—. Parece que todo te pasa a ti, ¿verdad? ¡Una pierna rota!

Estaba al borde de las lágrimas. Y el pobre Rufus, pasando de la indiferencia de su padre a los cuidados edulcorados de su madre. Me pregunté si estaba ya habituado a este contraste o si lo encontraba un poco desconcertante.

—Mamá, ¿me traes un poco de agua? —pidió.

La mujer se volvió a mirarme como si yo la hubiera ofendido.

—¿Has oído? ¡Ve a por un poco de agua!

—Sí, señora. ¿De dónde la cojo?

Emitió un sonido de desagrado y salió corriendo hacia mí. O al menos eso pensé. Cuando me aparté, franqueándole el paso, siguió su camino en dirección a la puerta que yo estaba tapando.

La miré y meneé la cabeza. Cuando cogí la silla que había junto a la chimenea y la acerqué a la cama de Rufus, me senté y Rufus me miró con aire solemne.

—¿Te has roto una pierna alguna vez?

—No. Pero la muñeca sí.

—¿Y te dolió mucho cuando te la arreglaron?

Respiré hondo.

—Sí.

—Tengo miedo.

—Yo también lo tenía —dije, recordándolo—. Pero..., Rufe, será un momento. Y cuando el médico termine, habrá pasado lo peor.

—Y después, ¿ya no dolerá?

—Unos días. Pero luego se pasa. Si no la apoyas y dejas que se cure, enseguida estará bien.

Margaret Weylin entró a toda prisa en la habitación con el agua para Rufus y con una actitud hacia mí mucho más hostil de lo que yo era capaz de entender.

—Ve donde la cocinera y que te den algo de cenar —me dijo, mientras yo me apartaba de su camino.

Pero de alguna manera me sonó como: «¡Vete derecha al infierno!». Yo tenía algo que a aquella gente no le gustaba, salvo a Rufus. Y no era un tema racial. Estaban habituados a los negros. Puede que Kevin averiguase qué era.

—Mamá, ¿no puede quedarse? —preguntó Rufus.

La mujer me lanzó una mirada horrible y luego se volvió hacia su hijo con expresión más dulce.

—Puede volver luego —le dijo—. Tu padre ha dicho que baje.

Seguramente era su madre la que lo decía y probablemente por un motivo tan simple como que a su hijo le gustaba yo. Me lanzó otra de sus miradas y salí del dormitorio. Aquella mujer me habría hecho sentirme incómoda aunque yo le hubiera gustado. Tenía demasiada energía nerviosa concentrada en un cuerpo demasiado pequeño. Y yo no quería estar cerca cuando explotara. Al menos quería a Rufus y supongo que él estaba ya habituado a tenerla pegada preocupándose por pequeñeces. No parecía importarle.

Me encontré de pronto en un amplio distribuidor. Desde allí vi las escaleras, a poca distancia, y enfilé hacia ellas. Justo entonces salió una muchacha negra con un vestido largo y azul por una puerta que estaba al otro extremo del pasillo. Vino hacia mí, mirándome con incuestionable curiosidad. Llevaba un pañuelo azul en la cabeza que se ajustó al verme.

—¿Puedes decirme dónde está la casa de la cocinera, por favor? —pregunté cuando estuvo más cerca. Me parecía menos peligroso preguntarle a ella que a Margaret.

Abrió los ojos aún más y siguió mirándome fijamente. Sin duda, mi voz le sonó tan extraña como mi aspecto.

—¿La casa de la cocinera? —repetí.

Me miró una vez más y luego se dirigió a las escaleras y empezó a bajar sin decir una palabra. Dudé y acabé por ir tras ella, porque no sabía qué hacer si no. Era una chica de piel clara, no tendría más de catorce o quince años. Seguía mirándome con gesto de extrañeza. Luego se paró y se giró para mirarme de frente, ajustándose el pañuelo con ademán distraído y poniéndose después la mano en la boca, dejando caer el brazo. Tenía un aire de impotencia tal que me di cuenta de que algo no iba bien.

—¿Puedes hablar?

Suspiró y negó con la cabeza.

—Pero sí oír y me entiendes.

Asintió, me tocó la blusa y luego los pantalones. Hizo una mueca. ¿Ese era el problema? ¿Para ella y para los Weylin?

—Es la única ropa que tengo ahora mismo —dije—. Mi amo me comprará algo en cuanto pueda.

Podíamos fingir que era culpa de Kevin el que yo vistiera como un hombre. Probablemente era más sencillo para aquella gente aceptar que mi amo era demasiado pobre o demasiado tacaño para comprarme ropa decente que imaginar un lugar donde era normal que las mujeres llevaran pantalones.

Como para convencerme de que había dicho lo correcto, la joven me dedicó una mirada de lástima, me cogió de la mano y me llevó donde la cocinera.

Cuando íbamos hacia allá me fijé en la casa más que antes: al menos me fijé más en el vestíbulo de la planta baja: ocupaba toda la longitud de la fachada y las paredes eran de un verde pálido. En el lado que daba a la fachada principal era amplio y luminoso: la luz entraba por las ventanas de los laterales y de encima de la puerta. Tenía alfombras orientales de diferentes tamaños. Junto a la puerta principal había un banco de madera, una silla y dos mesas pequeñas. Donde acababan las escaleras el vestíbulo se estrechaba y terminaba en una puerta trasera, por la que salimos.

Fuera estaba la casa de la cocinera, una cabaña pequeña y blanca no muy lejos de la casa principal, en la parte trasera. Yo había leído cosas de aquellas cocinas fuera de la casa y también de los aseos. No había sentido ganas de conocerlos. Ahora, sin embargo, la casa de la cocinera me parecía el lugar más seguro que había visto desde que llegué. Allí estaban Luke y Nigel comiendo en unas escudillas de madera con lo que me parecieron cucharas también de madera. Había también dos niños pequeños, niño y niña, sentados en el suelo comiendo con los dedos. Me alegré de verlos allí, porque había leído que los niños de su edad solían estar en una especie de corral comiendo en un abrevadero, como los cerdos. Parecía que no era así en todas partes. Al menos allí no.

Había una mujer de mediana edad y constitución robusta removiendo algo que cocía en una olla colgada sobre la lumbre de la chimenea. La chimenea llenaba, por sí sola, toda la pared. Era de ladrillo y tenía encima un tablero enorme del que colgaban algunos utensilios. Había más utensilios colgados en unos ganchos de la pared. Los miré y me di cuenta de que no sabía el nombre exacto de ninguno de ellos. De cosas tan simples como esas. Vivía en otro mundo.

La cocinera terminó de remover su olla y se volvió a mirarme. Era también de piel clara, como mi guía silente. Una mujer hermosa de mediana edad, alta y corpulenta. La expresión de su cara era sombría, con las comisuras de la boca hacia abajo, pero su voz era suave y aterciopelada.

—Carrie —dijo—, ¿esa quién es?

Mi guía me miró.

—Me llamo Dana —contesté—. Mi amo está de visita en la casa. La señora Weylin me ha dicho que viniera a cenar.

—¿La señora Weylin? —La mujer hizo un mohín.

—La mujer pelirroja..., la madre de Rufus.

No conseguí contenerme y decir el señorito Rufus. Pero tampoco veía por qué tenía que decir nada. ¿Cuántas señoras Weylin había allí?

—La señorita Margaret —dijo la mujer y añadió en voz baja—: ¡Menuda zorra!

La miré sorprendida, pensando que se refería a mí.

—¡Sarah!

El tono de Luke era de aviso. Desde donde estaba, no podía haber oído lo que había dicho la cocinera. O bien lo decía a menudo o le había leído los labios. Pero al menos ahora tenía claro que la supuesta zorra era la señora Weylin o señorita Margaret.

La cocinera no dijo nada más. Me trajo una escudilla de madera, la llenó con algo que había en una cazuela junto al fuego y me dio una cuchara de madera.

De cena había gachas de avena. La cocinera vio que me quedaba mirando en lugar de comer e interpretó mal mi expresión.

—¿No es suficiente? —preguntó.

—Ah, es muchísimo. —Agarré la escudilla con ademán protector, temiendo que pudiera añadir más—. Gracias.

Me senté en un extremo de la mesa, grande y pesada, frente a Nigel y Luke. Vi que estaban comiendo las mismas gachas, pero a las suyas les habían añadido leche. Pensé en pedir un poco de leche para las mías, pero no me pareció que fuera a servir de mucho.

Lo que hubiera en la olla olía tan bien que me recordó que no había desayunado y que no había tomado más que un par de bocados de la cena de la noche anterior. Me estaba muriendo de hambre y Sarah estaba preparando algún guiso de carne, probablemente un estofado. Tomé una cucharada de las gachas y me las tragué sin saborearlas.

—Normalmente tomamos cosas mejores cuando terminan de comer los blancos —dijo Luke—. Nos dan lo que no comen ellos.

Las sobras, pensé con amargura. Las sobras de otros. Y si yo estaba allí el tiempo suficiente, me las comería encantada de tenerlas. Pero tenían que ser mejores que aquella cosa hervida. Me metí una cucharada de gachas en la boca, espantando rápidamente algunas moscas enormes. Moscas. En aquel tiempo las enfermedades se propagaban fácilmente. Me preguntaba cómo de limpias estarían aquellas sobras cuando llegaran a nosotros.

—¿Dices que eres de Nueva York? —preguntó Luke.

—Sí.

—¿Estado libre?

—Sí —repetí—. Por eso me trajeron aquí.

Las palabras, las preguntas que me hacían me recordaron a Alice y a su madre. Miré el rostro ancho de Luke y me pregunté si sería peligroso preguntarles. Pero no

sabía cómo podía decir que las conocía —que las había conocido tiempo atrás— si se suponía que había ido allí por primera vez. Nigel sabía que yo había estado allí antes, pero Sarah y Luke seguramente no. Era más recomendable esperar y dejar las preguntas para Rufus.

—¿Y en Nueva York hablan así, como tú? —preguntó Nigel.

—Algunos sí. No todos.

—¿Y se visten como tú? —preguntó Luke.

—No. Yo me visto con lo que me da el señor Kevin.

Deseaba que dejaran de preguntar cosas. No quería que me obligaran a decir mentiras que luego yo pudiera olvidar. Lo mejor era contar una historia lo más simple posible sobre mi origen.

La cocinera se me acercó y me miró, miró los pantalones. Agarró un pellizco de la tela, la acarició.

—¿Qué tejido es este?

Poliéster de tejido doble, pensé. Pero me encogí de hombros.

—No lo sé.

Meneó la cabeza y regresó a su olla.

—¿Sabe? —le dije, mientras me daba la espalda—. Creo que estoy de acuerdo con usted en lo de la señorita Margaret.

No dijo nada. El calor que había sentido al entrar en aquella estancia se estaba quedando en poco más que el que daba la lumbre.

—¿Por qué intentas hablar como los blancos? —me preguntó Nigel.

—No lo hago —respondí sorprendida—. Quiero decir, esta es mi forma normal de hablar.

—Hablas más como los blancos que muchos blancos.

Me encogí de hombros, rebusqué en mi cabeza una explicación aceptable.

—Mi madre daba clases en un colegio —dije— y...

—¿Una maestra negra?

Hice una mueca y asentí.

—Los negros libres pueden tener escuelas. Mi madre hablaba como yo. Me enseñó ella.

—Aquí te meterás en líos —dijo—. Al amo Tom ya no le gustas. Hablas como si tuvieras estudios y vienes de un estado libre.

—¿Y por qué había de importarle eso? No es mi amo.

El muchacho sonrió.

—No quiere negros por aquí que hablen mejor que él, porque nos meten en la cabeza ideas de libertad.

—Como si fuéramos tan idiotas que necesitáramos a un desconocido para pensar en la libertad —musitó Luke.

Asentí, pero esperaba que se equivocaran. No pensaba que hubiera dicho tanto en presencia de Weylin como para que se hubiera formado una opinión de mí. Esperaba

que no hiciera ese tipo de juicios de valor. Yo no tenía facilidad para imitar acentos. Había decidido, deliberadamente, no intentar imitar ninguno. Pero si eso suponía que iba a tener problemas cada vez que abriera la boca, mi vida allí sería aún peor de lo que había imaginado.

—¿Cómo puede verte el amo Rufe antes de que llegues? —preguntó Nigel.

Me tragué una cucharada de gachas.

—No lo sé —dije—. Pero me gustaría mucho que no pudiera.

4

Cuando terminé de comer me quedé en la cocina porque estaba cerca de la casa y porque pensé que desde allí podría llegar hasta el vestíbulo si empezaba a marearme. Por si acaso. Kevin me oiría desde cualquier parte de la casa si yo llamaba desde el vestíbulo.

Cuando terminaron ellos, Luke y Nigel fueron hacia la chimenea a decir algo en privado a Sarah. En ese momento Carrie, la muda, me pasó un poco de pan y una tajada de jamón. Lo miré y sonreí agradecida. Cuando Luke y Nigel sacaron a Sarah de la cocina me lancé a disfrutar de aquel bocadillo improvisado. En medio del festín empecé a pensar si el jamón estaría bien cocido. Intenté pensar en otra cosa, pero mi cabeza bullía con las historias de terror que había oído sobre las enfermedades que había en esa época, y que recordaba vagamente. La medicina era entonces poco más que hechicería. La malaria se extendía por el aire viciado. Las cirugías se realizaban con los pacientes medio conscientes, que no paraban de forcejear. Y la gente consumía todo tipo de alimentos sin preocuparse, sin saber si estaban bien cocinados y bien conservados, alimentos que podían provocarles todo tipo de malestar o la muerte.

Historias de terror.

Pero eran ciertas. Y yo tendría que convivir con ellas durante todo el tiempo que estuviera allí. Tal vez no tendría que haberme comido el jamón, pero si no lo hacía..., luego vendrían las sobras de los blancos. Tenía que arriesgarme, de un modo u otro.

Regresó Sarah con Nigel y le dio un perol de guisantes para que los desenvainara. La vida seguía a mi alrededor, como si yo no estuviera presente. La gente —siempre esclavos— entraba en la cocina, hablaban con Sarah, se entretenían un poco, se comían cualquier cosa a la que pudieran echar mano hasta que Sarah les daba un grito y les echaba. Iba a preguntarle si podía ayudarle en algo cuando Rufus empezó a gritar. La medicina del siglo XIX se había puesto en marcha.

Las paredes del edificio principal eran gruesas y el sonido parecía venir de muy lejos. Eran gritos muy agudos. Carrie, que había salido de la cocina, regresó y se

sentó a mi lado, tapándose los oídos con las manos.

De pronto cesaron los gritos y, con cuidado, retiré a Carrie las manos de los oídos. Su sensibilidad me sorprendió. Hubiera pensado que estaba acostumbrada a oír gritar de dolor a la gente. Escuchó un momento, no oyó nada y entonces me miró.

—Seguramente se ha desmayado —dije—. Es mejor así. De esa manera no sentirá dolor durante un rato.

Asintió, inexpresiva, y volvió a lo que estuviera haciendo.

—Siempre le ha gustado el chico —comentó Sarah en medio del silencio—. Cuando era pequeña, él siempre evitaba que los demás niños la molestaran.

—Parece que tiene algunos años más que él...

—Nació un año antes. Pero, como es blanco, los niños le hacían caso.

—¿Carrie es hija tuya?

Sarah asintió.

—La cuarta. La única que el amo Tom me dejó quedarme.

Se le fue apagando la voz hasta quedar en un susurro.

—¿Quieres decir... que vendió a los otros?

—Los vendió. Primero murió mi hombre. Un árbol que estaba cortando le cayó encima. Y entonces el amo se llevó a mis niños, excepto a Carrie. Carrie, gracias a Dios, no valía tanto como los otros, porque no habla. La gente cree que no tiene sesera.

Aparté la mirada. La expresión de sus ojos había pasado de la tristeza —parecía estar a punto de llorar— a la ira. Una ira muy queda, casi sobrecogedora. Su marido, muerto; tres de sus hijos, vendidos; la cuarta con una minusvalía, y ella dando gracias porque era muda. Tenía motivos para sentir algo más que ira. Era impresionante que Weylin hubiera vendido a sus hijos y ella siguiera haciéndole la comida. Era sorprendente que aún siguiera vivo. Pero me pareció que no seguiría vivo mucho tiempo si encontraba quien le comprara a Carrie.

Eso estaba yo pensando cuando Sarah se giró y echó un puñado de algo en el estofado o en la sopa que preparaba. Meneé la cabeza. Si alguna vez decidía vengarse, Weylin nunca sabría qué le había pasado.

—Puedes pelarme esas patatas —dijo.

Tuve que pensar un momento, hacer memoria: me había ofrecido a ayudar. Cogí el perol enorme de patatas que me estaba dando, un cuchillo y una escudilla de madera y me puse a trabajar en silencio, a veces pelando, a veces espantando las molestas moscas. Entonces oí a Kevin, fuera, que me llamaba. Tuve que controlarme para dejar las patatas despacio y cubrirlas con el paño que Sarah había dejado encima de la mesa. Y luego salí sin apresurarme, sin gesto alguno de apremio y sin mostrar el alivio que me producía tenerle de nuevo cerca. Fui hacia él y me miró con extrañeza.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

Me cogió la mano, pero yo la retiré sin dejar de mirarle. Dejó caer el brazo.

—Venga —dijo en tono de cansancio—. Vamos donde podamos hablar.

Fui tras él, bordeando el edificio principal. Nos alejamos de las cabañas de los esclavos y del resto de edificaciones, de los niños esclavos que jugaban a perseguirse unos a otros gritando y que aún no habían llegado a comprender que eran esclavos.

Encontramos un roble enorme con las ramas tan gruesas como árboles y muy extendidas que daba sombra a una amplia zona. Un hermoso árbol viejo y solitario. Nos sentamos junto a él, de modo que nos ocultara si alguien miraba desde la casa. Me senté junto a Kevin y me relajé, liberé una tensión de la que no había sido consciente hasta entonces. No dijimos nada en un buen rato: él, recostado, también parecía estar liberando sus propias tensiones.

Al final, dijo:

—Hay tantas épocas fascinantes a las que podíamos haber regresado...

Yo me reí, sin gota de humor.

—Pues a mí no se me ocurre ninguna. Pero esta debe de ser una de las más peligrosas de todas. Para mí al menos.

—No mientras yo esté contigo.

Le miré, agradecida.

—¿Por qué intentaste evitar que viniera?

—Temía por ti.

—¿Por mí?

—Al principio sí, no sé por qué. Tenía la impresión de que si lo intentabas, resultarías herido de alguna manera. Cuando te vi aquí me di cuenta de que probablemente no podrías regresar sin mí. Eso significa que si nos separamos te quedarás aquí abandonado durante años. Tal vez para siempre.

Respiró hondo y meneó la cabeza.

—Y eso no sería bueno.

—No te separes de mí y si te llamo, ven rápido.

Asintió y, al cabo de un rato, dijo:

—De todos modos, yo podría sobrevivir aquí... si no me quedara otro remedio. Quiero decir, si...

—Kevin, nada de si... Por favor.

—Lo único que quiero decir es que yo no correría aquí el peligro que tú corres.

—No.

Pero correría otro tipo de peligro. Un lugar como aquel representaba para él un riesgo del que yo no quería ni hablar. Si se quedaba allí años, una parte de aquel lugar acabaría impregnándose. No sería una parte muy grande, estaba segura de ello. Pero si sobrevivía en un lugar como ese sería porque se las había arreglado para tolerar, de algún modo, aquel tipo de vida. No tendría que ser partícipe de lo que viera, pero sí tendría que guardar silencio. La libertad de expresión y la prensa no habían salido muy bien paradas en el sur de antes de la guerra y Kevin tampoco lo conseguiría.

Aquel lugar acabaría con él o le marcaría de algún modo y no me gustaba ninguna de las dos posibilidades.

—Dana.

Le miré.

—No te preocupes. Hemos llegado juntos y nos iremos juntos.

Pero yo seguía preocupada. Sonreí, a pesar de todo, y cambié de tema.

—¿Cómo está Rufus? Le he oído gritar.

—Pobre muchacho. Me alegré cuando se desmayó. El médico le dio un poco de opio, pero no pareció funcionar. Tuve que ayudar a sujetarle.

—Opio... ¿No le hará daño...?

—El médico no parecía estar preocupado por eso. Aunque no sé qué peso tiene en esta época la opinión de un médico.

—Espero que esté en lo cierto. Y espero también que Rufus haya agotado su cuota de mala suerte, con esto y los padres que le han tocado.

Kevin levantó un brazo y lo giró: me mostró varios arañazos largos, sanguinolentos.

—Margaret Weylin —dije en voz baja.

—No tendría que haber estado allí —dijo—. Cuando terminó conmigo la tomó con el médico: «¡Deje a mi niño! ¡Le está haciendo daño!».

Meneé la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer, Kevin? Aunque esta gente estuviera en su sano juicio, no podemos quedarnos aquí con ellos.

—Sí que podemos.

Me volví a mirarle.

—Le he contado a Weylin una historia para explicar por qué estamos aquí. Y por qué no tenemos un centavo. Me ha ofrecido un trabajo.

—¿De qué?

—De tutor de tu amiguito. Creo que ni lee ni escribe mejor de lo que se sube a los árboles.

—Pero... ¿no va a la escuela?

—No irá mientras esté con la pierna así. Y su padre no quiere que se quede más retrasado de lo que va.

—¿Va por detrás de los de su edad?

—Eso cree Weylin. No sabía cómo decírmelo, pero creo que se teme que el chico no sea muy despierto.

—Me sorprende que se preocupe por el chico, de un modo u otro. Y creo que se equivoca. Pero por una vez creo que la mala suerte de Rufus es buena para nosotros. Dudo que estemos aquí el tiempo suficiente para que cobres tu primer sueldo, pero al menos tendremos comida y techo el tiempo que estemos.

—Eso pensé cuando acepté.

—¿Y yo?

—¿Tú?

—¿Weylin no dijo nada de mí?

—No. ¿Por qué iba a decirlo? Sabe que si yo me quedo, tú te quedas también.

—Sí —sonreí—. Tienes razón. Si tú no te acordaste de incluirme en la negociación, ¿por qué iba a acordarse él? Me apuesto algo a que no me olvidará cuando me necesite para algo.

—Eh, un momento: tú no tienes que trabajar para él. No eres suya.

—No, pero estoy aquí. Y se supone que soy una esclava. ¿Para qué es una esclava si no es para trabajar? Hazme caso: encontrará algo que darme... o lo haría, si no me pusiera yo a buscar mi propio quehacer antes de que me dé alcance.

Kevin frunció el ceño.

—¿Quieres trabajar?

—Quiero..., tengo que hacerme un hueco aquí. Y eso supone trabajar. Si no trabajo todo el mundo me mirará mal, blancos y negros. Y necesito amigos. Necesito todos los amigos que pueda hacer aquí, Kevin. Puede que la próxima vez que venga tú no estés conmigo. Si vuelvo.

—Como ese niño no se vuelva un poco más cuidadoso, volverás.

Suspiré.

—Eso parece.

—Me espanta la idea de que trabajes para esta gente —dijo moviendo la cabeza—. No soporto imaginarte haciendo el papel de una esclava.

—Sabíamos que tendría que hacerlo.

No dijo nada.

—Llámame de vez en cuando, Kevin. Solo para recordarles que, sea yo lo que sea, no soy suya... todavía.

Meneó la cabeza vigorosamente como negándose, pero yo sabía que lo haría.

—¿Qué mentiras les has contado a los Weylin de nosotros? —le pregunté—. Con la soltura que tienen por aquí para hacer preguntas, será mejor que nos pongamos de acuerdo para contar la misma historia.

Tardó unos segundos en decir algo.

—¿Kevin?

Respiró hondo.

—Se supone que soy escritor, que soy de Nueva York —dijo al fin—. Que Dios nos asista si hay algún neoyorquino por aquí. Recorro el sur porque estoy investigando para un libro. No tengo dinero porque hace unos días estuve bebiendo con quien no debía y me robaron. Solo me quedas tú. A ti te compré antes de que me robaran; te compré porque sabes leer y escribir, y pensé que me serías de ayuda en el trabajo, además de darte otros usos.

—¿Se lo ha creído?

—Es posible. Ya sospechaba que tú sabías leer y escribir. Esa es una de las razones por las que se mostró tan desconfiado y suspicaz. Los esclavos que no son

analfabetos no resultan muy populares por aquí.

Me encogí de hombros.

—Eso me ha dicho Nigel.

—A Weylin no le gusta cómo hablas. No creo que él haya recibido mucha educación. Por eso te rechaza. No creo que se meta contigo y no me quedaría aquí si lo creyera. Pero mantente alejada de él todo lo que puedas.

—Estaré encantada de eso. Mi plan es instalarme en la cocina, si puedo. Voy a decirle a Sarah que quieres que me enseñe a cocinar.

Soltó una carcajada.

—Será mejor que te cuente el resto de la historia que le conté a Weylin. Si Sarah lo oye, igual te enseña a hacerme la comida con un poco de veneno.

Creo que di un respingo.

—Weylin me estuvo previniendo, dijo que era peligroso tener aquí una esclava como tú: educada, tal vez secuestrada en un estado libre... Dijo que esto está demasiado al norte, que debería venderte a algún tratante que fuera camino de Georgia o de Luisiana antes de que te fugaras y perdiera el dinero que he invertido. Eso me dio una idea: se me ocurrió decirle que tenía pensado venderte en Luisiana, porque ahí era donde terminaba mi viaje y había oído que allí podría sacar un buen dinero por ti. Eso pareció complacerle. Me dijo que hacía bien, que los precios eran mejores en Luisiana, si conseguía mantenerte hasta que llegáramos allí. Así que, educada o no, seguramente no huirías, porque yo te había prometido llevarte de vuelta a Nueva York conmigo y liberarte allí. Le dije que, de todos modos, ahora no querías irte. Lo entendió.

—Si te oyeras hablar..., pareces un monstruo.

—Ya lo sé. Al final creo que hasta era lo que pretendía. Pero estaba tanteando, intentaba ver si algo de lo que te hiciera a ti podría convertirme, a sus ojos, en alguien a quien no quisiera confiar a su hijo. Creo que le parecí un poco débil cuando le dije que te había prometido darte la libertad, pero no dijo nada.

—¿Qué pretendías con eso? ¿Quedarte sin el trabajo que acababa de darte?

—No. Mientras hablaba con él solo pensaba que tal vez algún día volvieras por aquí sola. Estaba buscando en él algo de humanidad, algo que me permitiera estar seguro de que, si volvieras, estarías bien aquí.

—Ah, vamos. Es bastante humano. Si fuera de una clase social superior, tal vez le hubiera molestado tu fanfarroneo lo suficiente para no querer tenerte por aquí. Pero entonces no habría tenido derecho a impedirte que me traicionaras, porque soy propiedad tuya. Y eso lo ha respetado.

—¿A eso lo llamas humanidad? Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que no vuelvas nunca aquí sola.

Me recosté en el árbol, mirándole.

—Pero por si eso ocurre, Kevin, vamos a tomar ciertas precauciones.

—¿Como por ejemplo?

—Déjame que te ayude con Rufus todo lo que pueda. A ver si podemos evitar que se convierta, cuando crezca, en la versión pelirroja de su padre.

5

No vi a Rufus en tres días. Tampoco sucedió nada que me provocara el mareo con el que se anunciaba mi vuelta, por fin, a casa. Ayudé a Sarah lo mejor que pude. Me dio la impresión de que se mostraba más cálida conmigo y tenía mucha paciencia con mi ignorancia en la cocina. Me enseñaba y velaba por que yo comiera mejor. Cuando se dio cuenta de que no me gustaban, no me dio más gachas de maíz. «¿Y cómo no has dicho nada?», me preguntó. Bajo su guía pasé Dios sabe cuánto tiempo apaleando masa de galleta con una hachuela sobre un tocón de árbol desgastado. («¡No tan fuerte! ¡Que no estás clavando clavos! No des tan fuerte. Así, mira...»). Limpié y desplumé un pollo, preparé verduras, amasé cochura de pan... Cuando se cansaba de mí, me iba a ayudar a Carrie y a los otros criados de la casa en sus tareas. Arreglaba la habitación de Kevin. Le llevaba agua caliente para lavarse y afeitarse, y me lavaba yo. Era el único sitio donde podía tener algo de intimidad. Allí guardaba mi bolsa de lona y allí me iba para evitar a Margaret Weylin cuando venía pasando los dedos por encima de los muebles impolutos o mirando bajo las alfombras para ver si los suelos estaban bien barridos. Que me partiera un rayo si había diferencia: yo sabía cómo barrer un suelo o quitar el polvo de los muebles, poco importaba en qué siglo estuviese. Margaret Weylin se quejaba porque no lograba encontrar nada de lo que quejarse. Y eso lo dejó bien claro, con gran dolor para mí, el día que me lanzó café tan caliente que escaldaba gritando que se lo había llevado ya frío.

Así que me escondía en la habitación de Kevin. Era mi refugio. Pero no era el lugar donde dormía.

Me habían asignado un lugar para dormir en el ático, donde dormían la mayoría de los criados. Aparentemente, a nadie se le había ocurrido que yo debiera dormir en la habitación de Kevin. Weylin sabía qué tipo de relación se suponía que teníamos Kevin y yo, y había dejado claro que no le importaba. Pero la asignación de las habitaciones parecía indicar que esperaba de nosotros cierta discreción... o así lo asumimos los dos. Cooperamos durante tres días. Al cuarto, Kevin me sorprendió cuando salía hacia la cocina y me llevó al roble otra vez.

—¿Te está causando problemas Margaret Weylin? —preguntó.

—Nada que no pueda manejar —respondí sorprendida—. ¿Por qué?

—He oído hablar a un par de criados y me ha parecido entender que había algún problema. Pensé que tenía que averiguarlo.

Me encogí de hombros y le dije:

—Creo que me rechaza porque le gusto a Rufus. Probablemente no quiera compartir a su hijo con nadie. Que el cielo le ayude cuando sea un poco mayor y decida marcharse. Además, no creo que a Margaret le gusten los esclavos educados mucho más que a su marido.

—Ya veo. Tenía razón con él, por cierto. Apenas sabe leer y escribir. Y ella poco más. —Se giró de repente hacia mí—. ¿Te tiró una jarra de café caliente?

Aparté la mirada.

—No tiene importancia. Lo esquivé casi todo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte hecho daño.

—No me lo hizo.

—No creo que debamos darle otra oportunidad.

Le miré.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Salir de aquí. No necesitamos el dinero tanto como para exponerte a lo que se proponga hacerte la próxima vez.

—No, Kevin. Tenía motivos para no decirte nada del café.

—Me estoy preguntando ahora qué más no me has dicho.

—Nada importante. —Mi memoria voló y trajo al presente algunos de los insultos mezquinos de Margaret—. Nada tan importante como para tener que irme de aquí.

—Pero ¿por qué? No hay motivos para...

—Sí que los hay. Lo he estado pensando, Kevin. No es el dinero lo que me preocupa, ni siquiera tener un techo bajo el que cobijarme. Creo que podemos sobrevivir aquí juntos. Como sea. Pero no creo que tenga muchas oportunidades de sobrevivir aquí yo sola. Eso ya te lo he dicho.

—No estarás sola. De eso me encargaré yo.

—Lo intentarás. Y tal vez sea suficiente con eso. Yo así lo espero. Pero si no lo es y tengo que volver aquí yo sola, tengo más posibilidades de sobrevivir si estoy en esta casa y trabajo por asegurar lo que ya hablamos. Por Rufus. Es posible que cuando yo regrese él tenga ya edad suficiente para ejercer cierta autoridad. Y que sea lo suficientemente mayor para ayudarme. Quiero que tenga de mí todos los recuerdos buenos que pueda darle. Y tengo que proporcionárselos ahora.

—Tal vez se olvide de ti cuando te vayas.

—No se olvidará.

—Pero podría no funcionar. A fin de cuentas, este entorno influirá en él durante todo el tiempo que tú no estés aquí. Y por lo que he oído, en estos tiempos es habitual que los hijos del amo crezcan en igualdad de condiciones que los niños de los esclavos. Pero supongo que la madurez pone a cada uno en su sitio.

—A veces no. Incluso aquí, no todos los niños son moldeados como sus padres quieren que lo sean.

—Estás apostando. Demonios, estás apostando contra la historia.

—¿Y qué puedo hacer si no? Tengo que intentarlo, Kevin. Y si intentarlo supone correr pequeños riesgos y enfrentarme a pequeñas humillaciones ahora para poder sobrevivir después, lo haré.

Inhaló profundamente y exhaló profiriendo casi un silbido.

—Sí. Y supongo que no puedo culparte por ello. A mí no me gusta, pero no te culpo.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—A mí tampoco me gusta. Dios, ¡lo odio! Esa mujer se está postulando para un ataque de nervios. Lo único que espero es que no le dé mientras yo estoy por aquí.

Kevin cambió de postura y yo me incorporé.

—Vamos a olvidar a Margaret por un momento —dijo—. También quería hablarte de ese..., ese sitio donde duermes.

—Ah.

—Sí, ah. Al fin he conseguido verlo. Un jergón hecho de trapos, Dana.

—¿Has visto algo más allá arriba?

—¿Qué? ¿Qué más tenía que ver?

—Hay muchos jergones de trapos en el suelo. Y un par de colchones de vainas de maíz. No me tratan peor que a los demás criados de la casa, Kevin. Y estoy mejor que los que trabajan en el campo, porque sus jergones están en el piso de las cabañas, que no están soladas. Y la mayoría están llenas de pulgas.

Se produjo un largo silencio. Al final, Kevin suspiró.

—No puedo hacer nada por los demás —dijo—, pero quiero que tú salgas de ese ático. Te quiero a mi lado.

Me incorporé y me miré las manos.

—Yo también querría estar contigo. No sabes cuánto. Sigo imaginando que me despierto en casa una mañana y estoy sola.

—No es probable. A menos que algo te amenace o te ponga en peligro durante la noche.

—No puedes estar seguro de eso. Tu teoría puede fallar. Tal vez hay algún tipo de límite respecto al tiempo que puedo quedarme aquí. Tal vez un mal sueño pueda ser suficiente para mandarme a casa. Tal vez... qué sé yo.

—Tal vez debería probar mi teoría.

Eso me detuvo. Me di cuenta de que estaba pensando en ponerme en peligro él mismo o, al menos, en hacerme creer que estaba en peligro. En darme un susto de muerte. En mandarme a casa del susto. Tal vez.

Tragué saliva.

—Podría ser buena idea, pero no tendrías que habérmela contado. Así me has prevenido. Además... no creo que tú pudieras asustarme lo bastante. Me fío de ti.

Puso una mano encima de la mía.

—Puedes seguir fiándote. Yo no te haré daño.

—Pero...

—No tengo que hacerte daño. Puedo organizar algo que te asuste antes de que tengas tiempo ni de planteártelo. Puedo controlarlo.

Eso podía admitirlo. Empecé a pensar que era posible que consiguiera hacernos volver a casa a ambos.

—Kevin, espera a que Rufus tenga bien la pierna.

—¿Tanto? —protestó—. Seis semanas o más. Diablos. En una sociedad tan atrasada como esta, quién sabe si esa pierna se pondrá bien del todo.

—Suceda lo que suceda, el chico sobrevivirá y tendrá un hijo. Y eso significa que probablemente le dé tiempo a atraerme una vez más hasta aquí, contigo o sin ti. Dame la oportunidad que necesito, Kevin, ayúdame a llegar hasta él y a construirme aquí un lugar seguro.

—Muy bien —dijo suspirando—. Esperaremos un poco. Pero no con lo del ático. Te cambias a mi habitación esta noche.

Lo pensé un momento.

—De acuerdo. Llevarte conmigo a casa cuando me vaya es para mí más importante que quedarme con Rufus. Vale la pena arriesgarnos a que nos echen de la plantación.

—No te preocupes por eso. A Weylin no le importa lo que hagamos.

—Pero a Margaret sí le importará. La he visto empleando su escasa capacidad lectora en estudiar la Biblia. Sospecho que, a su manera, es una mujer a la que le importa mucho la moral.

—¿Quieres saber lo mucho que le importa?

Su tono me hizo fruncir el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Si me persiguiera con más empeño, ella y yo estaríamos interpretando una escena de esa Biblia que lee: la de la esposa de Putifar y José.

Tragué saliva. *¡Esa mujer!* Pero me la podía imaginar, sí. Con aquella melena pelirroja peinada en alto y su piel fina y suave, fueran cuales fueran sus problemas emocionales, fea no era.

—Me cambiaré esta noche, de acuerdo —dije.

—Si somos discretos, puede que ni siquiera se den cuenta. ¡Demonios!, he visto tres niños jugando en el barro ahí detrás que se parecen más a Weylin que el propio Rufus. Margaret tiene mucha experiencia en eso de no darse cuenta.

Sabía a qué niños se refería. Eran de diferente madre, pero entre ellos había una semejanza que les hacía parecer parientes. Había visto a Margaret abofetear a uno de ellos. Lo único que había hecho el crío había sido ponerse en su camino. Si estaba dispuesta a castigar a un niño por los pecados de su marido, ¿no lo estaría también a castigarme a mí si supiera que yo estaba con Kevin, donde ella quería estar? Traté de no pensarlo.

—Aun así, puede que tengamos que marcharnos —dije yo—. No importa lo que esta gente acepte el uno respecto al otro, pero seguramente no tolerarían que la

inmoralidad venga de nosotros.

Se encogió de hombros.

—Si tenemos que irnos, nos vamos. Aunque quieras estar con el niño, hay un límite respecto a lo que debes aguantar. Intentaremos ir hacia Baltimore. Allí no creo que me costara encontrar trabajo de lo que fuera.

—Si vamos a ir a una ciudad grande, ¿por qué no a Filadelfia?

—¿Filadelfia?

—Sí, porque está en Pensilvania. Si nos vamos de aquí, tendríamos que ir a un estado libre.

—Ah. Claro, tendría que haberlo pensado antes. Mira, Dana, puede que tengamos que irnos a cualquiera de los estados libres, sí. —Dudó un momento—. Quiero decir, si resulta que no logramos volver a casa de la única manera que creemos posible. Yo probablemente me convierta en un gasto inútil cuando Rufus se cure. En ese momento tendría que buscar un hogar para los dos, donde fuese. Tal vez no suceda, pero existe una posibilidad.

Asentí.

—Y ahora vamos a coger lo que tengas en ese ático. —Se puso en pie—. Y..., Dana, dice Rufus que su madre estará hoy fuera, de visita. Que le gustaría verte.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Algo es algo, ¡por fin!

Ese mismo día, un poco más tarde, estaba yo preparando una masa de pan de maíz —como me había pedido Sarah— cuando llegó Carrie a buscarme. Hizo una seña a Sarah que yo ya había aprendido a interpretar. Se tocaba la cara con una mano haciendo un gesto como si se limpiara algo de la mejilla. Luego me señalaba a mí.

—Dana —dijo Sarah girando un poco la cabeza—, uno de los blancos te llama. Ve con Carrie.

Fui como me dijo. Carrie me llevó a la habitación de Rufus, llamó y me dejó allí. Yo entré y me encontré a Rufus en la cama, con la pierna hecha un bocadillo entre dos tablas de conglomerado sujetas con una estructura de cuerda y hierro fundido. El contrapeso de hierro parecía algo que hubieran cogido de la cocina de Sarah, una cosa con aspecto de pesar mucho donde le había visto colgar carne para asar. Pero parecía que resultaba igual de útil para mantener la tracción de la pierna de Rufus.

—¿Estás mejorando? —pregunté mientras me sentaba en la silla de al lado de su cama.

—Ya no me duele tanto —respondió—. Supongo que se está curando. Dice Kevin... ¿A ti te importa que le llame Kevin?

—No, yo creo que es lo que él quiere que hagas.

—Cuando está mi madre tengo que llamarle señor Franklin. Da igual. Me ha dicho que estás trabajando con tía Sarah.

¿Tía Sarah? Bueno, mejor eso que mami Sarah, supuse.

—Me está enseñando a cocinar a su estilo.

—Es muy buena cocinera. Pero... ¿te pega?

—¡Claro que no! —Me reí.

—Tenía una muchacha en la cocina hace un tiempo... y solía pegarle. La niña acabó pidiendo a mi padre que la llevara de nuevo a los campos... Creo que fue después de que mi padre vendiera a los niños de tía Sarah. En aquella época estaba furiosa con todo el mundo.

—No puedo culparla por ello —dije.

Rufus miró a la puerta y luego dijo en voz baja:

—Yo tampoco. Su hijo Jim era amigo mío. Me enseñó a montar cuando era pequeño. Pero mi padre lo vendió de todos modos. —Volvió a mirar a la puerta y cambió de tema—. Dana, ¿tú sabes leer?

—Sí.

—Kevin me lo dijo. Se lo conté a mi madre y aseguró que no sabías.

Me encogí de hombros.

—¿A ti qué te parece?

Sacó un libro encuadernado en piel de debajo de la almohada.

—Me lo ha traído Kevin de abajo. ¿Me lees?

Volví a enamorarme de Kevin perdidamente. Aquella era la excusa perfecta para que yo pudiera pasar el mayor tiempo posible con el chico. El libro era *Robinson Crusoe*. Yo lo había leído de pequeña y no recordaba que me hubiera gustado mucho, pero sí que no era capaz de soltarlo. A fin de cuentas Crusoe iba en un barco de comerciantes de esclavos cuando naufragó.

Abrí el libro con cierta aprensión, preguntándome a qué puntuación, a qué grafía arcaica tendría que enfrentarme. Me encontré con alguna *f* donde debiera ir una *s* y otras cosas que no eran muy habituales, pero me acostumbré enseguida. Y empecé a meterme en la historia. Al ser yo misma en cierto modo un naufrago, me dio mucha alegría meterme en el universo ficticio de los problemas de otro.

Leí, leí y bebí parte del agua que la madre de Rufus le había traído a él, y seguí leyendo. Rufus parecía disfrutar. No paré hasta que tuve la impresión de que se estaba quedando dormido. Pero incluso entonces, cuando dejé el libro, abrió los ojos y sonrió.

—Dice Nigel que tu madre era maestra.

—Era maestra, sí.

—Me gusta cómo lees. Es como estar dentro del libro viendo todo lo que pasa.

—Gracias.

—Hay muchos más libros abajo.

—Los he visto.

A mí también me habían llamado la atención. Los Weylin no parecían el tipo de gente que tiene biblioteca.

—Eran de la señorita Hannah —me explicó Rufus solícito—. Antes de casarse con mi madre, mi padre estaba casado con ella, pero murió. Esta casa era suya. Dice

mi padre que leía tanto que antes de casarse de nuevo se aseguró de que a mi madre no le gustara leer.

—¿Y a ti te gusta?

Se revolvió incómodo.

—Leer es una pesadilla. Y el señor Jennings dijo que yo era demasiado tonto para aprender nada.

—¿Quién es el señor Jennings?

—El maestro.

—Ah, ¿sí? —Meneé la cabeza fastidiada—. Pues no debería serlo. Dime una cosa: ¿tú crees que eres tonto?

—No —dijo un «no» ligeramente dubitativo—. Yo ya leo igual de bien que mi padre. ¿Hace falta que lea mejor aún?

—No, no hace falta. Te puedes quedar así. Naturalmente, eso le daría al señor Jennings la satisfacción de creerse en lo cierto. ¿A ti te gusta él?

—A nadie le gusta él.

—Entonces no estés tan dispuesto a complacerle. ¿Y los chicos con los que vas a la escuela? Porque son solo chicos, ¿verdad?, no hay chicas.

—Sip.

—Pues piensa en la ventaja que te van a llevar cuando crezcas. Ellos sabrán mucho más que tú. Se burlarán de ti. Y además —enarbolé el ejemplar de *Robinson Crusoe*—, mira lo que te perderías...

—No si estás tú aquí —gruñó—. Léeme más.

—Creo que no debo. Se está haciendo tarde. Tu madre llegará enseguida.

—No, no tan pronto. Lee.

Suspiré.

—Rufe, a tu madre no le gusto. Creo que ya lo sabes.

Miró hacia otro lado.

—Tenemos un poco de tiempo todavía —dijo—. Pero tienes razón, tal vez sea mejor que no leas más. Cuando tú estás leyendo, me olvido de escuchar a ver si viene...

Le di el libro.

—Léeme tú unas cuantas líneas.

Cogió el libro, pero lo miró como si fuera su enemigo. Al cabo de un momento, comenzó a leer con voz vacilante. En algunas palabras se quedaba atascado y yo tenía que ayudarle. Al cabo de dos párrafos, que le costó mucho leer, se detuvo y cerró el libro con gesto de fastidio.

—Cuando lo leo yo no parece ni el mismo libro —dijo.

—Deja que Kevin te enseñe —le aconsejé—. A él no le parece que seas tonto y a mí tampoco. Aprenderás muy bien.

A menos que tuviera algún tipo de problema en la vista o alguna dificultad con el aprendizaje que la gente de su época tomara por estupidez o por cabezonería. A

menos que... ¿Y qué sabía yo de enseñanza? No me quedaba más que esperar que el chico tuviera el potencial que yo pensaba que tenía.

Me puse en pie para marcharme y luego me senté de nuevo, recordando otra pregunta que había quedado sin respuesta.

—Rufe, ¿qué le ocurrió a Alice?

—Nada.

La pregunta pareció sorprenderle.

—Quiero decir..., la última vez que la vi acababan de pegar a su padre porque había ido a verlas, a su madre y a ella.

—Ah, sí. Mi padre pensó que se había fugado y se lo vendió a un negrero.

—Lo vendió. Y... ¿sigue viviendo por aquí?

—No. El tratante se fue al sur. A Georgia, creo.

—Ah, Dios —suspiré—. ¿Y Alice y su madre? ¿Siguen aquí?

—Claro. Y yo las sigo viendo...; cuando puedo andar, ahora no.

—¿Sabes si tuvieron algún problema esa noche por tenerme en su casa?

Eso fue todo lo que me atreví a acercarme a la pregunta que realmente quería hacer: ¿qué había sido del tipo que estuvo a punto de esclavizarme?

—No lo creo. Alice dice que llegaste y te marchaste enseguida.

—Me fui a casa. Nunca sé cuándo me voy a ir. Sucede y ya está.

—¿Volviste a California?

—Sí.

—Alice no te vio marchar. Dice que te metiste en el bosque y no regresaste.

—Mejor así. Si me hubiera visto desaparecer, se habría asustado.

Entonces Alice no había dicho nada. O su madre, porque Alice tal vez no supiera qué había pasado. Está claro que hay cosas que no se le podían decir ni siquiera a un blanco de corta edad amigable. Y además..., si el propio patrullero no había hecho correr la voz ni se había vengado con Alice y su madre por lo que pasó conmigo..., quizá era porque estaba muerto. Tal vez mi golpe había acabado con su vida o le había rematado alguien cuando yo ya me había ido. Si era así, no quería saber nada del asunto.

Volví a ponerme en pie.

—Tengo que irme, Rufe. Volveré a verte siempre que pueda.

—¿Dana?

Le miré.

—Le dije a mi madre quién eras. Quiero decir, que eras tú la que me había salvado en el río. Dijo que no era verdad, pero me parece que me creyó. Se lo dije porque pensaba que así le gustarías más.

—Pues me da la impresión de que no.

—Ya lo sé. —Hizo un mohín—. Pero ¿por qué no le gustas? ¿Le has hecho algo?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—No me lo va a decir. —Levantó la mirada con gesto solemne—. Sigo pensando que te vas a marchar otra vez a tu casa. Que un día vendrá quien sea y me dirá que Kevin y tú os habéis ido. Y no quiero que os vayáis. Pero tampoco quiero que os hagan daño aquí.

No dije nada.

—Tienes que tener cuidado —me pidió suavemente.

Asentí y salí de la habitación. Justo cuando llegué a las escaleras, Tom Weylin salía de su dormitorio.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —preguntó en tono exigente.

—He venido a visitar al señorito Rufus —respondí—. Ha dicho que quería verme.

—¡Le has estado leyendo!

Supe entonces que se había hecho el encontradizo para pillarme. Había estado escuchando, ¡por el amor de Dios! ¿Qué esperaba oír? O, mejor dicho, ¿qué había oído que no supiera ya? Lo de Alice, quizá. ¿Y para qué le serviría esa información? Durante unos instantes empecé a dar vueltas a la cabeza buscando excusas, explicaciones. Luego me di cuenta de que él no las necesitaba. Si hubiera estado allí lo suficiente para oírnos hablar de Alice, me lo habría encontrado justo en la puerta de Rufus. Seguramente me había oído dirigirme al niño con demasiada familiaridad, pero nada más. Yo había tenido mucho cuidado de evitar decir algo malo de Margaret, porque pensaba que su propia actitud le haría más daño a los ojos de su hijo que cualquier cosa que yo pudiera decir. Así que planté cara a Weylin con toda tranquilidad.

—Sí, le he estado leyendo —admití—. Me lo ha pedido él. Creo que se aburre en la cama sin hacer nada...

—No te he preguntado lo que tú crees —dijo.

No respondí.

Me hizo apartarme más de la puerta de Rufus. Luego nos detuvimos y me miró fijamente. Sus ojos me recorrieron con esa mirada con la que un hombre recorre a una mujer con la que busca sexo, pero no emitía ningún mensaje de lujuria. Por primera vez me fijé en que sus ojos eran tan claros como los de Kevin. Rufus y su madre los tenían verdes, de un verde intenso. Y por alguna razón a mí me gustaban más.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó.

—Veintiséis, señor.

—Lo dices como si estuvieras muy segura.

—Sí, señor. Lo estoy.

—¿En qué año naciste?

—En 1793.

Había maquinado eso unos días atrás, pensando que no tendría que haber ningún dato de mi historia personal sobre el que yo dudara si a alguien se le ocurría

preguntarme. En nuestra época, cuando alguien dudaba de su fecha de nacimiento era posible que estuviera mintiendo. Sin embargo, según lo estaba diciendo me di cuenta de que allí cualquiera dudaría simplemente porque no estaban seguros. Sarah no sabía la suya.

—Entonces veintiséis —dijo Weylin—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Ninguno. —Me mantuve inexpresiva, pero no podía dejar de preguntarme adonde me llevaría aquel interrogatorio.

—¿Ninguno todavía? —Arrugó el ceño—. Entonces serás machorra.

No dije nada. No pensaba explicarle nada. A fin de cuentas, mi fertilidad no era asunto suyo.

Me miró fijamente un rato más. Me hizo sentirme molesta y enfadada, pero disimulé mis sentimientos lo mejor que pude.

—Pero te gustan los niños, ¿no? —preguntó—. Te gusta mi hijo.

—Sí, señor.

—¿Sabes contar? Además de leer y escribir...

—Sí, señor.

—¿Te gustaría ser tú quien le enseñara?

—¿Yo? —Me las arreglé para hacer una mueca... y que no pareciera que estaba a punto de soltar una carcajada de alivio. Tom Weylin quería comprarme. A pesar de todos sus afanes por advertir a Kevin de los peligros de tener esclavos con educación nacidos en el norte, quería comprarme. Hice como que no entendía.

—Pero esa es tarea del señor Franklin.

—Podría ser tu trabajo.

—¿Podría...?

—Yo podría comprarte. Entonces vivirías aquí en lugar de viajar por todo el país sin tener dónde dormir ni bastante comida que llevarte a la boca.

Bajé los ojos.

—Eso tiene que decirlo el señor Franklin.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿a ti qué te parece?

—Bueno..., no se ofenda, señor Weylin, me alegro mucho de que nos detuviéramos aquí y, como usted dice, me gusta su hijo. Pero quisiera quedarme con el señor Franklin.

Me lanzó una mirada de lástima.

—Si haces eso, muchacha, vivirás para lamentarlo.

Se dio la vuelta y se alejó.

Yo le miré mientras se iba, convencida —a mi pesar— de que realmente sentía lástima por mí.

Aquella noche le conté a Kevin lo que había sucedido y a él también le sorprendió.

—Ten cuidado, Dana —dijo imitando a Rufus sin saberlo—. Ten todo el cuidado que puedas.

Tuve cuidado. A medida que pasaban los días adquirí el hábito de la cautela. Desempeñaba el papel de esclava y cuidaba mis modales seguramente más de lo necesario, porque nunca sabía qué podía pasar. Bastante, según vi luego.

En una ocasión me mandaron ir a las cabañas de los esclavos —el poblado— para que viera cómo castigaba Weylin a uno de los trabajadores de la plantación. Su delito había sido replicar. Weylin ordenó que lo desnudaran y lo ataran al tronco de un árbol seco. Mientras otros esclavos hacían todo esto, Weylin observaba, de pie, jugando con el látigo y mordiéndose los finos labios. De repente hizo restallar el látigo sobre la espalda del esclavo. Su cuerpo se retorció y se tensó bajo las cuerdas. Miré el látigo durante un momento preguntándome si sería igual que el que había empleado con Rufus unos años atrás. Si lo era, entendía perfectamente por qué Margaret Weylin había cogido al chico y se lo había llevado de allí. El látigo era pesado y medía unos dos metros de largo. Yo no habría sido capaz de usarlo con ningún ser vivo. Cada latigazo arrancaba sangre y chillidos. Miré y escuché, y deseé estar en otro sitio. Lo que quería Weylin era dar un castigo ejemplar a aquel hombre. Nos había ordenado a todos que lo presenciáramos. Kevin estaba en la casa, seguramente sin sospechar siquiera lo que ocurría.

El castigo dio sus frutos en lo que a mí se refería. Me asustó y me hizo preguntarme cuánto tardaría en cometer un error que le diera a alguien motivos para azotarme. ¿O ya lo había cometido?

Finalmente me había trasladado a la habitación de Kevin. Y aunque aquello podía considerarse una orden de Kevin, era posible que fuera yo quien acabara pagando por ello. El hecho de que los Weylin no parecieran haberse dado cuenta del traslado a mí no me daba ninguna tranquilidad. Sus vidas y la mía tenían tan poco en común que podría llevarles días enterarse de que yo ya no estaba en el ático. Siempre me levantaba antes que ellos e iba a la cocina a buscar agua y unas brasas para encender con ellas la chimenea de Kevin. Al parecer, aún no se habían inventado las cerillas. Ni Sarah ni Rufus habían oído hablar de ellas.

El criado que Weylin había asignado a Kevin le ignoraba por completo, con lo que Kevin y su habitación quedaban enteramente a mi cargo. Nos costaba el doble encender el fuego y a mí me llevaba más tiempo acarrear el agua desde la cocina hasta arriba y bajarla de nuevo, pero no me importaba. Los trabajos que yo misma me había asignado me daban un motivo legítimo para entrar y salir de la habitación de Kevin a cualquier hora, y me salvaban de que se me asignaran otros más desagradables. Y lo más importante: me daban la oportunidad de preservar una parte de 1976 en aquel mundo de esclavos y amos.

Después de lavarnos y ver cómo Kevin se destrozaba la cara con la navaja de afeitar que le había prestado Weylin, yo bajaba a ayudar a Sarah a preparar el

desayuno. La mañana entera se iba en atender a los Weylin. Por la noche ayudaba a recoger después de la cena y preparaba lo necesario para el día siguiente. Al igual que Sarah y Carrie, me levantaba antes que los Weylin y me iba a la cama después de ellos. Eso me dio unos cuantos días de paz, hasta que Margaret Weylin descubrió otra razón para detestarme.

Un día me arrinconó mientras yo limpiaba la biblioteca. Si hubiera llegado dos minutos antes, me habría pillado leyendo un libro.

—¿Dónde dormiste anoche? —preguntó en tono exigente, con la voz acusadora que empleaba con los esclavos.

Me erguí para mirarla, agarré la escoba con las manos. ¡Cómo me habría gustado decirle: «No es asunto tuyo, zorra»! Pero hablé en tono suave y respetuoso.

—En la habitación del señor Franklin, señora.

No me molesté en mentir, porque todos los criados de la casa lo sabían ya. Podía incluso haber sido alguno de ellos quien había alertado a Margaret. ¿Qué iba a pasar ahora?

Margaret me dio una bofetada.

Me quedé muy quieta y la miré con gesto gélido. Era nueve o diez centímetros más baja que yo y más menuda en proporción. La bofetada no me hizo mucho daño. Lo que hizo, simplemente, fue darme ganas de devolvérsela. Pero el recuerdo del látigo me lo impidió.

—¡Putas negras asquerosas! —gritó—. ¡Este es un hogar cristiano!

Yo no dije nada.

—Ya me encargaré de que te manden al poblado, que es donde tienes que estar.

Seguí sin decir nada. La miré.

—¡No te quiero en mi casa! —Dio un paso atrás—. ¡Deja de mirarme así! —Dio otro paso atrás.

Se me ocurrió que me tenía un poco de miedo. A fin de cuentas yo era una esclava nueva y por tanto impredecible. Y tal vez demasiado callada. Lenta y deliberadamente, me di la vuelta y seguí barriendo.

Sin embargo, disimulando, seguí pendiente de ella. A fin de cuentas, ella era tan impredecible como yo. Podía coger un candelabro o un jarrón y pegarme con él. Y látigo o no látigo, yo no me iba a quedar allí quieta esperando a que me hiciera daño de verdad.

Pero ya no me atacó más. Se dio la vuelta y se marchó. Era un día de mucho calor, bochornoso y desagradable. Nadie se movía con ligereza, salvo para espantar las moscas. Pero Margaret Weylin seguía yendo de un lado a otro a toda prisa. Tenía poco o nada que hacer. Los esclavos le limpiaban la casa, hacían la mayor parte de la costura, toda la comida y la colada. Carrie incluso le ayudaba a vestirse y desvestirse. Margaret supervisaba..., más bien mandaba hacer a la gente lo que ya estaba haciendo, criticaba su lentitud o su pereza aunque se mostraran afanados e industriosos y, en general, daba problemas. Weylin se había casado con una joven

pobre, sin educación, nerviosa y extraordinariamente hermosa que se había propuesto ser lo que ella pensaba que era una dama. Y eso significaba que no hacía trabajos insignificantes o, mejor dicho, ningún trabajo en absoluto. Yo no tenía a nadie con quien compararla salvo sus invitados, que parecían, al menos, más tranquilos que ella. Pero sospeché que la mayoría de las mujeres de su época encontraban algo con lo que mantenerse cómodamente ocupadas, fueran o no fueran damas. Margaret, sin embargo, se aburría y se limitaba a ir de un sitio a otro molestando.

Terminé mi tarea en la biblioteca, sin dejar de preguntarme si Margaret había ido a contarle aquello a su marido. A su marido sí le temía yo. Recordé la expresión de su cara cuando azotaba al esclavo. No era ni de regocijo ni de enfado, ni de especial interés. Como si estuviera cortando leña. No era de sadismo, pero tampoco parecía apartarse de sus obligaciones de amo de la plantación. A mí me habría azotado sin problema si le hubiera dado el menor motivo y sería posible que Kevin ni siquiera se enterase hasta que fuera demasiado tarde.

Subí a la habitación de Kevin, pero no estaba allí. Le oí al pasar junto a la habitación de Rufus e iba a entrar, pero unos instantes después oí la voz de Margaret. Espantada, regresé a la planta baja y fui hacia la cocina.

Cuando entré, Sarah y Carrie estaban solas y me alegré. A veces se quedaban en la cocina los niños, los ancianos, los criados de la casa o incluso algunos de los esclavos de la plantación a regalarse unos instantes de asueto. A mí me gustaba escucharles, porque oyéndoles hablar averiguaba, a pesar de su acento, cómo sobrevivían en aquellas condiciones de esclavitud. Sin ellos saberlo, me estaban preparando para sobrevivir. Pero ahora quería encontrarme solo con Sarah y Carrie, así podría sincerarme con ellas, que no se lo contarían a los Weylin.

—Dana —dijo Sarah cuando entré—, ten más cuidado. Hoy he tenido que sacar la cara por ti. No quiero que me hagas quedar por mentirosa.

Me mostré sorprendida.

—¿Sacar la cara por mí? ¿Con la señorita Margaret?

Sarah lanzó una carcajada breve y áspera.

—¡No! Sabes que con ella no cruzo palabra si puedo evitarlo. Ella tiene su casa, yo tengo mi cocina.

Sonreí y mis propios problemas desaparecieron por un momento. Sarah tenía razón, Margaret Weylin nunca se interponía en su camino. Las conversaciones entre ellas dos siempre eran breves y se limitaban, normalmente, a planificar las comidas.

—Entonces, si ella no se entromete, ¿por qué no le gusta a usted? —pregunté.

Sarah me lanzó aquella mirada de callada ira que no había visto desde el primer día que estuve en la plantación.

—¿De quién crees que fue la idea de vender a mis niños?

—Ah.

Desde aquel primer día, tampoco había vuelto a mencionar a los hijos que perdió.

—Quería muebles nuevos, platos de porcelana, todas las monerías que ves ahora por la casa. Lo que había era bueno para la señorita Hannah y ella sí que era una dama de verdad. Calidad. Pero no era suficiente para esa basura blanca de Margaret. Así que obligó al amo a vender a mis tres chicos para sacar dinero y comprar cosas que ni siquiera necesita.

—Ah.

No era capaz de decir nada más que eso. Mis problemas parecían encogerse y llegué a pensar que no valía la pena comentar nada. Sarah estuvo callada un rato, amasando pan con las manos como si fuera una autómatas, tal vez con más vigor del necesario. Al fin, habló de nuevo.

—Fue al amo Tom al que tuve que hablarle.

Di un respingo.

—¿Me he metido en algún lío?

—Pues no será por nada que yo haya dicho. Pero quería saber si trabajas bien y si eres perezosa. Le dije que perezosa no eres. Le dije que no sabías cómo se hacían algunas cosas... y es que, mi niña, has venido aquí sin saber hacer nada, pero eso no se lo iba a decir. Le expliqué que cuando no sabías hacer algo, pues que lo averiguabas. Y que trabajas. Que si te digo que hagas una cosa, sé que la vas a hacer. Y el amo Tom contestó que a lo mejor te compraba.

—Pero el señor Franklin no me venderá.

Levantó la cabeza un poco y me miró de frente, de cerca, clavándome literalmente la nariz.

—No. Ya me figuro que no. De todos modos, la señorita Margaret no quiere que estés aquí.

Me encogí de hombros.

—Zorra —murmuró Sarah en tono monótono; luego dijo—: Bueno, con lo avariciosa y lo mala persona que es, al menos no molesta a Carrie.

Miré a la pobre muda, que estaba comiendo un poco de estofado con pan de maíz que había sobrado de la comida de los blancos.

—¿Verdad, Carrie?

Carrie negó con la cabeza y siguió comiendo.

—Claro —dijo Sarah, soltando un momento la masa—, que Carrie no tiene nada que quiera la señorita Margaret.

La miré con atención.

—Estás en medio —dijo—. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Con un hombre debería tener bastante.

—No importa lo que debería ser. Importa lo que es. Haz que te deje volver al ático a dormir.

—¿Que haga qué?!

—Niña... —sonrió un poco—, yo te veo con él a veces, cuando nadie mira. Puedes conseguir de él lo que quieras.

Su sonrisa me sorprendió. Esperaba que mostrara disgusto hacia mí. O hacia Kevin.

—Lo cierto —continuó—, si tienes algo de sesera, es que tienes que hacer que te libere ahora que todavía eres joven y hermosa y puedes lograr que te haga caso.

La miré intentando averiguar qué quería decir: sus ojos enormes y oscuros en medio de aquel rostro lleno y sin arrugas, varios tonos más claro que el mío. Debió ser hermosa hasta no hacía mucho. Seguía siendo una mujer atractiva. Respondí en voz queda:

—¿Te diste cuenta de eso, Sarah? ¿Lo intentaste tú cuando eras joven?

Me lanzó una mirada dura y sus grandes ojos se achicaron de pronto. Al fin se marchó, sin responder.

7

No me trasladé al poblado. Me apropié de un consejo de cocina que había oído que Luke le daba a Nigel: «No discutas con los blancos. No les digas que no. Que no te vean enfadarte. Tú límitate a decir: “Sí, señor”. Y luego vete a hacer lo que te dé la gana. Igual te ganas unos latigazos por ello, pero si de verdad lo quieres, los latigazos no te importarán gran cosa».

Luke llevaba en la espalda las marcas de algunos latigazos y ya le había oído a Tom Weylin jurar un par de veces que vendrían más a hacerles compañía. Pero no se los había dado. Y Luke había seguido realizando su trabajo, y haciendo las cosas a su manera. Y su trabajo era mantener a raya a los esclavos del campo. Le llamaban «el guía» y era una especie de capataz negro. Y como él había logrado mantener una posición de relativa importancia a pesar de su actitud, yo decidí desarrollar una actitud parecida, aunque menos arriesgada para mí. No tenía intención de ganarme ningún latigazo, si podía evitarlo, y estaba segura de que Kevin me protegería si estaba cerca cuando le necesitara.

En cualquier caso, ignoré los desvaríos de Margaret y continué deshonrando su hogar cristiano.

Y no sucedió nada.

Una mañana Tom Weylin se levantó temprano y me pilló deambulando medio dormida todavía por la habitación de Kevin. Me quedé petrificada, pero intenté relajarme un poco.

—Buenos días, señor Weylin.

Estuvo a punto de sonreír. O lo más cerca de sonreír que yo le había visto. Y guiñó un ojo.

Eso fue todo. Supe entonces que si Margaret me echaba de la casa no sería por hacer algo tan normal como acostarme con mi amo. Y en cierto modo eso me inquietaba. Me sentía como si realmente estuviera haciendo algo vergonzoso, jugando indolente a hacer de puta de mi amo. Me marché sintiéndome incómoda, algo avergonzada.

Pasó el tiempo. Kevin y yo nos convertimos en parte de la casa: éramos familiares, bien acogidos, y nosotros, por nuestra parte, también éramos acogedores. Otra cuestión que me inquietaba cuando pensaba en ella: me parecía que nos habíamos aclimatado muy pronto. No es que quisiera que nos buscáramos complicaciones, pero me daba la impresión de que tendría que habernos costado más adaptarnos a este tramo concreto de la historia: adaptarnos, en definitiva, a ocupar un lugar en casa de un esclavista. Para mí, la tarea podía resultar dura, pero era más aburrida que agotadora, desde el punto de vista físico. Kevin también se quejaba del aburrimiento y de tener que ser sociable con una corriente ininterrumpida de invitados ignorantes y pretenciosos que llegaban sin parar a la residencia de los Weylin. Pero, para ser visitantes de otra era, me parecía que no lo estábamos haciendo nada mal. Y yo era tan retorcida como para que aquella soltura me perturbara.

«Esta podría ser una época estupenda para vivir en ella», había dicho Kevin en una ocasión.

—Sigo pensando que sería una experiencia fantástica quedarnos: ir hacia el oeste y ser testigos de la construcción del país, ver qué hay de cierto en toda esa mitología del Viejo Oeste.

—El Oeste —había respondido yo—. Para ver qué hicieron a los indios en lugar de a los negros...

Me había mirado de una forma muy extraña. Últimamente lo hacía con frecuencia.

Un día Tom Weylin me pilló leyendo en su biblioteca. Se suponía que yo tenía que estar barriendo y limpiando el polvo. Levanté la vista, vi que me estaba observando, cerré el libro y lo solté, y cogí el paño. Me temblaba la mano.

—Lees a mi hijo —me espetó—. Eso te lo permito. Pero para ti, ya está bien de lectura.

Se produjo un silencio prolongado y luego yo respondí, un poco aturdida:

—Sí, señor.

—Además, no tendrías que estar aquí. Di a Carrie que arregle ella esta habitación.

—Sí, señor.

Horas después, en la cocina, Nigel me pidió que le enseñara a leer.

Me sorprendió la petición y luego me avergonzó mi sorpresa. Parecía tan natural... Años atrás Nigel había sido elegido para ser el compañero de Rufus. Si Rufus hubiera sido mejor estudiante, Nigel ya sabría leer. Pero Nigel había aprendido a hacer otras cosas. Con trece años y su constitución fuerte, sabía herrar un caballo,

construir un armario y prepararse para huir algún día a Pensilvania. Tendría que haberme ofrecido yo a ayudarlo antes de que él me lo pidiera.

—¿Y sabes lo que será de los dos si nos pillan? —le pregunté.

—¿Te da miedo? —preguntó él.

—Sí. Pero no importa. Te enseñaré. Solo quería asegurarme de que sabes en lo que te metes.

Se dio la vuelta, se levantó la camisa y me enseñó las cicatrices de la espalda. Luego volvió a mirarme.

—Lo sé —dijo.

Ese mismo día robé un libro y empecé a enseñarle.

Y empecé también a darme cuenta de por qué Kevin y yo habíamos encajado con tanta facilidad en aquella época. No estábamos dentro, en realidad. Éramos los espectadores de una obra teatral. Estábamos viendo cómo se desarrollaba la historia ante nuestros ojos. O éramos actores: mientras nos llegaba el momento de regresar a casa, seguíamos la corriente a los que nos rodeaban y fingíamos ser como ellos. Pero no éramos buenos actores. Nunca llegamos a meternos de verdad en el papel. Nunca nos olvidamos de que estábamos actuando.

Esto era lo que yo intentaba explicarle a Kevin el día que entraron los niños en escena. De pronto me parecía fundamental que él lo entendiera.

Era un día de calor horrible, bochornoso, lleno de moscas y mosquitos y de la peste del jabón que estaban haciendo, las letrinas, los peces que habían pescado por ahí, los cuerpos sin asear. Todo el mundo olía mal, blancos y negros. Nadie se lavaba lo suficiente ni se cambiaba de ropa lo bastante a menudo. Los esclavos sudaban porque trabajaban y los blancos sudaban sin trabajar. Kevin y yo no teníamos bastante ropa ni desodorante, así que también olíamos mal. Para mi sorpresa, nos estábamos empezando a habituar.

Íbamos caminando juntos y habíamos dejado atrás la casa y el poblado. No íbamos a nuestro roble, porque, si nos veía Margaret Weylin, enviaría a alguien a buscarme para asignarme alguna tarea. Su marido había logrado impedir que me echara de la casa, pero no que aquella mujer fuese cada vez más molesta. Kevin conseguía desautorizarla a veces diciendo que tenía alguna tarea para mí. Así fue como pude tener cierta tranquilidad para dedicarme a enseñar a Nigel. Pero en aquel momento Kevin y yo íbamos al bosque para poder estar un rato juntos a solas.

Sin embargo, apenas habíamos dejado atrás las casas cuando vimos un grupo de niños reunidos en torno a un tocón. Eran los hijos de los esclavos de la plantación, demasiado pequeños para la faena. Dos de ellos estaban subidos en el tocón y el resto observaban alrededor.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

Kevin se encogió de hombros.

—Jugando a algo, supongo.

—Pues parece que...

—¿Qué?

—Vamos a acercarnos un poco. Quiero oír lo que dicen.

Nos acercamos a ellos por un costado, de manera que ni los niños que estaban subidos al tocón ni los que estaban en el suelo nos veían. Siguieron con su juego, y nosotros observamos y escuchamos.

—Y esta les servirá de criada —gritó el niño que estaba encima del tocón. Hizo un gesto señalando a la niña que estaba tras él—. Sabe cocinar, lavar y planchar. Ven aquí, moza. Deja que vean estos tipos.

Atrajo a la niña hacia sí.

—Joven y fuerte —continuó—. Vale mucho dinero. Doscientos dólares. ¿Quién da doscientos dólares?

La muchacha se volvió hacia él con gesto de enfado.

—¡Yo valgo más de doscientos dólares, Sammy! —protestó—. ¡Vendiste a Martha por quinientos dólares!

—¡Cierra la boca! —dijo el muchacho—. Tú no tienes que decir nada. Cuando el amo Tom nos compró a mi madre y a mí, no dijimos nada.

Me di la vuelta y empecé a alejarme de aquellos chicos, que seguían discutiendo. Me sentía agotada y asqueada. Ni siquiera fui consciente de que Kevin venía detrás de mí, hasta que habló.

—A eso estaban jugando —dijo—. Les he visto hacerlo antes. En el campo también juegan.

Meneé la cabeza.

—¡Dios mío! ¿Por qué no podemos irnos a casa? Este lugar es una cloaca.

Kevin me cogió la mano.

—No hacen más que copiar lo que ven a los adultos —dijo—. Ellos no entienden...

—No tienen que entender nada. Hasta los juegos con los que se entretienen les preparan para el futuro que les aguarda. Y ese futuro llegará, lo entiendan o no.

—Sin duda.

Me giré a mirarle y él me devolvió una mirada tranquila. Una mirada que quería decir: «¿Y qué quieres que haga yo?». Yo no dije nada, naturalmente. No había nada que él pudiera hacer.

Sacudí de nuevo la cabeza, me froté la frente con las manos.

—Aun sabiendo qué va a suceder..., no ayuda mucho —dije—. Sé que algunos de estos niños vivirán para conocer la libertad, después de haber pasado esclavizados sus mejores años. Pero cuando les llegue el momento de la libertad será demasiado tarde. Quizá ya lo es.

—Dana, estás sacando demasiadas conclusiones de un juego de niños.

—Y tú estás sacando muy pocas. De todos modos... De todos modos, no es su juego.

—No. —Kevin me miró—. Escucha una cosa: no puedo decir que sé cómo te sientes, porque tal vez esto es algo que yo no pueda entender. Pero, como has dicho, tú sabes lo que va a suceder. Ya ha sucedido. Estamos en mitad de la historia. No podemos cambiarla. Si algo va mal, tendremos que hacer lo que sea para sobrevivir. Hemos tenido suerte, por el momento.

—Puede. —Tomé aire y exhalé lentamente—. Pero no puedo cerrar los ojos. Kevin puso cara de concentración.

—A mí me sorprende mucho que haya tan poco que ver. Weylin no parece prestar mucha atención a lo que hace esta gente, pero el trabajo sale adelante.

—Eso crees tú, que no presta atención. A ti nadie te llama para que presencies los castigos.

—¿Cuántos castigos hay?

—Uno que yo haya visto. Y uno ya es demasiado, en todo caso.

—Tienes razón, uno ya es demasiado. Pero, aun así, este sitio no es como lo había imaginado. No hay supervisor. No hay más trabajo que el que la gente puede desempeñar...

—No tienen un alojamiento decente —le interrumpí—. Duermen en un suelo sucio, la comida es tan poco adecuada que enfermarían si no tuvieran un huerto que cultivan en lo que se supone que es su tiempo de descanso y no robaran algo de la cocina cuando Sarah les deja. No tienen derechos y los persigue la posibilidad de que los maltraten o los vendan, separándolos de sus familias por cualquier motivo. O sin motivo alguno. Kevin, para dar a una persona un trato brutal no es preciso pegarle.

—Eh, un momento —dijo—. No estoy quitando importancia a lo que pasa aquí, pero...

—Sí que lo estás haciendo. No lo pretendes, pero lo haces.

Me senté con la espalda apoyada en el tronco de un pino muy alto y le agarré para que se sentara a mi lado. Estábamos ya en los bosques y no muy lejos de nosotros había unos cuantos esclavos de Weylin cortando árboles. Los oíamos, pero no podíamos verlos desde donde estábamos. Supuse que ellos tampoco nos verían a nosotros y, entre la distancia y el ruido que hacían, tampoco nos oirían. Volví a hablar.

—Tú puedes pasar por todo esto como un simple observador —dije—. Puedo entenderlo, porque la mayor parte del tiempo yo misma no soy más que una observadora. Simple autodefensa. Ahí está 1976, que hace de escudo y amortiguador frente a 1815. Pero de vez en cuando, como antes con el juego de esos niños, no logro establecer distancias. Me siento arrastrada hasta 1815 y no sé qué hacer. Debería estar haciendo algo y no lo estoy haciendo. De eso estoy segura.

—¡No puedes hacer nada que no te cueste el látigo o la vida!

Me encogí de hombros.

—No habrás hecho nada..., ¿verdad?

—He empezado a enseñar a leer a Nigel —respondí—. Es lo más subversivo que he hecho.

—Pero si te pilla Weylin y yo no estoy cerca...

—Ya lo sé. Por eso tienes que estar cerca. El chico quiere aprender y yo voy a enseñarle.

Levantó una pierna, la llevó hacia el tronco y se inclinó hacia delante, mirándome.

—Crees que un día escribirá su propio pase y se irá al norte, ¿verdad?

—Al menos, estará capacitado para hacerlo.

—Ya veo que Weylin tenía razón con lo de la educación de los esclavos.

Me giré a mirarle.

—Haz un buen trabajo con ese chico —dijo en tono reposado—. Quizá cuando tú te marches él pueda enseñar a los demás.

Asentí con gesto solemne.

—Yo me lo llevaría conmigo cuando doy clase a Rufus si a la gente de esta casa no le diera por escuchar detrás de las puertas. Y Margaret siempre está entrando y saliendo.

—Ya lo sé. Por eso no te dije nada. —Cerré los ojos, vi de nuevo a los niños jugando y añadí—: La soltura... me resultaba aterradora. Ahora veo por qué.

—¿Por qué qué?

—La soltura con la que nos adaptamos. Nosotros, los niños... Nunca me había planteado cómo se podía entrenar a la gente para que aceptara la esclavitud.



Dije adiós a Rufus el día en que me metí, al fin, en líos por hacer de maestra. Naturalmente, yo no sabía que me estaba despidiendo. No sabía los problemas que me esperaban en la cocina cuando fui a ver a Nigel. Creía que ya los había tenido todos en la habitación de Rufus.

Estaba allí leyéndole un libro. Había seguido yendo a leer para Rufus desde aquella primera vez, cuando me pilló su padre. Tom Weylin no quería que yo leyera por mi cuenta, pero me había ordenado que leyera para su hijo. En una ocasión le había dicho a Rufus en mi presencia:

—Debería darte vergüenza. Hasta una negra lee mejor que tú.

—Y mejor que tú —había respondido Rufus.

Su padre lo miró con frialdad y luego me mandó salir de la habitación. Durante un instante temí por Rufus, pero Tom Weylin salió conmigo.

—No vuelvas hasta que yo te lo ordene —me dijo.

Pasaron cuatro días hasta que me lo dijo. El día que volví reprendió a Rufus en mi presencia.

—Yo no soy maestro —dijo—, pero te enseñaré si eres capaz de aprender. Te enseñaré respeto.

Rufus no dijo nada.

—¿Quieres que ella te lea?

—Sí, señor.

—Entonces hay algo que tienes que decirme.

—Yo... lo siento, papá.

—Lee —dijo Weylin dirigiéndose a mí. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

—¿Qué es exactamente lo que sientes? —pregunté en voz muy baja cuando Weylin se hubo marchado.

—Haber sido un respondón —dijo Rufus—. Según él, cada vez que hablo, soy un respondón. Así que no hables mucho con él.

—Ya veo. —Abrí el libro y comencé a leer.

Habíamos terminado *Robinson Crusoe* mucho tiempo atrás y Kevin había elegido de la biblioteca otros libros conocidos. Habíamos acabado ya el primero, *El progreso del peregrino*, y ahora estábamos trabajando en *Los viajes de Gulliver*. Las habilidades de Rufus como lector iban mejorando poco a poco gracias a las enseñanzas de Kevin, pero le seguía gustando que yo le leyera.

Sin embargo, el último día que estuve con él y algunos más después de aquello, Margaret vino a escuchar también. Y a jugar con el pelo de Rufus y a darle mimos mientras yo le leía. Como era habitual, Rufus apoyaba la cabeza en el regazo de su madre y aceptaba en silencio las caricias. Pero ese día, aparentemente, esto no bastaba.

—¿Estás cómodo? —preguntó a Rufus cuando yo acababa de empezar a leer—. ¿Te duele la pierna?

La pierna no se curaba todo lo deprisa que yo esperaba. Después de casi dos meses, seguía sin poder andar.

—Estoy bien, mamá —aseguró.

De repente Margaret se giró y me miró a la cara.

—¿Bien? —dijo en tono exigente.

Yo había hecho una pausa en la lectura para que ella terminase de hablar. Bajé la cabeza y reanudé la lectura.

Unos sesenta segundos después, dijo:

—Cariño, ¿tienes calor? ¿Quieres que llame a Virgie para que venga a abanicarte?

Virgie tendría unos diez años... Era una de las criadas más pequeñas de la casa y la solían llamar para que abanicara a los blancos o les hiciera algún recado. Llevaba los platos de la cocina al comedor y servía la mesa.

—Estoy bien, mamá —dijo Rufus.

—¿Por qué no sigues leyendo? —me espetó Margaret—. Se supone que estás aquí para leer, ¡así que lee!

Comencé a leer de nuevo, atropellándome un poco.

—¿Tienes hambre, cariño? —preguntó Margaret poco después—. Tía Sarah acaba de hacer un bizcocho. ¿Quieres un trozo?

Esta vez no me detuve. Bajé la voz un poco y leí como una autómatas, sin entonación.

—No sé cómo te gusta escucharla —dijo Margaret a Rufus—. Tiene un tono de voz que parece el zumbido de una mosca.

—No quiero bizcocho, mamá.

—¿Seguro? Tendrías que ver la cobertura blanca tan rica que le ha puesto Sarah.

—Quiero oír leer a Dana, mamá. Eso es todo.

—Bueno, pero si ella está ahí leyendo. Si se puede llamar leer a eso.

Fui bajando la voz progresivamente, mientras ellos hablaban.

—Si hablas tú, no me dejas oír —dijo Rufus.

—Cariño, lo único que he dicho...

—¡No digas nada! —Rufus levantó la cabeza de su regazo—. ¡Vete y deja de molestarme!

—¡Rufus!

Por el tono parecía más dolida que enfadada. Y a pesar de la situación, a mí me pareció verdaderamente una falta de respeto. Dejé de leer y esperé la explosión. Fue de Rufus.

—¡Márchate, mamá! —gritó—. ¡Déjame en paz!

—Tranquilo, cariño —susurró—. Te vas a poner peor.

Rufus volvió la cabeza para mirar a su madre. La expresión del niño me desconcertó. Por un momento me pareció una réplica en miniatura de su padre. Sus labios se convirtieron en una delgada línea recta y sus ojos mostraban una frialdad hostil. Habló en voz baja, como hacía Weylin a veces cuando estaba enfadado.

—Tú eres quien me está poniendo peor, mamá. ¡Lárgate de aquí!

Margaret se puso en pie y se llevó la mano a los ojos.

—No sé cómo puedes hablarme de esa manera —dijo—. Solo porque una negra cualquiera...

Rufus se limitó a mirarla hasta que salió del dormitorio.

Entonces se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos.

—A veces me agota —dijo.

—¿Rufe...?

Abrió los ojos con gesto cansado pero amigable y me miró. La ira había desaparecido.

—Tienes que tener cuidado —dije—. ¿Qué pasará si tu madre le dice a tu padre que le has hablado así?

—Nunca se lo dice —gruñó el chico—. Volverá dentro de un rato y me traerá un trozo de bizcocho con esa cobertura blanca tan rica.

—Se ha ido llorando.

—Siempre está llorando. Lee, Dana.

—¿Le hablas así a menudo?

—Tengo que hacerlo. De lo contrario, no me deja en paz. Mi padre también lo hace.

Respiré hondo, meneé la cabeza y me sumergí en *Los viajes de Gulliver*.

Después, cuando dejé a Rufus, vi que Margaret regresaba a la habitación de su hijo. Llevaba una enorme porción de bizcocho en un plato.

Bajé y fui a la cocina a dar a Nigel su clase de lectura.

Nigel me estaba esperando. Ya había sacado el libro del lugar donde lo escondíamos y estaba deletreando unas palabras a Carrie. Eso me sorprendió, porque, cuando había ofrecido a Carrie que aprendiera con él, ella lo había rechazado. Sin embargo ahora los dos solos en la cocina estaban tan absortos en su tarea que ni siquiera se hablan dado cuenta de mi llegada hasta que cerré la puerta. En ese momento levantaron la mirada asustados, con los ojos muy abiertos, y no se tranquilizaron hasta que vieron que era yo. Me acerqué.

—¿Quieres que te enseñe también a ti? —pregunté a Carrie.

El temor pareció apoderarse de nuevo de la muchacha. Miró hacia la puerta.

—Tía Sarah tiene miedo de que aprenda —dijo Nigel—. Teme que la pillen y la azoten o la vendan.

Bajé la cabeza y suspiré. La chica no sabía hablar, no podía comunicarse de ninguna manera, salvo mediante una lengua de signos rudimentaria que ella misma había inventado. Una lengua que ni siquiera su madre entendía del todo. En una sociedad más racional, tener la facultad de escribir habría sido una gran ayuda para ella. Pero allí los únicos que podrían leer lo que escribiera eran los mismos que podían castigarla por saber escribir. Y Nigel. Nigel.

Los miré a los dos.

—¿Quieres que te enseñe, Carrie?

Si lo hacía y su madre me pillaba, el problema para mí sería mayor que si me pillaba Tom Weylin. Yo temía enseñarle tanto por ella como por mí. Su madre no era una mujer a la que yo quisiera ofender o hacer daño, pero mi conciencia no me permitía negarme si ella me lo pedía.

Carrie asintió. Quería aprender. Se giró un momento dándonos la espalda, se hizo algo en el vestido y se volvió de nuevo: llevaba un librito en la mano. Lo había cogido de la biblioteca. Era un volumen de la historia de Inglaterra con grabados, que me enseñó.

Negué con la cabeza.

—Tienes que esconderlo o devolverlo —le dije—. Es demasiado difícil para empezar. El que estamos leyendo Nigel y yo sirve para empezar a leer.

Era un viejo silabario, seguramente con el que había aprendido la primera esposa de Weylin.

Los dedos de Carrie acariciaron por un momento los grabados. Luego volvió a ocultar el librito en su vestido.

—Y ahora —dije— tienes que buscarte alguna tarea que hacer, por si nos sorprende tu madre. No puedo darte clase aquí. Tendremos que buscar algún otro sitio.

Carrie asintió —parecía aliviada— y se fue a barrer el otro extremo de la habitación.

—Nigel —dije en voz baja cuando se hubo marchado—, te he asustado al entrar, ¿verdad?

—No sabía que eras tú.

—Claro. Es que podía haber sido Sarah, ¿verdad?

No dijo nada.

—Te doy clases aquí porque Sarah dijo que podía hacerlo y porque los Weylin nunca bajan.

—Es cierto. Cuando quieren algo nos dicen a nosotros que se lo pidamos a Sarah o que le digamos que vaya a donde están ellos.

—Entonces a ti puedo enseñarte aquí, pero a Carrie no. Podemos meternos en un lío, por mucho cuidado que tengamos. Pero no hay necesidad de ir buscándolo...

Nigel asintió.

—Por cierto, ¿qué le parece a tu padre que yo te enseñe?

—No lo sé. No se lo he dicho.

Ah, Dios. Respiré con dificultad.

—Pero lo sabe ¿no?

—Tía Sarah se lo habrá contado. Pero a mí él nunca me ha dicho nada.

Si algo salía mal, habría más de un negro dispuesto a vengarse de mí una vez que los blancos hubieran acabado conmigo. ¿Cuándo iba a poder volver a casa? ¿Volvería a casa algún día? O, si me quedaba allí, ¿por qué no conseguía despreocuparme de aquellos dos críos, apagar mi conciencia y ser una cobarde para poder vivir segura y cómoda?

Cogí el libro que tenía Nigel y le di mi propio lápiz y un trozo de papel de mi libreta.

—Examen de escritura —le dije tranquilamente.

Lo superó. Todas las palabras perfectas. Para mi sorpresa, para la suya también, me lancé a abrazarle. Protestó, medio incómodo y medio complacido. Luego me puse en pie y eché el papel donde había escrito a las brasas del hogar. Comenzó a arder y se quemó por completo. Siempre tenía mucho cuidado con eso y siempre me fastidiaba ser tan cuidadosa. No podía evitar establecer una comparación entre las lecciones de Nigel y las de Rufus. Y el contraste me llenaba de amargura.

Volví a la mesa, donde me esperaba Nigel. En ese momento Tom Weylin abrió la puerta y entró.

Aquello no estaba previsto. Nunca había sucedido durante todo el tiempo que yo llevaba allí. Nunca había bajado un blanco a la cocina. Ni siquiera Kevin. Nigel se mostró de acuerdo conmigo: aquello no había sucedido nunca.

Pero allí estaba Tom Weylin mirándome. Bajó un poco los ojos y frunció el ceño. Me percaté de que aún tenía en la mano el viejo silabario. Lo tenía en la mano y no me había dado cuenta de soltarlo. Tenía incluso el dedo índice señalando la lectura.

Aparté el dedo y dejé que el libro se cerrara. Me preparé para la paliza. ¿Dónde estaba Kevin? En alguna habitación de la casa, supuse. Si gritaba fuerte me oiría y, de todos modos, no tardaría en empezar a hacerlo. Pero sería mejor tratar de esquivar a Weylin y correr hacia la casa.

Weylin estaba plantado delante de la puerta.

—¿No te he dicho que no te quería ver leyendo?

No dije nada. Desde luego, no podía decir nada que sirviera de ayuda. Sentí que temblaba e intenté mantener la calma. Esperaba que Weylin no se diera cuenta. Y esperaba que Nigel tuviera la sensatez suficiente para quitar el lápiz de encima de la mesa. De momento, la única que tenía problemas era yo. Si pudiera mantener así las cosas...

—Te he tratado bien —dijo Weylin con calma— y tú me pagas robándome. ¡Robando mis libros! ¡Leyendo!

Me arrancó el libro y lo tiró al suelo. Luego me agarró por el brazo y me tiró contra el suelo. Me las arreglé para volverme hacia Nigel y, moviendo los labios, decirle: «Avisa a Kevin». Vi a Nigel levantarse.

De pronto me vi fuera de la cocina. Weylin me había arrastrado unos cuantos metros y me había empujado. Me caí y me quedé sin respiración. No había visto de dónde salía el látigo ni vi venir el primer latigazo. Pero vino. Como un hierro candente sobre mi espalda. Me quemó, atravesando el fino tejido de la camisa, y me rasgó la piel.

Yo grité y me retorcí. Weylin volvió a golpearme una y otra vez, hasta que no pude levantarme; no habría podido ni aunque me hubieran apuntado con una pistola.

Repté intentando librarme de los latigazos, pero me faltaba la fuerza o la coordinación necesaria para lograrlo. No sé si seguía gritando o ya solo gemía, no podría decirlo. De lo único que tenía conciencia era del dolor. Estaba segura de que Weylin pretendía matarme. Creí que moriría allí mismo, en el suelo, con la boca llena de barro y sangre mientras un blanco me maldecía y sermoneaba al tiempo que me azotaba. En ese momento ya solo quería morir. Cualquier cosa con tal de parar el dolor.

Vomité. Y volví a vomitar, porque no podía apartar la cara del vómito.

Vi a Kevin, borroso pero aún reconocible. Le vi corriendo hacia mí a cámara lenta, corriendo. Las piernas como un molino, los brazos agitándose sin parar y, sin

embargo, parecía no acercarse.

De pronto me di cuenta de lo que estaba pasando y grité. Creo que grité. Tenía que alcanzarme. ¡Tenía que alcanzarme!

Y ahí me desmayé.

La pelea

1

En realidad, Kevin y yo nunca nos fuimos a vivir juntos. Yo tenía un apartamento del tamaño de una lata de sardinas en Crenshaw Boulevard y él tenía otro algo mayor en Olympic, no muy lejos de allí. Ambos teníamos libros en estanterías, apilados, en cajas y encima de todos los muebles. Juntos no cabíamos en ninguno de los dos apartamentos. Una vez Kevin sugirió que me deshiciera de algunos de mis libros para que pudiera instalarme en su casa.

—Has perdido la cabeza —le dije.

—Esos del club de lectura que no lees.

Estábamos en mi apartamento y le dije:

—Vamos a tu casa y te ayudo yo a decidir qué libros no lees. Te ayudaré incluso a tirarlos.

Me miró y suspiró, pero no dijo nada más. Íbamos de un apartamento a otro. Yo nunca había dormido tan poco en toda mi vida, pero por alguna razón no me importaba tanto como antes. Nada me importaba gran cosa. La agencia seguía sin gustarme, pero ya no pateaba los muebles por la mañana.

—Déjalo —me dijo Kevin—. Yo te ayudaré hasta que encuentres un trabajo mejor.

Si no me hubiera enamorado de él antes, con eso habría bastado. Pero no dejé el trabajo. La independencia que me proporcionaba la agencia era incierta pero real. Me serviría para mantenerme hasta que terminara la novela y luego buscaría algo mejor. Cuando llegara el momento podría largarme de la agencia sin deber nada a nadie. El recuerdo de mis tíos me hizo pensar que incluso la gente que me quería podía exigirme más de lo que podía dar. Y esperarían que yo cumpliera sus exigencias simplemente porque se lo debía.

Yo sabía que Kevin no era así. La situación era totalmente distinta. Pero conservé el trabajo.

Después, más o menos a los cuatro meses de conocernos, Kevin me preguntó:

—¿Te gustaría que nos casáramos?

No tendría que haberme sorprendido, pero así fue.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, ¿es que tú no quieres casarte conmigo? —replicó sonriendo maliciosamente—. Te dejaría pasar a máquina todos mis manuscritos.

En ese momento yo estaba secando los platos y le lancé el paño de cocina. Me había pedido que le mecanografiara algo en tres ocasiones. La primera vez lo hice a

regañadientes, gruñendo, aunque no le dije cuánto odiaba escribir a máquina, tanto que escribía a mano todos mis relatos, salvo la versión definitiva. Por eso había pedido trabajo en una agencia de empleo no especializado en vez de en una de trabajo administrativo. La segunda vez que me lo pidió me negué. Se mostró molesto. La tercera vez se enfadó de verdad, Dijo que, si no podía hacerle un pequeño favor cuando me lo pedía, podía marcharme. Así que me marché a mi casa.

Cuando llamé al timbre a la mañana siguiente, al volver de trabajar, parecía sorprendido.

—Has vuelto.

—¿No querías que volviera?

—Pues claro. ¿Me vas a pasar a máquina esas páginas?

—No.

—Maldita sea, Dana...

Me quedé de pie en la puerta, esperando que la cerrase o que me dejara pasar. Me dejó pasar.

Y quería casarse conmigo.

Le miré. Le miré un rato largo. Luego aparté la vista, porque no podía pensar mientras le miraba.

—¿Tú... no tienes parientes o quien sea que te vaya a poner las cosas muy difíciles conmigo?

Mientras se lo decía, pensé que una de las razones por las que me había sorprendido su propuesta era que nunca habíamos hablado mucho de nuestras respectivas familias, de cómo reaccionaría la suya conmigo y la mía con él. Yo no tenía conciencia de haber evitado el tema, pero desde luego tampoco lo habíamos abordado nunca. Él parecía sorprendido.

—La única familia cercana que me queda es mi hermana —dijo—. Lleva años intentando casarme para que siente la cabeza. Le encantarás, créeme.

No le creí del todo.

—Eso espero —respondí—. Pero mucho me temo que a mis tíos no les gustarás tú.

Se volvió para mirarme de frente.

—Ah, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Son muy mayores. A veces sus ideas no están en línea con lo que está pasando en el mundo. Creo que siguen esperando que yo entre en razón, que vuelva a casa y estudie secretariado.

—¿Nos vamos a casar?

Me acerqué a él.

—Sabes de sobra que sí.

—¿Quieres que vaya contigo a hablar con tus tíos?

—No. Ve a hablar con tu hermana si quieres. Pero prepárate. Quizá te sorprenda.

Así fue. Y, preparado o no, no estaba mentalizado para la reacción de su hermana.

—Pensaba que la conocía mejor —me confesó después—. Quiero decir, la conozco bien. Pero creo que estamos más desconectados de lo que yo pensaba.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no quería conocerte, que no te quería en su casa... y a mí tampoco si me casaba contigo. —Se recostó en el sofá púrpura desgastado que venía con mi apartamento y me miró—. Y ha dicho otras muchas cosas que no quieres oír.

—Te creo.

Meneó la cabeza.

—La cuestión es que no hay razón para que reaccione así. Ni ella se creía la mierda que me estaba echando... Al menos antes no. Era como si estuviera hablando por boca de otra persona. Su marido, probablemente. Ese cabrón pomposo e insignificante. He intentado que me guste solo por ella.

—¿Su marido es prejuicioso?

—Su marido habría sido un buen nazi. Ella lo decía siempre en broma. Cuando él no estaba delante.

—Pero se casó con él.

—Desesperación. Se habría casado con cualquiera. —Sonrió levemente—. En el instituto tenía una amiga con la que se pasaba todo el tiempo, porque ninguna de las dos tenía novio. La amiga era negra, gorda y feúcha, pero Carol era blanca, gorda y feúcha. La mitad del tiempo no sabíamos si Carol vivía en casa de la chica o la chica vivía con nosotros. Mis amigos las conocían a ambas, pero eran demasiado jóvenes para ellas. Carol tiene tres años más que yo. De todos modos, se consolaban entre ellas, dejaban la dieta a medias al mismo tiempo y hacían planes para ir a la misma universidad, para no tener que separarse. La otra chica fue, pero Carol cambió de opinión y se puso a estudiar para higienista dental. Y acabó casándose con el primer dentista para el que trabajó en su vida. Un reaccionario enano y petulante, veinte años mayor que ella. Ahora vive en un pedazo de casa en La Cañada y me suelta todos los clichés del fanatismo que ha ido acumulando porque quiero casarme contigo.

Me encogí de hombros sin saber qué decir. ¿Qué iba a decir? ¿«Ya te lo dije»? No podía.

—A mi madre una vez se le averió el coche en La Cañada —le conté—. Tres personas llamaron a la policía mientras esperaba a que mi tío fuera a recogerla. Era un personaje sospechoso. Un metro sesenta. Cuarenta y cinco kilos. Una auténtica amenaza.

—Parece que el reaccionario se fue a vivir donde le corresponde.

—No lo sé. Esto fue en el sesenta, poco antes de que muriera mi madre. Igual ahora las cosas han mejorado un poco.

—¿Qué han dicho tus tíos de mí, Dana?

Me miré las manos, pensando en todo lo que habían dicho e intentando maquillarlo un poco.

—Creo que mi tía acepta que me case contigo, porque así los niños que tengamos serán más claritos. Más que yo, en cualquier caso. Siempre ha dicho que yo llamaba demasiado la atención.

Me miró fijamente.

—¿Lo ves? Ya te había dicho que eran muy mayores. A ella no le importan gran cosa los blancos, pero prefiere que los negros sean algo más claros. Figúrate. De todos modos, me perdona. Mi tío no. Se lo ha tomado como algo personal.

—¿Personal? ¿Cómo?

—Bueno..., él... es el hermano mayor de mi madre y ha sido como un padre para mí incluso antes de que muriera mi madre, porque mi padre murió cuando yo era un bebé. Y para él esto es como si yo le rechazara. O así lo percibe. Eso me ha molestado, la verdad. Estaba más dolido que enfadado. Realmente dolido. He tenido que irme de allí.

—Pero imagino que esperaba que te casaras algún día. ¿Cómo una cosa tan natural puede suponer un rechazo para alguien?

—Porque me caso contigo. —Alargué el brazo, le cogí algunos mechones de pelo gris y empecé a jugar con ellos—. Quiere que me case con alguien como él, alguien que tenga su aspecto. Un hombre negro.

—Ah.

—Siempre estuve muy unida a él. Mi tía y él querían tener hijos, pero no pudieron. Yo fui su niña.

—¿Y ahora?

—Y ahora..., bueno, tienen un par de bloques de apartamentos en Pasadena. Pequeños pero muy agradables. Lo último que me ha dicho mi tío ha sido que prefería dejárselos a la parroquia antes que a mí y ver cómo acababan en manos de un blanco. Creo que él pensaba que eso era lo peor que podía hacerme. O creía que era lo peor.

—Madre mía —murmuró Kevin—. Mira, ¿seguro que quieres casarte conmigo a pesar de eso?

—Claro que quiero. Me gustaría... Déjalo. Solo sí. Definitivamente, sí.

—Entonces vámonos a Las Vegas. Haremos como que no tenemos parientes.

Así que nos fuimos a Las Vegas, nos casamos y nos jugamos unos cuantos dólares. Cuando regresamos a nuestro nuevo apartamento, algo más grande, nos esperaban un regalo de mi mejor amiga —una batidora— y un cheque de *The Atlantic*. Habían publicado, por fin, uno de mis relatos.

Desperté.

Estaba echada boca abajo, con la cara apretada contra algo frío y duro, muy molesto. Del cuello para abajo mi cuerpo se apoyaba en algo un poco más blando. Poco a poco fui tomando conciencia de la luz y de la sombra, de las formas de las cosas.

Levanté la cabeza, comencé a incorporarme y de pronto sentí que la espalda me ardía. Caí hacia delante y golpeé con la cabeza en el suelo desnudo del baño. Mi baño. Estaba en mi casa.

—¿Kevin?

Escuché. Podía haber ido a mirar, pero no quería.

—¿Kevin?

Me puse en pie, me di cuenta de que me salían lágrimas de barro, me di cuenta del dolor que sentía. Dios, ¡qué dolor! Durante unos segundos lo único que pude hacer fue apoyarme en la pared y aguantarlo.

Poco a poco descubrí que yo no era tan débil como creía. De hecho, cuando recuperé del todo la conciencia me di cuenta de que no era en absoluto débil. Era solo el dolor, que me hacía moverme despacio, con cautela, como si tuviera el triple de años.

Ahora veía dónde había estado tumbada: en el suelo de mi dormitorio, con la cabeza en el baño. Entré en el baño y abrí el grifo para llenar la bañera. Agua templada. No podría haber soportado el agua caliente. Ni fría.

Tenía la blusa pegada a la espalda. Estaba hecha trizas, literalmente, y la llevaba pegada al cuerpo. Según la sentía, la espalda también debía de tener buenos cortes. Había visto fotografías antiguas de esclavos que habían sido azotados. Recordaba cómo quedaban las cicatrices, abultadas y feas. Y Kevin siempre me decía lo suave que era mi piel...

Me quité los pantalones y los zapatos y me metí en la bañera con la blusa puesta. Dejé que el agua la ablandara para que se despegara de mi espalda.

Estuve un rato sentada en la bañera sin moverme, sin pensar, escuchando a ver si oía en mi casa lo que sabía que no iba a oír. El dolor era mi amigo. Antes de eso el dolor nunca había sido un amigo para mí, pero ahora me mantenía tranquila. Me obligué a sentir la realidad y eso me hizo mantener la cordura.

Pero Kevin...

Me incliné hacia delante y grité al ver el agua sucia, rosada. La piel de la espalda me tiraba, provocándome la agonía, y el agua se puso aún más rosada.

Y todo aquello para nada. No podía hacer nada. No tenía ningún control sobre la situación. Kevin podría estar muerto. Abandonado en 1819, Kevin estaría muerto, seguro. Llevaría muerto décadas, un siglo tal vez.

Podía ser que yo recibiera de nuevo la llamada y que él siguiera allí esperándome. Y tal vez para él habrían pasado solo unos años y a lo mejor todo estaría en su sitio... Pero ¿y aquello que había dicho de irse al oeste y ver cómo se construía la historia?

Cuando se me hubieron ablandado las heridas y se despegó la blusa hecha trizas, percibí mi agotamiento. Sentí entonces la debilidad que no había sentido antes. Salí de la bañera, me sequé lo mejor que pude, crucé el baño tambaleándome y, en el dormitorio, me dejé caer sobre la cama. A pesar del dolor, me quedé dormida enseguida.

Cuando me desperté la casa se encontraba a oscuras y la cama vacía: solo estaba yo. Tuve que recordar por qué una y otra vez. Me puse en pie casi inarticulada, inmovilizada por el dolor, y fui a buscar algo que me permitiera dormir de nuevo lo antes posible. No quería estar despierta. Apenas quería estar viva. A Kevin le habían dado una receta para comprar somníferos una vez que tuvo problemas para conciliar el sueño.

Encontré las pastillas que quedaban. Estaba a punto de tomarme dos cuando me vi en el espejo del botiquín. Tenía la cara hinchada, inflamada, y parecía mayor. Tenía el pelo enredado, lleno de barro y salpicado de sangre. En mi estado anterior de semihisteria, no había caído en la cuenta de lavármelo.

Dejé las pastillas y volví a meterme en la bañera. Esta vez abrí la ducha y, no sé cómo, me las arreglé para lavarme el pelo. Me dolía todo si alzaba los brazos. Me dolía todo si me inclinaba hacia delante. Me dolían los cortes si me entraba champú. Empecé poco a poco, doblándome de dolor, haciendo muecas. Al final me enfadé y empecé a moverme vigorosamente, a pesar del dolor.

Cuando volví a tener un aspecto más o menos humano, me tomé unas aspirinas. No me hicieron mucho efecto, pero estaba lo suficientemente cabal cómo para darme cuenta de que tenía que hacer algo antes de dormirme de nuevo.

Necesitaba otra bolsa de lona, porque había perdido la mía. Algo que no pareciera demasiado bueno para que lo llevara una «negra». Al final encontré una vieja bolsa vaquera de deporte que yo misma me había hecho y que usaba en el instituto. Era resistente y con gran capacidad, como la bolsa de lona, y estaba lo bastante desgastada como para parecer vieja.

Esta vez me habría puesto un vestido largo, de haberlo tenido. Pero lo único que tenía era un par de vestidos de noche de colores llamativos y tejido fino que llamarían mucho la atención y, en esas circunstancias, me habrían hecho parecer ridícula. Lo mejor era seguir siendo la mujer que se vestía de hombre.

Doblé dos pares de vaqueros y los metí en la bolsa. Y luego algún par de zapatos, camisas, un jersey de lana, cepillo y peine, cepillo y pasta de dientes —a Kevin y a mí se nos había olvidado la otra vez—, dos pastillas de jabón grandes, mi manopla de baño, un tubo de aspirinas —si Rufus me llamaba y me seguía doliendo la espalda, me harían falta— y mi cuchillo. El cuchillo se había venido conmigo, metido en una vaina de cuero improvisada que llevaba en la pierna. No sabía si alegrarme o no de no haber tenido ocasión de emplearlo con Weylin. Podía haberle matado. Estaba lo suficientemente enfadada, asustada y humillada para intentarlo. Pero si Rufus me volvía a llamar, habría tenido que responder del asesinato. O Kevin. Me alegré mucho

de haber dejado a Weylin con vida, Kevin ya tendría bastantes problemas tal como estaban las cosas. Y yo, cuando viera de nuevo a Rufus —si es que volvía a verle—, necesitaría su ayuda, pero si hubiera matado a su padre no creo que quisiera prestármela. Aunque su padre no le gustara.

Metí en la bolsa otro lápiz, otra pluma y otra libreta. Poco a poco estaba vaciando el escritorio de Kevin. Mis cosas ya estaban guardadas. Luego encontré una historia de la esclavitud en Norteamérica, encuadernada en rústica y de buen tamaño, que podría resultarme útil. Daba fechas y acontecimientos de los que debería tener noticia y tenía también un mapa de Maryland.

Cuando terminé de meter todo aquello en la bolsa, estaba tan llena que no podía cerrarla del todo; solo en parte, apretando la cinta corredera. Luego me até la cinta al brazo. No podía soportar llevar nada atado a la cintura.

De pronto sentí hambre. Me pareció incongruente, pero fui a la cocina y encontré una caja de pasas que estaba por la mitad y una lata llena de frutos secos. Para mi sorpresa, terminé con las dos y me quedé dormida sin dificultad.

Me desperté a la mañana siguiente: era de día y seguía en mi casa. Me dolía la espalda al moverme. Me las arreglé para ponerme un unguento que Kevin usaba para las quemaduras del sol. Las laceraciones del látigo dolían como quemaduras. El unguento las refrescó y pareció servir de algo. Sin embargo, tenía la sensación de que debería haberme puesto algo más fuerte. El cielo sabía qué infección podía pillar uno si le pegaban con un látigo que se mantenía flexible con grasa y sangre. Tom Weylin había ordenado que pusieran salmuera en la espalda al esclavo del campo al que había azotado. Yo recordaba los gritos de aquel hombre cuando le aplicaron aquello, pero lo cierto era que las heridas habían sanado sin infectarse.

Mientras pensaba en aquel esclavo, me sentía extrañamente desorientada. Durante unos instantes pensé que Rufus me estaba llamando de nuevo. Luego me di cuenta de que no estaba realmente mareada, solo confundida. Mi recuerdo de aquel esclavo mientras era azotado parecía no tener cabida allí, en mi casa.

Salí del cuarto de baño y entré en el dormitorio. Miré a mi alrededor. Mi casa. La cama sin dosel, la cómoda, el armario... Luz eléctrica, televisión, radio, un reloj eléctrico, libros. Mi casa. No tenía nada que ver con aquel otro lugar en el que había estado. Era real y era aquí a donde yo pertenecía.

Me puse un vestido cómodo y salí al patio principal. La mujer que vivía al lado, diminuta y con el pelo azulado, me deseó buenos días. Se encontraba arrodillada y se apoyaba en las manos mientras cavaba sus macizos de flores y, obviamente, estaba disfrutando mucho. Me recordaba a Margaret Weylin, que también tenía flores. Había oído a sus visitas felicitarla por ellas, aunque, naturalmente, no las cuidaba Margaret.

Ayer y hoy no encajaban. Me sentí tan extraña como la primera vez que había viajado hasta Rufus: atrapada entre su sitio y el mío.

Había un Volvo aparcado al otro lado de la calle. Encima, el tendido eléctrico. Había palmeras y las calles estaban asfaltadas. Había un cuarto de baño, del que

acababa de salir, y no un agujero en el suelo, una letrina donde había que entrar aguantando la respiración.

Regresé a casa y puse la radio. Sintonicé una emisora de noticias. Allí, por fin, me enteré de que era viernes, 11 de junio de 1976. Había estado fuera casi dos meses y había vuelto el día anterior, el mismo día que me había marchado. Nada era real.

Kevin podía pasar años allí, incluso aunque fuera a buscarle ese mismo día y le trajera de vuelta esa misma noche.

Encontré una emisora musical y la puse a todo volumen para acallar mis pensamientos.

El tiempo pasaba y fui sacando algunas cosas de las cajas. Me paraba a menudo. Tomé demasiadas aspirinas. Comencé a poner algo de orden en mi despacho. En una ocasión me senté a la máquina de escribir e intenté escribir lo que había pasado. Hice seis intentos antes de rendirme. Luego lo tiré todo. Algún día, cuando todo esto hubiera terminado, si es que terminaba alguna vez, tal vez sería capaz de contarlo.

Llamé a mi prima favorita, que vivía en Pasadena; era la hija de la hermana de mi padre. Le pedí que me comprara algunas cosas para comer. Le dije que estaba enferma y Kevin no estaba. Algo en mi tono de voz debió conmoverla, porque no preguntó nada.

Seguía dándome miedo abandonar la casa, a pie o en coche. Si Rufus me llamaba en un momento inoportuno y yo iba conduciendo, podía matarme fácilmente y matar a otras personas. Si iba a pie, podía marearme y caerme mientras cruzaba la calle. O caerme en la acera y llamar la atención. Si alguien venía a ayudarme..., un policía o quien fuera..., podrían acusarme de llevármelos y hacerlos desaparecer.

Mi prima era una buena amiga. Cuando me vio, me recomendó un médico que conocía. También me dijo que llamara a la policía para pedirles que buscaran a Kevin. Creyó que los cardenales me los había hecho él. Pero cuando le hice jurar que no diría nada, supe que me haría caso. Ella y yo habíamos crecido juntas guardándonos los secretos.

—Nunca pensé que serías tan tonta como para dejarte pegar por un hombre —me dijo al marcharse.

Creo que se sintió decepcionada conmigo.

—Yo tampoco —susurré cuando hubo salido.

Esperé dentro de la casa, con la bolsa vaquera siempre pegada a mí. Los días pasaban lentos y a veces pensaba que estaba esperando algo que no iba a ocurrir. Pero yo seguía esperando.

Leí libros sobre la esclavitud, de ficción y no ficción. Leí todo lo que tenía en casa aunque solo estuviera remotamente relacionado con el tema. Leí incluso *Lo que el viento se llevó*, una parte al menos. Pero su versión de los negritos felices en amor y compañía era más de lo que yo podía soportar.

Luego, no sé por qué, me quedé atrapada en uno de los libros de Kevin sobre la Segunda Guerra Mundial: historias de palizas, hambre, suciedad, enfermedad,

tortura... Todas las degradaciones posibles. Era como si los alemanes hubieran intentado hacer en unos pocos años lo que a los estadounidenses les había llevado casi doscientos.

Aquellos libros me deprimieron, me asustaron y me convencieron de meter en la bolsa los somníferos de Kevin. Como los nazis, los blancos de antes de la guerra de Secesión habían aprendido unas cuantas cosas sobre la tortura; mucho más de lo que yo había deseado aprender.

3

Llevaba ocho días en casa cuando por fin volvió el mareo. No supe si maldecirlo — por mí— o agradecerlo —por Kevin—, aunque poco importaba eso.

Volví a la época de Rufus totalmente vestida, cargada con mi bolsa vaquera y provista del cuchillo. Cuando llegué, estaba de rodillas a causa del mareo, pero no tardé en ponerme alerta y en actitud precavida.

Estaba en los bosques a última hora del día o por la mañana temprano. El sol estaba bajo y yo rodeada de árboles, por lo que no tenía un punto de referencia para saber si estaba saliendo o se estaba poniendo. Vi un arroyo no muy lejos que discurría entre árboles altos. Al otro lado había una mujer negra joven, prácticamente una niña, con el vestido rasgado por delante. Se lo estaba sujetando mientras observaba una pelea entre dos hombres, uno negro y otro blanco.

El pelo rojo del blanco me dio una pista sobre su identidad. La cara la tenía ya bastante destrozada como para que yo pudiera reconocerle: iba perdiendo o ya había perdido. El hombre contra el que peleaba era de su altura con una constitución similar, esbelta. Pero, a pesar de esa esbeltez, el negro parecía fibroso y fuerte. Seguramente entrenado tras muchos años de trabajo duro. No parecían afectarle mucho los golpes de Rufus, pero él estaba matando a Rufus.

Se me ocurrió, entonces, que eso era lo que estaba haciendo: matando a la única persona que podía ayudarme a encontrar a Kevin. Estaba matando a mi antepasado. Lo que había ocurrido allí resultaba obvio: la muchacha, el vestido rasgado. Si todo era como parecía, Rufus se había ganado lo que le estaban dando y más. Tal vez al crecer había llegado a ser mucho peor de lo que yo había temido. Pero, fuera como fuese, yo le necesitaba vivo, por Kevin y por mí.

Le vi caer, levantarse, volver a caer bajo los golpes. Esta vez se levantó con más dificultad, pero lo consiguió. Tuve la impresión de que le había costado mucho, tal vez no fuera capaz de más.

Me acerqué y la mujer me vio. Gritó algo que no entendí y el hombre volvió la cabeza para mirarla. Luego, siguiendo la mirada de la mujer, me vio a mí y Rufus le

golpeó en la mandíbula.

Para mi sorpresa, el negro perdió pie y casi cae de espalda. Pero Rufus estaba demasiado cansado y malherido, y no pudo aprovechar esa ventaja. El negro le pegó otro golpe seco y Rufus cayó. Esta vez estaba claro que no se levantaría. Estaba inconsciente.

Me acerqué más; el negro se agachó y agarró a Rufus por los pelos, como para volver a pegarle. Fui rápidamente hacia el hombre.

—¿Sabes lo que te harán si le matas? —le pregunté.

El hombre se giró para mirarme de frente.

—¿Qué harán a la mujer, si tú le matas a él? —insistí.

Aquello pareció disuadirle. Soltó a Rufus y se quedó de pie, frente a mí.

—¿Y quién va a decir que esto se lo he hecho yo?

Su tono era grave y amenazador, y empecé a temer que podría acabar como Rufus, tirada en el suelo inconsciente.

Le hice un gesto de desdén.

—Tú mismo lo dirás, si saben cómo preguntarte. Y la mujer también.

—¿Y tú qué vas a decir?

—Yo ni una palabra, si puedo evitarlo. Pero... te estoy pidiendo que no le mates.

—¿Es tu amo?

—No. Pero él podría saber dónde está mi marido. Y a lo mejor consigo que me lo diga.

—¿Tu marido? —Me miró de arriba abajo—. ¿Por qué vas vestida como un hombre?

No dije nada. Estaba tan cansada de responder a esa pregunta que deseé haberme arriesgado a salir a comprarme un vestido largo. Miré la cara ensangrentada de Rufus y dije:

—Si le dejas aquí, como está ahora, pasará un buen rato antes de que puedan mandar a alguien a buscarte. Te da tiempo a huir.

—¿Crees que querrías dejarle con vida si fueras ella? —Señaló a la mujer.

—¿Es tu esposa?

—Sí.

El hombre actuó como Sarah: conteniéndose, evitando matar a pesar de sentir una ira que yo solo alcanzaba a imaginar. Tal vez fuera posible dar la espalda a toda una vida de sometimiento, pero no debía de ser fácil. Miré a la mujer.

—¿Quieres que tu marido mate a este hombre?

Negó con la cabeza y vi que tenía una mejilla hinchada.

—No hace tanto le podría haber matado yo misma —dijo—. Pero ahora... Isaac, vámonos y ya está...

—¿Irnos y dejarla aquí? —dijo señalándome, hostil y desconfiado—. No habla como ningún negro que yo conozca. Habla como si llevara mucho tiempo entre los blancos. Mucho tiempo.

—Habla así porque viene de muy lejos —dijo la mujer.

La miré, sorprendida: alta, esbelta, oscura. Se parecía algo a mí. Tal vez mucho.

—Eres Dana, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Me habló de ti. —Señaló a Rufus con el pie—. Antes no paraba de hablarme de ti. Y yo te vi una vez cuando era pequeña.

Asentí.

—Entonces tú eres Alice. Me lo había parecido.

Asintió y se frotó el lado hinchado de la cara.

—Soy Alice. —Lanzó al hombre una mirada de orgullo—. Ahora, Alice Jackson.

Traté de imaginarla como la recordaba: aquella niña menuda y asustada a la que había visto solo dos meses antes. Era imposible. Pero yo ya debería estar acostumbrada a lo imposible..., como ya debería estar acostumbrada a ver a los blancos abusando de las mujeres negras. A fin de cuentas, ahí tenía a Weylin como ejemplo. Me pregunté si la muchacha estaría ya embarazada de Hagar.

—La última vez que me viste era Alice Greenwood —continuó—. Me casé con Isaac el año pasado..., justo antes de que muriera mi madre.

—Entonces, ¿tu madre ha muerto?

Intenté imaginar cómo era posible que hubiera muerto una mujer de mi edad, aunque había pasado más tiempo para ella que para mí y ya no tendría mi edad. En todo caso, debió morir siendo aún joven.

—Lo siento —dije—. Tu madre intentó ayudarme.

—Ayudó a muchos —dijo Isaac—. Solía tratar a este cabroncete de mierda mejor de lo que le trataban los suyos.

Pegó una patada a Rufus en el costado.

Hice un gesto de dolor y deseé poder mover a Rufus fuera de su alcance.

—Alice, ¿Rufus no era amigo tuyo? —pregunté—. Quiero decir..., ¿dejasteis de ser amigos o...?

—Llegamos a un punto en el que él quería ser más amigo que yo —respondió—. Intentó que el juez Holman vendiera a Isaac al sur para impedir que se casara conmigo.

—¿Eres esclavo? —pregunté a Isaac, sorprendida—. Dios mío, mejor será que te largues de aquí.

Isaac lanzó a Alice una mirada que le decía claramente que hablaba más de la cuenta. Alice respondió:

—Isaac, no pasa nada. Se ganó unos cuantos latigazos en una ocasión por enseñar a leer a un esclavo. Se los dio Tom Weylin.

—Quiero saber qué va a hacer cuando nos marchemos —dijo Isaac.

—Voy a quedarme con Rufus —le dije—. Cuando se reponga, le llevaré a su casa todo lo despacio que pueda. No voy a decirle dónde estáis, porque no tendré ni idea.

Isaac miró a Alice y ella le tiró del brazo.

—¡Vámonos! —le instó.

—Pero...

—No puedes ir por ahí zurrando a todo el mundo. ¡Vámonos!

Isaac parecía estar a punto de hacerle caso, cuando dije:

—Isaac, puedo escribirte un pase si quieres. No tiene que indicar adónde vas de verdad, pero te servirá de ayuda si te cogen.

Me miró sin la menor confianza, luego se giró y se alejó caminando sin responder.

Alice titubeó y luego me dijo en voz baja:

—Tu hombre se fue. Te estuvo esperando mucho tiempo y luego se fue.

—¿Adonde fue?

—Por el norte. No lo sé. El señor Rufe lo sabe. Pero tienes que tener cuidado. El señor Rufe se vuelve un poco raro a veces.

—Gracias.

Se dio la vuelta y siguió a Isaac. Me dejó sola, con Rufus inconsciente. Sola, preguntándome adonde irían Isaac y ella. ¿Irían hacia el norte, a Pensilvania? Eso esperaba. ¿Y adonde había ido Kevin? ¿Por qué se había ido? ¿Y si Rufus no me ayudaba a dar con él? ¿O si yo no me quedaba esta vez el tiempo suficiente para encontrarle? ¿Por qué no me había esperado?

4

Me arrodillé junto a Rufus y le tumbé boca arriba. Le sangraba la nariz. Tenía el labio partido y también le sangraba. Pensé que seguramente había perdido algunos dientes, pero no estaba segura. Tenía la cara hecha un desastre y probablemente los dos ojos morados para una temporada. Con todo, seguramente no estaba tan mal como parecía. Sin duda tendría golpes que yo no vería sin desvestirle, pero no me parecía que estuviera malherido. Le dolería todo cuando recuperase la conciencia, pero se lo tenía merecido.

Me quedé a su lado, sentada sobre las rodillas, mirándole, deseando primero que recuperase pronto la conciencia, deseando después que siguiera inconsciente para que Alice y su marido pudieran huir. Miré al río y pensé que con un poco de agua fría se despertaría más rápido, pero me quedé donde estaba. Estaba en juego la vida de Isaac: si Rufus era vengativo, se encargaría de quitársela. Un esclavo no tenía derechos y, desde luego, nadie excusaría que hubiera golpeado a un blanco.

Si fuera posible, si Rufus seguía siendo, en cierto modo, el muchacho que yo había conocido, tendría que intentar evitar que fuera tras Isaac. Parecía tener dieciocho o diecinueve años, aún podría yo fanfarronear y meterme con él un poco.

No tardaría mucho en darse cuenta de que nos necesitábamos mutuamente. Nos ayudaríamos el uno al otro, por turnos. Ninguno de los dos quería que el otro dudara. Tendríamos que aprender a colaborar, a asumir compromisos.

—¿Quién hay ahí? —dijo Rufus de pronto con voz débil, apenas audible.

—Soy Dana, Rufe.

—¿Dana? —Abrió un poco los ojos hinchados—. ¡Has vuelto!

—Tú sigues intentando que te maten y yo tengo que volver.

—¿Dónde está Alice?

—No lo sé. Ni siquiera sé dónde estamos nosotros. Te ayudaré a volver a casa, si me indicas el camino.

—¿Adonde ha ido?

—No lo sé, Rufe.

Intentó incorporarse, consiguió levantarse unos quince centímetros y se dejó caer de nuevo gruñendo.

—¿Dónde está Isaac? —farfulló—. A ese hijo de perra es al que quiero pillar.

—Quédate quieto —le aconsejé—. Recupera fuerzas. No podrías cogerle ni aunque le tuvieras aquí al lado.

Gimió y se tocó un costado con cautela.

—Me las va a pagar por esto.

Me puse en pie y fui hacia el río.

—¿Adonde vas?

No respondí.

—¿Dana? ¡Vuelve aquí! ¡Dana!

Sentía su desesperación, cada vez mayor. Estaba herido y solo, y únicamente me tenía a mí. No podía ni siquiera levantarse y le parecía que yo le estaba abandonando. Yo quería que experimentara ese temor.

—¡Dana!

Saqué la manopla de baño de la bolsa, la humedecí y volví a su lado. Me arrodillé junto a él y comencé a limpiarle la sangre de la cara.

—Por qué no me has dicho adonde ibas —dijo en tono petulante.

Jadeaba y se tocaba el costado.

Yo le observé, maravillada por lo mucho que había crecido.

—¡Dana! ¡Di algo!

—Soy yo quien quiere que tú digas algo.

Me miró de reojo.

—¿Qué?

Estaba agachada junto a él y sentía su aliento cuando hablaba. Había estado bebiendo. No parecía borracho, pero había estado bebiendo. Eso me preocupaba, pero no había nada que pudiera hacer al respecto: no podía esperar allí hasta que estuviera completamente sobrio.

—Quiero que me hables de los hombres que te atacaron —dije.

—¿Qué hombres? Fue Isaac...

—Los hombres con los que has estado bebiendo —improvisé—. Eran desconocidos. Blancos. Te hicieron beber para robarte.

El viejo relato de Kevin me vino al pelo.

—¿De qué demonios estás hablando? Sabes perfectamente que fue Isaac Jackson el que me hizo esto.

Las palabras le salieron como un áspero susurro.

—Muy bien, Isaac te pegó una paliza —asentí—. ¿Por qué?

Me miró sin responderme.

—Has violado a una mujer o lo has intentado, y su marido te ha pegado una paliza —dije—. Tienes suerte de que no te haya matado. Lo habría hecho si Alice y yo no se lo hubiéramos impedido. Y ahora, ¿cómo nos vas a pagar que te hayamos salvado la vida?

Desaparecieron de su cara el desconcierto y la ira, y me lanzó una mirada inexpresiva. Al cabo de un rato cerró los ojos y yo fui a aclarar la manopla. Cuando regresé, estaba otra vez intentando levantarse, sin conseguirlo. Acabó por caerse de nuevo, jadeando y sujetándose el costado. Me pregunté si estaría peor de lo que aparentaba, si tendría alguna herida interna. Costillas rotas, por ejemplo.

Volví a arrodillarme junto a él y le limpié el resto de la sangre y el barro de la cara.

—Rufe, ¿conseguiste violar a esa chica?

Miró hacia otro lado con expresión culpable.

—¿Por qué has hecho algo así? Era tu amiga.

—Éramos amigos de pequeños, sí —dijo con dulzura—. Pero crecimos. Y ella ahora prefiere a un negro de mierda antes que a mí.

—¿Te refieres a su esposo? —pregunté y me las arreglé para conservar un tono ecuánime.

—Sí.

Le miré con amargura. Kevin había acertado. Y yo había sido tan tonta como para creer que podía influir en él.

—Sí —repetí yo—. Cómo se ha atrevido a elegir al hombre que quiere por esposo. Se creería que era una mujer libre o algo así.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó en tono exigente. Luego la voz se le apagó hasta quedar en un susurro—. Yo la habría cuidado mejor que cualquier esclavo. Yo no le habría hecho daño, pero no dejaba de negarse.

—Tenía derecho a negarse.

—Ya veremos a qué tiene derecho.

—¿Estás planeando hacerle más daño? ¿Recuerdas que acaba de ayudarme a salvarte la vida?

—Tendrá lo que se merece. Lo tendrá, sea yo el que se lo dé o no —añadió sonriendo—. Si se ha marchado con Isaac, tendrá bastante.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Entonces, ¿se ha marchado con Isaac?

—No lo sé. Isaac pensó que yo estaba de tu parte y no se fiaba de mí, así que no quiso decirme adonde iban.

—No tenía que hacerlo. Isaac acaba de atacar a un blanco. Después de eso no va a volver donde el juez Holman. Otro negro a lo mejor, pero Isaac no. Ha huido y Alice va con él para ayudarle a escapar. O al menos así lo verá el juez.

—¿Y qué le sucederá a ella?

—Cárcel. Unos cuantos latigazos. Y la venderán.

—¿Será esclava?

—Ha sido culpa suya.

Le miré fijamente. Que el cielo ayudara a Alice e Isaac. Que el cielo me ayudara a mí. Si Rufus actuaba tan fríamente con la que había sido su amiga toda la vida, ¿cuánto tardaría en cambiar de opinión con respecto a mí?

—Pero no quiero que la vendan al sur —susurró—. Sea o no sea culpa suya, no quiero que muera en un arrozal.

—¿Por qué no? —pregunté con amargura—. ¿Por qué te importa tanto?

—Ojalá no me importara.

Le miré sorprendida. Había cambiado el tono de repente. ¿Iba a mostrar algo de humanidad? ¿Le quedaba algo de humanidad?

—Yo le hablé de ti —dijo.

—Lo sé. Me reconoció.

—Le conté todo. Incluso le dije que Kevin y tú estabais casados. Hablé de eso sobre todo.

—¿Y qué harás si la atrapan y la traen de vuelta, Rufe?

—Comprarla. Tengo algo de dinero.

—¿E Isaac?

—¡Al diablo con Isaac!

Esto lo dijo con excesiva vehemencia y el costado le empezó a doler. Hizo un gesto de sufrimiento.

—Así que te desharás del hombre y tomarás posesión de la mujer, que era lo que querías. —Lo dije con tono de desagrado—. La recompensa por la violación.

Levantó la cabeza y me miró con los ojos hinchados.

—Le supliqué que no se fuera con él —dijo con calma—. ¿Me has oído? ¡Se lo supliqué!

No dije nada. Estaba empezando a darme cuenta de que quería a esa mujer, para desgracia de ella. No había nada malo en violar a una mujer negra, pero amarla era otra cosa.

—Yo no quería llevármela al huerto y ya está —dijo Rufus—. Nunca busqué eso. Pero ella no paraba de negarse. Si solo hubiera querido llevármela al huerto, lo habría hecho hace años.

—Lo sé —dije.

—Si viviéramos en tu época, me habría casado con ella. Al menos lo habría intentado.

Trató de levantarse de nuevo. Ahora parecía más fuerte, pero le podía el dolor. Me senté junto a él observándole, pero sin ayudarlo. No tenía ninguna gana de que se repusiera y se marchara a casa. No hasta que estuviera segura de lo que iba a decir cuando llegáramos.

Al final el dolor pareció vencerle y volvió a tumbarse.

—¿Qué me ha hecho ese cabrón? —susurró.

—Si quieres, voy a buscar ayuda —dije—. Si me dices hacia dónde tengo que ir.

—Espera. —Contuvo la respiración, tosió y la tos le provocó más dolor, más fuerte—. Ah, Dios —gimió.

—Pienso que tienes alguna costilla rota —dije.

—No me extrañaría. Pero creo que es mejor que te vayas.

—Muy bien. Pero... una cosa, Rufe. Te atacaron unos blancos. ¿Me has entendido?

No dijo nada.

—Has dicho que de todos modos irán tras Isaac. Muy bien, pues déjalo así. Déjales, a él y a Alice, que tengan una oportunidad. A ti te la han dado.

—Lo cuente o no, no cambiará nada. Isaac es un prófugo y tendrá que responder de ello. Lo demás no importa.

—Entonces tampoco importará que guardes silencio.

—Salvo para que tengan la oportunidad de empezar de nuevo, como tú quieres.

Asentí.

—Quiero que la tengan —aseguré.

—Entonces —me dijo mirándome fijamente muy de cerca—, ¿te fías de mí? ¿Me crees si digo que guardaré silencio?

—Sí. —Hice una breve pausa—. Tú y yo no debemos mentirnos nunca. No valdría la pena. Tenemos demasiadas posibilidades de tomarnos represalias.

Apartó la cara para que no le viera.

—Hablas igual que un puñetero libro.

—Entonces espero que Kevin hiciera bien su trabajo y te enseñara a leer.

—¡Tú...! —Me agarró del brazo con escasas fuerzas; podría haberme zafado fácilmente, pero no lo hice—. Tú me amenazas..., pues yo te amenazaré a ti. Sin mí nunca encontrarás a Kevin.

—Lo sé.

—¡Pues no me amenaces!

—Te he dicho que éramos un peligro el uno para el otro. Eso es un aviso, no una amenaza.

En realidad era más bien un farol.

—Yo no necesito ni tus avisos ni tus amenazas —dijo.

No respondí.

—¿Y bien? ¿Vas a ir a buscar ayuda o qué?

Seguí sin responder. No me moví.

—Tienes que atravesar esa arboleda —señaló—. Hay un camino detrás, no está muy lejos. Coges el camino hacia la izquierda y luego sigues hasta que llegues a casa.

Escuché sus instrucciones, consciente de que tendría que seguirlas antes o después. Pero antes teníamos que alcanzar un acuerdo los dos. No necesitaba que admitiera nada, podía mantener su orgullo si creía que estaba en peligro. Pero tendría que actuar como si lo aceptara. Si se negaba, entonces sabría lo que era el dolor. Y tal vez después, cuando Kevin estuviera seguro y Hagar tuviera al menos la oportunidad de venir al mundo —puede que eso nunca llegara yo a saberlo—, me iría de allí y dejaría a Rufus con sus propios problemas.

—¡Dana!

Le miré. Había estado un rato sin prestarle atención.

—He dicho que a ella..., que les daré tiempo. Me atacaron unos blancos.

—Bien, Rufe. —Le puse una mano en el hombro—. Tu padre me atenderá, ¿verdad? Tiene que hacerlo. No sé qué vio la última vez, cuando regresé a casa.

—Él tampoco sabe lo que vio. Pero, fuese lo que fuese, ya lo había visto antes. Aquella vez en el río. Entonces tampoco se lo creyó. Pero te escuchará. Puede que incluso te tenga un poco de miedo.

—Mejor así que al revés. Volveré en cuanto pueda.

5

El camino estaba más lejos de lo previsto. Oscurecía —el sol se estaba poniendo, no saliendo— y yo iba arrancando hojas de la libreta y pegándolas en los árboles para marcar el camino. Pero, aun así, me preocupaba no ser capaz de encontrar la ruta para volver junto a Rufus.

Cuando llegué al camino arranqué algunos matojos y fabriqué una especie de barricada que salpiqué con trozos de papel blanco. Así me detendría en el lugar en el que tenía que girar..., siempre que nadie la quitara de allí.

Seguí por el camino hasta que oscureció; pasé junto a bosques, campos de cultivo, una casa enorme mucho más bonita que la de Weylin. Nadie me molestó. Me crucé con dos hombres blancos que iban a caballo y me escondí detrás de un árbol. Quizá no me hubieran visto, pero no quería correr riesgos. Y luego tres mujeres negras, que iban con unos bultos enormes sobre la cabeza.

—Buenas... —dijeron cuando pasé junto a ellas.

Hice un movimiento de cabeza y les deseé buenas noches a ellas también. Comencé a caminar a paso vivo, preguntándome de pronto qué habría sido de Luke y Sarah, de Nigel y Carrie. Los niños que había visto jugando a vender esclavos podrían estar ya trabajando en la plantación. ¿Y qué habría sido de Margaret Weylin? Dudaba que el tiempo la hubiera suavizado.

Al final, después de atravesar más bosques y más campos, apareció ante mí la casa cuadrada y sin adornos con las ventanas del piso bajo llenas de luz amarilla. Me sorprendí diciendo agotada: «Por fin en casa».

Me quedé un momento quieta, entre la plantación y la casa, y me esforcé en recordar que estaba en un lugar hostil. Ya no les parecería extraña, pero eso no hacía más que aumentar el riesgo: me inducía a relajarme y, por tanto, a cometer algún error.

Me froté la espalda y palpé las cicatrices alargadas para recordar que no podía permitirme el lujo de cometer errores. Ellas me obligaron a recordar que había huido de aquel mismo lugar apenas unos días antes. Y no es que lo hubiera olvidado en realidad, pero era como si durante la caminata me hubiera acostumbrado a la idea de que para esta gente habían pasado años desde la última vez que nos vimos. Yo había empezado a sentir —a sentir, no a pensar— que había pasado mucho tiempo también para mí. Era un sentimiento vago, pero parecía verdadero y cómodo. Más cómodo que tratar de recordar lo que de verdad estaba ocurriendo. Una parte de mí se había aclimatado, aparentemente, a una realidad distorsionada en lo temporal y quitaba importancia a las cosas. Y sí, eso estaba muy bien..., siempre que no llegara más lejos.

Continué avanzando hacia la casa. Ya estaba mentalmente preparada, o esperaba estarlo, para enfrentarme a Tom Weylin. Pero cuando me acerqué, vi venir hacia mí la sombra delgada y alta de un blanco. Venía de donde estaba el poblado.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sus zancadas cubrieron rápidamente la distancia que nos separaba y en un momento lo tuve delante, mirándome escrutador.

—Tú no eres de aquí —dijo—. ¿Quién es tu amo?

—He venido a buscar ayuda para el señor Rufus —dije, pero me asaltó la duda, porque no le conocía; así que le pregunté—: Sigue viviendo aquí, ¿no?

El hombre no respondió. Siguió mirándome. Me pregunté qué estaba intentando averiguar, si mi sexo o mi nombre. O tal vez era solo el hecho de que no me hubiera dirigido a él llamándole «señor». Tenía que empezar otra vez con aquellas bobadas humillantes. Pero, en cualquier caso, ¿quién era aquel hombre?

—Vive aquí. —Una respuesta, al fin—. ¿Qué le pasa?

—Le han pegado unos hombres. No puede andar.

—¿Está borracho?

—Uh, no, señor. No mucho.

—Cabrón inútil.

Di un respingo. El hombre había hablado en voz queda, pero no había duda de lo que había dicho. Yo no comenté nada.

—Vamos —dijo y me hizo pasar.

Me dejó esperando de pie en el vestíbulo y él entró en la biblioteca, donde me imaginé que estaría Weylin. Miré el banco de madera, el canapé que se encontraba solo a unos pasos de mí. Pero no me senté, aunque estaba muy cansada. Margaret Weylin me había pillado una vez allí sentada —me estaba atando un zapato—. Se había puesto a gritar y había montado en cólera, como si me hubiera sorprendido robándole las joyas. No quería reanudar mi relación con ella con una escena de ese tipo. No quería reanudar mi relación con ella de ningún modo, aunque eso parecía inevitable.

Oí algo a mi espalda y me giré rápidamente, preocupada. Frente a mí había una joven esclava mirándome fijamente. Tenía la piel clara, llevaba un pañuelo azul y lucía un embarazo muy avanzado.

—¿Carrie? —pregunté.

Corrió hacia mí, me cogió por los hombros un instante y me miró a la cara. Luego me abrazó.

El desconocido blanco decidió salir en ese momento de la biblioteca con Tom Weylin.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el desconocido.

Carrie se apartó de mí rápidamente y bajó la cabeza.

—Somos viejas amigas, señor —dije.

Tom Weylin, más canoso, más delgado y peor encarado que nunca, vino hacia mí. Me miró un instante y luego se volvió de nuevo al desconocido.

—¿Cuándo dices que has visto llegar ese caballo, Jake?

—Hará una hora.

—Tanto... Tendrías que habérmelo dicho.

—Otras veces ha tardado eso y más.

Weylin suspiró y me miró.

—Sí. Pero creo que esta vez es más serio. ¡Carrie!

La muda se había alejado e iba hacia la puerta trasera. Se volvió a mirar a Weylin.

—Di a Nigel que traiga la carreta a la puerta principal.

Ella asintió a medias, hizo media reverencia —la que reservaba para los blancos— y se fue.

Mientras hablaba con Weylin, se me ocurrió algo.

—Creo que el señorito Rufus puede tener alguna costilla rota. No estaba escupiendo sangre al toser, con lo que no debe ser nada de pulmón, pero creo que sería bueno que me dejara vendarle antes de moverle.

Yo nunca había vendado nada en mi vida más allá de un corte en un dedo, pero recordé algo de la clase de primeros auxilios que nos daban en el colegio. No se me

había ocurrido aprovechar aquellas enseñanzas cuando Rufus se rompió la pierna, pero ahora podrían ser una ayuda.

—Puedes vendarle cuando le traigamos —me respondió Weylin y volviéndose al desconocido añadió—: Jake, manda a alguien a buscar al médico.

Jake me miró mostrando su desagrado y salió por la puerta trasera detrás de Carrie.

Weylin salió por la puerta principal sin decirme ni una palabra más y yo fui tras él, intentando recordar la importancia del vendaje si había costillas rotas. Es decir, intentando valorar si debía «replicar» a Weylin. No quería que Rufus se quedara malherido, aunque se lo mereciera. Cualquier herida podría suponer una complicación. Por lo que podía recordar, el vendaje se ponía, sobre todo, para aliviar el dolor. No estaba segura de si me había venido a la cabeza porque era verdad o simplemente porque quería evitar todo tipo de confrontación con Weylin. No necesitaba tocarme las cicatrices de la espalda para saber que estaban allí.

Un esclavo alto y corpulento acercó una carreta hasta donde estábamos nosotros. Yo subí a la parte de atrás y Weylin se acomodó en el asiento al lado del carretero. Entonces el carretero se volvió hacia atrás, me miró y me dijo con voz suave:

—¿Cómo estás, Dana?

—¿Nigel?

—Soy yo —contestó sonriendo—. Me parece que he crecido un poco desde la última vez que nos vimos.

Se había convertido en otro Luke: un hombre grandón y bien parecido que apenas guardaba semejanza con el niño que yo había conocido.

—Cierra la boca y mira al camino —le dijo Weylin; luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Tienes que decirnos adonde tenemos que ir.

Me habría causado un enorme placer decirle a él adonde tenía que irse, pero hablé educadamente.

—Está bastante apartado de aquí. Pasé junto a una casa y unos cuantos cultivos cuando iba a buscarle.

—Es la casa del juez. Igual allí nos prestan ayuda.

—No lo sabía.

Tampoco la hubiera pedido de haberlo sabido. Me pregunté, eso sí, si se referiría al juez Holman, el que no tardaría en enviar a sus hombres a buscar a Isaac. Parecía probable.

—¿Dejaste a Rufus al borde del camino? —preguntó Weylin.

—No, señor. Está en el bosque.

—¿Sabes con seguridad en qué parte del bosque?

—Sí, señor.

—Más te vale.

No dijo nada más.

Encontramos a Rufus sin grandes dificultades y Nigel lo levantó con la misma suavidad con la que lo hiciera Luke la otra vez. Ya en la carreta, Rufus se apretaba el costado con la mano o agarraba la mía. En un momento dado dijo:

—Mantendré mi palabra.

Asentí y, por si no me había visto el gesto, le toqué la frente, la tenía caliente y seca.

—¿Mantendrá su palabra de qué? —preguntó Weylin.

Se había girado para mirarme, así que fruncí el ceño y adopté una expresión de perplejidad.

—Creo que tiene fiebre, señor, además de varias costillas rotas —dije.

Weylin emitió un sonido de disgusto.

—Ayer estuvo enfermo, vomitando todo el día. Pero hoy se ha tenido que levantar y marcharse. Maldito imbécil.

Se volvió a quedar callado y no dijo nada hasta que llegamos a su casa. Luego Nigel cogió en brazos a Rufus, lo metió en casa y subió con él las escaleras. Weylin me empujó a su biblioteca vedada, me llevó junto a una lámpara de aceite de ballena y allí, a la luz amarilla e intensa de la lámpara, me miró en silencio con actitud crítica hasta que volví la cabeza hacia la puerta.

—Eres la misma, en efecto —dijo al fin—. No quería creerlo.

Yo no comenté nada.

—¿Quién eres? —preguntó en tono exigente—. ¿Qué eres?

Dudé sin saber qué responder, porque no sabía cuánto sabía él. La verdad podría llevarle a pensar que yo no estaba en mis cabales y desde luego no quería que me pillara en un renuncio.

—No sé qué quiere usted que responda —le dije—. Soy Dana. Usted ya me conoce.

—¡No me digas lo que ya sé!

Me quedé de pie callada, confusa, asustada. Kevin ya no estaba allí. No había nadie que pudiera venir en mi ayuda si lo necesitaba.

—Soy la persona que tal vez acaba de salvar la vida de su hijo —dije despacio—. Podría haber muerto allí, enfermo, herido y solo.

—¿Y piensas que debo estarte agradecido?

¿Por qué su tono de voz sonaba enfadado? ¿Por qué no iba a estarme agradecido?

—Yo no puedo decirle lo que ha de sentir usted, señor Weylin.

—Eso es verdad. No puedes.

Se produjo un silencio que él parecía esperar que yo llenara. Cambié de tema.

—Señor Weylin, ¿sabe usted hacia dónde fue el señor Franklin?

Para mi sorpresa, eso pareció afectarle. Su expresión se suavizó un poco.

—Ese —dijo—. Maldito imbécil.

—¿Adónde fue?

—Al norte, pero no sé adónde. Rufus ha recibido algunas cartas suyas.

Me lanzó otra mirada prolongada.

—Supongo que quieres quedarte aquí.

Sonó como si me estuviera dando la posibilidad de elegir, lo que era sorprendente, ya que no tenía por qué hacerlo. Puede que, a pesar de todo, la gratitud le obligara.

—Me gustaría quedarme unos días —dije.

Era preferible partir de allí para ir a buscar a Kevin antes de lanzarme a recorrer cualquier ciudad del norte cuando no tenía dinero y lo desconocía todo sobre aquella época.

—Tendrás que trabajar para pagar tu manutención —dijo Weylin—. Como hiciste antes.

—Sí, señor.

—Si ese Franklin regresa, parará aquí. Volvió una vez... A ver si te encontraba, supongo.

—¿Cuándo?

—El año pasado, no sé cuándo. Sube y quédate con Rufus hasta que llegue el médico. Cuida de él.

—Sí, señor. —Me di la vuelta para salir.

—Parece que, a fin de cuentas, esa es la razón por la que vienes aquí —farfulló.

Seguí andando, feliz de alejarme de él. Sabía más de mí de lo que quería decir. Estaba claro por las preguntas que había realizado. Me había visto desaparecer dos veces. Y Kevin y Rufus seguramente le habrían contado algo más. Me preguntaba cuánto. Me preguntaba también qué habría dicho o hecho Kevin para que le considerara un «maldito imbécil».

Fuese lo que fuese, ya me enteraría por Rufus. Weylin era demasiado peligroso para preguntarle nada.

6

Con la manopla de baño lavé a Rufus lo mejor que pude y con unas tiras de trapo que me había traído Nigel le vendé las costillas; se notaban muy tiernas en el lado izquierdo, pero el propio Rufus dijo que el vendaje hacía que le doliera un poco menos respirar, así que me alegré. Sin embargo, continuaba enfermo. Seguía con fiebre. Y el médico no venía. Rufus sufría de vez en cuando algún ataque de tos que parecía provocarle un gran dolor a causa de las costillas. Sarah vino a verle y me dio un abrazo. Se mostró más alarmada por las marcas de la paliza que por las costillas o por la fiebre. Rufus tenía la cara negra y azulada, y las zonas inflamadas la deformaban mucho.

—Pero luchará —dijo furiosa.

Rufus abrió las rendijas hinchadas que tenía en lugar de ojos y la miró. Ella siguió.

—Le he visto meterse en una pelea por pura mezquindad —afirmó—. Parece que busca que le maten.

Hablaba como podría haberlo hecho su madre, debatiéndose entre la furia y la preocupación sin saber cuál de las dos expresar. Se llevó la palangana que me había traído Nigel y volvió con ella llena de agua limpia y fresca.

—¿Dónde está su madre? —pregunté a Sarah en voz baja cuando iba a salir.

Se apartó un poco de mí.

—Se fue.

—¿Ha muerto?

—Aún no. —Miró a Rufus para comprobar si estaba escuchando, pero tenía la cara vuelta hacia el otro lado—. Se fue a Baltimore —susurró—. Mañana te lo cuento.

Dejé que se fuera sin preguntar nada más. Era suficiente para estar tranquila y saber que nadie me atacaría de repente. Era la primera vez que Margaret no estaría protegiendo a Rufus de mí.

Cuando regresé a su lado estaba trasteando, sin fuerzas apenas. Maldijo el dolor, me maldijo a mí y luego se acordó de que tenía que pedir perdón y que no había querido decir eso. Estaba ardiendo de fiebre.

—¡Rufe!

Me miró de reojo.

—Escucha, tengo una medicina que he traído de mi época.

Le serví un vaso de agua de una jarra que tenía junto a la cama y saqué un par de tabletas de aspirina.

—Esto le bajará la fiebre —dije—. Y también te aliviará el dolor. ¿Lo quieres tomar?

—¿Qué es?

—Se llama aspirina. En mi época la gente lo usa para el dolor de cabeza, la fiebre y para otras dolencias.

Miró las dos tabletas que yo tenía en la mano. Luego me miró a mí.

—Dámelas.

Le costó tragárselas y tuvo que masticarlas un poco.

—¡Señor! —musitó—. Muy efectivo tiene que ser para que lo toméis con lo mal que sabe.

Metí y mojé un paño en la palangana para refrescarle la cara. Llegó Nigel con una manta y me dijo que el médico se estaba retrasando porque estaba en un parto complicado. Me tenía que quedar a pasar la noche con Rufus.

No me importaba. Rufus no estaba en condiciones de mostrar el menor interés por mí, pero me habría parecido más natural que se quedara Nigel. Le pregunté.

—El amo sabe lo tuyo —dijo Nigel en voz baja—. El señorito Rufe y el señor Kevin se lo dijeron. Piensa que sabes lo suficiente para hacer de médico. Más que eso, seguramente. Vio cómo te ibas a casa.

—Lo sé.

—Yo también lo vi.

Le miré. Me sacaba una cabeza. No vi en sus ojos más que curiosidad. Si le había asustado que yo desapareciera, aquel miedo había muerto hacía mucho tiempo. Me alegré, porque quería que fuésemos amigos.

—El amo dice que *tiés* que tener cuidado de él y que más te vale hacerlo bien. Y tía Sarah, que la llames si necesitas ayuda.

—Gracias. Y dáselas a ella de mi parte.

Asintió y sonrió tímidamente.

—Qué bien que hayas venido. Quiero estar con Carrie. Está a punto.

Sonreí.

—¿Tu hijo, Nigel? Eso me ha parecido.

—Más vale que sea mío, porque es mi esposa.

—Enhorabuena.

—El señorito Rufe pagó a un predicador para que viniera del pueblo y dijera esas palabras que dicen para casar a los blancos y a los negros libres. Así no tuvimos que saltar el palo de la escoba.

Asentí, recordando lo que había leído sobre las ceremonias de boda de los esclavos. Tenían que saltar el palo de una escoba, a veces hacia atrás y otras hacia delante, según las costumbres locales. O era el amo el que les declaraba marido y mujer. O seguían cualquier otro ritual, como pagar a un pastor religioso, que era lo que había hecho Nigel. Desde el punto de vista jurídico, sin embargo, nada de aquello servía. Ningún matrimonio entre esclavos era válido. El de Alice e Isaac era un acuerdo informal, pues Isaac era esclavo o lo había sido. Yo esperaba que fuera ya un hombre libre y estuviera camino de Pensilvania.

—¿Dana?

Miré a Nigel. Había susurrado mi nombre en voz tan queda que apenas le había oído.

—Dana, ¿fueron unos blancos?

Sorprendida, me llevé un dedo a los labios, como recomendándole cautela, y le hice una seña para que se fuera.

—Mañana —prometí.

Pero él no se mostró tan colaborativo como yo lo había sido con Sarah.

—¿No fue Isaac?

Asentí, esperando que se sintiera satisfecho y dejara el tema.

—¿Se pudo marchar?

Asentí de nuevo.

Y entonces Nigel se marchó, con expresión de alivio.

Me quedé con Rufus hasta que consiguió dormirse. Parecía que las aspirinas habían hecho algo. Luego me envolví en la manta, llevé las dos sillas que había en el dormitorio junto a la chimenea y me coloqué allí lo más cómoda que pude. No estaba mal.

El médico llegó bien entrada la mañana siguiente, cuando a Rufus ya se le había pasado la fiebre. Tenía todo el cuerpo amoratado y dolorido, y las costillas rotas aún le impedían respirar hondo y le hacían luchar por no toser, pero, aun así, su aspecto no era tan patético. Le llevé en una bandeja el desayuno que le había preparado Sarah y él me invitó a tomar parte de aquella comida tan abundante. Comí galletas calientes con mantequilla y mermelada de melocotón, bebí parte de su café y tomé un poco de jamón. Estaba bueno y llenaba. Rufus se comió los huevos, el resto del jamón y los pasteles de maíz. Había muchísimo de todo y él no tenía mucha hambre. En lugar de comer, se incorporó y me miró divertido.

—Como mi padre entre ahora y nos vea aquí comiendo a los dos juntos, soltará alguna maldición de las tuyas —dijo.

Dejé la galleta y tomé las riendas de cualquier parte de mi mente que hubiera dejado olvidada en 1976. Rufus tenía razón.

—Entonces, ¿qué te propones con esto? ¿Buscar un lío?

—No. No nos molestará. Come.

—La última vez que alguien me dijo que no nos molestaría, llegó y a latigazos me sacó la piel a tiras.

—*Sip*, ya lo sé. Pero yo no soy Nigel. Si yo te digo que hagas algo y a él no le gusta, tendrá que venir a pedirme cuentas a mí. No puede azotarte por cumplir mis órdenes. Es un hombre justo.

Le miré sorprendida.

—He dicho justo —repitió—. No agradable.

Guardó silencio. Su padre no era el monstruo que podía haber sido con el poder que tenía sobre sus esclavos. No era un monstruo en absoluto. No era más que un hombre corriente que, a veces, hacía cosas monstruosas que según su sociedad eran legales y correctas. Pero yo no había visto en él esa justicia de la que hablaba Rufus. Hacía lo que le daba la gana y si alguien le decía que no era justo, le azotaba por replicarle. Al menos el Tom Weylin que yo conocía. Pero podía haberse ablandado.

—Quédate —dijo Rufus—. No importa lo que pienses de él, no permitiré que te haga daño. Y está bien comer con alguien con quien poder hablar, para variar.

Eso me gustó. Comencé a comer de nuevo, preguntándome por qué Rufus estaba de tan buen humor esa mañana. La ira de la noche anterior, cuando me amenazó con no decirme dónde estaba Kevin, parecía haber quedado lejísimo.

—¿Sabes...? —dijo Rufus—. Sigues pareciendo muy joven. Hace catorce años que me sacaste de aquel río, pero sigues pareciendo tan cría como entonces.

Oh, oh.

—Entonces, Kevin no te explicó esa parte...

—¿Explicar qué?

Meneé la cabeza.

—Déjame..., deja que te cuente cómo han sido las cosas para mí. No sé explicarte por qué han sucedido así, pero sí el orden en el que han pasado. —Dudé mientras organizaba mis ideas—. Cuando vine a ti, cuando estabas en el río, era el 9 de junio de 1976 para mí. Cuando volví a casa, era el mismo día. Kevin me dijo que había estado fuera solo unos segundos.

—¿Solo unos segundos?

—Espera. Deja que te cuente todo primero y así tendrás tiempo para asimilarlo y preguntar lo que quieras. Después, ese mismo día, volví contigo. Tú tenías tres o cuatro años más y estabas empeñado en prender fuego a la casa. Cuando yo regresé a la mía, Kevin me dijo que habían transcurrido solo unos minutos. A la mañana siguiente, 10 de junio, vine porque te habías caído de un árbol... Vinimos Kevin y yo. Pasé aquí casi dos meses, pero cuando regresé a casa me di cuenta de que allí solo habían pasado unos minutos, como mucho una hora del 10 de junio.

—Quieres decir que al cabo de dos meses tú...

—... Llegué a casa el mismo día que me había marchado. No me preguntes cómo. No lo sé. Y cuando llevaba ocho días en casa volví aquí. —Le miré en silencio unos instantes—. Y..., Rufe, ahora que estoy aquí y tú estás a salvo, quiero encontrar a mi marido.

Lo digirió todo lentamente, haciendo muecas como si se esforzara por traducirlo de otro idioma. Luego hizo un gesto vago, como señalando el escritorio. Era un escritorio nuevo y más grande que el que tenía en mi anterior visita. El antiguo era poco más que una mesita. Este era un escritorio de persiana, tipo buró, con muchos cajones abajo y por encima de la superficie de trabajo.

—En el cajón del medio tengo sus cartas. Quédatelas si quieres. Tienen puestas las direcciones. Pero, Dana....., dices que mientras yo he ido creciendo, por alguna razón, el tiempo se ha detenido para ti.

Yo estaba en el escritorio buscando las cartas en el desorden del cajón.

—No se ha detenido —le corregí—. Estoy segura de que en el tiempo que he pasado aquí he envejecido bastante y da igual lo que diga el calendario de mi casa.

Encontré las cartas. Había tres: eran notas breves escritas en pliegos grandes de papel que Kevin había doblado, sellado con lacre y enviado sin sobre. «Aquí está mi dirección de Filadelfia —decía Kevin en una—. Si puedo conseguir un trabajo decente, me quedaré un tiempo». Eso era todo, salvo por la dirección. Kevin escribía libros, pero nunca se había esmerado mucho con las cartas. En casa siempre esperaba a pillarme de buen humor para pedirme que me hiciera cargo de su correspondencia.

—Cuando sea viejo —dijo Rufus—, seguirás viniendo a verme con el mismo aspecto que tienes ahora.

Moví la cabeza.

—Rufe, si no empiezas a poner más cuidado, no llegarás a viejo. Ahora que ya eres adulto es posible que yo ya no te sirva de ayuda. El tipo de líos en los que te puedes meter siendo un hombre quizá resulte tan inabordable para mí como para ti.

—Si, pero esta vez las cosas...

Me encogí de hombros.

—Maldita sea, algo tenemos que tener los dos que no estamos en nuestros cabales. Dana, nunca he oído que cosas como esta le pasen a nadie.

—Yo tampoco.

Miré las otras dos cartas. Una era de Nueva York y otra de Boston. En la de Boston hablaba de ir a Maine. Me pregunté qué era lo que le llevaba a ir cada vez más al norte. A él le interesaba el oeste, pero... ¿Maine?

—Le escribiré —dijo Rufus—. Le diré que estás aquí y vendrá corriendo.

—Yo le escribiré, Rufe.

—Pero tendré que echar yo la carta al correo.

—De acuerdo.

—Espero que no haya salido ya para Maine.

Weylin abrió la puerta antes de que yo pudiera decir nada. Traía con él a otro hombre, que resultó ser el médico. Se me acababa el descanso. Volví a meter las cartas de Kevin en el escritorio de Rufus, que parecía el mejor sitio para guardarlas. Me llevé la bandeja del desayuno, traje al médico la palangana vacía que me había pedido y me quedé allí mientras este preguntaba a Weylin si yo tenía sesera o no y si se podía esperar de mí que respondiera con precisión a preguntas sencillas.

Weylin dijo que sí a las dos cosas, sin mirarme a mí. Entonces el médico formuló sus preguntas. ¿Estaba segura de que Rufus había tenido fiebre? ¿Cómo lo sabía? ¿Había delirado? ¿Sabía yo lo que quería decir *delirar*? Qué negra más lista era yo, ¿verdad?

Odié a aquel hombre. Era bajo y menudo, con el pelo y los ojos negros, pomposo, condescendiente y casi tan ignorante en cuestiones médicas como yo. Le pareció que no sería necesario sangrar a Rufus porque la fiebre, aparentemente, había desaparecido. ¡Sangrarle! Le pareció que había un par de costillas rotas, sí. Las volvió a vendar de un modo muy chapucero. Bien, parecía que ya podía irse... y no creía que yo fuera a hacer más falta allí.

Me fui a la cocina.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Sarah en cuanto me vio.

Negué con la cabeza.

—Nada importante. Ese hombrecillo estúpido, que solo está un escalón por encima de los hechizos y los amuletos de la suerte.

—¿Qué?

—No me hagas caso, Sarah. ¿Tienes alguna tarea que darme? Me gustaría estar un rato lejos de la casa.

—Aquí siempre hay algo que hacer. ¿Has comido algo?

Asentí.

Levantó la cabeza y me lanzó una de esas miradas suyas con el cuello estirado.

—Muy bien. Ya hay bastante en esta bandeja. Hala, amasa ese pan.

Me dio un cuenco lleno de masa de pan que ya había subido y estaba lista para heñirla.

—¿Está bien el chico? —preguntó.

—Mejorando.

—¿E Isaac estaba bien?

La miré.

—Sí.

—Dice Nigel que no se cree lo que dice el señorito Rufe que pasó...

—No pasó. Pero pude convencerle.

Me puso una mano en el hombro un instante.

—Espero que te quedes por aquí una temporada, niña. Ni su padre puede convencerle de gran cosa en los últimos tiempos.

—Bueno, entonces me alegro de haber podido hacerlo. Ah..., me prometiste que me contarías lo de su madre...

—No hay mucho que contar. Tuvo dos niños más. Mellizos. Unas cosinas muy enfermizas. Aguantaron un poco, pero murieron uno detrás de otro. Casi muere ella también. Se volvió medio loca. El parto la había dejado muy mal, de todas maneras. Muy débil y mal por dentro. Discutió con el amo. Se puso histérica, le gritaba cada vez que le veía, maldecía y todo. La mayor parte de las veces no podía levantarse de la cama de lo mal que estaba. Al final vino su hermana y se la llevó a Baltimore.

—¿Y está allí todavía?

—Allí está todavía. Enferma todavía. Y loca todavía, por lo que yo sé. Espero que se quede allí. El capataz ese, Jake Edwards, es primo suyo, y es el único pedazo de mierda blanca y mezquina que nos hace falta por aquí; con él basta y sobra.

Entonces, Jake Edwards era el capataz. Weylin había empezado a emplear capataces. Me preguntaba por qué. Pero antes de que pudiera decir nada entraron dos criados de la casa y Sarah me dio la espalda deliberadamente, dando por terminada la conversación. Comencé a entender lo que había ocurrido más tarde, cuando pregunté a Nigel por Luke.

—Lo vendió.

Respondió impasible. Y no dijo nada más. Rufus me contó el resto.

—No tendrías que habérselo preguntado a Nigel —me explicó cuando mencioné el incidente.

—No lo habría hecho de haberlo imaginado.

Rufus seguía en cama. El médico le había dado un purgante y se había marchado. Rufus lo había tirado al orinal y me había ordenado decirle a su padre que se lo había tomado. Pidió a su padre que me enviara a verle de nuevo y así podría escribir yo la carta a Kevin.

—Luke hacía bien su trabajo —dije—. ¿Cómo pudo venderlo tu padre?

—Trabajaba él y hacía trabajar a los esclavos. Y sin usar la correa. Pero a veces parecía que no tenía mucha sesera —comenzó a decir Rufus. Intentó respirar hondo, se contuvo e hizo un gesto de dolor antes de continuar—. Y tú eres como él en muchos aspectos. Así que más te vale mostrar algo de sensatez, Dana. Esta vez estás sola aquí.

—Pero ¿qué hizo mal? ¿Qué estoy haciendo mal yo?

—Luke... tiraba para delante y hacía lo que le daba la gana. No le importaba lo que dijera mi padre. Mi padre decía que se creía que era blanco. Un día o dos después de que te fueras, mi padre se hartó. Vino un negrero de Nueva Orleans y mi padre dijo que era mejor venderlo que azotarlo hasta que un día huyera.

Cerré los ojos recordando a aquel hombretón, oyendo cómo aconsejaba a Nigel que desafiara a los blancos. Aquello le había pasado factura.

—¿Y crees que el negrero se lo llevó a Nueva Orleans? —pregunté.

—*Sip*. Estaba intentando reunir un grupo para embarcarlos allí.

Meneé la cabeza.

—Pobre Luke. ¿Sigue habiendo cultivos de caña en Luisiana?

—Caña, algodón, arroz. Cultivan un montón de cosas.

—Los padres de mi padre trabajaron en una plantación de caña antes de marcharse a California. Luke podría ser pariente mío.

—Pues ten cuidado de no acabar como él.

—Yo no he hecho nada.

—No vayas por ahí enseñando a la gente a leer.

—Ah.

—Sí, ah. Pero si mi padre decide venderte, igual no puedo impedirselo.

—¡Venderme! ¡Pero si no le pertenezco! Ni siquiera bajo las leyes de aquí. No tiene ningún papel donde diga que es mi dueño.

—Dana, no digas estupideces.

—Pero...

—Una vez, en el pueblo, oí a un hombre fanfarronear de que él y sus amigos habían cogido a un negro libre, le habían roto los papeles y lo habían vendido a un negrero.

No dije nada. Tenía razón, por supuesto. Yo no tenía derechos. Ni papeles que romper.

—Tú solo ten cuidado —dijo despacio.

Asentí. Creía que podría escapar de Maryland si tenía que hacerlo. No pensaba que fuera a ser sencillo, pero me creía capaz. Y al mismo tiempo me parecía imposible que cualquier persona, estando incluso más preparada que yo en cuanto a los usos de la época, pudiera escapar de Luisiana, una tierra rodeada de agua y estados esclavistas. Tendría que tener cuidado, sin duda, y estar preparada para huir si me veía en peligro de ser vendida.

—Me sorprende que Nigel aún esté aquí —dije.

Luego caí en que no tenía que haber dicho aquello a Rufus. Tendría que aprender a guardarme mis opiniones.

—Nigel se escapó —dijo Rufus—. Pero los patrulleros lo trajeron de nuevo a casa, enfermo y muerto de hambre. Le habían dado unos cuantos latigazos y luego mi padre le dio más. Tía Sarah le cuidó y yo le pedí a mi padre que me dejara quedármelo. Mi tarea fue más complicada. Y creo que mi padre no se tranquilizó hasta que se casó con Carrie. Cuando un hombre se casa, tiene hijos y así es más probable que se quede donde está.

—Hablas ya como un negrero.

Se encogió de hombros.

—¿Tú habrías vendido a Luke?

—¡No! A mí me gustaba Luke.

—¿Venderías a alguien?

Dudó un momento.

—No lo sé. No creo.

—Yo espero que no —dije sin dejar de mirarle—. No es necesario que lo hagas. No todos los amos lo hacen.

Cogí mi bolsa vaquera de donde la había dejado, escondida debajo de la cama, y me senté en su escritorio para redactar la carta. Utilicé uno de sus enormes pliegos de papel y escribí con mi bolígrafo. No quería utilizar su pluma, que estaba sobre el escritorio y que tenía que usar con el tintero.

«Querido Kevin: Ya estoy aquí otra vez. Quiero ir también al norte...».

—Déjame ver tu pluma cuando acabes —dijo Rufus.

—Vale.

Seguí escribiendo y sentí, con extrañeza, que estaba al borde de las lágrimas. Era como estar hablando con Kevin. Comencé a creer que volvería a verle.

—Déjame ver otras cosas que hayas traído —dijo Rufus.

Puse la bolsa encima de su cama.

—Echa un vistazo —dije y seguí escribiendo.

Cuando terminé la carta levanté la cabeza y vi lo que estaba haciendo.

Estaba leyendo mi libro.

—Aquí está el bolígrafo —dije como si nada, esperando a que soltara el libro para quitárselo.

Pero en lugar de soltarlo, me miró sin prestar atención al bolígrafo.

—Esta es la mayor montaña de mierda abolicionista que he leído en mi vida.

—De eso nada —dije—. Ese libro no se escribió hasta que la esclavitud llevaba abolida un siglo.

—¿Y de qué demonios se siguen quejando?

Le quité el libro para ver qué página estaba viendo. Había una fotografía de Sojourner Truth, que me miraba con ojos solemnes. Bajo la foto, un fragmento de

uno de sus discursos.

—Lo que estás leyendo es historia, Rufe. Pasa unas cuantas páginas y te encontrarás con un blanco que se llama J. D. B. DeBow gritando a los cuatro vientos que la esclavitud es buena porque, entre otras cosas, así los pobres blancos tenían a alguien a quien mirar por encima del hombro. Eso es historia y sucedió, te ofenda a ti o no. A mí hay bastantes cosas que me ofenden, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

Había otra historia que él no debía leer. Una buena parte de ella aún no había tenido lugar, Sojourner Truth, por ejemplo, seguía siendo esclava en el momento en que nosotros estábamos allí hablando. Si alguien se la hubiera comprado a sus amos, en Nueva York, y la hubiera traído al sur antes de que las leyes del norte pudieran liberarla, podría pasarse el resto de su vida recogiendo algodón. Y aquí, en Maryland, había en ese momento dos hijos de esclavos que eran importantes: el mayor vivía en el condado de Talbot y se acabaría llamando Frederick Douglass después de cambiarse el nombre una o dos veces. El segundo, que crecería unas cuantas millas al sur de allí, en el condado de Dorchester, era una niña: Harriet Ross, que se convertiría después en Harriet Tubman. Un día les iba a costar un buen montón de dinero a los dueños de una plantación de la orilla este, cuando llevó hacia la libertad a trescientos de sus esclavos huidos. Y más al sur, en Southampton (Virginia), un hombre llamado Nat Turner estaba desafiando a su tiempo. Y había más. Yo había dicho que no podría hacer nada para cambiar la historia. Sin embargo, si la historia podía cambiarse, aquel libro podría ser el instrumento para lograrlo si caía en manos de un blanco. Y cambiaría para mal, incluso si era un blanco compasivo.

—Esto podría mandarte por el mismo camino que a Luke —dijo Rufus—. ¿No te he dicho que tengas cuidado?

—No se lo habría dejado ver a nadie que no fueras tú. —Se lo arrebaté de la mano y comencé a hablar más bajo—. ¿Qué quieres decirme?, ¿que ni siquiera puedo fiarme de ti?

Pareció sorprendido.

—Diablos, Dana. Tenemos que confiar el uno en el otro. Tú misma lo dijiste. ¿Pero qué pasa si mi padre se pone a mirar en esa bolsa tuya...? Y podría hacerlo si quisiera. No conseguirías impedirselo.

No dije nada.

—La tunda de latigazos que te daría si encontrara ese libro, no tendría nada que ver con la de la otra vez. Parte de esos textos... Mi padre te convertiría en otro Denmark Vesey. ¿Sabes quién era Vesey?

—Sí.

Un liberto que había conspirado para liberar a otros mediante una insurrección.

—¿Sabes lo que le hicieron?

—Sí.

—Entonces echa ese libro a la lumbre.

Cogí el libro un momento, lo abrí por el mapa de Maryland y arranqué el mapa.

—Déjame ver —dijo Rufus.

Le di el mapa. Lo miró y le dio la vuelta. Como no había nada por detrás, salvo otro mapa (uno de Virginia), me lo devolvió.

—Eso será más sencillo de esconder —dijo—. Pero sabes que si un blanco lo ve, se imaginará que te propones usarlo para escapar.

—Me arriesgaré.

Movió la cabeza contrariado.

Rompí el libro en varios pedazos y lo lancé a las brasas de la chimenea. El fuego se reavivó y se tragó el papel reseco. Mis pensamientos volaron hasta la quema de libros por parte de los nazis. Las sociedades represivas siempre captan el peligro que hay en las ideas «erróneas».

—Sella la carta —dijo Rufus—. Hay cera y una vela en esa mesa de ahí. La enviaré en cuanto pueda ir al pueblo.

Le obedecí, dejando caer la cera caliente en mis dedos inexpertos.

—Dana...

Le miré y vi que él me estaba mirando a mí con inesperada intensidad.

—¿Sí?

Sus ojos parecieron apartarse a propósito de los míos.

—Ese mapa me da mala espina. Escucha una cosa: si quieres que vaya a echar esa carta pronto, tira también el mapa al fuego.

Volví a mirarle, abatida. Más chantaje. Pensaba que aquello ya se había acabado entre nosotros. Esperaba que se hubiera acabado. Necesitaba con todas mis fuerzas confiar en él. No podría soportar estar allí con él si no me fiara.

—Me gustaría que no hubieras dicho eso, Rufe —le dije en tono tranquilo.

Me acerqué a él, luchando contra la ira y la decepción que me invadían, y comencé a meter en la bolsa todo lo que él había sacado y esparcido.

—Espera un momento. —Me agarró la mano—. Cuando te enfadas te vuelves muy distante. ¡Espera!

—¿A qué tengo que esperar?

—Dime por qué te has enfadado.

¿Cómo? ¿Podría hacerle ver que su chantaje era bastante peor que el mío? Porque lo era: me había amenazado con apartarme de mi marido si no me sometía a su capricho y aceptaba destruir un papel que podía ayudarme a ser libre. Yo había actuado llevada por la desesperación; él, llevado por el capricho o por la ira. O eso me pareció.

—Rufe, hay cosas que no podemos negociar. Esta es una de ellas.

—¿Quieres decirme qué no podemos negociar? —Parecía más sorprendido que enfadado.

—Claro que te lo voy a decir. Ahora mismo —dije con toda tranquilidad—. No voy a negociar ni con mi marido ni con mi libertad.

—No tienes ninguna de esas dos cosas, de modo que no puedes negociar con ellas.

—Tú tampoco.

Me miró, quizá con tanta confusión como ira, y eso me animó. Podía haber dejado explotar su genio, podría haberme echado de sus dominios.

—Verás —dijo entre dientes—, estoy tratando de ayudarte.

—Ah, ¿sí?

—¿A ti qué te parece? Sé que Kevin trató de ayudarte. Te facilitó las cosas pidiendo que te dejaran quedarte con él. Pero él no podía protegerte. No sabía cómo. No podía ni siquiera protegerse él. Cuando desapareciste mi padre estuvo a punto de pegarle un tiro. Kevin empezó a pelear y a maldecir. Al principio mi padre no sabía por qué. Soy yo quien ayudó a Kevin a recuperar su puesto aquí.

—¿Tú?

—Hablé con mi padre para que le recibiera de nuevo, pero no fue fácil. Así que quizá no pueda interceder por ti si ve ese mapa.

—Ya entiendo.

Esperó sin dejar de observarme. Quería preguntarle qué pensaba hacer con la carta si me negaba a quemar el mapa. Quería preguntar, pero no quería oír una respuesta que podría mandarme a la calle a enfrentarme a otra patrulla o a ganarme otra tanda de latigazos. Quería que las cosas fueran fáciles, si era posible. Quería estar allí y dejar que la carta llegara a Boston y Kevin regresara a buscarme.

Así que me convencí de que el mapa era más un símbolo que una necesidad. Que si llegaba el momento de irme, ya sabía que tenía que seguir la estrella polar por la noche. Me había propuesto aprender todo aquello. Y si era de día, sabía que tenía que andar con el sol naciente a mi derecha y a mi izquierda el poniente.

Cogí el mapa del escritorio de Rufus y lo dejé caer en la chimenea. Se ennegreció y comenzó a arder.

—Sabes que puedo apañarme sin él —dije con voz calmada.

—No será necesario —dijo Rufus—. Aquí estarás bien. Estás en casa.

7

Isaac y Alice disfrutaron juntos cuatro días de libertad. Al quinto día los cogieron. Al séptimo día me enteré. Fue el día que Rufus y Nigel se marcharon al pueblo en la carreta, a llevar mi carta al correo y resolver algunos asuntos suyos. Yo no había tenido noticias de los fugitivos y Rufus parecía haberse olvidado de ellos. Se sentía mejor, tenía mejor aspecto. Aquello parecía bastarle. Vino a verme justo antes de marchar y me dijo:

—Dame un par de esas aspirinas tuyas. De la forma que conduce Nigel, igual me hacen falta.

Nigel le oyó y gritó:

—Pues conduzca usted, señorito Rufe. Yo me siento detrás y voy descansando mientras usted me enseña cómo se lleva una carreta sin sobresaltos por un camino lleno de baches.

Rufus le lanzó un puñado de barro, el otro lo atrapó riendo y se lo devolvió a Rufus, que lo esquivó.

—¿Has visto? —me dijo Rufus—. Yo aquí tullido y él aprovechándose de la situación.

Me eché a reír y cogí las aspirinas. Rufus nunca cogía nada de mi bolsa sin preguntarme, aunque podría haberlo hecho sin dificultad. Mientras se las daba, le pregunté:

—¿Seguro que estás bien como para ir al pueblo?

—No —respondió—. Pero voy a ir.

Más tarde averigüé que un visitante le había traído noticias de Isaac y Alice. Iba a buscar a Alice.

Yo me fui al patio donde hacían la colada a ayudar a una joven esclava llamada Tess a hervir un montón de ropa maloliente y sacar la mugre a palo limpio. Tess había estado enferma y yo me había comprometido a ayudarla. Mi trabajo consistía en hacer un poco lo que quisiera para echar una mano y eso me hacía sentirme culpable. Ningún otro esclavo, trabajara en la casa o en el campo, tenía tanta libertad. Yo trabajaba donde quería o donde veía que los demás necesitaban ayuda. Sarah me mandaba a veces a hacer una cosa u otra y eso no me importaba. En ausencia de Margaret, era Sarah quien llevaba la casa y organizaba el servicio doméstico. Repartía las tareas con justicia y equidad y lo gestionaba todo con la misma eficacia que Margaret, pero sin tanta tensión ni conflicto como provocaba Margaret. De todos modos, a los esclavos no les gustaba mucho su tutela y hacían cuanto podían por evitar las tareas que les incomodaban, pero la obedecían a pesar de ello.

—Malditos negros haraganes —decía cuando tenía que ir a buscar a alguno.

Yo la miré sorprendida la primera vez que se lo oí decir.

—¿Y por qué van a esforzarse? —pregunté yo—. ¿Qué les dan por ello?

—Ya les daré yo correa si no se esfuerzan —me espetó—. No me voy a cargar yo las culpas de lo que no hagan ellos. ¿Y tú?

—Bueno, no..., claro...

—Yo trabajo. Tú trabajas. No necesitamos tener a quien sea todo el día encima diciéndonos que trabajemos.

—Cuando me llegue el momento de dejar de trabajar y largarme de aquí, sí que lo haré.

Dio un respingo y miró a su alrededor rápidamente.

—A veces no tienes sesera. ¡Venga a soltar por esa boca!

—Estamos solas.

—A lo mejor no estamos tan solas como parece. Aquí todo el mundo escucha. Y hablan. También hablan.

No dije nada.

—Tú haz lo que quieras. O lo que creas que quieres hacer. Pero te lo guardas para ti sólita.

Asentí.

—Oído.

Bajó la voz y me dijo en un susurro:

—Tendrías que echar un vistazo a los negros que cogen y traen de vuelta. Tienes que verlos. Muertos de hambre, medio desnudos, arrastrados, llenos de marcas de látigo y de mordeduras de perro. Tienes que verlos.

—Prefiero ver a los otros.

—¿Qué otros?

—Los que lo consiguen. Los que han logrado ser libres.

—Si es que los hay.

—Los hay.

—Eso dicen. Pero es como morir e ir al cielo: nadie vuelve a contar cómo es.

—¿Cómo van a volver? ¿Para ser esclavos otra vez?

—*Sip*... Pero... ¡es muy peligroso hablar de esto! Y no tiene solución.

—Sarah, he visto libros escritos por esclavos que han escapado y ahora viven en el norte.

—¡Libros!

Trató de imprimir a su voz un tono desdeñoso, pero era de duda.

Sarah no sabía leer. Para ella un libro era un misterio impresionante o un absurdo total y peligroso y una pérdida de tiempo, dependiendo de su humor en cada momento. Y en ese momento parecía debatirse entre la curiosidad y el miedo. Ganó el miedo.

—¡Bobadas! —dijo—. ¡Cómo van a escribir libros los negros!

—¡Es cierto! He visto...

—¡Ya he oído más de lo que quiero oír!

Levantó mucho la voz de repente, algo poco usual en ella, pues pareció sorprenderla tanto como a mí.

—Ya he oído más de lo que quiero oír —repitió en voz baja—. Aquí las cosas no están tan mal y puedo ir tirando.

Ella había optado por lo seguro: se había avenido a llevar una vida de esclavitud porque tenía miedo. Era el tipo de mujer a la que en cualquier otra casa la habrían llamado «mami». El tipo de mujer a la que despreciarían durante los beligerantes años sesenta. La negra del servicio doméstico con su pañuelo en la cabeza, la versión femenina del tío Tom, la mujer impasible y asustada que ya había perdido todo lo que

podía soportar perder y que de la libertad del norte sabía tan poco como de la vida eterna.

La observé un momento. Superioridad moral. Tenía ante mí a una persona con menos redaños aún que yo. Eso, en cierto modo, me reconfortó. Al menos hasta que Rufus y Nigel llegaron del pueblo con lo que quedaba de Alice.

Era ya tarde cuando llegaron a casa. Casi había oscurecido. Rufus entró corriendo en la casa, llamándome a gritos. Yo no sabía que ya estaba de vuelta.

—¡Dana! ¡Baja, Dana!

Salí de su habitación, que se había convertido en mi refugio cuando él no estaba, y bajé corriendo las escaleras.

—¡Vamos!, ¡vamos! —me instó.

Yo no dije nada. Salí tras él por la puerta principal sin saber qué esperar. Me llevó a la carreta donde estaba Alice tirada, ensangrentada, sucia y apenas viva.

—¡Ah, Dios mío! —dije en voz baja.

—¡Haz algo! —exigió Rufus.

Le miré, recordando por qué Alice necesitaba ayuda. No dije nada, no sé qué expresión tenía mi rostro. Pero él dio un paso atrás, apartándose de mí.

—¡Ayúdala! —dijo—. Échame a mí la culpa si quieres, pero ¡ayúdala!

Me volví hacia ella. Con cuidado, la tumbé extendiendo todo su cuerpo, palpando para ver si tenía huesos rotos. No parecía. De milagro. Alice sollozaba y gritaba débilmente. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía verme.

—¿Adonde la llevamos? —pregunté a Rufus—. ¿Al ático?

La levantó con cuidado, suavemente, y la llevó a su propio cuarto.

Nigel y yo fuimos detrás y le vimos depositar a la joven en su cama. Luego me lanzó una mirada interrogante.

—Dile a Sarah que hierva un poco de agua —le dije yo a Nigel—. Y que nos suba unos trapos limpios para hacer vendas. Trapos limpios.

¿Cómo de limpios estarían? Desde luego, no estériles, pero yo me había pasado el día hirviendo ropa y trapos en agua y jabón de sosa. Esos tenían que estar limpios, sin duda.

—Rufe, tráeme algo para cortarle estos jirones del vestido.

Rufus se fue corriendo y volvió con unas tijeras de su madre. La mayor parte de las heridas de Alice eran nuevas y pude despegar la tela con facilidad. Las que estaban secas y tenían la ropa pegada no las toqué: el agua caliente las ablandaría.

—Rufe, ¿tienes algún antiséptico?

—¿Antiqué?

Le miré.

—¿Nunca lo has oído?

—No. ¿Qué es?

—No te preocupes. Nos apañaremos con una solución salina, espero.

—¿Salmuera? ¿Le vas a poner eso en la espalda?

—Le voy a poner eso en todas las heridas que tenga.

—¿No tienes nada mejor en la bolsa?

—Jabón de mi época, que pienso utilizar. Búscamelo, ¿quieres? Y luego... Qué bárbaro, esto no tendría que estar haciéndolo yo. ¿Por qué no la habéis llevado al médico?

Negó con la cabeza.

—El juez quería venderla al sur. Por despecho, supongo. He tenido que pagar por ella el doble de lo que vale. Todo el dinero que tenía. Y mi padre no paga a un médico para que componga a un negro, eso el médico lo sabe de sobra.

—¿Quieres decir que tu padre deja morir a personas a las que se podría curar?

—O se mueren o se curan. Tía Mary... ¿Sabes quién es? La que cuida a los niños.

—Sí.

La tía Mary no cuidaba de los niños. Vieja y tullida, se pasaba el día sentada a la sombra con una vara en la mano y los amenazaba con una muerte horrenda si se portaban mal delante de ella. Y si no, los ignoraba y se pasaba el rato cosiendo y murmurando para sí, senil y satisfecha. Y los niños se cuidaban unos a otros.

—La tía Mary sabe algo de curas —dijo Rufus—. Conoce muchas hierbas. Pero creo que tú sabes más.

Me volví hacia él y le miré sin creer lo que oía. A veces aquella pobre mujer no sabía ni su nombre. Me encogí de hombros.

—Ve a buscarme un poco de salmuera.

—Pero... eso es lo que les da mi padre a los esclavos de la plantación —dijo—. A veces les duele más que los azotes.

—No le dolerá tanto como la infección que podría formarse si no se lo pongo.

Hizo una mueca y se acercó, con gesto protector, a la chica.

—¿Quién te curó a ti la espalda?

—Yo misma. No había nadie conmigo.

—¿Qué hiciste?

—Me lavé con mucha agua y jabón, y me puse un medicamento. Aquí tendré que usar salmuera. Ese será el medicamento. Y servirá igual de bien.

Rogué al cielo que sirviera igual de bien. Si al menos hubiera sabido qué estaba haciendo... Puede que las hierbas de la vieja Mary no fuesen tan mala idea..., si tenía la suerte de pillarla en un momento de lucidez. Pero no. No dudaba que yo lo ignoraba todo, pero me fiaba más de mí misma que de ella. Aunque no pudiera hacerlo mejor que ella, seguro que tenía menos probabilidades de hacerlo mal.

—Déjame ver tu espalda —dijo Rufus.

Dudé y me tragué unas palabras de indignación. Él había hablado de su amor por la muchacha. Un amor destructivo, pero amor al fin. Tenía que asegurarse de que era inevitable herirla más y a mí se me ocurrieron un par de cosas. Me di la vuelta y me levanté un poco la camisa. Los cortes habían sanado del todo o casi del todo.

No habló ni me tocó. Al cabo de un momento, me volví a colocar la camisa.

—Pero no tenías esas cicatrices tan grandes que tienen algunos de los esclavos. Tan abultadas... —observó.
—Queloides. No, a Dios gracias. Eso no. Pero lo que tengo ya es bastante malo.
—No tanto como lo que tendrá ella.
—Ve a por la sal, Rufe.
Asintió y se fue.

8

Hice cuanto pude por Alice: traté de que no sufriera, y limpié y vendé las peores heridas; los mordiscos de los perros.

—Parece que se la han dado a los perros para que se la coman —dijo Rufus indignado.

Tenía que sujetarla mientras yo la limpiaba, prestando especial atención a los mordiscos. Ella se resistía, sollozaba y llamaba a Isaac. Llegué a sentirme mal al ver que le estaba haciendo más daño. Tragué saliva, apreté los dientes para frenar la náusea... Cuando me dirigí a Rufus lo hice más para calmarme yo que para pedirle información.

—Rufe, ¿qué han hecho con Isaac? ¿Le han vuelto a llevar donde el juez?

—Le han vendido a un negrero. Un tipo que iba a llevar esclavos por tierra a Misisipi.

—Ay, Dios.

—Si yo hubiera dicho algo, estaría muerto.

Meneé la cabeza. Encontré más mordiscos. Quería a Kevin. Quería desesperadamente irme a casa y escapar de todo esto.

—¿Pudiste echar mi carta, Rufe?

—*Sip.*

Bien. Ahora, si Kevin viniera pronto...

Terminé de curar a Alice y le di unas pastillas; no aspirinas, sino somníferos. Tenía que descansar después de tantos días corriendo. Después de los perros y los latigazos. Después de lo de Isaac.

Rufus la dejó en su cama. Se tumbó a su lado.

—Rufe, ¡por el amor de Dios!

Me miró a mí, luego a ella.

—No digas ninguna tontería. No voy a dejarla en el suelo.

—Pero...

—Y no voy a molestarla mientras esté así.

—Bien —dije aliviada, creyéndole—. No se te ocurra tocarla, si es que puedes evitarlo.

—Muy bien.

Limpié todo lo que había ensuciado y los dejé. Al final me fui a dormir a mi jergón del ático y me tumbé, agotada.

Pero no conseguía dormir, a pesar de estar tan cansada. Pensaba en Alice, luego en Rufus y me di cuenta de que Rufus había hecho exactamente lo que yo había dicho que haría: tomar posesión de una mujer sin importarle su marido. Ahora, de alguna manera, Alice tendría que aceptar no solo la pérdida de su marido, sino su propia esclavitud. Rufus le había causado problemas y ahora la tenía de recompensa. No tenía sentido. Poco importaba lo bien que la tratase ahora que ya la había destruido. No tenía sentido.

Estuve echada dando vueltas, retorciéndome, manteniendo los ojos cerrados e intentando, primero, pensar, luego no pensar. Tuve la tentación de dilapidar otros dos somníferos para procurarme algo de alivio.

Entonces llegó Sarah. Podía distinguir vagamente su silueta a la luz de la luna que entraba por la ventana. Susurré su nombre, intentando no despertar a nadie.

Pasó por encima de los dos niños que dormían a mi lado y vino hasta mi rincón.

—¿Cómo está Alice? —preguntó en voz baja.

—No lo sé, pero seguramente estará bien. Su cuerpo al menos, sin duda.

Sarah se sentó en el borde de mi jergón.

—Quería ir a verla —dijo—. Pero entonces tendría que ver también al señorito Rufe y no quiero verle en un tiempo.

—Claro.

—Le cortaron las orejas.

Di un respingo.

—¿A Isaac?

—*Sip*. Las dos. Se resistió. Es un chico fuerte, aunque a veces no parece que tenga mucha sesera. El hijo del juez le pegó y él le devolvió los golpes. Y dijo cosas que no tenía que haber dicho.

—Me ha dicho Rufus que lo habían vendido a un negrero de Misisipi.

—Eso, sí. Cuando acabaron con él. Nigel me lo contó: cómo le cortaron, le pegaron... Tendrá que curarse un poco antes de ir a Misisipi o *a'nde* sea.

—Ay, Dios mío. Y todo porque este mamarracho bebió más de la cuenta y decidió violar a una mujer.

Me mandó callar con un siseo violento y repentino.

—Tienes que tener cuidado con lo que dices. ¿No sabes que en esta casa hay a quien le encanta ir por ahí contando chismes?

Suspiré.

—Sí.

—Tú no serás una esclava, pero eres negra y al señorito Rufe puede darle un pronto y ponerte las cosas muy difíciles.

—Lo sé, es cierto.

Debió asustar mucho a Sarah que vendieran a Luke. Él era, normalmente, quien la mandaba callar a ella.

—¿El señorito Rufe tiene a Alice en su habitación?

—Sí.

—Quiera el Señor que la deje en paz. Al menos esta noche.

—Creo que la dejará tranquila. Demonios... Creo que será bueno y paciente con ella, ahora que la ha conseguido.

—¡Ah! —dijo disgustada—. ¿Y tú qué vas a hacer ahora?

—¿Yo? Intentar mantener a la muchacha limpia y tranquila hasta que se cure.

—No me refiero a eso.

Hice una mueca de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Ella entra, tú sales.

La miré fijamente y traté de descifrar su expresión. No pude, pero me pareció que hablaba en serio.

—No es lo que piensas, Sarah. Él solo la quiere a ella, por lo que parece. Y yo..., yo estoy bien con mi marido.

Se produjo un silencio largo.

—¿Tu marido... es el señor Kevin ese?

—Sí.

—Dijo Nigel que estabais casados, pero yo no me lo creí.

—No dijimos nada porque aquí es ilegal.

—¡Ilegal! —Otro chasquido de disgusto—. Y seguramente lo que ha hecho el señorito Rufe a esa muchacha es legal.

Me encogí de hombros.

—Ese marido tuyo... se metió en líos más de una vez por no saber distinguir entre un negro y un blanco. Ahora ya entiendo por qué.

—Yo no soy el porqué —gruñí—. Cuando yo me casé con él eran así las cosas. Si no, no lo habría hecho. Rufus le acaba de mandar una carta para decirle que venga a buscarme.

Se mostró desconfiada.

—¿Estás segura de que la ha enviado?

—Eso me ha dicho.

—Pregúntale a Nigel. —Bajó la voz y añadió—: El señorito Rufe dice muchas veces lo que uno quiere oír y no lo que es verdad.

—Pero... no hay razón para que me mienta.

—No he dicho que haya mentado. He dicho *na* más que preguntes a Nigel.

—De acuerdo.

Se quedó callada un momento y luego preguntó:

—Dana, ¿crees que volverá a buscarte tu... marido?

—Sé que vendrá.

Vendría. Seguro que vendría.

—¿Te ha pegado alguna vez?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Mi hombre sí me pegaba. Primero decía que yo era lo único que le importaba y, justo después, decía que yo había mirado a otro y empezaba a zurrarme.

—¿El padre de Carrie?

—No..., el padre de mi hijo mayor. El padre de la señorita Hannah. Siempre me dijo que me liberaría en su testamento, pero no lo hizo. Otra mentira más. —Se puso en pie y le crujieron las articulaciones—. Voy a descansar un poco.

Empezó a alejarse y dijo:

—No lo olvides, Dana: pregunta a Nigel.

—Sí.

9

Pregunté a Nigel al día siguiente, pero no lo sabía. Rufus le mandó a hacer un recado y cuando volvió a verle fue ya en la cárcel, donde Rufus acababa de comprar a Alice.

—Y ella estaba de pie —me dijo, recordando—. No sé ni cómo. Cuando el señorito Rufe dijo que nos íbamos la cogió del brazo y ella se cayó. Todos se rieron. Había pagado por ella más de la cuenta, cuando estaba claro que estaba más muerta que viva. Debieron pensar que no tenía mucha sesera.

—Nigel, ¿tienes idea de cuánto tarda una carta en llegar a Boston? —pregunté.

Levantó la mirada de la plata que estaba limpiando.

—¿Cómo voy a saberlo? —Comenzó a frotar de nuevo y añadió en voz muy baja —: Si quieres saberlo..., vete tú tras ella.

Decía ese tipo de cosas alguna vez, cuando Weylin se lo ponía difícil o cuando Edwards, el capataz, empezaba a mangonearle. En esta ocasión pensé que habría sido Edwards. Él salía de la cocina justo cuando yo entraba. Si no me llego a apartar de su camino de un salto, me habría derribado. Nigel era un criado doméstico y Edwards no tenía por qué meterse con él, pero lo hacía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Ese viejo cabrón me la tiene jurada. Me quiere llevar a la plantación. Dice que me doy muchos aires...

Pensé en Luke y me eché a temblar.

—Tal vez deberías mantenerte un tiempo alejado de él.

—Carrie.

—Sí.

—Una vez intenté fugarme. Seguí la estrella. De no ser por el señorito Rufe, me habrían vendido al sur cuando me cogieron. —Meneó la cabeza—. Y seguramente ahora estaría muerto.

Me fui de allí: no quería oír hablar de huir y ser capturado. Estaba lloviendo a cántaros, pero antes de entrar en el edificio principal vi que los esclavos seguían en el campo escardando maíz.

Rufus estaba en la biblioteca, revisando unos papeles con su padre. Me puse a barrer el vestíbulo para dar tiempo hasta que el padre saliera y luego entré a ver a Rufus.

Antes de que yo abriera la boca, me preguntó:

—¿Has subido a ver a Alice?

—Subiré en un momento. Rufe, ¿cuánto tarda una carta en llegar desde aquí a Boston?

Levantó una ceja.

—Un día me vas a llamar Rufe y te vas a encontrar con que tienes a mi padre detrás.

Miré a mi espalda, muerta de aprensión. Rufus se rio.

—Hoy no —dijo—. Pero... un día te va a pasar y como no te des cuenta...

—Diablos —musité—. ¿Cuánto tiempo?

Volvió a reírse.

—No lo sé, Dana. Unos días, una semana, dos semanas, tres... —Se encogió de hombros.

—Sus cartas estaban fechadas —dije—. ¿Recuerdas cuándo recibiste la de Boston?

Se quedó pensativo y acabó negando con la cabeza.

—No, Dana, no me fijé. Ve a ver a Alice.

Fui, enfadada pero sin decir nada. Pensé que, si quisiera, podría darme un plazo aproximado. Pero no importaba. Kevin recibiría la carta y vendría a buscarme. No tenía motivos para dudar que Rufus la hubiera mandado. Y él no quería perder mi buena fe ni yo tampoco la suya. Esto era una minucia.

Alice se convirtió en parte de mi trabajo. Una parte importante. Rufus mandó a Nigel y a un joven esclavo de la plantación que llevaran otra cama a su dormitorio. Era una cama pequeña y baja que podía meterse debajo de la de Rufus. Tuvimos que sacar a Alice de la cama de Rufus por la comodidad de él, pero también por la de la muchacha, que durante un tiempo se convirtió de nuevo en una niña pequeña, incontinente y sin consciencia de lo que la rodeaba, que solo advertía nuestra presencia si le hacíamos daño o le dábamos de comer. Porque había que darle de comer a cucharadas.

Una vez vino Weylin a verla cuando yo le estaba dando de comer.

—¡Maldita sea! —dijo a Rufus—. Lo más caritativo que podrías hacer por ella es pegarle un tiro.

Creo que la mirada que le lanzó Rufus le asustó un poco. Se marchó sin decir nada más.

Le cambié los vendajes, siempre buscando alguna señal de infección y siempre esperando no encontrarla. Me preguntaba cuál sería el período de incubación del tétano o de la rabia. Luego intenté obligarme a olvidarlo. El cuerpo de la muchacha parecía encontrarse en vías de curación: a paso lento, pero sin problemas. Me estaba volviendo supersticiosa: no debía ni pensar en aquellas enfermedades que seguramente podían matarla. Bastante tenía con mantenerla limpia y encargarme de que todas las heridas sanaran. Pasó un tiempo llamándome mamá.

—Me duele, mamá.

Pero a Rufus, sin embargo, sí le conocía. Al señorito Rufus. Su amigo. Él me dijo que se subía a su cama por las noches.

En cierto modo, aquello estaba muy bien. Había vuelto a usar el orinal. Pero por otra parte...

—No me mires así —dijo Rufus cuando me lo contó—. No me atrevería a tocarla. Sería como hacer daño a un recién nacido.

Después sería como hacer daño a una mujer y me dio la impresión de que eso no le importaría tanto.

A medida que Alice mejoraba, se fue volviendo más reservada con él. Seguían siendo amigos, pero ella dormía en la cama pequeña toda la noche. Y yo dejé de ser su madre.

Una mañana, cuando fui a llevarle el desayuno, me miró y me preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy Dana —respondí—. ¿No me recuerdas?

Yo siempre respondía a sus preguntas.

—No.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco varada... y dolorida. —Se llevó la mano al muslo, al lugar donde algún perro le había quitado, literalmente, un bocado—. Me duele la pierna.

Miré la herida. Le quedaría una cicatriz grande y fea para el resto de su vida, pero la herida parecía estar cicatrizando bien y no presentaba más hinchazón de la normal ni se había oscurecido. Era como si hubiera sido consciente de ese dolor concreto de la misma manera que lo había sido de mi presencia.

—¿Qué sitio es este? —preguntó.

Y de la misma manera que, de pronto, era consciente de muchas más cosas.

—Es la casa de Weylin —le dije—. La habitación del señorito Rufus.

—Ah.

Parecía relajada, satisfecha, sin asomo de curiosidad. Y yo no la azucé, había decidido no hacerlo. Pensé que volvería a la realidad cuando tuviera la fortaleza

necesaria para enfrentarse a ella. Tom Weylin, en su silencio a gritos, pensaba sin duda que no tenía solución. Rufus nunca dijo lo que pensaba, pero, igual que yo, tampoco la azuzó.

—Creo que no quiero que recuerde —me dijo una vez—. Podría ser como era antes de Isaac. Y entonces, tal vez...

Se encogió de hombros.

—Lo va recordando todo de día en día —dije—. Y hace muchas preguntas.

—No se las respondas.

—Si no lo hago yo, lo hará otro. No tardará en poder levantarse y andar por ahí.

Rufus tragó saliva.

—Durante estos días... todo ha sido tan bueno...

—¿Bueno?

—¡No me ha odiado!

10

Alice siguió sanando y riendo. Bajó por primera vez conmigo a la cocina el día que Carrie tuvo el bebé.

Alice llevaba con nosotros tres semanas. Podía tener en aquel momento la edad mental de una niña de doce o trece años. Aquella mañana le había dicho a Rufus que quería dormir conmigo en el ático y, para mi sorpresa, él estuvo de acuerdo. No quería, pero lo aceptó. Yo pensé, y no era la primera vez, que, si Alice podía arreglárselas para no odiarle, había pocas cosas que no pudiera pedirle. Era solo una hipótesis.

Lentamente, con cuidado, bajó las escaleras detrás de mí. Estaba débil, más flaca que nunca y parecía una niña. Llevaba un vestido viejo de Margaret Weylin. El aburrimiento le había hecho salir de la cama.

—A ver si mejoro —musitó al detenerse en un escalón—. Odio estar así.

—Estás mejorando —dije yo.

Yo iba unos pasos por delante, cuidando de que no se cayera. Cuando empezamos a bajar las escaleras la había cogido del brazo, pero intentó soltarse.

—Puedo sola.

Y yo la solté.

Llegamos a la cocina al tiempo que Nigel, pero él iba con más prisa. Nos apartamos para dejarle pasar delante.

—¡Uh! —dijo Alice cuando pasó—. ¡Perdone *usté*!

—¡Tía Sarah! —gritó—. Tía Sarah, ¡Carrie está con los dolores!

La vieja Mary había sido la comadrona de la plantación antes de que la vejez se apoderase de ella. Ahora los Weylin podían esperar, si querían, que se hiciera cargo de curar a los esclavos, pero los esclavos sabían más que ella y se ayudaban unos a otros lo mejor que podían. Yo nunca había visto, hasta ese momento, que alguien contara con Sarah para asistir a una parturienta, pero era lo más natural. Soltó un perol de gachas y salió tras Nigel.

—¿Puedo ayudar? —pregunté.

Me miró como si acabara de advertir mi presencia.

—Encárgate de la cena —dijo—. Iba a ir a buscar a alguien que terminara de cocinar, pero tú puedes, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno.

Salieron Nigel y ella. Nigel tenía una cabaña un poco apartada del poblado, no muy lejos de la cocina. Una cabaña muy coqueta con el piso de madera y una chimenea de ladrillo que había construido él mismo para vivir con Carrie. Me la había enseñado una vez.

—Ya no tendré que dormir en un jergón en el ático —dijo.

Había construido también la cama y dos sillas. Rufus le había dejado trabajar a jornal para otros blancos de la zona y así logró juntar el dinero necesario para comprar lo que no podía hacer. Para Rufus había sido una buena inversión: no solo se había quedado con parte de su jornal, sino que también se aseguraba de que Nigel, su única propiedad de cierto valor, no volviera a huir en un tiempo.

—¿Puedo ir a mirar? —me preguntó Alice.

—No —dije reticente.

Yo también quería ir, pero Sarah no nos necesitaba a ninguna de las dos, que no haríamos más que estorbar.

—Nada de eso, tú y yo tenemos tarea aquí. ¿Sabes pelar patatas?

—Claro.

La senté a la mesa y le di un cuchillo y unas patatas para que las pelara. La escena me recordaba la primera vez que fui a la cocina, cuando me sentaron a pelar patatas y así estuve hasta que Kevin vino a buscarme. A lo mejor Kevin ya había recibido mi carta. Casi seguro que sí. Podía, incluso, estar ya de camino.

Sacudí la cabeza y comencé a cortar un pollo. No tenía sentido atormentarme.

—Mamá siempre me hacía cocinar dijo Alice, frunciendo el ceño como si intentara acordarse. Decía que tendría que aprender para hacerle la comida a mi marido.

Volvió a fruncir el ceño y casi me corto por no dejar de mirarla. ¿De qué se estaba acordando?

—¿Dana?

—¿Sí?

—¿Tú no tienes marido? Recuerdo una vez... Tú tenías marido...

—Lo tengo. Está en el norte.

—¿Es libre?

—Sí.

—Es mejor casarse con un hombre libre. Mamá decía que eso era lo que tenía que hacer.

«Tu madre tenía razón», pensé yo. Pero no dije nada.

—Mi padre era esclavo, le vendieron y le separaron de ella. Me dijo que casarse con un esclavo es casi peor que ser esclavo. —Me miró—. ¿Cómo es ser esclavo?

Conseguí no mostrar sorpresa. No se me había ocurrido pensar que ella no se daba cuenta de que era esclava. Me pregunté cómo se explicaba ella su propia presencia en aquel lugar.

—¿Dana?

La miré.

—Te he preguntado que cómo es ser esclavo.

—No lo sé. —Respiré hondo—. ¿Cómo estará Carrie con esos dolores y sin poder gritar?

—¿Cómo no vas a saberlo, si tú eres esclava?

—Hace mucho que no soy esclava.

—¿Eras libre?

—Sí.

—¿Y has dejado que te esclavicen? Deberías escaparte.

Miré hacia la puerta.

—Ten mucho cuidado con lo que dices. Podrías meterte en un lío.

Me sentí como Sarah, previniendo a la gente.

—Pero es la verdad.

—A veces es mejor guardarse la verdad para uno.

Me miró preocupada.

—¿Qué te va a pasar?

—No te preocupes por mí, Alice. Mi marido vendrá a buscarme.

Fui hacia la puerta y miré en dirección a la cabaña de Carrie. No es que esperase ver nada, solo quería distraer a Alice. Se estaba acercando mucho, estaba «creciendo» muy deprisa. Su vida cambiaría mucho, y para mal, cuando lo recordara todo. Tendría nuevas heridas y algunas de ellas se las haría Rufus. Y yo tendría que limitarme a mirar, sin poder hacer nada.

—Mamá decía que prefería estar muerta antes que ser esclava —dijo.

—Siempre es mejor estar vivo —dije yo—. Al menos, mientras exista la posibilidad de ser libre.

Pensé en los somníferos que tenía en la bolsa y pensé en lo hipócrita que era. Qué sencillo resultaba aconsejar a otro que viviera con su dolor.

De pronto lanzó la patata que acababa de pelar a la lumbre.

Yo di un respingo y la miré:

—¿Por qué haces eso?

—Hay cosas que no me estás contando.

Suspiré.

—Yo también estoy aquí. También llevo aquí mucho tiempo —dijo, entornando los ojos—. ¿También soy una esclava?

No respondí.

—¿He preguntado que si soy una esclava!

—Sí.

Se había levantado del banco a medias, con la mitad de su cuerpo pidiéndome una respuesta. Y ahora que la tenía, se dejó caer de nuevo, con la cabeza y los hombros inclinados hacia delante y los brazos cruzados sobre el estómago, abrazándose.

—Pero se supone que yo no soy esclava. Yo era libre. Nacida libre.

—Sí.

—Dana, dime lo que no consigo recordar. ¡Dímelo!

—Te vendrá en algún momento.

—¡No! ¡Dime...!

—¡Chisst! ¡Cállate!, ¿quieres?

Se echó hacia atrás, sorprendida. Le había gritado. Probablemente pensó que yo estaba enfadada. Lo estaba. Pero no con ella. Quería apartarla del borde de un acantilado. Pero era demasiado tarde, tendría que caerse.

—Te diré lo que quieras saber —dije con tono de abatimiento—. Pero créeme: no quieres saberlo, no te gustaría saber tanto como tú piensas.

—¡Claro que sí!

Suspiré.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

Abrió la boca, frunció el ceño y la volvió a cerrar. Al final dijo:

—Hay tantas cosas que... Quiero saberlo todo, pero no sé por dónde empezar. ¿Por qué soy una esclava?

—Por que cometiste un delito.

—¿Un delito? ¿Qué hice?

—Ayudaste a escapar a un esclavo. —Hice una pausa—. ¿Te das cuenta de que, en todo el tiempo que llevas aquí, nunca me has preguntado cómo te hiciste todas esas heridas?

Esto pareció despertar algo en ella. Se sentó, inexpresiva, y se quedó inmóvil durante unos segundos. Luego hizo una mueca y se levantó de nuevo. Yo la miraba atentamente. Si iba a ponerse histérica, prefería que fuese allí, donde no la vieran los Weylin. Había demasiadas cosas que podía decir y que a Tom Weylin, en particular, no le gustarían.

—Me golpearon —susurró—. Lo recuerdo. Los perros, la soga... Me ataron a un caballo y yo tenía que correr, pero no podía. Entonces me golpearon, pero..., pero...

Me acerqué a ella, me detuve ante ella, pero ella parecía mirar a través de mí. Tenía la misma mirada de dolor y confusión que cuando la había traído Rufus.

—¿Alice?

No parecía oírme.

—¿Isaac? —susurró.

Más que un susurro era un movimiento silente de los labios. Y después una explosión de sonido. Salió corriendo de un salto hacia la puerta. Le dejé subir unos tres escalones antes de agarrarla.

—¡Isaac! ¡Déjame ir! ¡Suéltame! ¡Isaac!

—Alice, para. Te voy a hacer daño.

Forcejeó con todas las fuerzas de que era capaz.

—¡Le cortaron...! ¡Le cortaron las orejas!

Yo había mantenido la esperanza de que no lo hubiera visto.

—¡Alice!

La sujeté por los hombros y la sacudí.

—Tengo que irme —gimió—. Tengo que encontrar a Isaac.

—Quizá... cuando puedas dar más de diez pasos sin fatigarte.

Dejó de forcejear y me miró a través de las lágrimas.

—¿A dónde le enviaron?

—A Misisipi.

—¡Ay, Jesús!

Se derrumbó contra mí, llorando. Se habría caído al suelo si yo no la hubiera sujetado y llevado medio a la rastra de vuelta al banco. Se quedó sentada, desmadejada, donde yo la había dejado y siguió llorando, rezando, maldiciendo. Yo me senté junto a ella un momento, pero no se cansaba. O, al menos, no cesaba. Tenía que terminar de preparar la cena. Me preocupaba que, si no lo hacía, Weylin se enfadara y Sarah tuviera problemas. Ya teníamos bastantes problemas en aquella casa con Alice recordándolo todo. A fin de cuentas, mi tarea era evitar los problemas — primero el de Rufus y ahora el de Alice— lo mejor que pudiera.

Terminé de preparar la cena como pude, aunque mi cabeza estaba en otro sitio. Estaba la sopa, que Sarah había dejado cociendo a fuego lento; había dejado también pescado —que había que freír— y un jamón duro como una piedra que había ablandado con agua y después lo había cocido. También tenía que freír pollo y preparar gachas de maíz y un poco de salsa para la carne. Y terminar de pelar las patatas que Alice había olvidado, hornear el pan en un horno que había junto a la chimenea, preparar verduras y ensalada, un postre de melocotón muy azucarado (Weylin cultivaba melocotones), un pastel que Sarah, gracias a Dios, ya había hecho, café y té. Habría mucha gente para dar cuenta de todo aquello. La había normalmente. Y todos ellos comerían más de lo que debían. No era de extrañar que los principales medicamentos de aquella época fueran los laxantes.

Conseguí preparar todo casi a tiempo y luego tuve que ir a buscar a los dos niños que se encargaban de llevar todo aquello de la cocina a la mesa y servirlo. Cuando los encontré, se pasaron un rato contemplando a Alice, ahora callada, y luego protestaron porque les hice lavarse. Al final fue mi amiga Tess, la lavandera, que también trabajaba en la casa, quien llegó corriendo y dijo:

—Dice el amo Tom que cuándo sirven la mesa.

—¿Está puesta?

—¡Claro que está puesta! Aunque no hayas dicho nada.

Uf.

—Lo siento, Tess. Toma, échame una mano con esto.

Le di un plato de sopa, cubierto.

—Carrie se ha puesto de parto y Sarah ha ido a ayudarla. Lleva eso, ¿quieres?

—¿Y vuelvo a por lo demás?

—Sí, por favor.

Salió a toda prisa. Yo la había ayudado con la colada en varias ocasiones. Había hecho cuanto había podido, porque resultó que Weylin se la había empezado a llevar a la cama y le había hecho daño. Según parece, la muchacha estaba pagando sus pecados.

Fui hasta el pozo y llamé a los niños, que estaban empezando una guerra de agua.

—Si no vais los dos ahora mismo a la casa con esos platos...

—Hablas igual que Sarah.

—No, no hablo como Sarah. Sabéis de sobra lo que diría ella. Y sabéis lo que haría también. Y ahora... ¡marchando! O cogeré una vara y entonces sí que seré como ella.

La cena se sirvió a tiempo. No sé cómo. Y todo estaba comestible. Seguramente habría habido más cantidad si hubiera cocinado Sarah, pero no habría sabido mejor. Sarah se las había arreglado para vencer mi inseguridad, mi ignorancia respecto a preparar la comida en una chimenea abierta, y me había enseñado mucho.

A medida que transcurría la cena y comenzaban a llegar las sobras, empecé a hacer intentos de que Alice comiera algo. Con las sobras preparé un plato, pero ella lo apartó y me dio la espalda.

Llevaba horas allí sentada mirando al vacío o con la cabeza apoyada en la mesa. Hasta que, por fin, habló.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con amargura—. Podías haberme dicho algo. Haberme sacado de su habitación, de su cama. Señor, ¡su cama! Si hasta pudo ser él mismo el que cortara las orejas a mi Isaac con sus propias manos.

—Él no contó a nadie que Isaac le había pegado.

—¡Una mierda!

—Es verdad. Y no lo hizo porque no quería que te hicieran daño a ti. Lo sé porque estuve con él hasta que pudo volver a ponerse de pie. Yo fui quien le cuidó.

—Si hubieras tenido algo de sesera, le habrías dejado morir.

—Si lo hubiera hecho, no habría evitado que os cogieran a ti y a Isaac. Y si alguien se llega a imaginar lo que hizo Isaac, os habrían matado a los dos.

—La doctora de los negros —dijo con desprecio—. Te crees que lo sabes todo. La negra lectora. ¡La negra blanca! Con tanto como sabes, ¿por qué no me dejaste morir?

No dije nada. Cada vez estaba más enfadada, cada vez me gritaba más. Yo me aparté de ella llena de tristeza, me dije que era mejor para ella y menos peligroso sacar su ira conmigo que con cualquier otra persona.

Y además de sus gritos, en ese momento empecé a oír el llanto tenue de un bebé.

||

Carrie y Nigel llamaron a su hijo, menudo, arrugado y oscuro. Nigel anduvo por ahí fanfarroneando y barboteando felizmente hasta que Weylin le dijo que se callara y volviera al tajo. Estaba construyendo un pasadizo cubierto que unía la casa con la cocina. Pero pocos días después del nacimiento del niño, Weylin le mandó ir a la biblioteca y le dio un vestido nuevo para Carrie, una manta nueva y un traje completo, también nuevo, para él.

—¿Ves? —me dijo luego con cierta amargura—. Gracias a Carrie y a mí, ahora es más rico..., porque tiene un negro más.

Pero delante de los Weylin se mostró cortés y agradecido.

—Gracias, señor Tom. Sí, señor. Le estoy muy agradecido. Muy buenas ropas, sí, señor...

Y salió corriendo de nuevo al pasadizo cubierto.

Mientras, en la biblioteca, le oí que decía a Rufus:

—Tú eres quien tenía que haberle regalado algo, en lugar de gastarte todo el dinero en esa muchacha sin solución.

—Está bien —dijo Rufus—. Dana la ha curado. ¿Por qué dices que no tiene solución?

—Porque vas a tener que matarla a latigazos para conseguir de ella lo que quieres. Silencio.

—Dana debería ser suficiente para ti. Dana tiene sesera. —Hizo una pausa—. Demasiada, mejor sería que no tuviera tanta, según mi parecer. Pero al menos no te dará problemas. Ese Franklin ya le habrá enseñado unas cuantas cosas.

Rufus se apartó de él sin responder. Yo tuve que apartarme de la puerta de la biblioteca, detrás de la cual estaba escuchando, tan pronto como le oí acercarse. Me colé en el comedor y salí en cuanto le oí pasar por delante.

—Rufe.

Me dijo con la mirada que no quería que le molestaran, pero de todos modos se detuvo.

—Quiero escribir otra carta.

Me hizo una mueca de disgusto.

—Tienes que tener paciencia, Dana. No ha pasado tanto tiempo.

—Ha pasado más de un mes.

—Bueno..., no lo sé. Igual Kevin ya se ha ido de allí, puede haber hecho cualquier cosa. Creo que deberías darle un poco más de tiempo para responder.

—¿Responder qué? —dijo Weylin.

Había hecho lo que Rufus había augurado: llegar por detrás tan callado que no le habíamos oído.

Rufus le miró con expresión de desagrado.

—Una carta a Kevin Franklin diciendo que está aquí.

—¿Ella ha escrito una carta?

—Se lo dije yo. ¿Por qué iba a escribirla yo, si ella sabe?

—Muchacho, tú no tienes dos dedos de frente... —Se calló de repente—. Dana, vuelve a tu tarea.

Me marché sin averiguar si, según él, Rufus había demostrado aquella ausencia de sesera por dejarme escribir la carta en lugar de escribirla él o por haberla enviado en mi nombre. A fin de cuentas, si Kevin nunca volvía a buscarme, la propiedad de Weylin aumentaría con una esclava más. Y aunque al final resultara que yo no era muy útil, siempre podía venderme.

Me eché a temblar. Tenía que convencer a Rufus de que me dejara escribir otra carta. La primera podría haberse perdido o haber sido destruida, o podía haber llegado a otro lugar. Cosas como esa sucedían aún en 1976, así que cuánto peor sería en aquella época de caballos y carros... Seguramente Kevin se rendiría definitivamente si yo volvía a irme a casa sin él y le dejaba allí durante no sé cuántos años más. Eso si no se había rendido ya.

Intenté apartar esto de mi mente, pero la idea volvía de vez en cuando a pesar de que todo lo que me decía aquella gente parecía indicar que él seguía esperando. Todavía.

Fui a la lavandería a ayudar a Tess. Había llegado a un punto en el que casi me alegraba tener algún trabajo duro que hacer, porque me impedía pensar. Los blancos pensaban que yo era industriosa y la mayoría de los negros que era demasiado estúpida o estaba demasiado interesada en complacer a los blancos. Yo pensaba solo que así mantenía alejados, de la mejor manera posible, los miedos y dudas que me asaltaban, y me las arreglaba para mantenerme relativamente cuerda.

Al día siguiente encontré a Rufus de nuevo solo, esta vez en su habitación, pero no era probable que nadie nos interrumpiera. Sin embargo, no quería saber nada de la carta cuando saqué el tema. Solo pensaba en Alice; ella estaba más fuerte y él había perdido la paciencia. Yo había pensado que, al final, volvería a violarla otra vez y

otra. Y lo cierto es que me sorprendió que no lo hubiera hecho ya. No me di cuenta de que estaba intentando implicarme en la violación, pero así fue.

—Habla con ella, Dana —dijo en cuanto hubo zanjado el tema de mi carta—. Tú eres mayor que ella. Está convencida de que tú lo sabes todo. ¡Habla con ella!

Estaba sentado en la cama mirando fijamente la chimenea apagada. Yo estaba sentada en su escritorio mirando el bolígrafo de plástico transparente que le había prestado. Ya había gastado la mitad de la tinta.

—¿Qué demonios has estado escribiendo? —pregunté.

—Dana, ¡escúchame!

Me volví a mirarle.

—Te he oído.

—¿Y bien?

—No puedo impedirte que violes a una mujer, Rufe, pero desde luego no voy a ayudarte a hacerlo.

—¿Quieres que sufra?

—Por supuesto que no. ¿Qué significa eso? ¿Que ya has decidido hacerla sufrir? No respondió.

—Deja que se marche, Rufe. ¿Es que no ha padecido ya bastante por tu culpa? Pero no lo haría. Yo sabía que no lo haría.

Sus ojos verdes brillaron.

—Nunca volverá a escapar de mí. ¡Nunca! —Respiró hondo, exhaló lentamente—. ¿Sabes que mi padre quiere que la mande a trabajar a la plantación y que me quede contigo?

—Ah, ¿sí?

—Se cree que lo único que quiero es una mujer. Cualquier mujer. Así que... tú misma. Dice que es menos probable que tú me des problemas y no ella.

—¿Y tú le crees?

Dudó, consiguió esbozar una sonrisa.

—No.

Asentí.

—Bien.

—Yo te conozco, Dana. Sé que quieres a Kevin como yo quiero a Alice. Y tú has tenido más suerte que yo, porque, pase lo que pase ahora, durante un tiempo él también te quiso. Quizá yo no pueda tener ni eso: que los dos nos queramos, que los dos nos amemos. Pero no voy a rendirme sin conseguir lo que puedo tener.

—¿Qué quieres decir con «pase lo que pase ahora»?

—¿Qué te parece a ti que quiero decir? ¡Han pasado cinco años! Quieres escribir otra carta. ¿Has pensado alguna vez que ha podido recibir la primera carta y tirarla? Quizá se ha vuelto como Alice y quiere estar con una como él.

No dije nada. Sabía lo que estaba intentando Rufus: repartir su dolor. Herirme a mí como le habían herido a él. Y, naturalmente, conocía mi punto débil a la

perfección. Yo traté de mantener una expresión neutra, pero él siguió.

—En una ocasión me dijo que llevabais cuatro años casados. Eso significa que ya habéis estado más tiempo separados que juntos. Dudo que hubiera esperado tanto tiempo si tú no fueras la única con la que puede volver a su casa, a su tiempo. Pero ahora... quién sabe. La mujer adecuada podría hacerle este tiempo nuestro muy llevadero...

—Rufe, nada de lo que me digas te va a allanar el camino con Alice.

—¿No? A ver qué te parece esto: tú hablas con ella e intentas insuflarle algo de sentido común o te mando a ver cómo se lo insufla Jake Edwards con el látigo.

Le miré fijamente, asqueada.

—¿A eso lo llamas amor?

Se puso de pie y cruzó la habitación antes de que yo pudiera respirar. Yo me quedé sentada donde estaba, mirándole, sintiendo miedo y recordando de pronto mi cuchillo y la rapidez con la que podría sacarlo. A mí no me iba a pegar. Él no, jamás.

—¡Levántate! —ordenó. No solía darme órdenes y nunca me había hablado en ese tono—. ¡He dicho que te levantes!

No me moví.

—He sido demasiado blando contigo —dijo y su voz sonó de pronto grave y desagradable—. Te he tratado siempre como si fueras mejor que el resto de los negros. Ya veo que no he hecho bien.

—Es posible —dije—. Yo estoy esperando a que me digas qué no he hecho bien.

Durante varios segundos se quedó petrificado, contemplándome desde su altura, mirándome fijamente como si me fuera a pegar. Pero al final se tranquilizó y se apoyó en el escritorio.

—¡Te crees que eres blanca! —musitó—. No sabes cuál es tu sitio, eres como un animal salvaje.

No respondí.

—¡Crees que te pertenezco porque me salvaste la vida!

Y entonces me tranquilicé yo, satisfecha de no tener que segar la vida que había salvado; satisfecha de no tener que arriesgar otras vidas, incluida la mía.

—Si alguna vez me diera cuenta de que te quiero a ti como la quiero a ella, me cortarían el pescuezo —dijo.

Esperaba que nunca surgiera ese problema, de lo contrario uno de los dos tendría que hacer un corte en algún lado.

—Ayúdame, Dana.

—No puedo.

—¡Sí puedes! Tú eres la única que puede. Ve a hablar con ella. Envíamela. La tendré me ayudes o no. Lo único que quiero es arreglarlo de tal forma que no tenga que golpearla. Si no eres capaz de hacer eso por ella, es que no eres su amiga.

¡Su amiga! Dominaba las peores artes, propias de su clase. No, no podía negarme a ayudar a la muchacha: ayudarla a evitar, al menos, parte del sufrimiento. Pero no

creo que ella me tuviera en gran consideración por ayudarla de ese modo. Tampoco yo me sentiría digna de gran consideración.

—¡Ve! —susurró Rufus.

Me levanté y fui a buscarla.

Ella se había vuelto extraña y actuaba de un modo errático, buscando a veces mi amistad, confiándome sus peligrosos deseos de libertad y sus planes alocados para volver a fugarse. Otras veces me odiaba y me culpaba de sus problemas.

Una noche, en el ático, estaba sollozando, contándome algo de Isaac. De pronto se detuvo y me preguntó:

—¿Has sabido algo de tu marido, Dana?

—Todavía nada.

—Escribe otra carta. Aunque tengas que hacerlo en secreto.

—Eso estoy intentando.

—No tiene sentido que tú también pierdas a tu hombre.

Y, sin embargo, un instante después, sin motivo alguno, me atacaba:

—Tendrías que avergonzarte de lloriquear y sollozar detrás de una basura de hombre blanco siendo tú negra. Siempre intentas actuar como los blancos. Eres una negra blanca que se vuelve contra los suyos.

Nunca terminé de habituarme a sus cambios súbitos, a sus ataques, pero logré soportarlos. Yo la había acompañado en todas las fases de su curación y, en cierto modo, no podía abandonarla ahora. La mayor parte de las veces ni siquiera lograba enfadarme. Era como Rufus. Cuando sufría, golpeaba para herir a los demás. Pero a medida que pasaban los días, como nadie le había hecho sufrir, ella también atacaba menos. Su mejoría era emocional, además de física. Y yo había contribuido a ella. Y ahora me tocaba ayudar a Rufus a volver a abrir aquellas heridas.

Estaba en la cabaña de Carrie vigilando a Jude y a otros dos bebés algo mayores que habían dejado a su cargo. Aún no se le habían asignado obligaciones habituales, pero, igual que yo, había encontrado algo que hacer. Le gustaban los niños y le gustaba coser. Cogía un tejido azul muy basto que Weylin compraba para los esclavos y confeccionaba con él ropas recias y apañadas, mientras los pequeños jugaban a su alrededor. Weylin se quejaba de que era como la vieja Mary con los niños y la costura, pero hasta él le llevaba su ropa para que se la arreglara. Trabajaba mejor y más rápido que la esclava que se había hecho cargo de la costura en lugar de la vieja Mary y, si algún enemigo tenía en la plantación, era una mujer, Liza, pues con su aparición corría el peligro de ser enviada a hacer tareas más onerosas.

Entré en la cabaña y me senté con Alice junto a la chimenea apagada. Jude dormía a su lado, en la cuna que Nigel le había hecho. Los otros dos pequeños estaban desnudos sobre una manta en el suelo, jugando tranquilamente con sus pies.

Alice levantó la vista para mirarme y luego me enseñó un vestido largo azul.

—Es para ti —dijo—. Estoy harta de verte con esos pantalones.

Miré mis vaqueros.

—Estoy tan acostumbrada a vestirme así que a veces me olvido. Y al menos con esto no tengo que ir a servir la mesa.

—No es tan malo servir la mesa —dijo ella, que lo había hecho unas cuantas veces—. Y si el señorito Tom no fuese tan agarrado, hace mucho tiempo ya que tú tendrías un vestido. Ese hombre ama al dinero más que a Jesús.

Eso me lo creía al pie de la letra. Weylin tenía tratos con los bancos. Yo lo sabía porque le había oído quejarse. Pero no tenía ni idea de que tuviera trato alguno con iglesias ni de que en su casa se reunieran para rezar. Los esclavos tenían que escabullirse como podían al anochecer y arriesgarse a que les cogieran los patrulleros, si querían asistir a algún tipo de acto religioso.

—Así al menos parecerás una mujer cuando tu marido venga a buscarte —dijo Alice.

Respiré hondo.

—Gracias.

—Sí. Y ahora dime lo que has venido a decirme. Lo que no quieres decirme.

La miré, pasmada.

—¿Crees que no te conozco, después de todo este tiempo? Tienes una mirada que lo dice todo: no querías estar aquí.

—Sí. Me manda Rufus a hablar contigo. —Dudé—. Quiere que vayas esta noche. Su expresión se endureció.

—¿Te manda a ti a decirme eso?

—No.

Esperó sin dejar de mirarme, rogándome en silencio que le dijera algo más.

Yo no dije nada.

—Bueno. Entonces, ¿para qué te manda?

—Para convencerte de que vayas sin protestar y para avisarte de que, si te resistes, esta vez te azotará.

—¡Mierda! Bien, muy bien, ya me lo has dicho. Y ahora sal de aquí antes de que eche este vestido a la chimenea y encienda el fuego.

—Me importa un rábano lo que hagas con ese vestido.

Entonces fue ella la que se quedó pasmada. Yo no solía hablarle en ese tono, ni siquiera cuando lo merecía.

Me arrellané cómodamente en la silla que había construido Nigel.

—Mensaje entregado —dije—. Haz lo que quieras.

—Eso haré.

—También podrías mirar un poco al futuro. Hacia delante y en tres direcciones.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, parece que tienes tres opciones: irte con él, como te ha ordenado. Negarte, que te azoten y que él te tenga por la fuerza. O huir de nuevo.

No dijo nada. Se inclinó sobre la costura y clavó la aguja dando puntadas rápidas, diminutas e impecables, aunque le temblaban las manos. Yo me agaché a jugar con

uno de los bebés, el que se había olvidado de sus propios pies y había venido gateando a inspeccionar mi zapato. Era un varón gordito y curioso de varios meses que intentó tirar de los botones de mi blusa en cuanto le cogí en brazos.

—No tardará en mearte toda —dijo Alice—. Le encanta aflojar cuando alguien le coge en brazos.

Solté al bebé inmediatamente, justo a tiempo, según vi después.

—¿Dana?

La miré.

—¿Qué hago?

Dudé y meneé la cabeza.

—Yo no puedo decírtelo. Es tu cuerpo.

—No es mío. —Su voz se redujo a un susurro—. No es mío, es suyo. Pagó por él, ¿no?

—¿A quién pagó? ¿A ti?

—Sabes que no me pagó a mí. ¿Qué diferencia hay? Esté bien o mal, la ley dice que ahora le pertenezco. No sé por qué no me ha sacado la piel a tiras con el látigo. Con las cosas que le he dicho...

—Tú sabes por qué.

Comenzó a llorar.

—Tendría que llevarme un cuchillo y cortarle el puñetero pescuezo. —Me miró fijamente—. ¡Ve y dile eso! ¡Dile que te he estado hablando de matarle!

—Díselo tú misma.

—¡Haz tu trabajo! ¡Ve a decírselo! Para eso estás. Para ayudar a los blancos a mantener a los negros bajo la suela de su zapato. Por eso te envié. Dentro de unos años te llamará mami. Y llevarás esta casa cuando se muera el viejo.

Me encogí de hombros y me agaché para impedir que el pequeño curioso chupara el cordón de mi zapato.

—Díselo, Dana. Demuéstrale que tú eres el tipo de mujer que necesita y no yo.

No dije nada.

—Un hombre blanco, dos hombres blancos, ¿qué diferencia hay?

—Un hombre negro, dos hombres negros, ¿qué cambia eso?

—Podría tener diez hombres negros sin ir contra mi voluntad.

Volví a encogirme de hombros. Me negaba a pelear con ella. ¿Qué ganaría?

Hizo un gesto mudo y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en tono de abatimiento—. ¿Por qué me dejas que te apabulle así? Has hecho de todo por mí, quizá hasta me has salvado la vida. He visto a gente pillar el tétanos y morir por menos de lo que me ocurrió a mí. ¿Por qué dejas que te hable así?

—¿Por qué lo haces?

Suspiró, se combó formando una c con su cuerpo al acomodarse en la silla.

—Porque me enfado tanto..., me enfado tanto que siento el sabor del enfado en la boca. Y tú eres la única a la que puedo soltárselo..., la única a la que puedo hacer daño sin que me lo haga a mí.

—No sigas haciéndolo —dije—. Yo también tengo sentimientos, igual que tú.

—¿De verdad quieres que vaya con él?

—Yo no puedo decirte qué debes hacer. Tienes que decidirlo tú.

—¿Irías tú?

Miré al suelo.

—Estamos en diferente situación. Lo que yo haría poco importa.

—Pero ¿tú... irías?

—No.

—¿Aunque sea igual que tu marido?

—No lo es.

—Pero... De acuerdo, está bien. ¿Aunque tú..., aunque tú no le odies como le odio yo?

—Aun así.

—Entonces yo tampoco iré.

—¿Y qué harás?

—No lo sé. ¿Huir?

Me levanté para marcharme.

—¿Adonde vas? —preguntó rápidamente.

—A dar largas a Rufus. Si lo hago bien, tal vez consiga que te deje en paz esta noche. Eso te dará un margen.

Dejó caer el vestido al suelo y se levantó de la silla para agarrarme.

—¡No, Dana! No vayas. —Respiró hondo y luego pareció hundirse—. No he dicho la verdad. No puedo huir de nuevo. No puedo, Ahí fuera se pasa hambre y frío, y uno se enferma, se cansa tanto que no puede ni andar. Luego te encuentran y te echan a los perros. Señor, ¡los perros!

Se quedó callada un momento.

—Voy con él. Sabía que iría más tarde o más temprano. Lo que no se imagina es cómo me gustaría tener agallas para matarle.

Y fue. Se suavizó un poco, se convirtió en una persona más calmada y moderada. No le mató, pero ella sí pareció morir un poco.

Kevin no vino a buscarme, tampoco escribió. Al final Rufus me dejó escribir otra carta —en pago por los servicios prestados, supuse— y la llevó al correo. Pasó otro

mes y Kevin no respondía.

—No te preocupes —me dijo Rufus—. Probablemente se habrá vuelto a trasladar. Podríamos recibir una carta suya desde Maine cualquier día de estos.

No dije nada. Rufus se había vuelto dicharachero y alegre, y mostraba abiertamente su afecto por Alice, que consentía en silencio. A veces bebía más de lo debido y una mañana, después de haberse pasado claramente de la raya, Alice bajó con la cara hinchada y llena de cardenales.

Fue la mañana en que yo dejé de preguntarme si debía pedirle que me ayudara a ir al norte en busca de Kevin. No esperaba que me diese dinero, pero podía haberme proporcionado algún puñetero papel con aspecto oficial que certificara que yo era libre. Podía haberme acompañado hasta el límite del estado de Pensilvania. O podía haberme impedido, de plano, que me fuese.

Pero había encontrado la manera de controlarme: amenazando a otros. Era un método más seguro que amenazarme directamente a mí y funcionaba. Era una lección que, sin duda, había aprendido de su padre. Weylin, por ejemplo, sabía perfectamente hasta dónde podía presionar a Sarah. Había vendido solo a tres de sus hijos y le había dejado una por la que vivir, a la que proteger. Yo no tenía la menor duda de que podía encontrar un comprador para Carrie, incluso con su minusvalía. Carrie era útil: no solo ella trabajaba bien y duro, sino que había aportado un esclavo nuevo y sano, y había mantenido primero a su madre y luego a su marido al lado de Weylin y sin esfuerzo alguno. No quería ni pensar lo mucho que habría aprendido Rufus viendo a su padre manejar esto.

Me habría gustado tener mi mapa: en él figuraban nombres de ciudades y yo misma habría podido escribirme un pase diciendo que iba a cualquiera de ellas. Seguramente algunas no existirían aún, pero el mapa me habría permitido al menos hacerme una idea de lo que tenía por delante. Tendría que arriesgarme a ir sin él.

Bueno, al menos sabía que Easton estaba a unas pocas millas hacia el norte y que el camino que pasaba junto a la casa de Weylin me llevaría hasta allí. Por desgracia, el camino atravesaba también una buena extensión de campo abierto, donde era casi imposible esconderse. Con pase o sin él, si me escondía podía despistar a los blancos.

Tendría que llevar algo de comida: yaniqueque, carne ahumada, fruta seca, una botella de agua. Tenía acceso a todo lo que necesitaba. Había oído historias de esclavos fugitivos que habían muerto de hambre antes de alcanzar la libertad o se habían envenenado porque ignoraban, igual que yo, qué plantas silvestres eran comestibles.

De hecho, había oído y leído suficientes historias horribles sobre el destino de los fugitivos como para quedarme con los Weylin más días de los que me habría propuesto. Podría no haberlas creído, pero tenía delante el ejemplo de Isaac y Alice. Sin embargo, fue Alice, al final, quien me dio el empujón que necesitaba.

Estaba ayudando a Tess en la lavandería, removiendo las ropas sucias que hervían en el enorme caldero de hierro, cuando llegó Alice. Se acercó a mí intentando no ser

vista, mirando por encima del hombro con los ojos muy abiertos. Su expresión me pareció de miedo.

—Mira esto —me dijo sin prestar atención a Tess, que para observarnos había dejado de apalear un par de pantalones de Weylin, Alice se fiaba de Tess—. ¿Ves? —dijo—. He estado mirando en sitios donde se supone que no debería..., en el cajón de la mesilla del señorito Rufus. Pero es que lo que he encontrado... se supone que tampoco debería estar allí...

Sacó dos cartas del bolsillo de su delantal. Dos cartas con el lacre roto, escritas con mi caligrafía.

—Ah, Dios mío —susurré.

—¿Tuyas?

—Sí.

—Me lo parecía. Sé leer algunas palabras. Ahora voy a ponerlas otra vez donde estaban.

—Sí.

Emprendió la marcha.

—Alice.

—¿*Sip*?

—Gracias. Ten cuidado cuando las vuelvas a guardar.

—Tú también ten cuidado —dijo.

Nuestros ojos se encontraron. Ambas sabíamos de lo que estaba hablando.

Esa noche me fui.

Cogí la comida y me llevé «prestado» uno de los sombreros viejos de Nigel para taparme el pelo, que por suerte no llevaba muy largo, de todos modos. Cuando pedí a Nigel el sombrero me miró durante un instante y luego fue a buscarlo. No hizo preguntas. Creo que ya contaba con no volver a verlo.

Robé un par de pantalones viejos a Rufus y una camisa muy desgastada. Mis vaqueros y camisas eran de sobra conocidos entre los vecinos de Rufus y el vestido que Alice me había hecho se parecía demasiado a los que llevaban las otras esclavas de la plantación. Además, había decidido volverme chico. Con aquellas ropas viejas, holgadas y sin duda masculinas que había elegido, con mi estatura y mi voz de contralto, lo conseguiría. Eso esperaba.

Metí todo lo que pude en la bolsa vaquera y la dejé en su sitio, en el jergón —normalmente la usaba de almohada—. Mi libertad de movimientos en la casa era ahora más útil de lo que me había sido jamás. Podía ir donde quisiera sin que nadie dijese: «¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás trabajando?». Todo el mundo asumía que yo estaba trabajando. ¿Acaso no era yo esa imbécil industriosa que se pasaba el día trabajando?

Así pude hacer todos los preparativos sin que nadie interfiriera. Tuve, incluso, una oportunidad de merodear por la biblioteca de Weylin. Al final del día subí al ático

con los demás criados y me tumbé a esperar hasta que estuvieran dormidos. Ese fue mi error.

Quería que los demás dijeran que me habían visto acostarme. Quería que Rufus y Tom Weylin perdieran el tiempo buscándome por la plantación a la mañana siguiente, cuando se dieran cuenta de que hacía mucho que no me veían. Y no lo harían si alguno de los esclavos, puede que uno de los niños, dijera que no me había acostado la noche anterior.

Exceso de planificación.

Me levanté cuando los demás llevaban tiempo quietos y callados. Era más o menos medianoche y yo sabía que podía pasar Easton antes de que amaneciera. Había hablado con otros que habían recorrido a pie aquella distancia. Antes de que saliera el sol, sin embargo, tendría que encontrar un sitio para esconderme y dormir. Luego podría escribir mi propio pase a uno de los demás lugares cuyos nombres y ubicaciones aproximadas había investigado en la biblioteca de Weylin. Cerca de la frontera del condado había un sitio que llamaban Wye Mills; al pasarlo, tenía que desviarme en dirección noreste, cruzando la plantación de un primo de Weylin, e ir hacia Delaware para seguir avanzando hasta la parte más alta de la península. De ese modo podía evitar gran parte de los ríos. Me daba la impresión de que estos harían el viaje mucho más largo y difícil.

Salí con cuidado de la casa y fui andando en la oscuridad con menos confianza de la que había sentido cuando hui a la casa de Alice meses atrás. Años atrás. Entonces no sabía bien a qué tenía miedo. Nunca había visto a un fugitivo capturado, como Alice. Y nunca había sentido el látigo en la espalda. Nunca había sentido los golpes de los puños de un hombre.

Tenía tanto miedo que sentía ganas de vomitar, pero seguí caminando. Tropecé con un palo que había tirado en el camino y primero lo maldije, pero luego lo recogí. Llevarlo, su sensación de solidez, me daba seguridad. Un palo como ese me había salvado una vez. Ahora aplacaba una parte de mi miedo, me daba confianza. Apreté el paso y me adentré en los bosques que bordeaban el camino tan pronto como salí de la plantación de Weylin.

La ruta que tenía que seguir era hacia el norte, en dirección a la antigua cabaña de Alice y a la plantación de Holman, y luego a Easton, que tendría que rodear. Al menos era un recorrido fácil: el terreno era llano, con unas pocas colinas redondeadas que rompían la monotonía. El camino discurría a través de unos bosques oscuros y espesos que, seguramente, estarían llenos de sitios perfectos para esconderse. Y los únicos ríos que vi eran riachuelos tan diminutos que apenas se me humedecieron los pies. Pero aquello no duraría mucho: después vendrían los ríos.

Me escondí de un viejo negro que guiaba una carreta tirada por una mula. Iba tarareando algo, aunque no parecía una melodía, y no daba la impresión de temer ni a los patrulleros ni a otros peligros de la noche. Envidié su calma.

Me escondí de tres blancos que iban a caballo. Llevaban un perro y me dio miedo que me oliese y me descubriera. Por suerte el viento soplaba a mi favor y el perro siguió su camino. Pero otro, más tarde, me encontró. Llegó corriendo directo a mí: atravesó el campo y saltó la cerca ladrando y gruñendo. Me volví para hacerle frente casi sin pensar y lo golpeé con el palo en cuanto me embistió.

No tuve miedo, la verdad. Los perros que iban con blancos me asustaban y también las jaurías de perros. Sarah me había contado historias de fugitivos despedazados por las jaurías de perros que habían entrenado para darles caza. Pero un perro solo no me parecía una gran amenaza.

Así fue, el perro no representaba amenaza alguna. Lo golpeé, cayó, se levantó y se alejó cojeando. Yo le dejé marchar y me quedé tranquila por no haber tenido que golpearlo más. En circunstancias normales, me gustaban los perros.

Me apresuré, porque no quería estar a la vista si el perro hacía ruido y atraía a alguien que quisiera investigar. La experiencia me había otorgado más confianza en mi capacidad de autodefensa y los ruidos de la noche, de la naturaleza, me perturbaban menos.

Llegué al pueblo y evité lo que pude ver de él: unos cuantos edificios sombríos. Seguí caminando. Me estaba empezando a cansar y a preocupar, porque no tardaría en amanecer. No podría explicar si esa preocupación mía estaba justificada o procedía de mi ansia de descanso. Deseé haber llevado puesto un reloj cuando me había llamado Rufus y no era la primera vez que me sucedía.

Me obligué a seguir adelante hasta que vi que el cielo estaba cada vez más claro. Entonces, cuando miraba a mi alrededor buscando un refugio para pasar el día, oí unos caballos. Me alejé más del camino y me agazapé entre una masa de arbustos, hierbas y árboles jóvenes. Me había habituado a esconderme y no tenía más miedo que cuando me había escondido anteriormente. Aún no me había visto nadie.

Había dos hombres a caballo. Avanzaban lentamente por el camino hacia mí. Muy lentamente. Miraban en todas direcciones, aguzando la vista cuando miraban hacia los árboles. Vi que uno de ellos montaba un caballo de color claro. Un caballo gris, según pude ver cuando se acercó, un...

Di un respingo. Me las arreglé para no jadear, pero hice un pequeño movimiento involuntario. Una ramita que no había visto crujió al pisarla.

Los jinetes se pararon casi frente a mi, Rufus a lomos del caballo gris que solía montar, Tom Weylin sobre otro más oscuro. Los veía claramente. ¡Me estaban buscando ya! No podían saber tan pronto que me había ido. No podían saberlo..., a no ser que se lo hubiera dicho alguien. Alguien debió verme salir, alguien que no era ninguno de los dos. Ellos me lo hubieran impedido sin más. Tuvo que haber sido uno de los esclavos. Alguien me había traicionado. Y ahora me traicionaba yo misma.

—He oído algo —dijo Tom Weylin.

Y Rufus añadió:

—Yo también. Tiene que estar por aquí.

Me encogí, intenté hacerme más pequeña moviéndome lo imprescindible para no hacer ruido.

—Ese maldito Franklin —oí decir a Rufus.

—Estás maldiciendo al hombre que no es —dijo Weylin.

Rufus no contestó a eso.

—¡Mira por allí!

Weylin señalaba un lugar alejado de mí, en el bosque que tenía enfrente. Dirigió hacia allí el caballo y fue a investigar lo que creía haber visto... y asustó a un pájaro de gran tamaño, que salió volando.

Pero los ojos de Rufus veían mejor. Ignoró a su padre y fue directo hacia mí. No podía haberme visto, no podía haber visto nada más que un posible escondite, pero dirigió el caballo hacia donde yo estaba, de modo que o pasaba por encima de mí o me obligaba a salir.

Me obligó a salir. Me lancé a un lado para esquivar las pezuñas del caballo.

Rufus soltó un alarido y se lanzó literalmente sobre mí. Caí bajo su peso y en la caída solté el palo. En el sitio justo para caer yo encima.

Oí cómo se me rasgaba la camisa robada, sentí la madera astillarse y clavárame en el costado.

—¡Está aquí! —gritó Rufus—. Ya la tengo.

Tendría algo más si yo podía coger el cuchillo. Me retorcí e intenté alcanzar la vaina que llevaba atada al tobillo con Rufus todavía encima de mí. De pronto el costado empezó a arderme de dolor.

—Ayúdame a sujetarla —gritó.

Llegó su padre, descabalgó y me pegó una patada en la cara. Aquello me sujetó, ya lo creo. Oí desde muy lejos a Rufus gritar, gritaba de un modo extraño, blando...

—¡No tenías que haber hecho eso!

Y la respuesta de Weylin se perdió mientras yo me hundía en la inconsciencia.

Me desperté atada de pies y manos, con un latido rítmico en el costado y la mandíbula inmóvil. El dolor era un grito sostenido. Me toqué con la lengua y vi que me faltaban dos dientes del lado derecho.

Me habían echado encima del caballo de Rufus como si fuera un saco de grano, con la cabeza y los pies colgando y la sangre goteándome por la boca y cayendo sobre una bota que conocía bien: por eso sabía que iba con Rufus.

Emití un sonido, una especie de gemido ahogado, y el caballo se detuvo. Sentí que Rufus se movía, me levantaron y me colocaron sobre la hierba alta que había

junto al camino. Rufus me miró.

—Maldita estúpida —dijo en voz baja.

Sacó el pañuelo y me limpió la sangre de la cara. Yo me aparté. Con el dolor, que aumentó de repente, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Estúpida! —repitió Rufus. Cerré los ojos y sentí las lágrimas correr por entre el pelo.

—Si me das tu palabra de que no te vas a resistir, te desataré.

Al cabo de un momento asentí. Sentí sus manos en mis muñecas y en mis tobillos.

—¿Qué es esto?

Había encontrado el cuchillo. Ahora me ataría de nuevo. Eso es lo que hubiera hecho yo en su lugar. Le miré.

Estaba desatando la vaina vacía. Un trozo de cuero mal cortado y mal cosido. Aparentemente, había perdido el cuchillo al forcejear con él. Pero no había duda, por la silueta de la vaina, sobre lo que esta contenía. La miró y luego me miró a mí. Al final hizo un gesto sombrío y, con un rápido movimiento, lanzó la vaina lejos de nosotros.

—Levántate.

Lo intenté. Pero tuvo que ayudarme. Tenía los pies dormidos de estar atada y acababa de volver a la vida de un modo bastante doloroso. Si Rufus decidía hacerme correr detrás del caballo, eso supondría llevarme a rastras hasta la muerte.

Se dio cuenta de que me tocaba un costado mientras me llevaba, medio a cuestras, hasta el caballo y se detuvo a apartarme la mano y mirar la herida.

—Un arañazo —declaró—. Has tenido suerte. ¿Qué ibas a hacer, pegarme con un palo? ¿Y luego qué más?

No dije nada. Pensaba en él espoleando el caballo para pasar por encima del lugar exacto del que yo acababa de apartarme por los pelos.

Me apoyé en el caballo y él me limpió más sangre de la cara: con una mano me sujetaba fuertemente la cabeza por arriba para que no pudiera volverme. No sé cómo lo soporté.

—Ahora estás mellada —observó—. Bueno, si no te ríes con la boca muy abierta, nadie se dará cuenta. No han sido las paletas.

Escupí sangre. Pero él no se dio cuenta de que, así, había dado mi opinión sobre aquella buena suerte.

—Muy bien —dijo—. Vámonos.

Esperé a que me atara tras el caballo o me echase por encima otra vez, como si fuera un saco. Pero me puso en la silla, delante de él. Entonces fue cuando vi a Weylin esperándonos en el camino, a unos cuantos pasos de allí.

—Vaya, vaya —dijo el viejo—. Así que una negra con estudios no tiene por qué ser una negra lista, ¿verdad?

Se volvió, como si no esperase respuesta. Yo no se la di.

Yo iba sentada recta, tiesa. No sé cómo lograba sostener mi cuerpo. Hasta que Rufus dijo:

—¡Apóyate en mí, que te vas a caer! Tienes más orgullo que sesera.

Se equivocaba. En aquel momento no era en absoluto dueña de mi orgullo. Me apoyé en él, desesperada: me valía cualquier apoyo que pudiera encontrar. Cerré los ojos.

Durante un rato no dijo nada más. Nada hasta que estuvimos cerca de la casa. Entonces dijo:

—¿Estás despierta, Dana?

Yo me erguí.

—Sí.

—Te van a azotar —dijo—. Ya lo sabes.

Por alguna razón no lo sabía. Su amabilidad me había sosegado. Pero en aquel momento solo pensar en más dolor me llenó de terror. El látigo otra vez...

—¡No!

Sin pensarlo y sin pretenderlo, eché una pierna por encima del caballo y me bajé. Me dolía el costado, me dolía la boca, la cara todavía me sangraba, pero nada de aquello era tan atroz como el látigo. Corrí hacia los árboles lejanos.

Rufus me echó mano sin dificultad y me agarró, maldiciendo. Me hacía daño.

—Te vas a llevar unos latigazos —siseó—. Y cuanto más te resistas, más daño te va a hacer.

¿Te va a hacer quién? Entonces, ¿me iba a azotar Weylin? ¿O Edwards, el capataz?

—Compórtate como si tuvieras algo de sesera —ordenó Rufus mientras yo seguía forcejeando.

Pero me comporté como una salvaje. Si hubiera tenido el cuchillo, habría matado a alguien, sin duda. A pesar de las condiciones en las que estaba, me las arreglé para dejar llenos de arañazos y cardenales a Rufus, a su padre y a Edwards, al que llamaron para que echara una mano. Yo estaba completamente fuera de mí. Nunca en mi vida había deseado tanto matar a otro ser humano.

Me llevaron al granero y me ataron las manos. Levantaron algo, a lo que me habían atado las manos, por encima de mi cabeza, hasta que no pude tocar el suelo con los pies. Entonces Weylin me arrancó la ropa y comenzó a golpearme.

Me golpeó hasta que empecé a balancearme, hacia atrás y hacia delante, medio loca de dolor, incapaz de tocar el suelo con los pies, incapaz de soportar la presión de estar colgada, incapaz de apartarme ya de aquellos golpes cortantes que caían con ritmo sostenido...

Me golpeó hasta que intenté obligarme a creer que me iba a matar. Lo dije en alto, lo dije a gritos y los golpes parecían subrayar mis palabras. Me iba a matar. Me mataría sin duda si no lograba zafarme, escapar, ¡irme a casa!

No funcionó. Esto no era más que un castigo y yo lo sabía. Nigel lo había soportado. Alice había soportado algo peor. Ambos estaban vivos y sanos. Yo no iba a morir, aunque, como los golpes seguían, lo deseé. Cualquier cosa para dejar de sufrir aquello. Pero no ocurrió nada. Weylin tuvo tiempo de sobra para terminar de azotarme.

No fui consciente de que Rufus me desató, me sacó del granero y me llevó a la cabaña de Carrie y Nigel. No fui consciente de que mandaba a Alice y Carrie que me lavaran y me cuidaran como yo había cuidado de Alice. Eso me lo dijo Alice después, me contó que había exigido que todo lo que utilizaran para curarme estuviera limpio e insistió en que me curasen la herida del costado, que él había dicho que no era más que un arañazo: que la limpiaran bien y la vendaran.

Él no estaba allí cuando me desperté, pero me dejó a Alice. Ella sí estaba: para calmarme, para darme las pastillas —que eran mis aspirinas, totalmente inadecuadas para aquel desastre— y para asegurarme que mi castigo había tocado a su fin y yo me encontraba bien. Tenía la cara demasiado hinchada para pedir agua salada para lavarme la boca. Al cabo de varios intentos, sin embargo, Alice lo entendió y me lo acercó.

—Descansa —dijo—. Carrie y yo te cuidaremos tan bien como tú me cuidaste a mí.

No intenté responder. Sus palabras me llegaron dentro y empecé a llorar en silencio. Ambas éramos casos perdidos: ella y yo. Las dos habíamos huido, a las dos nos habían cogido..., a ella al cabo de unos días; a mí, de unas horas. Yo probablemente sabía más que ella del trazado de la orilla este. Ella solo conocía la zona donde había crecido y no era capaz de interpretar un mapa. Yo sabía que había ciudades y ríos a unas cuantas millas de allí y de poco me había servido. ¿Qué había dicho Weylin? Que tener estudios no significaba ser lista. No le faltaba razón. Ningún aspecto de mi educación ni de mi conocimiento del futuro me había ayudado a escapar. Y, sin embargo, dentro de unos cuantos años una fugitiva analfabeta de nombre Harriet Tubman haría diecinueve viajes por este país y llevaría a la libertad a trescientos fugitivos. ¿Qué había hecho mal? ¿Por qué seguía siendo la esclava de un hombre que me pagaba que le salvara la vida acabando casi con la mía? ¿Por qué me había ganado otra tanda de latigazos? ¿Y por qué..., por qué estaba ahora tan asustada, horrorizada, de pensar que antes o después tendría que volver a escaparme?

Gemí y traté de no pensar en ello. Con el dolor físico que sentía ya tenía bastante con lo que bregar. Pero me venía a la cabeza otra pregunta.

¿Volvería a intentarlo? ¿Sería capaz?

Me moví, me retorcí, no sé cómo. Giré el tronco hacia un lado. Intenté mantener alejados ciertos pensamientos, pero seguían volviendo.

«¿Ves qué fácil es hacer un esclavo?», dijeron.

Grité como si el grito lo hubiera provocado la herida del costado y Alice vino a ayudarme a recuperar una postura donde doliera menos. Me limpió la cara con un

pañó húmedo.

—Lo volveré a intentar —le dije y me pregunté por qué decía eso, fanfarroneando y tal vez mintiendo.

—¿El qué? —preguntó.

La cara y la boca hinchadas seguían distorsionándome el habla. Tendría que repetir aquellas palabras. Tal vez repetir las a menudo me insuflaría valor...

—Lo volveré a intentar.

Hablé con toda la lentitud y claridad de que era capaz.

—¡Descansa! —Su voz se había vuelto de repente ruda y entonces supe que me había entendido—. Ya tendremos tiempo de hablar después. Ahora duérmete.

Pero no pude. El dolor me mantenía despierta. Mis propios pensamientos me mantenían despierta. Me sorprendí preguntándome si me venderían a algún negrero que pasara por allí..., esa vez o la próxima. Me habría gustado tener alguno de mis somníferos para poder entregarme al olvido, pero una mínima parte de mí se alegraba de no tenerlos. En aquel momento no podía fiarme de mí misma y no estaba muy segura de cuántos podría tomarme.

14

Liza, la costurera, se cayó y se hizo daño. Me lo contó Alice, Liza tenía golpes y cardenales por todas partes. Había perdido varios dientes. Estaba toda negra y azul. Hasta Tom Weylin estaba preocupado.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó—. ¡Dímelo y les daré lo que merecen!

—Me caí —dijo la mujer en tono hosco—. Me caí en las escaleras.

Entonces Weylin empezó a maldecir, a decir que era una estúpida y que desapareciera de su vista.

Y Alice, Tess y Carrie escondieron sus propios arañazos y lanzaron a Liza unas miradas cargadas de sentido. Miradas de las que Liza apartó la suya, llena de miedo e ira.

—Te oyó levantarte por la noche —me dijo Alice—. Se levantó detrás de ti y fue derecha al señor Tom. Ya sabía que no tenía que ir donde el señor Rufe: él te habría dejado marchar. Pero el señor Tom no ha dejado marchar a un negro en su vida.

—Pero ¿por qué? —pregunté desde mi jergón.

Yo ya estaba mejor, pero Rufus me había prohibido levantarme. Por una vez le obedecí encantada. Sabía que en cuanto me tuviera en pie Tom Weylin daría por hecho que me pondría a trabajar como si estuviera perfectamente repuesta. Por eso me había perdido lo del «accidente» de Liza.

—Fue por mí —dijo Alice—. Habría preferido que fuese yo la que escapara esa noche, pero a ti también te odia. Casi tanto como a mí. Y está convencida de que, de no ser por ti, me habría muerto.

Me quedé pasmada. Yo nunca había tenido un enemigo de verdad, alguien que estuviera dispuesto a cualquier cosa para hacerme daño o matarme. Para los negreros y los patrulleros yo no era más que otra negra, con un precio determinado. Lo que hicieron conmigo no era nada personal. Pero allí había una mujer que me odiaba y que casi había conseguido que me mataran por pura maldad.

—Así la próxima vez tendrá la boca cerrada —dijo Alice—. Ya le hemos enseñado lo que pasa si no lo hace. Ahora nos tiene más miedo a nosotras que al señor Tom.

—No os metáis en líos por mi culpa —dije.

—No nos digas lo que tenemos que hacer —replicó.

15

El día que me levanté por primera vez Rufus me mandó llamar a su habitación y me dio una carta: era de Kevin, dirigida a Tom Weylin. Decía así: «Estimado Tom: Puede que no fuese necesario enviar esta carta, pues espero llegar yo antes que ella. Pero si por alguna razón me retraso, quiero que sepas —y que hagas saber a Dana— que voy hacia allá. Por favor, dile que voy ya».

Era la caligrafía de Kevin: inclinada, limpia, nítida. A pesar de tantos años tomando notas y escribiendo manuscritos, su caligrafía nunca se había ido al cuerno; la mía sí. Miré a Rufus, sorprendida.

—Una vez te dije que mi padre era un hombre justo —dijo—. Pero tú te reíste.

—¿Escribió a Kevin para hablarle de mí?

—Sí, después..., después de...

—¿Después de enterarse de que tú no habías enviado mis cartas?

Sorprendido, abrió mucho los ojos y luego asumió, poco a poco, un aire de haberlo entendido.

—Por eso te fuiste entonces. ¿Cómo lo averiguaste?

—Porque soy curiosa. —Miré los cajones de la mesilla de noche—. Y quise satisfacer mi curiosidad.

—Podrían azotarte por husmear entre mis cosas.

Me encogí de hombros y empecé a sentir pinchazos por los hombros, llenos de llagas.

—Nunca me di cuenta de que hubieran faltado de ahí. Tendré que vigilarte mejor de ahora en adelante.

—¿Por qué? ¿Planeas engañarme de alguna otra manera?

Se incorporó de un salto, comenzó a levantarse, se dejó caer de nuevo en la silla y apoyó una bota abrigada en la cama.

—Ten cuidado con lo que dices, Dana. Hay cosas que no consiento. Ni siquiera a ti.

—Me mentiste —repetí deliberadamente—. Me mentiste una y otra vez. ¿Por qué, Rufe?

Le costó varios segundos disolver la ira y sustituirla por otra cosa. Le observé al principio y luego aparté la vista, incómoda.

—Quería que te quedaras aquí —susurró—. Kevin odia este sitio. Te habría llevado con él al norte.

Le miré de nuevo y traté de entenderle. Otra vez aquella manera suya de querer, destructiva, estrecha de miras. Me quería. No como quería a Alice, gracias a Dios. No parecía que quisiera acostarse conmigo. Pero me quería a su lado: alguien con quien hablar, alguien que le escuchara y a quien le importara lo que decía. Alguien a quien le importara él.

A mí me importaba. Por extraño que parezca, a mí me importaba él. Tenía que importarme. Seguía perdonándole cosas...

Miré por la ventana, sintiéndome culpable. Sintiendo que tenía que haber sido como Alice. Ella no le perdonaba nada, no olvidaba nada: le odiaba tan profundamente como había amado a Isaac. Y yo no podía culparla, pero ¿de qué servía aquel odio suyo? Ella ya no era capaz de fugarse otra vez ni de matarle y enfrentarse con ello a mi propia muerte. No podía hacer nada en absoluto, salvo aumentar su desdicha. Solía decir: «Se me revuelve el estómago cada vez que me pone las manos encima». Pero aguantaba. Tendría, al menos, un hijo suyo. Y yo, con tanto como me importaba, no habría sido capaz de eso. No podía. En dos ocasiones me había hecho perder el control de tal manera que había llegado a intentar matarle. Podía enfadarme hasta ese punto, por mucho que yo supiera cuáles eran las consecuencias de matarle. Lograba arrastrarme a una especie de furia irracional. Por alguna razón, yo no podía consentirle el tipo de abuso que sí había aguantado a otros. Si alguna vez me violaba, era improbable que uno de los dos saliera vivo.

Tal vez era esa la razón por la que no nos odiábamos. Podíamos hacernos mucho daño el uno al otro, podíamos matarnos si nos dejábamos llevar por ese odio. Para mí Rufus era como un hermano pequeño. Alice, como una hermana pequeña. Era muy duro ver cómo le hacía daño, saber que tenía que seguir haciéndoselo para que mi familia pudiera existir. Y, en ese momento, era muy difícil para mí hablar con él, con calma, de lo que me había hecho.

—El norte —dije al fin—. Sí. Al menos allí podré conservar la piel de la espalda. Suspiró.

—Yo no quise que mi padre te azotara. Pero ¡demonios!, podía haber sido peor. No te hizo ni la mitad de daño que ha hecho a otros.

No dije nada.

—No podía dejar que una fugitiva se librara del castigo. Si lo hiciera, mañana habría diez más. Pero sí, se pasó de la raya contigo porque pensó que yo tenía la culpa de que te fueras.

—Así fue.

—¡La culpa fue solo tuya! Si hubieras esperado...

—¿A qué? Yo confiaba en ti. He confiado en ti hasta que he visto que eres un mentiroso.

Esta vez aguantó la acusación sin enfadarse.

—¡Demonios, Dana! Bueno, está bien. Tendría que haber enviado las cartas. Hasta mi padre lo dijo, que tendría que haberlas mandado porque te lo había prometido. Luego me dijo que era un maldito estúpido por hacer promesas. —Hizo una pausa—. Pero te prometo que eso es lo único que le empujó a mandar buscar a Kevin. No lo hizo por gratitud hacia ti ni por ayudarme a mí. Lo hizo porque yo había dado mi palabra. De no ser por eso, te habría tenido aquí metida hasta que volvieras a tu casa. Si vuelves a tu casa esta vez.

Nos quedamos en silencio allí sentados, juntos.

—Mi padre es el único hombre que conozco al que le preocupa por igual dar su palabra a un blanco que a un negro.

—¿Y eso te molesta?

—¡No! Es una de las pocas cosas que respeto de él.

—Es una de las pocas cosas que deberías imitar de él.

—Sí —retiró el pie de la cama—. Carrie va a traer una bandeja aquí para que podamos comer juntos.

Eso me sorprendió, pero me limité a asentir con un movimiento de cabeza.

—No te duele mucho la espalda, ¿verdad?

—Sí.

Miró por la ventana con aire triste, hasta que llegó Carrie con la bandeja.

Al día siguiente volví a ayudar a Sarah y a Carrie. Rufus dijo que no tenía que hacerlo, pero, aunque el trabajo fuera tedioso, me resultaba más fácil de soportar que más horas interminables de aburrimiento. Y ahora que ya sabía que Kevin venía, ni la espalda ni el costado parecían dolerme tanto.

Entonces llegó Jake Edwards a arruinar mi recién estrenada paz. Era impresionante la cantidad de dolor que podía provocar aquel hombre haciendo el mismo trabajo que había desempeñado Luke sin causar daño a nadie.

—Eh, tú —me dijo, aunque sabía mi nombre—. Ve a hacer la colada. Tess va a la plantación.

Pobre Tess. Weylin se había cansado de ella y se la había pasado a Edwards. Ella ya se temía que Edwards podía enviarla a la plantación, porque así la tendría vigilada. En casa no era necesaria estando Alice y yo. Había llorado mucho, me había contado que temía que prescindieran de ella.

—Haces todo lo que te dicen —dijo sollozando— y da lo mismo: te tratan como a un perro viejo. Ven aquí, ábrete de piernas; vete allá, pártete el pecho. ¡Bastante les importa! ¡Como si una no tuviera corazón!

Se había sentado allí conmigo a llorar mientras yo, tumbada boca abajo, sudando y dolorida, llegaba a la conclusión de que lo mío no era tan malo.

Estaría mucho peor si tuviera que dar cuentas a Edwards. Pero él no tenía ningún derecho a darme órdenes y lo sabía: su autoridad se reducía a los esclavos de la plantación. Ese día, sin embargo, Rufus y Tom Weylin habían ido al pueblo y habían dejado a Edwards al cuidado de todo. Dispuso de varias horas para mostrarnos a todos lo importante que era él. Yo le había oído, desde la cocina, tratando de intimidar a Nigel. Y había oído la respuesta de Nigel, primero intentando suavizar la situación («No hago más que lo que el amo Tom me ha dicho que haga»), luego amenazadora («Señor Jake, si usted me pone las manos encima, se va a arrepentir. Eso es todo»).

Edwards dio marcha atrás. Nigel era fuerte y corpulento, y no era de esos que amenazan en vano. Además, Rufus siempre apoyaba a Nigel y Weylin normalmente apoyaba a Rufus. Edward maldijo a Nigel y luego entró en la cocina y la tomó conmigo. Yo no tenía ni el tamaño ni la fuerza necesarios para amedrentarle, especialmente esos días. Pero sabía lo que un día lavando supondría para mi espalda y para mi costado. Y, desde luego, ya me dolía bastante.

—Señor Edwards, yo no tengo que hacer la colada. El señor Rufus me ha dicho que no la hiciera.

No era verdad, pero Rufus me respaldaría. En ciertos aspectos aún podía fiarme de él.

—¡Negra mentirosa! ¡Harás lo que yo te diga! —Se acercó a mí, amenazándome—. ¿Te crees que has probado el látigo? No sabes lo que es eso todavía.

Siempre llevaba el látigo consigo. Era como si formara parte de su brazo: largo y negro, con la punta de plomo. Lo dejó caer.

Y yo salí, encomendándome a Dios, y traté de hacer la colada. No podía con otra tanda de latigazos. No tan pronto. No, no podía.

Cuando se fue Edwards, Alice salió de la cabaña de Carrie y comenzó a ayudarme. Sentía el sudor correrme por la cara, mezclándose con lágrimas calladas de ira y frustración. Ya había comenzado aquel dolor sordo de la espalda y yo empezaba a sentir una sorda vergüenza. La esclavitud era un proceso de ensordecimiento largo y prolongado.

—Para de apalear esas ropas antes de que te caigas aquí sin sentido —me dijo Alice—. Déjame a mí. Vuelve a la cocina.

—Pero a lo mejor regresa —dije—. Y te meterás en un lío.

No me preocupaba que se metiera en un lío ella, me preocupaba meterme yo. No quería que me sacaran otra vez a rastras de la cocina y me volvieran a azotar.

—Yo no —respondió—. Sabe con quién duermo.

Asentí. Tenía razón. Mientras estuviera bajo la protección de Rufus, Edwards podía maldecirla cuanto quisiera, pero no la tocaría. Igual que tampoco había tocado a Tess hasta que Weylin hubo terminado con ella...

—Gracias, Alice, pero...

—¿Quién es ese?

Miré a donde señalaba. Era un hombre blanco con la barba gris y cubierto de polvo. Iba a caballo por el costado del edificio principal, en dirección a nosotras. Al principio pensé que era el ministro metodista. Este era amigo de Tom Weylin y a veces le invitaban a cenar, a pesar de la indiferencia que Tom Weylin sentía hacia la religión. Pero los niños no fueron a su encuentro. Cuando venía el pastor los niños siempre se agolpaban en torno a él y también a su mujer, si le acompañaba. La pareja repartía golosinas y recitaba versículos de la Biblia que no representaban peligro («Siervos, obedeced a vuestros amos...»). Los niños recibían un caramelo si sabían recitar aquellos versículos.

Vi a dos niñas pequeñas que observaban sorprendidas a aquel desconocido de barba gris, pero nadie se acercó a hablarle. Siguió avanzando hacia nosotras, se detuvo y se quedó quieto, mirándonos sorprendido.

Yo abrí la boca para decir que los Weylin no se encontraban en casa, pero en ese momento le reconocí. Dejé caer una de las camisas buenas de Rufus, una blanca, en el barro y salí corriendo, tambaleándome, hacia la cerca.

—¿Dana? —dijo suavemente.

Me asustó el matiz interrogativo de su tono. ¿No me conocía? ¿Tan cambiada estaba? Él no, a pesar de la barba.

—Kevin, descabalga. Yo no alcanzo.

Se bajó del caballo y saltó la cerca del patio de la lavandería. Me abrazó antes de que pudiera tomar otra bocanada de aire.

Revivió el dolor sordo de la espalda y de los hombros. De pronto me vi forcejeando para que me soltara. Y él me soltó, sorprendido.

—Pero ¿qué...?

Me acerqué a él, porque no podía quedarme allí, apartada. Pero le agarré los brazos para que no pudiera abrazarme de nuevo.

—No, por favor. Me duele la espalda.

—¿Te duele de qué?

—De escaparme para ir a buscarte, Kevin...

Me abrazó, esta vez suavemente, durante unos segundos, y yo pensé que, si pudiéramos irnos a casa en ese mismo instante, todo sería perfecto.

Se separó un poco de mí, me miró sin soltarme.

—¿Quién te ha pegado? —insistió—. ¿Ha sido Weylin otra vez?

—Kevin, olvídale.

—¿Que lo olvide?

—¡Sí! Por favor, olvídale. Quién sabe si tendré que vivir aquí en otra ocasión. — Meneé la cabeza—. Odia a Weylin todo lo que quieras. Yo también le odio. Pero no le hagas nada. Vámonos de aquí.

—Entonces ha sido él.

—¡Sí!

Se giró lentamente a mirar a la casa. Tenía la cara llena de arrugas y gris en las zonas que no tapaba la barba. Parecía que habían pasado más de diez años desde la última vez que le vi. En la frente, una cicatriz irregular, huella seguramente de una herida mal curada. Ese lugar, esa época en los que estábamos... no le habían tratado a él mejor que a mí. Pero ¿en qué lo habían convertido? ¿Qué estaba dispuesto a hacer ahora que no habría hecho antes?

—Kevin, por favor, vámonos.

Se volvió hacia mí, pero me lanzó la misma mirada dura.

—Si les haces algo, tendré que pagar yo por ello —susurré encarecidamente—. ¡Vámonos! ¡Ahora!

Me miró un instante más, suspiró, se frotó la frente con la mano, miró a Alice y, como no dijo nada, se limitaba a mirarla sin más, yo me volví también hacia ella.

Nos estaba mirando fijamente. No lloraba, pero sus ojos transmitían más dolor del que yo haya visto jamás en ningún rostro. Mi marido había ido a buscarme, por fin. El suyo no iría. Luego esa expresión se desvaneció y su acostumbrada máscara de dureza volvió a ocupar el lugar de siempre.

—Será mejor que hagas lo que dice —dijo a Kevin en voz baja—. Sácala de aquí mientras puedas. No tengo que decirte lo que harán nuestros buenos amos si no lo haces.

—Entonces, tú eres Alice, ¿verdad? —preguntó Kevin.

Asintió de un modo distinto a como lo hubiera hecho con Weylin o Rufus. Con ellos hubiera sido un «Sí, señor» seco y cortante.

—Le vi alguna vez por aquí antes. Cuando las cosas tenían sentido —dijo.

Él emitió un sonido que no llegaba a ser una risa.

—¿Sucedió eso alguna vez?

Volvió a mirarme a mi y luego a ella. Nos comparó.

—Señor bendito —murmuró; luego dijo a Alice—: ¿Te vas a quedar tú sola aquí, con toda esa faena?

—Que sí. *Usté* sáquela de aquí —dijo.

Pareció convencido, al fin.

—Ve a por tus cosas —me dijo.

Estuve a punto de decirle que se olvidara de mis cosas. Más ropas, medicinas, cepillo de dientes, bolígrafos, papel, lo que fuese. Pero allí algunas de esas cosas eran irremplazables. Salté la verja, fui a la casa, subí al ático tan rápido como pude y metí todo en la bolsa. Tenía que arreglármelas para salir de nuevo sin ser vista y sin tener que responder preguntas.

Kevin estaba esperando junto a la verja de la lavandería. Estaba dando algo de comer a la yegua. Yo observé al animal y me pregunté si no estaría muy fatigado. ¿A qué distancia podría llevar a dos personas sin tener que parar a descansar? ¿A qué distancia podría llegar Kevin sin tener que parar a descansar? Le miré cuando llegué adonde estaba. Podía leer el agotamiento en las líneas polvorientas de su rostro. Me pregunté cuánto camino había recorrido para ir a buscarme. Dónde habría dormido por última vez.

Nos quedamos un momento allí perdiendo el tiempo, mirándonos. No pudimos evitarlo. Yo, al menos, no pude. Con aquellas arrugas nuevas y todo, seguía siendo guapísimo.

—Para mí han pasado cinco años —dijo.

—Lo sé —contesté suspirando.

De pronto, se giró.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de este sitio para siempre!

Dios lo quisiera. Pero no parecía posible. Me volví para decir adiós a Alice: grité su nombre. Estaba apaleando uno de los pantalones de Rufus y continuó haciéndolo sin romper el ritmo de ningún modo para que yo supiera que me había oído.

—¡Alice! —grité más fuerte.

No se volvió. No cesó de golpear una y otra vez aquellos pantalones, aunque yo estaba segura de que me había oído. Kevin me puso una mano en el hombro y le miré primero a él, luego otra vez a ella.

—Adiós, Alice —repetí, esta vez sin esperar respuesta.

No la hubo.

Kevin montó y me ayudó a montar a mí. Cuando nos alejamos me apoyé en la espalda sudorosa de Kevin y esperé a que comenzara a desaparecer el ritmo regular de los golpes de Alice. Pero aún lo oía a lo lejos cuando nos encontramos con Rufus.

Iba solo. Me alegré de que al menos fuera solo. Se paró a unos pocos metros de nosotros, frunció el ceño y nos bloqueó el paso deliberadamente.

—Ay, no —murmuré.

—¿Conque os ibais así? —dijo Rufus a Kevin—. Sin dar las gracias ni nada. Simplemente la coges y te largas.

Kevin le miró en silencio durante unos segundos. Le sostuvo la mirada hasta que Rufus empezó a sentirse incómodo en lugar de indignado.

—Exacto —dijo Kevin.

Rufus pestañeó.

—Mira —dijo en tono más suave—, mira, ¿por qué no os quedáis a cenar? Mi padre volverá para la cena. Y querrá que os quedéis.

—Puedes decirle a tu padre...

Le clavé a Kevin los dedos en el hombro, interrumpiendo el torrente de palabras antes de que su contenido, además de su tono, resultase insultante.

—Dile que tenemos prisa —terminó Kevin.

Rufus no nos franqueó el paso. Me miró.

—Adiós, Rufe —dije tranquilamente.

Y sin previo aviso, sin ningún cambio perceptible en su actitud, Rufus se giró un poco y nos apuntó con el rifle. Yo había aprendido un par de cosas sobre las armas de fuego: no era sensato mostrar interés por ellas, salvo en el caso de los esclavos de confianza. En mí habían confiado antes de fugarme. El arma de Rufus era un fusil de chispa, un Kentucky largo y estilizado. A mí me había dejado incluso dispararlo un par de veces... tiempo atrás. Y yo había tenido delante de los ojos el cañón de uno igual por culpa suya. Pero ahora apuntaba a Kevin. Miré fijamente el arma, luego al joven que la sostenía. Seguía pensando que le conocía y él seguía demostrándome que estaba equivocada.

—Rufe, ¿qué haces?! —grité.

—Estoy invitando a Kevin a cenar —me dijo y luego, dirigiéndose a Kevin, añadió—: Baja. Creo que a mi padre le gustaría hablar contigo.

Todo el mundo me había prevenido, todos me daban pequeñas pruebas de que era mucho peor de lo que parecía. Sarah me había avisado y eso que le había querido tanto como a los hijos que había perdido. Y yo había visto las marcas que sus golpes habían dejado alguna vez en Alice. Pero nunca se había portado así conmigo, ni siquiera cuando estaba muy enfadado. Nunca le había temido como a su padre. Incluso en aquel momento, no estaba tan asustada como probablemente debería. No temía por mí. Quizá por eso le desafié.

—Rufe, si vas a disparar a alguien, es mejor que sea a mí.

—Dana, ¡cállate! —dijo Kevin.

—¿Crees que no lo haré? —preguntó Rufus.

—Creo que, si no lo haces, te mataré yo a ti.

Kevin desmontó rápidamente y me bajó del caballo. No entendía el tipo de relación que teníamos Rufus y yo, hasta qué punto dependíamos uno de otro. Rufus, sin embargo, sí entendió.

—No hay que hablar de matar a nadie —dijo con amabilidad, como si estuviera tranquilizando a un niño airado; luego se volvió hacia Kevin y, en un tono más normal, le dijo—: Creo que mi padre tiene que hablarte de algo.

—¿Algo de qué? —preguntó Kevin.

—Bueno..., algo de su manutención, supongo.

—¡Mi manutención! —exploté, apartándome de Kevin—. ¡Mi manutención! Yo he trabajado, he trabajado todos los días que he pasado aquí, hasta que tu padre me

dio una paliza tan brutal que no pude hacerlo. Sois vosotros los que estáis en deuda conmigo, maldita sea. Me debéis más de lo que podréis pagar en vuestra vida.

Entonces desvió el fusil y lo apuntó adonde yo quería: hacia mí. Tendría que aguijonearle para que me disparase o nos dejara marchar de una vez y, si podíamos, volver a casa. Tal vez llegara a casa herida, incluso muerta, pero en cualquiera de los dos casos me alejaría de aquella época, de aquel lugar. Y si yo volvía a casa, Kevin volvería conmigo. Le cogí la mano y la apreté fuerte.

—¿Qué vas a hacer, Rufe? ¿Nos vas a tener aquí a los dos a punta de fusil para poder robar a Kevin?

—Volved a la casa —dijo.

Su voz se había endurecido de nuevo.

Kevin y yo nos miramos y yo hablé en tono suave:

—Ya sé todo lo que alguna vez quise averiguar sobre la esclavitud —le dije—. Prefiero que me dispires antes que volver ahí.

—Yo no voy a dejar que se queden contigo —prometió Kevin—. Vamos.

—¡No! —Le miré desafiante—. Tú puedes quedarte o irte, como desees. Yo no pienso volver a esa casa.

Rufus maldijo, enfadado.

—Kevin, échatela al hombro y tráela.

Kevin no se movió. Me habría sorprendido mucho que lo hubiera hecho.

—Sigues intentando que alguien te haga el trabajo sucio, ¿eh, Rufe? —dije con amargura—. Primero tu padre y ahora Kevin. ¡Y pensar que perdí el tiempo salvándote esa vida inútil!

Me acerqué a la yegua y agarré las riendas, dispuesta a montar de nuevo. En ese momento, Rufus perdió la compostura.

—¡No te vas a ir! —gritó e hizo un gesto como inclinándose sobre el fusil, claramente dispuesto a disparar—. ¡Maldita sea, no me vas a abandonar!

Iba a disparar. Le había presionado demasiado. Volvía a ser como Alice de la cabeza a los pies y le rechazaba. Aterrorizada, sin embargo, me lancé al suelo a la altura de la cabeza de la yegua, sin importarme ya cómo cayera siempre que hubiera algo entre el rifle y yo.

Golpeé el suelo, no demasiado fuerte. Intenté ponerme en pie y me di cuenta de que no podía. Perdí el equilibrio. Oí gritos... La voz de Kevin, la voz de Rufus. De pronto vi el fusil borroso, pero a pocos centímetros de mi cabeza. Lo golpeé y lo esquivé. No estaba donde yo había creído. Todo estaba distorsionado, empañado.

—¡Kevin! —grité.

No podía irme otra vez sin él. Aunque mi grito hiciera disparar a Rufus.

Algo me golpeó la espalda y yo volví a gritar, esta vez de dolor. Y todo se oscureció.

La tormenta

1

En casa.

No podía llevar inconsciente más de un minuto. Aparecí en el suelo del salón y vi a Kevin agachado a mi lado. En esta ocasión, no podía confundirle con nadie. Era él y estaba en casa. Estábamos en casa. La espalda me dolía como si me hubieran dado otra paliza, pero no importaba. Habíamos conseguido llegar a casa sin que Rufus nos disparase a ninguno de los dos.

—Lo siento —dijo Kevin.

Le miré tratando de enfocar. Era él.

—¿Qué sientes?

—¿No te duele la espalda?

Agaché la cabeza, la apoyé en la mano.

—Sí me duele.

—Me caí encima de ti. Entre Rufus, el caballo y tú, que no parabas de gritar... No sé cómo pasó, pero...

—Gracias a Dios que pasó. No te disculpes, Kevin. Estás aquí. Si no te hubieras caído encima de mí, andarías por ahí todavía...

Suspiró y asintió.

—¿Puedes levantarte? Creo que yo te haría más daño intentando levantarte que si tú lo intentas sola.

Me levanté despacio, con cuidado, y me di cuenta de que no me dolía más de pie que tumbada. Tenía la cabeza despejada y podía caminar sin problemas.

—Ve a la cama —dijo Kevin—. Descansa un poco.

—Ven conmigo.

Recuperó parte de aquella expresión que había exhibido cuando nos encontramos en el patio de la lavandería y me cogió las manos.

—Ven conmigo —repetí con dulzura.

—Dana, estás herida. Tienes la espalda...

—Eh.

Dejó de hablar y me abrazó más fuerte.

—¿Cinco años? —susurré.

—Sí. Mucho tiempo.

—A ti también te hirieron.

Recorrí con un dedo la cicatriz que tenía en la frente.

—No es nada. Hace años que se curó. Pero tú...

—Ven conmigo, por favor.

Vino. Era tan cuidadoso, le daba tanto miedo hacerme daño... Claro que me lo hizo y yo ya sabía que me lo iba a hacer, pero no importaba. Estábamos a salvo. Él estaba en casa. Le había traído a casa. Era suficiente.

Nos quedamos dormidos.

Cuando desperté Kevin no estaba en la habitación. Yo me quedé en la cama quieta en silencio, hasta que le oí abrir y cerrar los cajones de la cocina. Y le oí maldecir. Tenía un leve acento... No era muy notorio, pero lo percibí: sonaba un poco como Rufus y Tom Weylin. Solo un poco.

Meneé la cabeza e intenté apartar de mi cabeza esa comparación. Parecía estar buscando algo y después de cinco años le resultaba difícil encontrarlo. Me levanté y fui a ayudarlo.

Le vi manipulando el fogón, encendiéndolo, mirando fijamente la llama azul, apagándolo, abriendo el horno, mirando dentro atentamente. Yo estaba detrás, de modo que él no podía ni verme ni oírme. Antes de que yo pudiera decir nada, cerró de golpe la puerta del horno y se apartó, meneando la cabeza.

—¡Cristo! Si no me siento como en casa, puede que no tenga casa.

Entró en el comedor sin verme. Yo me quedé donde estaba, recordando.

Recordé que iba andando por aquel camino estrecho y sucio que pasaba junto a la casa de Weylin y vi la casa, rotunda y familiar, con las sombras del crepúsculo y su luz amarilla en algunas ventanas. Weylin era de una extravagancia sorprendente con las velas y el aceite, y por lo que había oído no todo el mundo era así. Recordé que me había aliviado ver la casa: sentía que había llegado a mi hogar. Y había tenido que pararme para corregirme, recordarme que estaba en un lugar ajeno y peligroso. Y recordé que me sorprendió pensar en aquel lugar como mi hogar.

Hacía más de dos meses que había llegado a aquella casa a pedir ayuda para Rufus. Yo estaba en 1976 en mi propia casa, en esta casa, y nunca la había sentido tan mía como la de Rufus. No lo entendía. Pero, por un lado, Kevin y yo solo habíamos vivido juntos en esta casa un par de días. El hecho de que yo hubiera estado sola ocho días más no ayudaba mucho. El momento, el año eran correctos. Pero no me sentía suficientemente familiarizada con la casa. Tenía la sensación de estar perdiendo mi sitio en mi propio hogar, en mi propia época. La época de Rufus ofrecía una realidad más intensa, más nítida: el trabajo era más duro, los olores y sabores más fuertes, el peligro mayor, el dolor menos llevadero... La época de Rufus me había exigido hacer cosas en situaciones a las que nunca me había expuesto antes y en las que podía acabar muerta fácilmente si no acataba esas exigencias. Era una realidad inhóspita y poderosa a la que no llegaban todas las comodidades y lujos de esta casa, del presente.

Y si yo me sentía así tras vivir en el pasado un par de períodos cortos de tiempo, ¿cómo se sentiría Kevin después de cinco años! Tener la piel blanca le había ahorrado

muchos de los problemas que había tenido yo, pero aun así no creo que lo hubiera pasado bien.

Le vi en el salón manipulando los botones del televisor. Era nuevo, igual que la casa. El botón de encender y apagar estaba bajo la pantalla, fuera de la vista, y estaba claro que Kevin no lo recordaba.

Me fui hacia él, metí la mano por debajo del televisor y lo encendí. Había un anuncio de la seguridad social en el que aconsejaban a las mujeres embarazadas que fueran al médico y se cuidaran.

—Apágalo —dijo Kevin.

Obedecí.

—He visto morir a una mujer dando a luz a su hijo.

Asentí.

—Yo no lo he visto, pero no he dejado de oír hablar de la frecuencia con la que sucedía, de lo habitual que era antes. Supongo que porque apenas había asistencia médica o era nula.

—No, la asistencia médica no tiene nada que ver con lo que yo vi. A esta mujer su amo la colgó de las muñecas y la apaleó hasta que salió el niño y cayó al suelo.

Tragué saliva y aparté la mirada, mientras me frotaba las muñecas.

—Entiendo.

Me pregunté si Weylin habría hecho algo así a una de sus esclavas. Probablemente no. Tenía más sentido del negocio: una madre muerta y un hijo muerto eran una gran pérdida. Yo había oído historias, sin embargo, sobre otros amos a los que poco les importaban los esclavos. En la plantación de Weylin había una mujer a la que su anterior amo le había cortado tres dedos de la mano derecha porque la había pillado escribiendo. Esa mujer tenía casi un hijo por año. Había tenido nueve, le sobrevivían siete. Weylin decía que era «buena para la cría» y nunca la azotó. Vendió a todos sus hijos, eso sí. Uno por uno.

Kevin miró la pantalla del televisor apagado y luego se fue, soltando una risa amarga.

—Me siento como si esto fuera otro alto en el camino —dijo—. Tal vez un poco menos real que los otros.

—¿Un alto en el camino?

—Como lo fue Filadelfia. Como Nueva York y Boston. Como esa granja en Maine.

—Entonces, ¿llegaste a Maine?

—Sí. A punto estuve de comprar una granja allí. Menuda estupidez habría hecho. Luego un amigo de Boston me dio la carta de Weylin. Al fin en casa, pensé, y tú... —Me miró—. Bueno, tengo la mitad de lo que quería. Tú sigues siendo tú.

Me acerqué a él con una sensación de alivio que me sorprendió. No me había dado cuenta de lo mucho que me había preocupado —aún me preocupaba— que yo, desde su punto de vista, no siguiera siendo yo.

—Aquí es todo tan... blando... —dijo—, tan fácil...

—Lo sé.

—Está bien, demonios..., no volvería a algunos de los agujeros donde me tocó vivir ni aunque me pagaran por ello. Pero aun así...

Recorrimos la casa: el comedor, el vestíbulo. Nos detuvimos ante mi despacho y entró a mirar el mapa de Estados Unidos que estaba colgado en la pared.

—Seguí subiendo cada vez más al norte por la costa este —dijo—. Supongo que habría terminado en Canadá. Pero, en todos mis viajes, ¿sabes cuál fue la única ocasión en que me sentí aliviado y contento de llegar a un sitio?

—Ya supongo —dije tranquilamente.

—Fue cuando...

Se detuvo, consciente de mi respuesta, y me miró extrañado.

—Cuando volviste a Maryland —dije—. Cuando pasaste por donde los Weylin a ver si estaba yo.

Me miró sorprendido, con un extraño toque de complacencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Es así, ¿no?

—Es así.

—Lo supe la última vez que me llamó Rufus. No siento el menor afecto por ese lugar, pero cuando lo vi de nuevo... era como volver a casa, aunque me asustaba tanto como me alegraba.

Kevin se acarició la barba.

—Me la dejé crecer para poder volver.

—¿Por qué?

—Para disfrazarme. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Denmark Vesey?

—Es el liberto que planeó la rebelión en Carolina del Sur.

—Sí. Bueno, lo cierto es que Vesey no pasó de la fase de planificación, pero metió el miedo en el cuerpo de unos cuantos blancos. Y muchos negros sufrieron por ello. Por esa época fui acusado de ayudar a escapar a los esclavos. Y no hice más que..., apenas encabecé a la masa.

—¿Estuviste donde los Weylin en esa época?

—No. Me dieron un trabajo de maestro en una escuela. —Se frotó la cicatriz de la frente—. Te lo contaré todo, Dana. Pero en otra ocasión. Ahora no sé cómo, pero necesito meterme otra vez en 1976. Si puedo.

—Claro que puedes.

Se encogió de hombros.

—Una cosa más. Solo una.

Me miró con expresión interrogativa.

—¿Ayudaste a escapar a esos esclavos?

—¡Pues claro que sí! Les di de comer, los escondí durante el día y al caer la noche los mandaba a casa de una familia de negros libertos que les daría de comer y

los escondería al día siguiente.

Sonreí en silencio. Él parecía airado, casi a la defensiva, cuando contaba lo que había hecho.

—Creo que no estoy acostumbrado a decir cosas como esta a gente que es capaz de entenderlas —dijo.

—Lo sé. Bastante hiciste.

Volvió a frotarse la frente.

—Cinco años duran más de lo que parece. Mucho más.

Se metió en su despacho. Nuestros despachos, los dos, eran dos dormitorios de aquella vieja casa con vigas de madera sólida y resistente que habíamos comprado. Eran habitaciones grandes y cómodas que me recordaban un poco las de la casa de Weylin.

No. Negué con la cabeza, negué la sensación. Aquella casa no se parecía en nada a la de Weylin. Observé a Kevin, que miraba su despacho de arriba abajo. Lo recorrió, se detuvo junto al escritorio, los archivadores, las estanterías de libros. Se paró un momento a contemplar un estante lleno de ejemplares de *Agua de Meribá*, su novela de más éxito, la que nos había permitido comprar aquella casa. Tocó uno de los ejemplares como si fuera a cogerlo, pero lo dejó y corrió hacia la máquina de escribir. La manipuló durante un momento, recordó cómo encenderla y luego miró el mazo de folios en blanco que tenía al lado y volvió a apagarla.

Yo di un respingo al oír el chasquido.

—La vas a romper, Kevin.

—¿Y qué cambiaría eso?

Hice una mueca de dolor. Recordé mis propios intentos, recordé cuando había tratado de escribir la última vez que había estado en casa. Lo había intentado una y otra vez, y solo había conseguido llenar la papelera.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó Kevin dando la espalda a la máquina—. Cristo bendito, si no soy capaz de sentir nada ni siquiera aquí...

—Ya verás como sí. Tienes que darte tiempo.

Cogió el sacapuntas eléctrico, lo examinó como si no supiera lo que era. Luego pareció recordarlo. Lo soltó, sacó un lápiz de una jarra de loza que había en el escritorio y lo metió en el afilalápices. La maquinita le devolvió un lápiz con la punta perfectamente afilada. Kevin miró un momento la punta y luego el afilalápices.

—Un juguete —dijo—. No es más que un puñetero juguete.

—Eso mismo dije yo cuando lo compraste —respondí.

Traté de sonreír y gastar una broma, pero en su voz había algo que me asustaba.

Con un rápido movimiento de la mano golpeó el sacapuntas y la jarra de lápices que tenía sobre el escritorio. Los lápices se desparramaron por el suelo y la jarra se rompió. El sacapuntas golpeó contra el piso y se quedó colgando del cable justo donde acababa la alfombra. Me apresuré a desenchufarlo.

—Kevin...

Pero él salió corriendo hacia el pasillo antes de que yo pudiera terminar la frase. Corrí tras él y le agarré por el brazo.

—¡Kevin!

Se detuvo, me miró como si fuera una extraña que había osado ponerle las manos encima.

—Kevin, no puedes volver de repente, igual que tampoco te puedes ir de repente. Todo lleva su tiempo. Al cabo de un rato todo empieza a encajar.

Pero su expresión no cambió.

Le cogí la cara entre las manos y le miré a los ojos, verdaderamente fríos en ese momento.

—No sé cómo habrá sido para ti, que has estado fuera tanto tiempo y no podías controlar de ningún modo tu regreso —dije—. No lo sé, pero puedo imaginármelo. Lo que sí sé... es que yo no quería seguir viva cuando vi que podía regresar dejándote allí para siempre. Pero ahora que estás aquí...

Se apartó de mí y salió de la habitación. La expresión de su cara me recordaba algo que había visto, que estaba acostumbrada a ver, en Tom Weylin. Algo oscuro y feo.

No fui tras él cuando salió del despacho. No sabía qué hacer para ayudarlo y no quería mirarle y ver en él cosas que me recordaran a Weylin. Pero fui al dormitorio y lo encontré allí.

Estaba de pie junto a la cómoda mirando una fotografía suya. De él como era antes. Siempre había detestado que le hicieran fotos, pero yo le había convencido para hacerle aquella: un primer plano de un rostro joven con el pelo abundante, aunque gris, cejas oscuras, ojos claros...

Temí que tirase al suelo la fotografía y la rompiera como había intentado hacer con el afilalápices. Se la quité. No opuso resistencia y volvió a mirarse en el espejo de la cómoda. Se pasó una mano por el pelo, aún abundante y gris. No creo que fuera a quedarse calvo nunca. Pero había envejecido: aquel rostro joven había cambiado más de lo que era posible deducir por las líneas que lo surcaban o por la barba.

—¿Kevin?

Cerró los ojos.

—Déjame solo un momento, Dana —dijo suavemente—. Necesito estar solo y habituarme..., habituarme otra vez a las cosas.

De repente oímos algo: un sonido fuerte, como un golpe que hizo temblar la casa, y Kevin dio un respingo y se pegó a la cómoda mirando asustado a su alrededor.

—Es un avión que ha pasado por aquí encima —le dije.

Me lanzó una mirada que casi parecía de odio, pasó junto a mí, se metió en su despacho y cerró la puerta.

Le dejé en paz. No sabía qué más hacer, no sabía siquiera si podía hacer algo más. Quizá tendría que decírmelo él. Quizá le pasaba algo que solo el tiempo podía arreglar. Quizá ni lo uno ni lo otro. Sentí una impotencia enorme al mirar hacia el pasillo y ver su puerta cerrada. Al final me fui a dar un baño y me dolió todo tanto

que no pude pensar en otra cosa durante un buen rato. Luego miré en la bolsa vaquera, metí una botella de antiséptico, el frasco grande de Excedrin de Kevin y una vieja navaja que podía sustituir a la automática. Era grande y seguramente igual de letal que la que había perdido, pero no podía manejarla con tanta ligereza, por lo que sorprender a mi oponente con ella era más complicado. Pensé en llevar algún cuchillo de cocina en lugar de la navaja, pero me pareció que para ser efectivo tendría que ser de un tamaño muy difícil de ocultar. Aunque lo cierto era que, en mi caso, ningún cuchillo había sido muy efectivo hasta el momento. Pero llevarlo me hacía sentirme más segura.

Eché la navaja a la bolsa y metí una pastilla nueva de jabón, más pasta de dientes, algo de ropa y unas cuantas cosas más. Volví a pensar en Kevin. ¿Me estaba culpando de aquellos cinco años que había perdido? Aunque no lo hiciera en ese momento, ¿lo haría cuando volviera a intentar escribir? Porque lo intentaría. Escribir era su trabajo. Me pregunté si había escrito algo en aquellos cinco años o, más bien, si había logrado publicar algo. Estaba segura de que habría estado escribiendo. No podía imaginarnos, a ninguno de los dos, sin escribir nada en cinco años. Quizá había estado escribiendo un diario o algo así. Había cambiado. En cinco años era inevitable. Pero los mercados para los que él escribía no habían cambiado. Quizá pasaría una época de frustración y quizá me culparía a mí de ello.

Me puse un vestido suelto y fui a la cocina a ver qué podía preparar de comida, si conseguía hacer comer algo a Kevin. Las chuletas que había puesto a descongelar hacía más de dos meses aún tenían hielo. ¿Cuánto tiempo habíamos estado fuera? ¿Qué día era? Por algún motivo, ninguno de los dos nos habíamos molestado en comprobarlo.

Puse la radio y di con una emisora nueva de noticias. Estaban en mitad de una crónica sobre la guerra de Líbano. Se había recrudecido. El presidente estaba ordenando la evacuación de todos los norteamericanos que no fueran funcionarios del Gobierno. A mí me sonaba que había ordenado eso mismo el día que Rufus me llamó. Un momento después, el locutor dijo la fecha y se confirmó lo que pensaba: yo solo había estado fuera un par de horas y Kevin ocho días. El año 1976 no había seguido su andadura sin nosotros.

Cambiaron de noticia: ahora hablaban de Sudáfrica, de las revueltas de los negros que se estaban produciendo allí y de un sinnúmero de muertes en los enfrentamientos con la policía. Protestaban contra las políticas del Gobierno supremacista blanco.

Apagué la radio e intenté preparar la comida en paz. Siempre me había parecido que los blancos sudafricanos habrían sido muy felices viviendo en el siglo XIX o en el XVIII. De hecho, vivían en el pasado en cuanto a las relaciones con otras razas se refería. Disfrutaban de todas las comodidades gracias al gran número de negros a los que despreciaban y mantenían bajo la suela de su zapato, viviendo en la pobreza. Allí Tom Weylin se habría sentido como en casa.

Al cabo de un rato el olor de la comida hizo salir a Kevin del despacho. Pero comió en silencio.

—¿No puedo ayudarte?

—¿Ayudarme a qué?

Su voz tenía un matiz que me causó cierto recelo. No respondí.

—Estoy bien —respondió de mala gana.

—No, no estás bien.

Soltó el tenedor.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera esta vez?

—Unas horas. O algo más de dos meses. Escoge la opción que prefieras.

—Había un periódico en mi despacho y lo he estado leyendo. No sé de cuándo es, pero...

—Es de hoy. Llegó la última vez que Rufus me llamó, por la mañana. Es decir, esta mañana, si hacemos caso al calendario. El 18 de junio.

—No importa. He estado leyendo ese periódico y la mayor parte del tiempo no tenía ni idea de qué hablaba.

—Ya te lo he dicho. La confusión no se va de pronto. En mi caso tampoco.

—Fue estupendo volver a casa, al principio.

—Claro que fue bueno. Lo sigue siendo.

—No lo sé. No sé nada.

—Tienes demasiada prisa. Tú... —Me detuve, me di cuenta de que me estaba balanceando un poco—. Ay, Dios, ¡no!

—Supongo que sí —dijo Kevin—. ¿Cuánto les llevará reajustarse a los que salen de la cárcel?

—Kevin, ve a por mi bolsa. La he dejado en el dormitorio.

—¿Qué? ¿Por qué...?

—¡Ve, Kevin!

Lo entendió por fin y fue a buscarla. Yo me quedé sentada, quieta, rogando que volviera a tiempo. Sentí las lágrimas corriendo por las mejillas. Tan pronto, otra vez... ¿Por qué no podía pasar solo unos días con él, unos cuantos días de paz en mi casa?

Sentí que algo me pesaba en las manos y lo agarré. Mi bolsa. Abrí los ojos y la vi: un borrón azul. Y luego otro borrón de mayor tamaño: era Kevin, que estaba a mi lado. Tuve miedo de pensar lo que iba a hacer.

—¡Apártate, Kevin!

Dijo algo, pero de pronto había mucho ruido y dejé de oírle a él. No habría podido oírle... aunque hubiera estado allí.

Había agua, llovía, me caía encima. Estaba sentada en el barro, aferrada a mi bolsa.

Me levanté intentando cubrir mi bolsa como pude, así tendría algo de ropa seca para cambiarme. Apesadumbrada, miré buscando a Rufus.

No le encontré. Forcé los ojos para ver a través de la luz grisácea del día, observé el entorno hasta que me di cuenta de dónde estaba. Vi a lo lejos la rotunda casa familiar de los Weylin, la luz amarilla en una de las ventanas. Al menos esta vez no me tocaría andar mucho. Con esa tormenta, era de agradecer. Pero ¿dónde estaba Rufus? Si tenía algún problema y estaba dentro de la casa, ¿por qué yo había llegado allí fuera?

Me encogí de hombros y comencé a andar hacia la casa. Si estaba allí, era absurdo perder el tiempo buscándolo fuera. Aunque más no podía mojarme ya.

Tropecé con él.

Estaba echado boca abajo en un charco tan profundo que el agua casi le cubría la cabeza. Boca abajo.

Le agarré y tiré de él para sacarle del agua; le llevé hasta un árbol que nos cobijaría un poco de la lluvia. Un instante después empezaron los truenos y cayó un rayo, y le arrastré inmediatamente lejos del árbol. Con la habilidad que tenía Rufus para atraer la desgracia, no quería arriesgarme.

Estaba vivo. Cuando le moví se vomitó encima y me vomitó a mí. Yo casi hago lo mismo. Empezó a toser y a murmurar algo y me di cuenta de que estaba borracho o enfermo. Probablemente borracho. Pesaba mucho. No parecía más grande que cuando le vi por última vez, pero estaba empapado y empezaba a forcejear débilmente.

Le fui arrastrando hacia la casa mientras estuvo tranquilo, hasta que le dejé caer, enfadada, y seguí sola. Quizá alguien más fuerte y más tolerante que yo pudiera arrastrarle o acarrearle el resto del trayecto.

Abrió la puerta Nigel, que se quedó mirándome atónito.

—¿Quién diablos...?

—Soy Dana, Nigel.

—¿Dana? —Se puso alerta—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el señorito Rufus?

—Ahí fuera, pesa demasiado para mí.

—¿Dónde?

—¡Maldita sea! —dije entre dientes—. ¡Vamos!

Le llevé hasta el bulto gris al que había quedado reducido Rufus, aún boca arriba.

—Míralo —dije—. Me ha vomitado encima.

Nigel cogió a Rufus como si fuera un saco, se lo echó al hombro y regresó a la casa con zancadas tan largas que tuve que correr para seguir sus pasos. Rufus volvió a vomitar en la espalda de Nigel, pero este no hizo caso. La lluvia los lavó a los dos bastante bien antes de llegar a la casa.

Cuando entramos, Weylin ya estaba bajando las escaleras. Se detuvo al vernos.

—¡Tú! —dijo mirándome fijamente.

—Hola, señor Weylin —dije yo abatida.

Estaba encorvado y envejecido, y más delgado que nunca. Iba con un bastón.

—¿Está bien Rufus? ¿Está...?

—Está vivo —respondí—. Le encontré inconsciente, tumbado boca abajo en un charco. Un poco más y se ahoga.

—Supongo que por eso estás aquí. —El viejo miró a Nigel—. Llévale a su habitación y déjale en la cama. Dana, tú...

Se detuvo, me miró y se fijó en mi vestido empapado, chorreando y —para él— de un largo impúdico: era como esas prendas tipo faldón que los niños pequeños de ambos sexos solían llevar antes de alcanzar la edad necesaria para trabajar. Estaba claro que ofendía a Weylin más de lo que lo habían hecho los pantalones que llevé otras veces.

—¿No tienes nada decente que ponerte?

Miré la bolsa empapada.

—Algo decente, puede. Pero probablemente no estará seco.

—Ponte lo que tengas y ven a la biblioteca.

Querrá hablar conmigo, pensé. Justo lo que necesitaba para terminar aquel día tan agitado. Weylin no me hablaba normalmente, salvo para darme órdenes. Cuando lo hacía, solía ser demoledor. Y había tantas cosas que yo no podía decir que se ofendía fácilmente.

Fui tras Nigel escaleras arriba y luego me dirigí al ático por las escalerillas angostas, como las de un barco. Mi antiguo rincón estaba vacío, así que dejé allí la bolsa y rebusqué dentro. Encontré una camisa casi seca y unos Levi's que solo se habían mojado un poco por el borde de la pernera. Me sequé, me cambié, me peiné y extendí la ropa mojada para que se secara. Luego bajé a ver a Weylin. Había aprendido a no preocuparme por lo que dejaba en el ático, aunque los criados de la casa husmearan en la bolsa. Lo sabía porque había sorprendido a más de uno en alguna ocasión. Pero nunca faltó nada.

Atravesé la puerta de la biblioteca con cierta aprensión.

—Estás tan joven como siempre —dijo Weylin con amargura cuando me vio.

—Sí, señor.

Manifestaría mi acuerdo con todo lo que dijera, si eso me libraba de él antes.

—¿Qué te ha ocurrido ahí? En la cara.

Me toqué la cicatriz.

—Es de la patada que me dio usted, señor Weylin.

Estaba sentado en un sillón viejo y desgastado, pero se levantó con el impulso de un crío y empuñaba el bastón como si hubiera sido una espada roma de madera.

—¿Qué dices? Hace seis años que no te veo.

—Sí, señor.

—¡Pues eso!

—Para mí solo han sido unas horas.

Pensé que Rufus y Kevin le habían contado lo suficiente para que lo pudiera entender, lo creyera o no. Y quizá lo entendía. Pero pareció enfadarse aún más.

—¿Quién demonios dijo una vez que eras una negra con estudios? No eres capaz ni de decir una mentira como es debido. ¡Seis años para mí también son seis años para ti!

—Sí, señor.

¿Por qué se molestaba en preguntarme nada? ¿Por qué me molestaba yo en responderle?

Se volvió a sentar y se inclinó hacia delante, con una mano apoyada en el bastón. Al hablar, sin embargo, sentí que su voz se habla dulcificado.

—¿Y ese Franklin volvió bien a casa?

—Si, señor.

¿Qué pasaría si le preguntara dónde pensaba él que estaba esa casa? Pero no lo hice. Fuese lo que fuese, al menos había hecho una cosa decente por Kevin y por mí. Le miré a los ojos.

—Gracias.

—No lo hice por ti.

No pude contenerme más.

—Me importa muy poco por qué lo hiciera. Lo único que le estoy diciendo, como ser humano que habla con otro ser humano, es que estoy agradecida. Pero usted no puede dejarlo ahí.

El viejo se puso pálido.

—Te hacen falta unos buenos latigazos —dijo—. Seguramente no te los han dado en mucho tiempo.

No dije nada. Me di cuenta, sin embargo, de que si alguna vez volvía a pegarme, le rompería aquel cuello esquelético. No pensaba volver a soportarlo.

Weylin se recostó en el sillón.

—Rufus siempre decía que no sabías cuál era tu sitio, que eras como un animal salvaje —musitó—. Yo siempre dije que eras una negra loca, como todos los negros.

Me quedé mirándole.

—¿Por qué has vuelto a socorrer a mi hijo? —preguntó.

Me relajé un poco y me encogí de hombros.

—Nadie debería morir como él habría muerto. Tirado en una zanja, ahogándose en el barro, el *whisky* y su propio vómito.

—¡Para! —gritó Weylin—. ¡Yo mismo te daré correa! ¡Te voy a...!

Se quedó callado, intentando recuperar el resuello. Tenía la cara aún blanca como el papel. Si no recuperaba el control de sí mismo, se pondría enfermo.

Yo recuperé mi indiferencia.

—Sí, señor.

Y al cabo de un momento, él también recuperó el control. De hecho, su voz sonaba perfectamente calmada.

—Rufus y tú tuvisteis problemas la última vez que os visteis.

—Sí, señor.

Sin duda, tener a Rufus apuntándome con un rifle era claramente un problema.

—Espero que sigas socorriéndole. Sabes que, si lo haces, aquí siempre tendrás un hogar.

Sonreí un poco, a mi pesar...

—Ah, ¿sí? ¿Con lo mala negra que soy?

—¿Esa es la idea que tienes de ti misma?

Entonces me reí amargamente.

—No. Yo no suelo engañarme. Su hijo está vivo, ¿verdad?

—Eres bastante mala. Y no conozco a ningún hombre blanco que te soportara.

—Si usted mismo consigue soportarme de una manera un poco más humana, seguiré haciendo lo que esté en mi mano por el señorito Rufus.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que el día que me vuelvan a apalear, su hijo quedará a su albedrío.

Abrió mucho los ojos, sorprendido quizá. Luego comenzó a temblar. Nunca, hasta entonces, había visto a un hombre temblando de miedo.

—¡Le estás amenazando! —dijo tartamudeando—. ¡Por Dios que estás loca!

—Loca o cuerda, he dicho lo que quería decir.

La espalda y el costado me dolían como para avisarme, pero en aquel momento no sentía miedo. Él quería a su hijo, aunque se portara mal con él, y sabía que yo podía cumplir mis amenazas.

—Al ritmo que el señorito Rufus se mete en líos —dije—, podría vivir otros seis o siete años sin mí. Yo no contaría con más...

—¡Maldita perra negra! —Me amenazó con el bastón como si fuera un dedo extendido—. Si crees que te vas a librar solo por proferir amenazas... o dar órdenes...

Se volvió a quedar sin aliento. Le miré sin compasión, preguntándome si no estaría ya enfermo.

—¡Largo de aquí! —dijo jadeando—. Ve donde Rufus. Cuida de él. Si algo le sucede, te desuello viva.

Mi tía solía decirme cosas como esa cuando yo era pequeña y hacía algo que le enfadaba. «¡Niña! ¡Te voy a desollar viva!». Y cogía el cinturón de mi tío y me pegaba con él. Pero nunca se me había ocurrido que alguien pudiera amenazar con hacer eso literalmente, como estaba haciendo Weylin. Me dispuse a salir y le dejé allí antes de que se diera cuenta de que mi valor se había esfumado. Podía pedir ayuda a los vecinos, a los patrulleros, probablemente incluso al cuerpo de policía que hubiera en esa zona. Podía hacerme lo que le diera la gana, porque yo no tenía ningún derecho que él estuviera obligado a respetar. Ninguno en absoluto.

Rufus estaba enfermo otra vez. Cuando llegué a su dormitorio le encontré echado en la cama tiritando violentamente, mientras Nigel trataba de envolverle en una manta.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—Nada —dijo Nigel—. Serán otra vez las fiebres.

—¿Las fiebres?

—*Sip*. Ya las ha tenido otras veces. Pero se le pasa.

No me miró.

—¿Ha ido alguien a buscar al médico?

—El señor Tom no va nunca a buscar al matasanos por las fiebres. Dice que no hace más que sangrar y poner ventosas, purgar y hacer vomitar... Que pone a la gente peor de lo que estaba.

Tragué saliva, recordé al hombrecillo pomposo que tan mala impresión me había causado.

—¿Tan mal médico es, Nigel?

—A mí me dio un brebaje una vez que casi me mata. Y a partir de entonces al único médico que dejo que me vea cuando estoy malo es a Sarah. Al menos ella no da a los negros dosis para mulas.

Meneé la cabeza y me acerqué a la cama de Rufus. Tenía muy mal aspecto y parecía sentir dolor. Intenté pensar qué serían las fiebres. Había oído hablar de ellas antes, pero no recordaba cuándo ni dónde había leído algo al respecto.

Rufus me miró con los ojos enrojecidos y trató de sonreír, pero le salió una mueca que estaba lejos de ser agradable. Para mi sorpresa, aquel intento suyo me conmovió. No esperaba que me siguiera importando, salvo en lo relativo a mí o a mi familia. Y no quería que me importara.

—Idiota —le dije en voz baja.

Se hizo el ofendido.

Miré a Nigel, me pregunté si la enfermedad tenía tan poca importancia como él pensaba. ¿Pensaría lo mismo si estuviera allí, tumbado en la cama, con aquella tiritera?

Nigel estaba ahuecándose la camisa mojada. A él no le habían dado la oportunidad de cambiarse de ropa, como pude ver.

—Nigel, yo me quedo aquí sí quieres ir a secarte —le dije.

Me miró y me sonrió.

—Te fuiste hace seis años —dijo—. Hoy vuelves como si nada. Es como si no te hubieras ido.

—Cada vez que me voy, espero no volver nunca.

Asintió.

—Al menos pasas algún tiempo en libertad.

Aparté la mirada, me sentía extrañamente culpable de eso, sí. Cierto que pasaba algún tiempo en libertad. No era suficiente, pero sí probablemente más del que Nigel pasaría nunca. Entonces me picó algo en la oreja y olvidé la culpa. Al darme una palmada para espantarlo, me di cuenta al fin de lo que eran las fiebres.

Malaria.

Me pregunté torpemente si el mosquito que acababa de picarme sería portador de la enfermedad. En alguna de mis lecturas me había encontrado con abundante información sobre la malaria, pero nada me llevó a creer que fuera una dolencia tan insignificante como Nigel parecía pensar. Tal vez no era mortal, pero debilitaba a quien la padecía y era recurrente, con lo que las defensas ante otras enfermedades mermaban. Además, como Rufus estaba en ese momento expuesto a que le volvieran a picar los mosquitos, la enfermedad podía extenderse por toda la plantación, incluso fuera de ella.

—Nigel, ¿hay algo que podamos colgar aquí para que los mosquitos no se acerquen a Rufus?

—¡Mosquitos! Aunque tuviera veinte encima, no se daría cuenta.

—Él no, pero acabaríamos por darnos cuenta los demás.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Lo tiene alguien más?

—No lo creo. Hay algunos críos que están malos, no sé qué les pasa en la cara..., tienen un lado todo hinchado.

¿Paperas? Bien estaba.

—Bien. Vamos a ver si puedo evitar que esto se extienda. ¿Hay por aquí alguna red o lo que uséis por aquí que pueda servir de mosquitera?

—Sí, para los blancos. Pero...

—¿Me puedes traer un poco? Como tiene el dosel, podremos mantenerle cerrado ahí dentro.

—Dana, escúchame.

Le miré.

—¿Qué tienen que ver los mosquitos con las fiebres?

Parpadeé, le miré sorprendida. No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Los médicos de su tiempo no lo sabían, lo que probablemente significaba que Nigel no me creería cuando se lo dijera. Al fin y al cabo, ¿cómo podía algo tan diminuto como un mosquito causar una enfermedad a la gente?

—Nigel, tú sabes de dónde soy, ¿no?

Me dedicó una sonrisa que no era exactamente una sonrisa.

—De Nueva York no.

—No.

—Sé de dónde dijo el señorito Rufe que venías.

—Entonces, no te será difícil creerle. Me has visto irme a mi casa al menos una vez.

—Dos veces.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—No sabría decir. Si no hubiera visto... cómo te vas a casa, me habría figurado que no eres más que una negra chalada. Pero no he visto nunca jamás en la vida una persona que haga lo que tú hiciste. No quiero creerte, pero te creo.

—Bien. —Respiré hondo—. Allí, en el lugar de donde vengo, la gente ha aprendido que los mosquitos transmiten la malaria. Si pican a alguien que esté enfermo de malaria, cuando pican a otra persona que está sana se la contagian.

—¿Cómo?

—Chupan la sangre del enfermo y cuando pican a una persona sana le pasan parte de esa sangre. Igual que un perro rabioso cuando muerde a un hombre le contagia la rabia.

De microorganismos no podía ni hablarle. Nigel no solo no me creería, sino que además pensaría que estaba loca de remate.

—Dice el matasanos que hay algo en el aire que propaga la malaria, algo que sale de las aguas estancadas y de la basura. Miasma lo llamó él.

—Pues se equivoca. Se equivoca con los sangrados, las purgas y el resto. Se equivocó cuando te dio el medicamento que fuera y se equivoca ahora. Es un milagro que sobreviva alguno de sus pacientes.

—Yo he oído que es muy bueno y rápido cortando brazos y piernas.

Tuve que mirarle bien para saber si estaba haciendo una broma macabra, pero no.

—Consígueme la mosquitera —dije abatida—. Haremos lo que podamos para mantener a ese carnicero lejos de aquí.

Asintió y se fue. Yo me pregunté si me habría creído o no, aunque en realidad no importaba, porque a nadie le importaría adoptar una medida tan insignificante.

Miré a Rufus. Había dejado de tiritar y tenía los ojos cerrados. Su respiración era acompasada y creí que estaba dormido.

—¿Por qué sigues empeñado en matarte? —pregunté con suavidad.

Como no esperaba respuesta, me sorprendió oírle hablar en tono calmado.

—La mayor parte de las veces vivir no vale lo que cuesta.

Me senté junto a la cama.

—Nunca se me habría ocurrido pensar que de verdad quisieras morirte.

—No quiero. —Abrió los ojos, me miró, los volvió a cerrar, se los cubrió con las manos—. Pero si te dolieran los ojos, la cabeza y la pierna como me duelen a mí, tal vez no te pareciera tan mala idea.

—¿Te duelen los ojos?

—Cuando los muevo para mirar aquí y allá.

—¿Te han dolido otras veces cuando has tenido las fiebres?

—No. Y esto no son fiebres. Las fiebres son bastante malas. Ahora es como si se me fuera a caer la pierna. Y la cabeza...

Me asusté. Parecían aumentarle los dolores y se retorcía como si quisiera escapar de ellos, luego se estiraba rápidamente y se quedaba inmóvil, jadeando.

—Rufe, voy a llamar a tu padre. Si ve cómo estás, mandará a buscar al médico.

Parecía demasiado inmerso en su propio sufrimiento como para responder. Yo no quería dejarle solo hasta que regresara Nigel, aunque no sabía cómo ayudarlo. La cuestión se resolvió cuando Weylin entró en la habitación con Nigel.

—¿Qué es todo esto de que los mosquitos hacen a la gente enfermar de las fiebres? —preguntó en tono exigente.

—Puede que podamos olvidar ese asunto —respondí—. Esto no parece malaria..., las fiebres. Le duele mucho. Creo que debería llamar al médico.

—Contigo ya tiene bastante médico.

—Pero... —Me detuve, respiré hondo, me obligué a calmarme: Rufus gruñía a mi espalda—. Señor Weylin, yo no soy médico. No tengo ni idea de lo que tiene. Si hay posibilidad de conseguir ayuda profesional, usted debe hacerlo.

—¿Eso tengo que hacer? ¿Ahora?

—Puede que su vida esté en riesgo.

Los labios de Weylin formaban una línea recta y compacta.

—Si se muere, tú mueres. Y no va a ser una muerte dulce.

—Eso ya lo ha dicho antes. Pero me haga lo que me haga a mí, su hijo se muere. ¿Es eso lo que desea?

—Haz tu trabajo —dijo tercamente— y no se morirá. Tú eres distinta. No sé qué eres..., bruja o diablo, no me importa. Lo que seas..., devolviste a la vida a una muchacha negra la última vez que viniste y eso que no habías venido a ayudarla a ella. Vienes de la nada y te vuelves a la nada. Hace años hubiera jurado que no podía existir un ser como tú, no eres normal. Pero sientes dolor... y puedes morir. Recuerda eso y haz tu trabajo. Cuida de tu amo.

—Pero le digo...

Salió de la habitación y cerró la puerta.

4

Conseguimos la mosquitera y la instalamos, por si acaso. Nigel dijo que Weylin no tenía inconveniente en que la pusiéramos. Lo único que no quería era oír más tonterías sobre mosquitos. No le gustaba que le tomaran por tonto.

—Nunca le he visto temer a nada ni a nadie como te teme a ti —dijo Nigel—. Pero le creo más capaz de matarte que de admitirlo.

—No veo en él ningún signo de temor.

—Tú no le conoces como yo —dijo Nigel e hizo una pausa—. ¿Sería capaz de matarte, Dana?

—No lo sé. Quizá.

—Entonces será mejor que curemos al señorito Rufe. Sarah tiene una especie de tisana que..., bueno, va bien para las fiebres. Igual va bien para lo que tenga el señorito Rufe.

—¿Querías pedirle que nos hirviera una olla?

Asintió y se fue.

Sarah subió con Nigel a traer la tisana a Rufus y a verme a mí. Parecía muy mayor: tenía el pelo canoso y arrugas en la cara. Andaba cojeando.

—Se me cayó una tetera en el pie —me dijo—. No pude andar por un tiempo.

Me dio la sensación de que todo el mundo estaba envejeciendo, todos me adelantaban. Me trajo un poco de carne asada con pan para comer.

En aquel momento Rufus tenía fiebre. No quería tomar la tisana, pero yo le obligué y le amenacé hasta que se la tragó. Nos quedamos allí esperando. Entonces empezó a dolerle la otra pierna. Tenía molestias en los ojos, pues le dolían si los movía y no podía evitar seguir los movimientos de Nigel y los míos por la habitación. Se los cubrí con un paño húmedo y eso pareció aliviarle. Aún le dolían mucho las articulaciones de los brazos y de las piernas..., le dolía todo. Yo deseaba poder aliviarle el dolor, así que cogí una vela y subí al ático a por mi bolsa. Llegué justo a tiempo: una niña pequeña había cogido el frasco de Excedrin y estaba intentando destapararlo. Me asusté mucho. Podía haber cogido los somníferos... El ático no era un lugar tan seguro como yo había pensado.

—No, cariño. Dame eso.

—¿E' tuyo?

—Sí.

—¿E' caramelo?

Dios bendito.

—No. Son medicinas. Medicinas que saben asquerosas.

—Aaaagg —dijo y me devolvió el frasco.

Regresó a su jergón, junto a otra criatura. No me eran familiares. Me pregunté si habrían vendido a los dos niños que había antes allí o si los habrían enviado a la plantación.

Cogí el Excedrin, las aspirinas que quedaban y los somníferos y me los llevé. Tendría que guardarlos en algún sitio, quizá en la habitación de Rufus. Si no, alguno de los críos acabaría por descubrir cómo se quitaba el tapón de seguridad.

Cuando regresé Rufus se había quitado el paño húmedo y estaba hecho un ovillo, por el dolor. Nigel estaba tumbado en el suelo junto a la chimenea y se había quedado dormido. Podía haberse ido a su cabaña, pero me preguntó si quería que se quedara, ya que era la primera noche que yo pasaba allí, y le dije que sí.

Disolví tres aspirinas en agua e intenté que Rufus la bebiera. Pero ni siquiera abría la boca. Así que desperté a Nigel, que le sujetó mientras yo le tapaba la nariz y cuando abrió la boca para respirar le metí aquel líquido de sabor desagradable. Rufus nos maldijo a los dos, pero al cabo de un rato empezó a sentirse mejor. Aunque no duró mucho.

Fue una noche muy mala. Casi no conseguí pegar ojo, como tampoco lo conseguiría durante los seis días y seis noches siguientes. Lo que quiera que tuviera Rufus era algo terrible: los dolores eran constantes, tenía fiebre —en una ocasión tuve que pedirle a Nigel que le sujetara mientras yo le ataba para impedir que se autolesionara— y tuve que darle muchas aspirinas. Demasiadas, aunque no tantas como él quería. Le obligué a tomar caldo, sopa, zumos de fruta y verdura licuada. No los quería. Nunca quería comer, pero tampoco quería que Nigel le sujetara. Así que comió.

De vez en cuando venía Alice a relevarme. Igual que Sarah, parecía mayor. Y su aspecto se había endurecido. Parecía la hermana mayor de la niña que yo había conocido, pero fría y amargada.

—La gente la trata mal por el señorito Rufe —me dijo Nigel—. Se figuran que, si a estas alturas sigue con él, será porque le gusta.

Y Alice dijo despectivamente:

—¿A quién le importa lo que piense un puñado de negros?

—Ha perdido dos niños —me dijo Nigel—. Y el que le queda es enfermizo.

—Niños blancos —dijo Alice—. Se parecen más a él que a mí. Joe tiene hasta el pelo rojo.

Joe era el único superviviente. Casi grité cuando supe aquello. Nada de Hagar, por el momento. Estaba ya tan cansada de aquel ir y venir... Quería que todo terminara. No era capaz siquiera de sentir compasión por la amiga que había luchado por mí y me había cuidado cuando estaba herida. Estaba demasiado ocupada sintiendo lástima de mí misma.

Al tercer día le bajó la fiebre. Rufus estaba débil y había perdido varios kilos de peso, pero parecía tan aliviado por la desaparición de la fiebre y del dolor que lo demás no le importaba. Pensó que estaba mejorando. Pero no era así.

Volvieron la fiebre y el dolor durante otros tres días. Le salió un sarpullido que le picaba y que empezó a descamarse.

Al final se puso bien y no recayó. Yo rezaba para que cualquiera que fuese la enfermedad que había tenido no me la hubiera contagiado y para no tener que cuidar a nadie más que la sufriera. Al cabo de unos días sus peores síntomas habían desaparecido y a mí se me permitió dormir en el ático. Me derrumbé, agradecida, en el jergón que Sarah me había preparado allí, que me pareció la cama más blanda del mundo. No me desperté hasta muy entrada la mañana siguiente, después de horas de sueño ininterrumpido. Estaba todavía un poco atontada cuando llegó Alice corriendo escaleras arriba y entró en el ático a buscarme.

—El señor Tom está enfermo —dijo—. El señor Tom quiere que vayas.

—Ay, no —farfullé—. Dile que mande a buscar al médico.

—Ya han ido. Pero el señor Tom tiene mucho dolor en el pecho.

Fui captando el significado de aquello poco a poco.

—¿Dolor en el pecho?

—*Sip*. Vamos, están en la salita.

—Dios mío, parece un infarto. No puedo hacer nada.

—Pero ven. Quieren que vayas.

Me metí el pantalón y la camisa al tiempo que me ponía en marcha. ¿Qué quería de mí aquella gente? ¿Que hiciera magia? Si a Weylin le había dado un infarto, se iba a recuperar o a morir sin mi ayuda.

Corrí escaleras abajo y entré en el salón donde estaba Weylin echado en el sofá, tan quieto y callado que me dio mala espina.

—¡Haz algo! —suplicó Rufus—. ¡Ayúdale!

Su voz era tan débil y floja como su aspecto. La enfermedad le había pasado factura. Me pregunté cómo habría llegado hasta allí.

Weylin no respiraba y yo no le encontraba el pulso. Durante un momento le miré fijamente sin decidirme, asqueada. No deseaba volver a tocarle, no digamos ya hacerle la respiración artificial. Entonces, venciendo mi desagrado, comencé a hacerle el boca a boca y un masaje cardíaco... ¿Cómo lo llamaban? Reanimación cardiopulmonar. Yo conocía el nombre y había visto en la televisión cómo lo hacían. Más allá de eso, lo ignoraba todo al respecto. Ni siquiera sabía por qué estaba intentando salvar a Weylin. No se lo merecía. Y yo no sabía si la RCP podía servir de algo en una época en la que uno no podía llamar a una ambulancia ni a nadie que se encargara de Weylin una vez que yo lograra que volviera a respirar... algo que no sabía si podría conseguir.

No pude.

Al final me rendí. Me volví y vi a Rufus en el suelo, a mi lado. No sabía si se había sentado o se había caído, pero me alegré de que estuviera allí.

—Lo siento, Rufe. Está muerto.

—¿Le has dejado morir?

—Estaba muerto cuando llegué. Traté de devolverle a la vida, igual que hice contigo cuando te estabas ahogando. Pero esta vez no lo he conseguido.

—Le has dejado morir.

Su voz era la de un niño que está a punto de echarse a llorar. La enfermedad le había debilitado tanto que pensé que acabaría llorando. Incluso la gente sana llora o dice cosas irracionales cuando mueren sus padres.

—He hecho lo que he podido, Rufe. Lo siento.

—¡Vete al infierno! ¡Maldita seas, le has dejado morir!

Intentó lanzarse sobre mí, pero solo consiguió caerse. Fui a ayudarlo, pero me detuve cuando intentó apartarme de un empujón.

—Di a Nigel que venga —susurró—. ¡Ve a buscarle!
Me puse en pie y fui a buscar a Nigel. Al salir, oí a Rufus que decía una vez más:
—Le has dejado morir sin más.

5

Las cosas estaban sucediendo demasiado deprisa para mí. Casi me alegré de que me mandaran de nuevo a trabajar con Sarah y Carrie, y de que Rufus me ignorase. Necesitaba tiempo para ponerme al día conmigo misma y con la vida en la plantación. Carrie y Nigel tenían ya tres hijos y él no me lo había dicho. El pequeño tenía dos años y no se había dado cuenta de que yo no lo sabía. Una vez estaba con él viéndoles jugar.

—Es bueno tener niños —dijo en tono suave—. Es bueno tener hijos varones. Pero es tan duro ver cómo se convierten en esclavos...

Conocí al pequeño de Alice, con su piel clara, y comprobé con alivio que, a pesar de lo que había dicho, era obvio que adoraba al niño.

—Sigo pensando que cualquier día me despierto y me lo encuentro frío, como a los otros —me dijo una vez en la cocina.

—¿De qué murieron? —pregunté.

—De fiebres. Vino el médico y los sangró y los purgó, pero dio igual. Se murieron de todas maneras.

—¿Sangró y purgó a unos niños de meses?

—Tenían dos y tres años. Dijo que así se cortaría la fiebre. Y sí, se cortó. Pero ellos..., ellos se murieron igual.

—Alice, si yo fuera tú, no dejaría que ese hombre se acercara a Joe.

Miró a su hijo, que estaba sentado en el suelo de la cocina comiendo gachas con un poco de leche. Tenía cinco años y parecía casi blanco, a pesar de lo oscura que era la piel de Alice.

—Tampoco quise que se acercara a los otros dos —dijo Alice—. Pero el señorito Rufe le mandó llamar... Le mandó llamar y a mí me obligó a dejarle... que matara a mis niños.

La intención de Rufus había sido buena. Incluso la intención del doctor había sido buena. Pero Alice solo vio que sus hijos estaban muertos y culpaba a Rufus. Precisamente fue Rufus quien me enseñó a mí esa actitud.

Al día siguiente de enterrar a Weylin, Rufus, decidió castigarme por haber dejado morir al viejo. Yo no sabía si, en el fondo, él mismo se lo creía. Quizá solo necesitaba herir a alguien. Cuando se enfadaba la tomaba con los demás, yo ya lo había presenciado varias veces.

A la mañana siguiente del funeral envió al capataz de entonces un hombre fornido de nombre Evan Fowler a la cocina a buscarme. A Jake Edwards le habían despedido o se había ido él durante mis seis años de ausencia. Fowler vino a decirme que iba a trabajar en la plantación.

No me lo creí, ni siquiera cuando aquel hombre me sacó a empujones de la cocina. Pensé que no era más que otro Jake Edwards marcando su territorio. Pero fuera estaba Rufus esperando, observando. Le miré a él y luego a Fowler.

—¿Es esta? —preguntó Fowler a Rufus.

—Esa es —respondió Rufus.

Y se fue hacia el edificio principal.

Estupefacta, cogí un cuchillo en forma de hoz para cortar maíz que Fowler me puso en la mano y me dejé pastorear hasta el campo de maíz. Pastorear. Fowler cogió su caballo y fue montado, un poco por detrás de mí, mientras yo caminaba. El campo de maíz no estaba donde yo lo había dejado, parecía que en aquel tiempo los agricultores ya practicaban alguna forma de rotación de cultivos. A mí no es que me importara eso, pero... ¿qué iba a hacer yo en un campo de maíz?

Me volví a mirar a Fowler.

—Nunca he hecho este trabajo —le dije—. No sé hacerlo.

—Aprenderás —dijo él y se rascó el omóplato con el mango del látigo.

Comencé a darme cuenta entonces de que tenía que haberme resistido. Tenía que haberme negado a que Fowler me llevara hasta allí, donde solo otros esclavos podían ver lo que pudiera pasarme. Pero era demasiado tarde. Aquel no iba a ser un buen día.

Había esclavos por todas partes, largas hileras de plantas de maíz de las que ellos cortaban los tallos con un movimiento del cuchillo que parecía un *swing* de golf. Trabajaban dos esclavos en cada hilera, avanzando uno frente a otro. Luego ponían todos los tallos que habían cortado en un sitio todos juntos y formaban con ellos un haz. Parecía fácil, pero sospeché que aquel día sería agotador.

Fowler desmontó y señaló una hilera.

—Corta como ellos —dijo—. Haz lo que hacen ellos. Ahora, a trabajar.

Y me empujó hacia la hilera. Había alguien en el otro extremo de la hilera que venía hacia mí. Alguien fuerte que trabajaba rápido. Eso esperaba, porque yo no creía poder ser ni fuerte ni rápida al principio. Esperaba que todas las veces que había tenido que lavar y frotar en casa, en la fábrica y en el almacén me hubieran hecho lo bastante fuerte como para sobrevivir, aunque solo fuera eso.

Levanté el cuchillo y corté el primer tallo. Se combó, porque lo había cortado solo a medias.

En ese momento Fowler me dio un latigazo en la espalda.

Grité, tropecé, me giré para hacerle frente sin soltar el cuchillo. Pero no le impresioné y me dio con el látigo en el pecho.

Caí de rodillas y me doblé de dolor. Me corrían las lágrimas por la cara. Ni Tom Weylin había pegado a una esclava de aquella manera..., como tampoco había

pegado a un esclavo en la entrepierna. Pero Fowler era un animal. Le miré, dolorida y llena de odio.

—¡Levántate! —dijo.

No podía. No pensaba que hubiera nada en el mundo que pudiera hacerme levantar en aquel momento. Hasta que vi a Fowler levantar de nuevo el látigo.

Entonces, no sé cómo, me levanté.

—Haz lo que hacen los otros —dijo—. Corta cerca del suelo. Y corta fuerte.

Agarré el cuchillo y me sentí mucho más dispuesta a cortarle a él.

—Muy bien —dijo—. Inténtalo y hazlo. Pensé que eras lista.

Era un tipo corpulento. No me había parecido muy rápido, pero era fuerte. Tenía miedo de abordarle y no hacerle el daño suficiente para impedir que me matara. Tal vez debía intentar que me matara. Tal vez así saldría por fin de aquel maldito agujero donde te castigaban por ayudar. Tal vez así volvería a mi casa..., aunque ¿en cuántos trozos? Fowler me quitaría el cuchillo y me apuntaría con él.

Me di la vuelta y, furiosa, empecé a cortar la primera planta, luego la siguiente. Detrás de mí, Fowler se rio.

—Parece que tienes algo de sesera, después de todo —dijo.

Me estuvo observando un rato, azuzándome para que me diera prisa, literalmente haciendo restallar el látigo. Cuando se marchó, yo estaba sudando, temblando. Me sentía humillada. Conocí a la mujer que faenaba en mi fila en sentido opuesto. Me dijo en un susurro:

—¡Ve más despacio! Tómate un respiro si tienes que hacerlo. Si hoy te matas a trabajar, te exigirá que te mates todos los días.

Parecía sensato lo que decía. Demonios, si seguía al ritmo que había llevado hasta entonces no llegaría viva a la noche. Me estaban empezando a doler los hombros.

Pero Fowler volvió cuando estaba recogiendo las plantas cortadas.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó en tono exigente—. Tenías que llevar ya la mitad de la siguiente fila.

Me agaché y me golpeó en la espalda.

—¡Muévete! Ya no estás en la cocina engordando tranquilamente. ¡Vamos!

Estuvo así todo el día. Volvía de repente, me gritaba, me ordenaba que acelerase sin importar cuánta prisa me estuviese dando, me maldecía, me amenazaba. No me pegó en todas las ocasiones, pero me tuvo constantemente alerta, porque no sabía cuándo esperar el golpe. Llegué a un punto en el que solo oírle llegar me aterraba. Y vi que cuando oía su voz daba un respingo, servil.

La mujer de mi fila volvió a hablarme.

—Siempre hace lo mismo cuando hay un negro nuevo. Les obliga a darse prisa para ver cómo trabajan. Luego, si van más despacio, los azota porque se han vuelto perezosos.

Me obligué a bajar el ritmo. No era difícil. No creía que los hombros pudieran dolerme más ni aunque hubieran estado fracturados. El sudor me corría por los ojos y

me estaban saliendo ampollas en las manos. Al poco tiempo, me resultaba más doloroso forzarme a trabajar que dejar que Fowler me pegara. Al poco tiempo, estaba tan cansada que ya no me importaba nada. El dolor era dolor. Al poco tiempo, solo quería tumbarme entre las hileras de maíz y no levantarme nunca.

Tropecé y me caí, me levanté y me volví a caer. Hasta que una vez me caí de bruces en el barro y no fui capaz de levantarme. Entonces cayó sobre mí una oscuridad que recibí encantada: podía estar volviendo a casa, muriendo o desmayándome. Me importaba poco. Me estaba escapando del dolor y eso era lo importante.

6

Cuando desperté, estaba tumbada boca arriba. Sobre mi cara flotaba otra, una cara blanca. Durante un momento de locura pensé que era Kevin, pensé que estaba en casa. Dije su nombre, impaciente.

—Soy yo, Dana.

La voz de Rufus. Seguía en el infierno. Cerré los ojos sin importarme lo que ocurriera después.

—Levántate, Dana. Te dolerá más si te llevo yo que si vas andando.

Aquellas palabras resonaron extrañas, como un eco en mi memoria. Kevin me había dicho algo parecido en una ocasión. Abrí los ojos de nuevo para comprobar si era Rufus.

Era él. Yo estaba todavía en el maizal, tirada en el barro.

—He venido a sacarte de aquí —dijo Rufus—. Demasiado tarde, por lo que veo.

Intenté ponerme en pie. Me tendió una mano para ayudarme, pero lo ignoré. Me sacudí un poco y le seguí, caminando junto a la hilera de maíz, hasta donde estaba su caballo. Desde allí fuimos los dos, montados, hasta la casa sin cruzar palabra. Ya en la casa, fui directa al pozo, cogí un cubo lleno de agua, lo subí al piso superior —no sé cómo— y me lavé, me puse antiséptico en las heridas nuevas y ropa limpia. Tenía un dolor de cabeza que acabó por llevarme a la habitación de Rufus, adonde fui a buscar el Excedrin. Rufus había terminado con las aspirinas.

Por desgracia, él estaba allí.

—Bueno..., no sirves de mucho en el maizal —dijo al verme—. De eso no hay duda.

Me detuve, me giré y le miré fijamente. Solo eso. Estaba sentado en la cama con la cabeza apoyada en el cabecero, pero se incorporó y me miró de frente.

—No hagas ninguna tontería, Dana.

—Tienes razón —dije sin alterarme—. Ya he hecho demasiadas. ¿Cuántas veces te he salvado la vida hasta el momento?

El dolor de cabeza me llevó derecha a su escritorio, donde había dejado el Excedin. Saqué tres pastillas. Nunca había tomado tantas. Nunca había necesitado tantas. Me temblaban las manos.

—Fowler te habría dado una buena tunda con el látigo si no le hubiera parado los pies —dijo Rufus—. Y no es la primera paliza de la que te salvo.

Tenía el Excedrin y me dispuse a salir de la habitación.

—¡Dana!

Me detuve y le miré. Estaba delgado y débil y tenía los ojos hundidos, marcas que le había dejado la enfermedad. Probablemente no habría podido llevarme en brazos hasta el caballo aunque lo hubiera intentado. Y ahora no podía impedir que me marchase. O eso pensé yo.

—Si te marchas y me dejas, Dana, dentro de una hora estás otra vez en el maizal.

Esta amenaza me sorprendió. Lo decía en serio. Volvería a mandarme a la plantación. Me quedé mirándole, ya no con ira, sino sorprendida. Y con miedo. Era capaz de hacerlo. Tal vez más tarde tuviera la ocasión de hacerle pagar por ello, pero en ese momento él podía hacer lo que le diera la gana. Hablaba igual que su padre. En ese momento parecía más su padre que él mismo.

—No se te ocurra volver a marcharte y dejarme aquí solo —dijo.

Por extraño que pareciera, estaba empezando a imprimir un leve tono de temor a sus palabras, que repitió despacio y con más énfasis.

—*No se te ocurra volver a marcharte y dejarme aquí solo.*

Me quedé donde estaba. Me estallaba la cabeza, pero la expresión de mi rostro era todo lo neutra que pude. Aún me quedaba algo de orgullo.

—¡Vuelve aquí! —dijo.

Me quedé inmóvil un momento y luego regresé a su escritorio y me senté. Cedió. Cualquiera parecido con su padre se desvaneció: volvía a ser él, quienquiera que fuera.

—Dana, no me obligues a hablarte así —dijo en tono de abatimiento—. Haz lo que te digo.

Meneé la cabeza, incapaz de pensar en algo sensato que decir. Y supongo que entonces cedí yo. Para mi vergüenza, me di cuenta de que casi estaba llorando. Necesitaba desesperadamente estar a solas. De alguna manera conseguí controlar el llanto.

Si se dio cuenta, no dijo nada. Recuerdo que todavía tenía las tabletas de Excedrin en la mano. Me las tomé, las tragué sin agua esperando que me hicieran efecto enseguida y que me calmaran un poco. Luego miré a Rufus y vi que se había echado de nuevo. ¿Qué tenía que hacer yo entonces? ¿Quedarme allí a verle dormir?

—No entiendo cómo te las puedes tragar así —dijo, palpándose la garganta. Hubo un largo silencio y luego otra orden—: ¡Dime algo! ¡Habla!

—¿Y si no? —pregunté—. ¿Qué vas a hacer? ¿Mandarás que me azoten por no hablarte?

Farfulló algo que no logré entender.

—¿Qué?

Silencio. Luego, una cascada de amargura por mi parte.

—Yo te he salvado la vida, Rufus. En varias ocasiones. —Hice una pausa para tomar aliento—. Y he intentado salvar la vida a tu padre. Sabes que lo hice. Sabes que yo no le maté ni le dejé morir.

Se revolvió incómodo, un poco dolorido.

—Dame un poco de esa medicina tuya —dijo.

Por alguna razón no le lancé el frasco. Me levanté y se lo acerqué.

—Ábrelo —ordenó—. No quiero enredarme con ese maldito tapón.

Lo abrí, le puse una tableta en la palma de la mano y volví a poner el tapón.

Rufus miró la tableta.

—¿Solo una?

—Estas son más fuertes que las otras —dije.

Quería que me durasen tanto como fuera posible. Quién sabía cuántas veces más me harían falta. Las que había tomado ya me estaban empezando a hacer efecto.

—Tú has tomado tres —dijo, petulante.

—Yo necesitaba tres. A ti no te han apaleado.

Apartó la mirada y se la metió en la boca. Sin embargo, tenía que mascar un poco la pastilla para poder tragársela.

—Estas saben peor que las otras —se quejó.

Yo le ignoré y volví a guardar el frasco en el escritorio.

—¿Dana?

—¿Qué?

—Sé que intentaste salvar a mi padre. Lo sé.

—Entonces, ¿por qué me mandaste al maizal? ¿Por qué me hiciste pasar por todo eso, Rufe?

Se encogió de hombros, avergonzado; se frotó los hombros. Tenía aún un montón de músculos doloridos, por lo que pude ver.

—Supongo que tenía que hacérselo pagar a alguien. Y me dio la impresión de que..., bueno, nadie se muere si tú le cuidas.

—Yo no hago milagros.

—No. Pero mi padre creía que sí. No le gustabas, pero pensaba que sabías sanar mejor que un médico.

—Pues no es así. A veces sé mejor no matar al enfermo que el propio médico, pero nada más.

—¿Matar?

—Yo no sangro ni purgo a nadie, no le saco del cuerpo las pocas fuerzas que le queden cuando más lo necesita. Y sé cómo mantener limpia una herida.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente para salvar alguna que otra vida por aquí, pero no lo es todo. Y sé algo de otras enfermedades. Algo. Nada más.

—¿Qué sabes de... una mujer que ha tenido problemas en el parto?

—¿Qué tipo de problemas?

Me pregunté si se referiría a Alice.

—No lo sé. El médico dijo que no iba a tener más hijos, pero los tuvo. Los niños murieron y ella estuvo a punto. Desde entonces no ha estado bien.

Supe de quién hablaba.

—¿Tu madre?

—Sí. Vuelve a casa. Quiero que tú te encargues de ella.

—¡Dios bendito, Rufe! No tengo ni idea de cómo tratar esas cuestiones. Créeme, ni idea.

¿Y si aquella mujer se moría estando a mi cuidado? ¡Me matarían a palos!

—Quiere volver a casa ahora que... Quiere volver a casa.

—Yo no puedo cuidar de ella. No sé cómo hacerlo. —Dudé—. A tu madre no le gusto, Rufe. Eso lo sabes tan bien como yo.

Me odiaba. Había convertido mi vida en un infierno por puro odio.

—No me fío de ninguna otra persona —dijo—. Carrie tiene su propia familia. Tendría que separarla de Nigel y de los niños...

—¿Por qué?

—Mi madre tiene que tener a alguien que esté con ella por la noche. ¿Y si necesita algo?

—¿Quieres decir que tendría que dormir en su habitación?

—Sí. Antes no lo necesitó nunca. Pero ahora... se ha acostumbrado a ello.

—No se acostumbrará a mí. Ya te lo digo: a mí no me querrá a su lado.

¡Que el cielo me asistiera!

—Yo creo que sí. Es mayor y no tiene tanta energía. Lo único que tienes que hacer es darle el láudano cuando haga falta y no te dará problemas.

—¿Láudano?

—Es su medicina. Ya no la tiene que tomar para el dolor, según dice tía May. Pero aún lo necesita.

No lo dudaba: ¡un opiáceo! Claro que lo necesitaba. Y yo iba a tener a mi cargo a una drogadicta. Una drogadicta que me odiaba.

—Rufe, ¿no podría Alice...?

—No.

Un no rotundo. Luego se me ocurrió que Margaret Weylin tenía más razones para odiar a Alice que para odiarme a mí.

—Alice va a dar a luz otra vez dentro de unos meses —dijo Rufus.

—Ah, ¿sí? Entonces, a lo mejor...

Cerré la boca, pero seguí pensándolo. A lo mejor este era Hagar. A lo mejor, por fin, tenía algo que ganar con mi presencia allí. Si por lo menos...

—A lo mejor ¿qué?

—Nada. No importa, Rufe. Te estoy pidiendo que no pongas a tu madre bajo mi cuidado, por su bien y por el mío.

Se frotó la frente.

—Ya lo pensaré, Dana. Y hablaré con ella. Quizá se acuerde de alguien que sí le guste. Pero ahora déjame dormir. Todavía estoy muy débil.

Me dispuse a salir.

—Dana.

—¿Sí?

¿Qué querría ahora...?

—Ve a leer un libro o algo. No trabajes más por hoy.

—¿Que vaya a leer un libro?

—Haz lo que te dé la gana.

En otras palabras, que lo sentía. Siempre lo sentía. Le habría sorprendido mucho que me negara a perdonarle. No lo entendería. Recordé, de pronto, cómo acostumbraba a hablar a su madre. Si no podía conseguir lo que quería de ella siendo amable, dejaba de ser amable. ¿Por qué no? Ella siempre le perdonaba.

7

Margaret Weylin me quiso a su lado. Estaba delgada, pálida y débil, y aparentaba más edad de la que tenía. Su belleza había dado paso a una especie de frágil levedad. Cuando nos volvieron a presentar, dio un sorbo de su botellita de líquido oscuro, marrón rojizo, y sonrió con aire benefactor.

Nigel la subió a su cuarto. Podía andar un poco, pero no podía subir las escaleras. Al rato quiso conocer a los niños de Nigel. Estuvo muy dulce con ellos. Nunca la había visto mostrar esa actitud ni siquiera hacia Rufus. Los niños de la plantación nunca le habían interesado, salvo que su marido fuera el padre. Entonces había mostrado por ellos una especie de interés negativo. Pero a los niños de Nigel les dio unos caramelos y a ellos les encantó esa mujer.

Quiso ver a otro esclavo —uno al que yo no conocía— y lloró un poco cuando le dijeron que lo habían vendido. Rebosaba de dulzura y caridad. A mí me asustaba un poco. No podía creerme que hubiera cambiado tanto.

—Dana, ¿todavía puedes leer como antes? —me preguntó.

—Sí, señora.

—Quería que vinieras tú porque recordaba lo bien que leías.

Mantuve una expresión neutra. Si ella no se acordaba de lo que había manifestado de mí y de cómo leía, yo sí.

—Léeme la Biblia —dijo.

—¿Ahora?

Ella acababa de terminarse el desayuno. Yo no había tomado nada todavía y tenía hambre.

—Ahora, sí. Léeme el sermón de la montaña.

Y así comenzó el primer día que pasé con ella. Cuando se cansó de oírme leer, pensó en otros quehaceres que darme: su colada, por ejemplo. No se fiaba de que se la hiciera otra. Me pregunté si se habría dado cuenta de que era Alice la que normalmente hacía la colada. Y había que limpiar. No se creyó que en su habitación se había barrido y limpiado el polvo hasta que me vio hacerlo a mí. No se creyó que Sarah sabía cómo quería que se le preparase la comida hasta que bajé, busqué a Sarah y se la llevé para recibir instrucciones. Tenía que hablar con Carrie y Nigel de la limpieza. Tenía que inspeccionar al niño y la niña que servían la mesa. En definitiva, tenía que demostrar que aquella era su casa y que había vuelto a tomar las riendas. La casa había seguido adelante sin ella durante años. Pero había vuelto.

Decidió enseñarme a coser. Yo tenía en casa una Singer antigua y sabía coser un poco..., lo suficiente para atender mis necesidades y las de Kevin. Pero me parecía que coser a mano, especialmente coser por placer, era una especie de tortura lenta. Margaret Weylin nunca me preguntó si quería aprender. Ella tenía que llenar el tiempo y mi obligación era ayudarla a llenarlo. Así que me pasé horas infinitas de tedio intentando emular sus puntadas diminutas, derechas, uniformes. A ella, sin embargo, solo le llevaba unos minutos romper lo que había hecho y soltarme un sermón, nunca demasiado amable, sobre lo mal que estaba.

Con el paso de los días aprendí a tomarme más tiempo del necesario cuando me enviaba a hacer recados. Aprendí a decir mentiras que me apartaran de ella cuando me sentía a punto de explotar. Aprendí a escuchar en silencio mientras ella hablaba y hablaba y hablaba, casi siempre de todas las cosas —siempre mejores— que había en Baltimore y no allí. Lo que nunca pude aprender fue a dormir en el suelo de su habitación y que me gustara, pero no permitió que llevaran la cama nido a la habitación. No veía qué había de malo en que yo durmiera en el suelo ni que fuese duro para mí: los negros siempre dormían en el suelo.

A pesar de ser tan pejuguera, Margaret Weylin se había suavizado. Ya no hacía gala de sus antiguos estallidos de mal humor. Quizá fuera el láudano.

—Eres una buena chica —me dijo un día que yo estaba sentada junto a su cama cosiendo una funda para algún mueble—. Mucho mejor de lo que eras antes. Alguien te habrá enseñado a comportarte.

—Sí, señora. —No me molesté en mirarla.

—Bien. Antes eras imprudente. No hay nada peor que un negro imprudente.

—Sí, señora.

Aquella mujer me deprimía, me aburría, me enfadaba, me volvía loca. Pero mientras estuve allí con ella la espalda se me curó del todo. El trabajo no era duro y ella nunca se quejaba de nada, salvo de mi costura. Nunca me amenazó ni mandó que me azotaran. Rufus dijo que estaba encantada conmigo. Aquello parecía sorprenderle también a él. Así que la soporté en silencio. Para entonces, yo ya había aprendido muchas cosas y sabía reconocer cuándo no me iba tan mal... O eso creía.

—Tendrías que verte —me dijo Alice un día que había ido a refugiarme a su cabaña, la que Rufus había mandado construir a Nigel justo antes de que diera a luz su primer hijo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—El señor Rufe te ha metido dentro el temor de Dios, ¿verdad?

—¿El temor de qué...? ¿De qué hablas?

—Vas por ahí haciendo los mandados de esa mujer como si la adorases. Y lo único que hizo falta para convencerte fue medio día en el maizal.

—Demonios, Alice, déjame en paz. Llevo toda la mañana escuchando bobadas. No me hacen falta las tuyas.

—Si no me quieres escuchar, largo de aquí. Ver cómo andas siempre lamiendo el culo a esa mujer haría vomitar a cualquiera.

Me puse en pie y fui a la cocina. Algunas veces era absurdo tratar de razonar con Alice y de nada servía señalar lo obvio.

En la cocina me encontré con dos esclavos de la plantación: uno joven con una pierna rota entablillada, que obviamente le estaba soldando mal, y uno viejo que ya no trabajaba gran cosa. Los oí hablar desde fuera.

—Yo sé que el señorito Rufe se deshará de mí en cuanto pueda —decía el joven—. No le sirvo de nada. Su padre ya se habría deshecho de mí.

—A mí no me comprará nadie —replicó el viejo—. Hace tiempo que me gasté. Es de los jóvenes de los que nos tenemos que preocupar.

Entré en la cocina y el joven, que tenía la boca abierta para intervenir en la conversación, la cerró de súbito y me lanzó una mirada hosca. El viejo se limitó a volver la espalda. Había visto a los esclavos hacerle eso a Alice, pero nunca me había percatado de que me lo hicieran a mí. De pronto la cocina se convirtió en un lugar tan hostil como minutos antes la cabaña de Alice. Si Carrie o Sarah hubieran estado allí, tal vez habría sido diferente. Pero no estaban. Salí de la cocina y fui hacia el edificio principal, sintiéndome muy sola.

Una vez dentro, me pregunté por qué me había ido de allí sin más en silencio. ¿Por qué no había replicado? Las acusaciones de Alice eran ridículas y ella lo sabía. Pero aquellos hombres... ni siquiera me conocían, no sabían si era o no leal a Rufus y a Margaret, no sabían de qué podía chivarme yo.

¿Me habrían creído si se lo hubiera dicho?

Sin embargo...

Fui hacia el vestíbulo y luego hacia la escalera caminando despacio, preguntándome por qué no había intentado defenderme. Intentarlo al menos. ¿Tan pronto me había acostumbrado a ser sumisa?

En el piso de arriba oí a Margaret Weylin golpear el suelo con la punta del bastón. No usaba el bastón para caminar, porque casi nunca caminaba; lo usaba para llamarme a mí.

Me di la vuelta y salí de nuevo de la casa. Fui al bosque. Necesitaba pensar. No tenía bastante tiempo para mí. Hubo un momento, Dios sabía cuánto hacía de aquello, en que temí guardar demasiada distancia entre mi yo y esa época ajena a mí. Ahora no había distancia. ¿Cuándo había dejado de actuar? ¿Por qué había dejado de actuar?

En el bosque me encontré con gente que venía hacia mí, varias personas. Iban por el camino y yo me encontraba a cierta distancia, hacia el interior del bosque. Me agaché entre los árboles, esperando a que pasaran. No estaba de humor para responder a las preguntas estúpidas e inevitables de algún blanco: «¿Qué haces aquí? ¿Quién es tu amo?».

Podía perfectamente haber respondido. No estaba cerca de la linde de las tierras de Weylin, pero por un rato quería ser mi propio amo. Había olvidado qué se sentía.

Pasó un blanco montado a caballo que llevaba dos docenas de negros encadenados de dos en dos. Encadenados. Llevaban esposas y collares de hierro con cadenas atadas a otra cadena central que discurría por entre las dos filas de esclavos. Tras ellos, varias mujeres atadas unas a otras por el cuello con una soga. Una cáfila de esclavos para vender.

Al final de la comitiva iba otro blanco a caballo con un revólver en el cinturón. Iban hacia la casa de Weylin.

De repente me di cuenta de que los esclavos a los que había visto en la cocina no estaban especulando en vano con la posibilidad de que los vendieran. Sabían que se avecinaba una venta. Eran esclavos de la plantación que nunca habían puesto los pies en la casa y lo sabían; yo, sin embargo, no había oído ni una palabra.

En los últimos tiempos Rufus pasaba el tiempo resolviendo asuntos de su padre o durmiendo. La debilidad que le había quedado cuando estuvo enfermo no le había abandonado aún. No tenía tiempo para mí. Apenas tenía tiempo para su madre. Pero tenía tiempo para vender esclavos. Tenía tiempo para imitar a su padre y parecerse cada vez más a él.

Dejé que la cáfila llegara a la casa antes que yo. Cuando yo llegué ya se habían añadido a aquellas filas tres esclavos: dos hombres, uno con expresión grave y el otro sollozando abiertamente, y una mujer que se movía como si fuera sonámbula. Cuando la vi de cerca, la mujer empezó a resultarme familiar. Me detuve casi sin querer saber quién era. Una mujer alta, de constitución fuerte, guapa.

Tess.

Solo la había visto dos o tres veces en este viaje. Seguía trabajando en los campos y sirviendo al capataz por las noches. No había tenido hijos, tal vez por eso la

vendían. O tal vez todo aquello era cosa de Margaret Weylin. Tal vez se había vengado de Tess, si se había enterado de que su marido estuvo interesado en ella.

Comencé a caminar hacia Tess y el blanco que acababa de pasarle una soga por el cuello y atarla a las otras me miró. Volvió la cara hacia mí, pistola en mano.

Yo me detuve, alarmada, confusa... No había hecho ningún movimiento amenazante.

—Solo quería decir adiós a mi amiga —le dije.

Por alguna razón, lo dije susurrando.

—Díselo desde ahí. Desde ahí te oye.

—¿Tess?

Estaba de pie con la cabeza baja, los hombros encorvados y un pequeño hatillo rojo en una mano. Tendría que haberme oído, pero creo que no lo hizo.

—Tess, soy Dana.

No levantó la cabeza.

—¡Dana!

La voz de Rufus. Llegaba desde las escaleras, donde estaba hablando con el otro blanco.

—Apártate de ahí. Entra en casa.

—¿Tess? —dije una vez más, instándola a que reaccionara.

Conocía mi voz, sin duda. ¿Por qué no levantaba la cabeza? ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué ni siquiera se movía? Era como si yo no existiera para ella, como si yo no fuese real.

Comencé a ir hacia ella, creo que habría llegado donde estaba y le habría quitado la soga del cuello. O eso o me habrían disparado. Pero en ese momento Rufus me alcanzó. Me agarró y me llevó a empellones a la casa, a la biblioteca.

—¡Quédate aquí! —ordenó—. ¡Quédate...!

Se detuvo, se cayó encima de mí y me agarró, no para que yo no me moviera, sino para mantenerse él en pie.

—¡Maldita sea!

—¿Cómo has podido?! —susurré cuando se enderezó—. Tess..., los demás...

—Son de mi propiedad.

Le miré fijamente, incrédula.

—¡Ay, Dios mío! —exclamé.

Se pasó una mano por la cara y se giró.

—Mira, esta venta la había arreglado mi padre antes de morir. Tú no puedes hacer nada, así que no te entrometas.

—¿O qué? ¿Me vas a vender a mí también? ¿Serías capaz!

Salió de la casa sin responder. Esperé un momento y luego me senté en la butaca desgastada de Tom Weylin y apoyé la cabeza en el escritorio.

Carrie me cubrió atendiendo a Margaret Weylin. Quería decírmelo cuando me vio subiendo de nuevo al piso de arriba. La verdad es que yo no sabía por qué iba al piso de arriba, pero no quería ver de nuevo a Rufus, no durante un rato. Y no tenía otro sitio adonde ir.

Carrie me paró en las escaleras. Me lanzó una mirada sentenciosa y luego me agarró del brazo y me llevó a su cabaña. No sabía qué tenía en la cabeza ni me importaba. Lo entendí cuando, con sus gestos, me explicó que había dicho a Margaret Weylin que yo estaba enferma. Entonces se agarró el cuello con los dedos índices y los pulgares de las dos manos y me miró.

—Ya lo he visto. Tess y otros dos —dije, tomando aire con dificultad—. Pensaba que ya no pasaban esas cosas en esta plantación. Creía que esa práctica había muerto con Tom Weylin.

Carrie se encogió de hombros.

—Ojalá hubiera dejado a Rufus tirado en el barro —dije—. Pensar que le salvé para que pudiera hacer cosas como esta...

Carrie me cogió de la muñeca y meneó la cabeza vigorosamente.

—¿Qué quieres decir? No vale la pena. Ya es un adulto y forma parte del sistema. Tenía algo de sentimiento hacia nosotros cuando su padre se encargaba de esto, cuando él mismo no era libre del todo. Pero ahora es él quien está a cargo de todo. Y estoy segura de que necesitaba hacer algo enseguida para demostrarlo.

Carrie volvió a agarrarse el cuello con las dos manos. Luego se acercó más y me agarró el cuello a mí. Al final se acercó a la cuna, en la que ya no cabía el más pequeño de sus hijos, y allí, simbólicamente, se agachó y volvió a hacer el mismo gesto con las manos, formando un círculo como para un cuello muy pequeño.

Luego se incorporó y me miró.

—¿Todo el mundo?

Asintió. Gesticuló mucho con los brazos, como si estuviera intentando reunir a una multitud en torno a sí. Y de nuevo las manos alrededor del cuello.

Asentí. Seguramente tenía razón. Margaret Weylin no podía llevar la plantación. Habría acabado vendiendo las tierras y a los esclavos. Y si hubiera seguido el ejemplo de Tom Weylin, los habría vendido sin tener en cuenta los lazos familiares.

Carrie se quedó mirando la cuna como si me hubiera leído el pensamiento.

—Estaba empezando a sentirme como una traidora —dije—. Me sentía culpable por haberle salvado. Ahora... no sé qué pensar. No sé cómo siempre acabo perdonándole lo que me hace. No soy capaz de odiarle hasta que veo lo que les hace a otros. —Meneé la cabeza—. Creo que ya sé por qué algunos piensan que soy más blanca que negra.

Carrie empezó a hacer gestos con las manos como para apartar esas palabras mías. Su expresión era de enfado. Se acercó a mí y me frotó una mejilla con los dedos, me frotó fuerte. Yo me retiré y ella mantuvo los dedos delante de mis ojos y me los mostró por un lado y por otro, Pero esta vez no logré entenderla.

Frustrada, me cogió la mano y me llevó adonde estaba Nigel cortando leña. Allí, delante de él, repitió el gesto de frotarme la cara con los dedos y él asintió.

—Dice que no se quita, Dana —explicó con dulzura—. El negro. Se enfada mucho con la gente que dice cosas de ti que no son verdad.

La abracé y me marché rápidamente para que no pudiera ver que iba llorando. Subí donde Margaret Weylin, que acababa de tomarse su láudano. Estar con ella, a veces, era como estar sola. Y estar sola era justo lo que necesitaba.

9

Evité a Rufus durante los tres días siguientes a la venta. Él me lo puso fácil: también me evitó. Al cuarto día fue a buscarme. Me encontró en la habitación de su madre diciendo: «Sí, señora» y cambiando su cama mientras ella esperaba, delgada y frágil, sentada junto a la ventana. Apenas comía. En más de una ocasión me había visto en la tesitura de obligarla a comer. Entonces me di cuenta de que aquello le gustaba. A veces se olvidaba de que ella era superior y quería ejercer de madre anciana. La madre de Rufus. Por desgracia.

Entró en la habitación y dijo:

—Dana, deja que Carrie termine. Tengo otra tarea para ti.

—Ay, ¿te la tienes que llevar ahora? —dijo Margaret—. Estaba...

—Luego te la volveré a mandar, mamá. Y en un minuto sube Carrie y termina de hacerte la cama.

Salí de la habitación en silencio, sin ganas de saber qué tendría en la cabeza Rufus.

—Ve a la biblioteca —dijo justo detrás de mí.

Me volví a mirarle, intenté calibrar de qué humor estaba. Pero me pareció cansado, nada más. Comía con apetito, normalmente el doble de lo que necesitaba, pero siempre tenía aspecto de cansado.

—Espera un momento —dijo.

Me detuve.

—¿Has traído más plumas de esas que llevan la tinta dentro?

—Sí.

—Coge una.

Subí al ático, donde aún tenía guardadas casi todas mis cosas. Esta vez había traído un paquete de tres bolígrafos, pero solo le llevé uno, por si le daba por gastar tinta como la vez anterior.

—¿Has oído hablar del dengue? —preguntó mientras bajaba la escalera.

—No.

—Bueno, según el matasanos del pueblo, eso es lo que tuve. Se lo conté a él. Dijo que no sabía cómo había sobrevivido sin sangrados y sin un buen vomitivo. Y dice que aún estoy débil porque no he echado fuera todos los venenos.

Era cierto que, tras morir su padre, no había parado de ir y venir al pueblo.

—Tú ponte en sus manos y, con un poco de suerte, se resolverán tus problemas y los míos —dije tranquilamente.

Frunció el ceño sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Absolutamente nada.

Se volvió y me agarró por los hombros con tanta fuerza que, seguramente, quería hacerme daño. No lo consiguió.

—¿Intentas decir que quieres que me muera?

Suspiré.

—Bueno..., si quisiera, te morirías, ¿verdad?

Silencio. Me soltó y entramos los dos en la biblioteca. Él se sentó en el viejo sillón de su padre y a mí me hizo un gesto indicándome que me sentara en una silla durísima —estilo Windsor— que había cerca. Era un avance: su padre siempre me había obligado a estar de pie delante de él como si fuera un escolar al que mandan al despacho del director.

—Si te pareció mal la venta, y te recuerdo que ya la había apalabrado mi padre, es mejor que tengas cuidado de que no me pase nada. —Se recostó en la butaca y me miró, abatido—. ¿Sabes lo que les pasaría a los esclavos de esta casa si yo muriera?

Asentí.

—Lo que me inquieta —añadí— es lo que les pasará si no mueres.

—No creerás que les voy a hacer nada, ¿verdad?

—Claro que les vas a hacer algo. Y yo tendré que mirar y recordar y decidir cuándo te has pasado de la raya. Y créeme, no tengo ganas de aceptar la responsabilidad.

—Tú misma te cargas con muchas responsabilidades.

—Pues no estaba en mis planes.

Murmuró algo inaudible y probablemente obsceno.

—Deberías estar en la plantación —añadió—. Solo Dios sabe por qué te saqué de allí. Habrías aprendido unas cuantas cosas.

—Me habría muerto. Y tú habrías tenido que empezar a cuidar de ti mismo con mucha más atención. —Me encogí de hombros—. Y creo que no tienes lo que hay que tener para eso.

—¡Maldita sea, Dana! ¿De qué nos sirve estar aquí sentados intercambiando amenazas? No creo que me quieras hacer daño, igual que yo no quiero hacértelo a ti. No dije nada.

—Te he traído aquí para que me escribas unas cartas, no para que discutas conmigo.

—¿Cartas?

Asintió.

—Te lo voy a decir muy claro: detesto escribir. No me importa leer, pero detesto escribir.

—No lo detestabas hace seis años.

—No tenía que hacerlo. No tenía a ocho o nueve personas esperando respuestas, exigiéndolas de inmediato.

Empecé a jugar con el bolígrafo.

—Nunca te creerías lo mucho que he luchado en mi época para evitar hacer trabajos como este.

Sonrió, de repente.

—Claro que sí. Kevin me lo contó. Me habló también de los libros que has escrito. Tus propios libros.

—Así es como nos ganamos la vida los dos.

—Sí, bueno..., pensé que lo echarías de menos. Lo de escribir tus propias cosas. Así que tengo papel suficiente para que escribas por los dos.

Le miré. No sabía si le había entendido bien. Yo había leído que el papel en su época era caro y siempre había visto que Weylin no tenía mucho en casa. Pero allí estaba Rufus ofreciendo... ¿Qué ofrecía? ¿Un soborno? ¿O era otra disculpa?

—¿Qué sucede? —preguntó—. Creo que esta oferta es la mejor que te he hecho hasta ahora.

—Sin duda.

Sacó papel y me hizo sitio en el escritorio.

—Rufe, ¿vas a vender a alguien más?

Titubeó.

—Espero que no. No me gusta hacerlo.

—¿A qué hay que esperar? ¿Es que no puedes simplemente no hacerlo?

Más titubeos.

—Mi padre dejó deudas, Dana. Con el dinero era el hombre más cuidadoso que he conocido, pero aun así dejó deudas.

—¿Y no las puedes pagar con la cosecha?

—Algunas sí.

—Ah. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Pues voy a agenciarme a alguien que se gane la vida escribiendo para que me escriba unas cuantas cartas muy persuasivas.

Le escribí las cartas. Tuve que leer primero varias de las que le habían escrito a él para captar el estilo formal y pomposo de la época. No quería que Rufus tuviera que enfrentarse a algún acreedor al que yo hubiera enfadado con mi concisión del siglo xx, que bien podía pasar por brusquedad del xix o incluso descortesía. Rufus me dio una idea general de lo que quería decir y luego aprobaba o desaprobaba mi forma de decirlo. Normalmente, la aprobaba. Luego empezamos a llevar juntos los libros de su padre. Nunca volví con Margaret Weylin.

En todo caso, no habría vuelto para estar el día entero. Rufus trajo del maizal a una muchacha llamada Beth para que ayudara en las faenas domésticas. Eso liberó a Carrie y le permitió pasar más tiempo con Margaret. Continué durmiendo en la habitación de Margaret, porque Rufus entendió que Carrie tenía que estar con su familia al menos por la noche. Eso significaba que tenía que soportar que Margaret me despertara cuando no podía dormir o que se quejara amargamente de que Rufus me había llevado con él justo cuando nosotras habíamos empezado a llevarnos tan bien...

—¿Y qué te ha puesto a hacer? —me preguntó varias veces, suspicaz.

Se lo dije.

—Eso lo podía hacer él solo. Tom siempre lo hizo.

Claro que podía, pensé, aunque nunca lo dije en voz alta. Pero no le gustaba trabajar solo. Para ser exactos, no le gustaba trabajar. Punto. Pero si tenía que hacerlo, quería compañía. No me di cuenta de hasta qué punto prefería mi compañía a la de otros hasta que una noche llegó un poco bebido y nos encontró a Alice y a mí en su cabaña cenando juntas. Él había comido fuera con una familia del pueblo. «Una familia con unas hijas de las que se quieren librar», me dijo Alice. Lo había dicho sin la menor preocupación, aunque sabía que su vida podía ser mucho más dura si Rufus se casaba. Rufus poseía esclavos y patrimonio, y pasaba por ser un buen partido.

Llegó a casa y, como no nos encontró allí a ninguna, fue a la cabaña de Alice. Abrió la puerta y nos vio a las dos sentadas a la mesa, mirándole. Sonrió feliz.

—Ah, la mujer —dijo y nos miró a ambas, primero a una y luego a otra—. ¿Lo sabíais?

Y se fue tambaleándose.

Alice y yo nos miramos. Pensé que ella se echaría a reír, pues aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para reírse de él, pero nunca en su cara, porque en ese caso le pegaría cuando a él le pareciera que ella lo necesitaba.

Pero no se rio. Se estremeció, se puso en pie sin demasiada elegancia —ya era evidente su embarazo— y miró a la puerta por donde acababa de salir.

Al cabo de un rato me preguntó:

—¿Alguna vez se acuesta contigo, Dana?

Di un respingo. Su franqueza me seguía dejando atónita.

—No. Yo no le intereso y él a mí tampoco.

Se volvió a mirarme.

—¿Y por qué piensas que le importa lo que a ti te interese?

No dije nada, porque la apreciaba. Cualquier respuesta que diera sonaría como una crítica hacia ella.

—¿Sabes? —dijo—. Tú me lo apaciguas. Cuando estás aquí, apenas me pega. Y a ti no te pega nunca.

—No, ya lo arregla él para que me pegue otro.

—Aun así... Yo sé lo que significa eso. Yo le gusto en la cama y tú fuera de la cama. Y tú y yo nos parecemos, si hacemos caso a lo que dicen todos.

—Tú y yo nos parecemos, si hacemos caso a nuestros propios ojos.

—Es verdad. De todos modos, eso significa que somos dos mitades de la misma mujer. Al menos en su mente descompuesta.

||

El tiempo transcurría despacio y sin sobresaltos mientras aguardábamos el nacimiento del bebé que yo esperaba que fuese Hagar. Seguí ayudando a Rufus y a su madre. Empecé a escribir un diario en signos de taquigrafía. —«¿Qué demonios son esas marcas que parecen pisadas de pollo?», me preguntó Rufus un día que me vio escribiendo—. Era un alivio enorme poder decir lo que sentía, aunque fuese escribiendo, sin preocuparme de que pudieran pillarme y meterme en líos o meter a otra persona. Una de mis clases de secretariado se había revelado útil, al fin.

Intenté pelar maíz y acabé con mis manos lentas y torpes llenas de ampollas, mientras los esclavos de la plantación, todos experimentados, hacían el trabajo a toda prisa y sin esfuerzo, divirtiéndose incluso. Yo no tenía obligación de unirme a ellos, pero parecía que pelar maíz era una fiesta —Rufus les había dado un poco de *whisky* para animarles— y yo necesitaba una fiesta, necesitaba cualquier cosa que aliviara mi aburrimiento y apartara mi mente de mí misma.

Era una fiesta, sin duda. Una fiesta burda y alocada que a nadie se le ocurrió suavizar solo porque «las mujeres del amo», Alice y yo, estuvieran allí. Los que trabajaban a mi lado, alrededor de la montaña de maíz, se rieron de mí y me dijeron que aquella era mi iniciación. Pasaron una jarra, bebí, me atraganté y provoqué más risas. Unas risas que, sorprendentemente, me arrojaron. Un hombre con grandes músculos me dijo que era una pena que yo «ya estuviera cogida» y eso me granjeó la mirada hostil de tres mujeres. Al terminar la faena nos esperaban grandes cantidades de comida: pollo, cerdo, verduras, pan de maíz, fruta..., mucho mejor que el arenque

y las gachas que los esclavos de la plantación acostumbraban a comer. Rufus salió a ejercer de héroe por ofrecer una comida tan buena y los esclavos le alabaron como él esperaba. Luego empezaron a hacer bromas pesadas a su espalda. Por extraño que parezca, a ellos parecía gustarles Rufus y daba la impresión de que le despreciaban y le temían por igual. Esto me confundía, porque yo sentía por él la misma mezcla de sentimientos y siempre creí que era así porque la nuestra había sido una relación muy extraña. Pero parecía que la esclavitud abrigaba un sinfín de relaciones extrañas. Solo el capataz suscitaba emociones básicas sin conflictos, miedo y odio, cada vez que se dejaba ver. Pero era parte del trabajo de un capataz que le odiaran y le temieran, para que la reputación del amo quedara limpia.

Al cabo de un rato empezaron a desaparecer los más jóvenes de dos en dos y algunos de los viejos dejaron de comer y beber, de cantar y de hablar a voces, y se dedicaron a lanzarles miradas de reproche o de comprensión, nostálgicas. Pensé en Kevin y le eché de menos, y supe que esa noche no iba a dormir bien.

En Navidad hubo otra fiesta: baile, cante, tres bodas.

—Mi padre solía decir que siempre esperan a cosechar el maíz o a las Navidades para casarse —me explicó Rufus—. Les gusta que haya una fiesta cuando se casan, así que hacía coincidir varias celebraciones.

—Cualquier cosa para arañar unos centavos —dije, sin el menor tacto.

Me miró.

—Deberías alegrarte de que no derrochara: tú eres la que se pone fatal cuando hay que sacar dinero de inmediato.

Entonces mi cabeza consiguió adelantar a mi lengua y logré quedarme callada. Rufus no había vuelto a vender ningún esclavo. La cosecha había sido buena y los acreedores pacientes.

—¿Has encontrado a alguien con quien quieras saltar el palo de la escoba? —preguntó.

Le miré sorprendida y vi que no lo decía en serio. Estaba sonriendo, mirando cómo bailaban los esclavos una danza en la que hacían reverencias y cambiaban de pareja al ritmo de un banjo.

—¿Qué harías tú si hubiera encontrado a alguien? —pregunté.

—Venderle —respondió.

Seguía sonriendo, pero ya no había rastro de humor en su sonrisa. Me di cuenta de que estaba observando al hombretón musculoso que había intentado hacerme bailar a mí también, el mismo que me había hablado en el maizal. Tendría que pedirle a Sarah que le dijera que no volviera a hablarme. Ese hombre no pretendía nada, pero eso no bastaría para salvarle si Rufus se enfadaba.

—Con un marido tengo bastante —respondí.

—¿Kevin?

—Pues claro que Kevin.

—Está muy lejos.

En su tono había un matiz que sobraba. Me volví a mirarle.

—No digas tonterías.

Dio un respingo y miró a su alrededor para ver si alguien más nos había oído.

—Ten cuidado con esa boca —amenazó.

—Y tú con la tuya.

Se marchó enfadado. Habíamos pasado mucho tiempo trabajando juntos, especialmente ahora que el embarazo de Alice estaba tan avanzado. Agradecí que la propia Alice se inventara otra tarea para mí, una tarea que me mantenía lejos de Rufus de vez en cuando. En algún momento de las fiestas de Navidad, que duraron una semana, Alice le convenció para que me dejara enseñar a leer y escribir a su hijo Joe.

—Es mi regalo de Navidad —me dijo Alice—. Me preguntó qué quería y le dije que quería que mi hijo no fuera un analfabeto. Pero ¿sabes?, me llevó toda una semana de tira y afloja hasta que dijo que sí.

Pero lo había dicho, al final. Y el niño venía todos los días a aprender a escribir las letras, grandes y torpes, en la pizarra que Rufus le había comprado y a leer palabras y rimas sencillas en los mismos libros que había usado Rufus. Pero a diferencia de él, a Joe no le aburría estudiar. Encajaba las lecciones como si estas fueran un rompecabezas organizado para que él aprendiera o un acertijo que le encantaba resolver. A veces se ponía pesado, se ponía a gritar o a patear cuando algo parecía resistírsele. Pero no había muchas cosas que se le resistieran.

—Tienes un hijo absolutamente brillante —le dije a Rufus—. Deberías estar orgulloso.

Me miró sorprendido, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza que aquel crío mocosito y de corta estatura pudiera ser especial en algún aspecto. Había pasado la vida viendo cómo su padre ignoraba, incluso vendía, a los niños que él mismo tenía con las mujeres de la plantación. Y no parecía que a Rufus se le hubiera ocurrido romper con la tradición. Hasta ese momento.

Entonces empezó a interesarse por su hijo. Tal vez al principio lo hizo movido solo por la curiosidad, pero el niño le atrapó. Una vez los vi juntos en la biblioteca: Rufus le tenía sentado en las rodillas y estaban mirando un mapa que acababa de traer y había extendido en su escritorio.

—¿Este es nuestro río? —había preguntado el niño.

—No, ese es el río Miles, que está al noreste. En este mapa no sale nuestro río.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado pequeño.

—¿El qué? ¿Nuestro río o este mapa? —El niño le miró fijamente.

—Los dos, imagino.

—Entonces vamos a dibujarlo. ¿Por dónde pasa?

Rufus titubeó.

—Pues más o menos por aquí. Pero no hace falta que lo dibujemos.

—¿Por qué? ¿No quieres que el mapa esté bien?

Hice un ruido y Rufus levantó la vista. Me pareció, por un instante, que aquello le incomodaba. Bajó al niño al suelo y le dijo que se fuese.

—Preguntas y más preguntas —se me quejó Rufus.

—Disfrútalo, Rufe. Al menos no va por ahí prendiendo fuego a los establos o intentando morir ahogado.

No pudo evitar reírse.

—Alice también ha dicho algo así. —Frunció un poco el ceño—. Quiere que le libere.

Asentí. Alice ya me había dicho que quería pedírselo.

—Se lo meterías tú en la cabeza, supongo.

Le miré.

—Rufe, si hay una mujer en esta plantación que tiene las cosas claras, es Alice. Yo no le he metido nada en la cabeza.

—Bueno..., ahora tiene otra cosa que aclarar.

—¿El qué?

—Nada. Nada que tenga que ver contigo. Quiero que tenga lo que quiere, para variar.

No logré sacarle nada más. Al final, sin embargo, lo averigüé. A través de Alice.

—Quiere gustarme —me contó con profundo desprecio—. O que le quiera... Yo creo que quiere que me parezca a ti.

—Te aseguro que no.

Cerró los ojos.

—Me importa poco lo que quiera. Si creyera que con eso va a liberar a mis hijos, me esforzaría. Pero miente. Nunca lo pondrá por escrito.

—Le gusta Joe —dije—. Así que debería hacerlo. Joe es igual que él cuando tenía su edad, en versión más oscura. De todos modos, a lo mejor decide liberar al chico por su cuenta.

—¿Y qué pasa con este? —Se dio unos golpecitos en la barriga—. ¿Y con los que vengan? Porque habrá más...

—No lo sé. Yo le presionaré cada vez que pueda.

—Tendría que haber cogido a Joe y haber intentado huir antes de volver a quedarme embarazada.

—¿Sigues pensando en fugarte?

—¿No lo harías tú si no tuvieras otra manera de ser libre?

Asentí.

—No pienso pasarme la vida aquí, viendo crecer a mis hijos como esclavos o esperando a que los vendan.

—Pero a él no se le ocurriría...

—Tú no sabes lo que se le ocurriría. A ti no te amenaza como a mí. Cuando recupere las fuerzas después de tener a este, me largo.

—¿Con el chiquitín?

—Tú no te lo crees, ¿verdad? Que me vaya a marchar de aquí.

—No es eso..., es que no sé cómo podré conseguirlo.

—Ahora sé más que cuando me fui con Isaac. Claro que puedo conseguirlo.

Respiré hondo.

—Cuando llegue el momento, si puedo ayudarte, lo haré.

—Consígueme un frasco de láudano —dijo.

—¿De láudano?

—Tendré que mantener callado al pequeño. Y la vieja no consiente que me acerque a ella, pero tú le gustas. Cógelo y ya está.

—Muy bien.

No me gustaba aquello. No me gustaba la idea de que intentara fugarse con un niño pequeño y otro recién nacido, no me gustaba la idea de que se fugara de ningún modo. Pero estaba en lo cierto. Yo en su lugar también lo intentaría. Lo habría intentado antes y me habrían matado antes, pero yo lo habría hecho sola.

—Tienes que pensarlo un poco más —dije—. Tendrás el láudano y todo lo que yo te pueda proporcionar, pero piénsalo.

—Ya lo he pensado.

—No lo suficiente. No tendría que decir esto, pero piensa en lo que sucederá si los perros cogen a Joe o si te atrapan a ti y se quedan con el pequeño.

12

El pequeño fue niña. Nació el segundo mes del año nuevo. Era igual a su madre: nació con la piel más oscura de lo que Joe la tendría jamás.

—Ya era hora de que pariera un hijo que se pareciera a mí —dijo Alice cuando la vio.

—Al menos podrías haber intentado que fuese pelirroja —dijo Rufus, que estaba allí también.

Estaba mirando atentamente la carita arrugada de la niña y observando preocupado la cara de Alice, agotada y sudorosa.

Por primera y única vez vi a Alice sonreírle. Una sonrisa de verdad, sin sarcasmo, sin rastro de burla. Eso le mantuvo callado durante unos segundos.

Carrie y yo asistimos al parto. Luego nos fuimos en silencio, probablemente pensando las dos lo mismo: que si Alice y Rufus iban a hacer por fin las paces, no queríamos interrumpir.

Llamaron Hagar a la recién nacida. Rufus dijo que era el nombre más feo que había oído en su vida, pero como lo había elegido Alice, lo dejó pasar. Yo pensé que

era el nombre más hermoso que había oído en mi vida. Me sentí casi libre, prácticamente libre, si eso era posible: a medio camino de casa. Al principio me sentía jubilosa, exultante. Incluso me metí con Alice por los nombres que había elegido para sus hijos: Joseph y Hagar. Pensé en los nombres de los otros, pero no dije nada: Miriam y Aaron.

—Algún día Rufus abrazará la religión y leerá la Biblia lo suficiente para pensar en los nombres de sus hijos —dije.

Alice se encogió de hombros.

—Si Hagar hubiera sido un niño, le habría puesto Ismael. En la Biblia los esclavos lo eran durante un tiempo, pero no tenían que serlo de por vida.

Yo estaba de muy buen humor y casi me echo a reír. Pero ella no lo habría entendido y yo no habría podido explicárselo. A pesar de mi alegría, conseguí no decir nada; pero me alegré de que la Biblia no fuera el único lugar donde los esclavos podían liberarse. Sus nombres eran simbólicos, pero yo disponía de algo más fuerte que los símbolos para no olvidar que la libertad era posible —probable— y que estaba muy cerca para mí.

¿O no?

Empecé a calmarme poco a poco. El peligro que corría mi familia había pasado, sí. Ya había nacido Hagar. Pero el peligro que corría yo allí..., el peligro que corría yo allí seguía andando y hablando y a veces se sentaba con Alice en su cabaña por las noches, cuando daba el pecho a Hagar. Estuve allí con ellos un par de veces y me sentí una intrusa.

Yo no era libre. No más que Alice o que sus hijos con sus nombres simbólicos. De hecho, daba la impresión de que Alice sería libre antes que yo. Una vez me pilló a solas y me arrastró hasta su cabaña: en ella solo estaba la pequeña Hagar, dormida. Joe estaba fuera, encajando los golpes que le propinaban otros chicos más robustos que él.

—¿Tienes el láudano? —apremió.

La miré en la semioscuridad. Rufus le proporcionaba bastantes velas, pero en aquel momento la única luz de la habitación era la que entraba por la ventana y la de la lumbre baja, donde hervían dos ollas.

—Alice, ¿estás segura de quererlo... todavía?

Vi su gesto de enfado.

—¡Pues claro que lo quiero! ¡Por supuesto que lo quiero! ¿Pero a ti qué te ha entrado?

Empecé a dar largas.

—Es demasiado pronto... La pequeña solo tiene unas semanas.

—Tú tráeme eso para que pueda marcharme cuando yo quiera.

—Ya lo tengo.

—¡Pues dámelo!

—Maldita sea, Alice, ¡para un poco! Mira, si sigues convenciéndole como has estado haciendo, conseguirás lo que te propongas y vivirás para disfrutarlo.

Para mi sorpresa, se descompuso la expresión pétrea de su cara y comenzó a llorar.

—Nunca nos dejará marchar —dijo—. Cuanto más se le da, más quiere. —Hizo una pausa para secarse los ojos y añadió en tono suave—: Tengo que irme mientras pueda, antes de convertirme en eso que me llaman todos.

Me miró e hizo algo que le hacía parecerse a Rufus, aunque ninguno de los dos lo reconociera.

—Tengo que irme antes de convertirme en lo que tú eres —dijo amargamente.

En una ocasión Sarah me había arrinconado y había dicho: «¿Por qué le dejas que te hable así? Solo se comporta así contigo».

No lo sabía. Culpabilidad, tal vez. A pesar de todo, mi vida era más fácil que la suya. Tal vez yo intentaba compensarlo dejando que me hablara mal. Pero todo tenía un límite.

—¿Quieres que te ayude, Alice? ¡Pues ten cuidado con esa boca!

—Y tú con la tuya —dijo en tono burlón.

La miré, atónita, y recordé qué era exactamente lo que había oído.

—Si yo le hablara como le hablas tú, me mandaría colgar en el granero —dijo.

—Si tú me sigues hablando como me hablas, no me importará lo que haga contigo.

Me miró durante un buen rato sin decir nada. Al final sonrió.

—Claro que te importará. Y me ayudarás. Si no, tendrías que arreglártelas sola. Y como eres una negra blanca, no podrías.

Rufus nunca me dijo que yo era un fraude. Alice lo hacía automáticamente y, como yo era un fraude, ella me hablaba como le daba la gana. Me puse en pie y me marché. La oí reírse a mi espalda.

Unos días después le di el láudano. Ese mismo día Rufus empezó a hablar de enviar a Joe a un colegio del norte cuando fuera algo mayor.

—¿Quieres decir que vas a liberar al niño, Rufe?

Asintió.

—Bien. Díselo a Alice.

—Cuando se tercie.

No discutí con él. Fui a decírselo yo misma.

—Me importa poco lo que diga —me contestó Alice—. ¿Te ha enseñado algún papel?

—No.

—Pues cuando lo haga y tú me lo leas, quizá le crea. Ya te lo digo yo, utiliza a estas criaturas como si fueran el bocao de un caballo y yo estoy harta de que me tiren del bocao.

No podía reprochárselo. Pero, aun así, no quería que se fuera, no quería que pusiera en peligro a Joe y a Hagar. Demonios, no quería que se pusiera en peligro ella. En otra parte, en otras circunstancias, quizá no me hubiera gustado aquella mujer. Pero allí estábamos unidas frente a un enemigo común.

13

Me propuse quedarme en la plantación de Weylin hasta que Alice se fuera. Quería saber si en esta ocasión lograría alcanzar la libertad. Había conseguido convencerla para que esperase hasta principios de verano. Yo estaba ya preparada para esperar también todo ese tiempo antes de hacer algún truco arriesgado que acabara por devolverme a mi casa. Echaba de menos mi casa y también a Kevin, y estaba hasta las narices del suelo de Margaret Weylin y de la boca de Alice. Pero podía esperar unos meses. O eso creía.

Pedí a Rufus que me dejara enseñar también a los dos hijos mayores de Nigel y a los dos niños que servían la mesa al mismo tiempo que a Joe. Por sorprendente que pareciera, a los niños les encantó. Yo no recordaba que me hubiera gustado tanto el colegio cuando tenía su edad. A Rufus también le gustó, porque Joe era tan brillante como yo había vaticinado: brillante y competitivo. Llevaba ventaja a los otros y no estaba dispuesto a perderla.

—¿Por qué no eras tú tan buen alumno? —le pregunté.

—Déjame en paz —farfulló.

Algunos de sus vecinos se enteraron de lo que estaba haciendo y le ofrecieron sus consejos paternos. Era peligroso enseñar a los esclavos, le advirtieron. La educación era la causa de que los negros se sintieran insatisfechos siendo esclavos. Y perjudicaba a su rendimiento en la plantación. El ministro metodista dijo que les volvía desobedientes, que les hacía querer más de lo que el Señor había dispuesto que tuvieran. Otro hombre dijo que enseñar a los esclavos iba contra la ley. Cuando Rufus le respondió que ya lo había consultado y que en Maryland no era ilegal, el hombre contestó que entonces tendría que serlo. Cháchara. La mayor parte de las veces Rufus se encogía de hombros sin hacer caso y sin manifestar lo que creía de todo aquello. Al fin tomó partido por mí y seguí enseñando a los niños; con eso me bastaba. Me daba la impresión de que Alice se estaba esforzando por hacerle feliz y que incluso ella estaba disfrutando un poco en el proceso. Pero de sus propias palabras deduje que aquello la asustaba mucho, la apartaba de la plantación y la impulsaba a arremeter contra mí. Ahora era ella la que estaba intentando gestionar su sentimiento de culpa.

Pero estaba esperando y lo hacía discretamente. Yo me quedé más tranquila y dedicaba mis momentos de ocio a intentar planear mi vuelta a casa. No quería

depender de la agresión violenta de quien fuese, porque esa violencia, llegado el caso, podría resultar más eficaz de lo que yo quería.

Entonces Sam James me paró un día al salir de la cocina y ahí se acabó mi complacencia.

Vi que me estaba esperando junto a la puerta de la cocina; era joven y corpulento. Al principio le confundí con Nigel, luego le reconocí. Sarah me había dicho su nombre. Me había hablado cuando estuvimos pelando el maíz y después en Navidad. Ya entonces le dijo Sarah que yo no estaba interesada en él y no me había vuelto a decir nada. Hasta ese momento.

—Soy Sam —dijo—. ¿Se acuerda, en Navidad?

—Ah, sí, pero pensaba que Sarah te había dicho...

—Sí, sí, pero no es eso. Quería preguntarle si usted enseñaría a leer a mis hermanos...

—Ah, sus... ¿Qué edad tienen?

—Mi hermana nació el año que vino usted la última vez, mi hermano el año de antes.

—Tengo que pedir permiso. Pregunta a Sarah dentro de unos días, pero no vuelvas a hablar conmigo. —Recordé la cara que había puesto Rufus cuando miró a aquel hombre—. Quizá me esté pasando de cauta, pero no quiero que te metas en líos por mí.

Me lanzó una mirada larga e interrogativa.

—¿De verdad quiere usted estar con ese blanco, niña?

—Si yo no estuviera aquí, ningún niño de la plantación aprendería nada.

—No es eso lo que digo.

—Sí que lo es. Es parte de la misma historia.

—Dicen algunos...

—Espera. —Me enfadé de pronto—. No quiero oír lo que dicen «algunos». «Algunos» dejan que Fowler les lleve al campo a faenar día tras día y les haga trabajar como a mulas.

—¿Que le dejan?

—¡Le dejan, sí! Porque así conservan la piel en la espalda y el resuello en el cuerpo. Bien, pues no son los únicos que tienen que hacer cosas que no les gustan para seguir vivos y enteros. Y ahora dime por qué es esto tan difícil de entender para «algunos».

Suspiró.

—Eso ya se lo he dicho yo. Pero usted vive mejor que ellos y les da envidia. —Me dirigió otra mirada larga e interrogativa—. Pero sigo creyendo que es una pena que esté usted comprometida.

Hice una mueca.

—Vete de aquí, Sam. Los de la plantación no son los únicos que tienen envidia.

Se fue. Eso fue todo. Inocente, inocente del todo. Pero tres días después un negrero se llevó a Sam encadenado.

Rufus nunca me dijo una palabra. No me acusó de nada. Y yo no me habría enterado de que habían vendido a Sam si no hubiera mirado por la ventana de la habitación de Margaret Weylin, desde donde vi la cáfila.

Improvisé alguna mentira que conté a Margaret y salí corriendo de la habitación; corrí escaleras abajo y salí por la puerta principal. Me topé con Rufus, que me detuvo y me sujetó. La debilidad que le había dejado el dengue había desaparecido por completo. Apretaba de lo lindo.

—¡Vuelve a entrar en casa! —susurró.

Vi a Sam a lo lejos, encadenado a la fila. A poca distancia de él alguien gritaba muy fuerte; dos mujeres, un niño y una niña. Su familia.

—Rufe, no hagas eso —rogué desesperada—. ¡No es necesario!

Me apartó de un empujón y me lanzó en dirección a la puerta. Yo forcejeé.

—Rufe, ¡por favor! Escúchame: solo vino a preguntarme si podía enseñar a leer a sus hermanos. Eso fue todo.

Pero fue como hablar a una pared. Conseguí zafarme de él justo cuando la más joven de las dos mujeres afligidas se fijó en mí.

—Tú, ¡puta! —gritó; no le permitieron acercarse a la fila de esclavos, pero se acercó a mí—. Tú, puta negra que no vales nada, ¿por qué no has podido dejar en paz a mi hermano?

Me habría atacado y probablemente me habría dado la tunda que según ella me merecía, porque el trabajo duro de la plantación la había hecho fuerte. Pero Rufus se interpuso entre las dos.

—Vuelve al tajo, Sally.

No se movió. Se quedó mirándole fijamente hasta que la mujer mayor, probablemente su madre, la agarró y se la llevó.

Cogí a Rufus de la mano y hablé con él en voz queda.

—Por favor, Rufe. Si haces esto, destruirás lo que estás intentando conservar. Por favor...

Me pegó.

Me dio un puñetazo tan inesperado que me tambaleé y caí de espaldas.

Y fue un error por su parte. Estaba quebrantando un acuerdo tácito que teníamos los dos. Un acuerdo muy sencillo. Y él lo sabía. Me puse en pie despacio y le miré llena de ira por la traición.

—Vete a casa y quédate allí —dijo.

Volví la espalda y me dirigí a la cocina, desobedeciéndole deliberadamente. Oí a uno de los negreros que decía:

—Tendrías que vender a esa también. ¡Menuda lianta!

En la cocina puse agua a calentar, pero la dejé tibia, no caliente. Me llevé una palangana al ático. Hacía calor y no había nadie. Estaba vacío, salvo por los jergones

y mi bolsa, que seguía en su rincón. Me agaché sobre ella, lavé el cuchillo con antiséptico y me eché la bolsa al hombro.

Metí las manos en el agua caliente y me corté las muñecas.

La sogá

1

Desperté en la oscuridad y permanecí tumbada, quieta, durante varios segundos intentando pensar dónde estaba y cuándo me había ido a dormir. Estaba tumbada sobre algo increíblemente blando y cómodo... Mi cama. Mi casa. ¿Kevin?

A mi lado oía una respiración acompasada. Me senté y alargué el brazo para encender la lámpara... o eso intenté. Al incorporarme me sentí mareada y floja. Durante un momento pensé que era Rufus otra vez, tirando de mí antes de que pudiera ver mi casa. Luego me di cuenta de que tenía las muñecas vendadas y latían. Y recordé lo que había hecho.

Entonces se encendió la lámpara del lado de Kevin y le vi perfectamente: ya no llevaba barba, pero no se había cortado la mata de pelo gris.

Me quedé tumbada y le miré feliz.

—Eres guapísimo —dije—. Te pareces un poco a un retrato heroico de Andrew Jackson que vi una vez.

—¡Qué va! —respondió—. Ese hombre está más flaco que un palo. Le he visto.

—Pero no has visto mi retrato heroico.

—¿Por qué diablos te hiciste esos cortes? ¡Podrías haberte desangrado! ¿O era lo que querías?

—Sí. Quería volver a casa.

—Tenía que haber una manera menos peligrosa.

Me froté las muñecas con cuidado.

—No hay ninguna manera poco peligrosa de llegar al borde de la muerte. Los somníferos me daban miedo. Me los llevé porque quería poder matarme si..., si quería morir. Pero tenía miedo de usarlos para provocar mi vuelta a casa y morirme antes de que tú o algún médico os dierais cuenta de lo que me pasaba. O, en caso de no morirme, quedarme con algún efecto colateral siniestro..., como una gangrena.

—Ya veo —dijo al cabo de un rato.

—¿Me has vendado tú?

—¿Yo? No. Creo que esto era demasiado serio para mí, no podía hacerle frente yo solo. Detuve la hemorragia como pude y llamé a Lou George. Él fue quien te vendó.

Louis George era un médico amigo de Kevin. Se habían conocido en una ocasión en que Kevin le entrevistó para un artículo y habían congeniado muy bien. Terminaron escribiendo juntos un libro de ensayo.

—Lou dijo que habías conseguido evitar las principales arterias en las dos muñecas —me explicó Kevin—. Que no habías hecho más que arañarte un poco, en

realidad.

—¡Con toda esa sangre!

—No fue tanta. Seguramente estabas demasiado asustada para hacerte un corte más profundo.

Suspiré.

—Bueno..., supongo que debo alegrarme de no haberme hecho más daño de la cuenta. Y he vuelto a casa.

—¿Qué te parecería ir a ver a un psiquiatra?

—¿Ir a...? No lo dirás en serio.

—Yo no, pero Lou sí. Dice que si haces este tipo de cosas es que necesitas ayuda.

—Ay, Dios. ¿De verdad? ¡La de mentiras que tendría que inventarme!

—Bueno, esta vez probablemente no tengas que hacerlo. Lou es un amigo. Pero si lo vuelves a hacer..., puede que te metieran en alguna institución para darte tratamiento psiquiátrico, lo quisieras o no. La ley trata de proteger a las personas así de sí mismas.

Me di cuenta de que me estaba riendo, casi llorando. Apoyé la cabeza en su hombro y me pregunté si pasar un tiempo en algún tipo de institución mental podría ser peor que varios meses de esclavitud. Lo dudaba.

—¿Cuánto tiempo ha sido esta vez? —pregunté.

—Unas tres horas. ¿Cuánto fue para ti?

—Ocho meses.

—Ocho... —Me rodeó con un brazo y me atrajo hacia sí—. No me extraña que te cortaras las venas.

—Nació Hagar.

—Ah, ¿sí?

Nos quedamos un momento en silencio. Luego él dijo:

—¿Qué va a suponer eso?

Me retorcí incómoda y me apoyé sin querer en una de las muñecas. La súbita punzada de dolor me dejó sin respiración.

—Ten cuidado —dijo Kevin—. Ten un poco más de consideración contigo misma, para variar.

—¿Dónde está mi bolsa?

—Aquí. —Retiró la manta y me enseñó la bolsa, que seguía atada a mí—. ¿Qué vas a hacer, Dana?

—No lo sé.

—¿Cómo es él ahora?

Él. Rufus. Se había convertido en un elemento fijo de mi vida, hasta tal punto que casi no era necesario ni mencionar su nombre.

—Murió su padre —dije—. Es el que lleva las cosas ahora.

—¿Bien?

—No sé. ¿Cómo se lleva bien un negocio que implica poseer y vender esclavos?

—No muy bien —respondió Kevin.

Se levantó y fue a la cocina. Regresó con un vaso de agua.

—¿Tienes hambre? ¿Te traigo algo de comer?

—No, no tengo mucha hambre.

—¿Qué te hizo para que terminaras por cortarte las venas?

—Nada. A mí nada. Nada importante. Vendió a un hombre que tenía familia en la plantación. No tenía necesidad de venderlo. Cuando se lo dije, me pegó. Seguramente él nunca llegará a ser tan duro como lo era su padre, pero es un hombre de su tiempo.

—Entonces... no me parece que tengas que tomar una decisión demasiado difícil.

—Te equivocas. En una ocasión hablé con Carrie de esto y me dijo...

—¿Carrie? —Me miró extrañado.

—Sí. Me dijo... Oh, se hace entender, Kevin. ¿No estuviste por allí el tiempo suficiente para verlo?

—No traté demasiado con ella. Recuerdo que me preguntaba si sería algo retrasada.

—Dios, ¡no! En absoluto. Cuando llegas a conocerla, ni se te pasa por la cabeza. Kevin se encogió de hombros.

—Bueno, da igual... ¿Qué te dijo?

—Que si yo dejaba morir a Rufus, acabarían por venderlos a todos. Han separado a muchas familias. Ella tiene ya tres hijos.

Se quedó callado unos segundos y luego, tras pensarlo, añadió:

—La podrían vender junto a sus hijos, si son todavía pequeños. Pero dudo que nadie se molestara en mantenerlos juntos a ella y a su marido. Podrían comprarla para dársela a otro hombre, para criar. Es de lo que se trata, ¿sabes?

—Sí. Así que ya ves que mi decisión no es tan sencilla como parece.

—Pero los venderán de todos modos.

—No a todos. Dios bendito, Kevin, bastante duras son sus vidas ya.

—¿Y qué hay de la tuya?

—La mía es mejor que la que conocerán la mayoría de ellos.

—Puede que eso también cambie, según se vaya haciendo viejo.

Me incorporé intentando ignorar mi propia debilidad.

—Kevin, dime qué quieres que haga.

Apartó la vista y no dijo nada. Le di varios segundos, pero se quedó en silencio.

—Es real ahora, ¿verdad? —dijo suavemente—. Ya hemos hablado antes de esto, Dios sabe cuánto hace, pero entonces era abstracto. Ahora..., Kevin, si tú no eres capaz de decirlo, ¿cómo puedes esperar que lo haga yo?

En esa ocasión pasamos juntos quince días enteros. Los fui tachando en el calendario: desde el 19 de junio hasta el 3 de julio. Por acción de una especie de simbolismo inverso, Rufus me llamó el 4 de julio. Pero al menos Kevin y yo habíamos tenido la oportunidad de volver a acomodarnos al siglo xx. Sin embargo, no habíamos necesitado acomodarnos el uno al otro: aunque las separaciones no habían sido buenas para ninguno de los dos, tampoco nos habían perjudicado. Era fácil volver a estar juntos y sabíamos que compartíamos experiencias que nadie podría creer. Lo que no nos resultaba sencillo era estar con otras personas.

Vino mi prima a visitarnos y cuando Kevin fue a abrirle la puerta no le reconoció.

—¿Qué le pasa? —me preguntó en voz baja más tarde, cuando ella y yo nos quedamos a solas.

—Ha estado enfermo —mentí.

—¿De qué?

—El médico no está seguro de lo que ha tenido. Pero ya está mucho mejor.

—Tiene el mismo aspecto que tenía el padre de mi amiga, que tuvo cáncer.

—Julie, ¡por el amor de Dios!

—Yo lo siento, pero... Bah, no me hagas caso. No te habrá vuelto a pegar, ¿verdad?

—No.

—Bueno, ya es algo. Tienes que cuidarte. Tú también tienes peor aspecto que antes.

Kevin intentó conducir. Era la primera vez que lo intentaba tras cinco años montando a caballo o llevando carretas. Dijo que el tráfico le confundía, que le ponía más nervioso de lo que él mismo podía explicar, que había estado a punto de matar a un par de personas... Entonces metió el coche en el garaje y lo dejó allí.

Naturalmente, yo no pensaba conducir ni montar en coche con nadie mientras existiera la posibilidad de que Rufus volviera a llevarme. Transcurrida una semana entera, Kevin empezó a dudar que volviera a ocurrir.

Yo no lo dudaba. No le deseaba la muerte por el bien de la gente cuyas vidas controlaba, pero yo no podría vivir tranquila mientras él viviera. Tal y como estaban las cosas, antes o después se volvería a meter en algún lío y me llamaría de nuevo. Yo tenía siempre cerca la bolsa vaquera.

—Sabes que algún día tendrás que dejar de arrastrar eso por ahí y volver a la vida —dijo Kevin al cabo de dos semanas.

Había vuelto a intentar conducir y cuando entró en casa las manos le temblaban.

—Diablos. Hay veces que me pregunto si no tienes ganas de volver a Maryland, a pesar de todo.

Yo había estado viendo la televisión o al menos había tenido la televisión puesta. De hecho, estaba leyendo algunas páginas del diario que había escrito y que conseguí traerme a casa en la bolsa, y me preguntaba si podría convertirlas en una historia. Miré a Kevin.

—¿Yo?

—¿Por qué no...? Ocho meses son ocho meses.

Solté el diario sobre la mesa y me levanté a apagar el televisor.

—Déjalo puesto —dijo Kevin.

Lo apagué.

—Creo que tienes algo que decirme —dije yo—. Así que quiero oírlo bien.

—No quieres oír nada.

—No, no quiero. Pero voy a hacerlo, ¿verdad?

—Dios mío, Dana. Han pasado ya dos semanas...

—Antes de la última vez fueron ocho días. La última, unas tres horas. Los intervalos entre uno y otro viaje no significan nada.

—¿Qué edad tenía él la última vez?

—Había cumplido los veinticinco la última vez que estuve. Y yo, aunque nunca podré probarlo, cumplí veintisiete.

—Ya es adulto.

Me encogí de hombros.

—¿Recuerdas lo que dijo justo cuando iba a dispararte?

—No. Tenía otras cosas en la cabeza.

—Yo lo había olvidado, pero me ha vuelto a la memoria. Dijo: «¡No me vas a abandonar!».

Me quedé un momento pensando.

—Sí, no me parece raro.

—A mí sí me parece raro.

—Quiero decir que es posible que dijera eso. Yo no controlo lo que él dice.

—Aun así...

Hizo una pausa y me miró como si esperase que yo dijera algo. No lo hice.

—Sonó como algo que podría decirte yo si fueras a dejarme.

—¿Tú me dirías algo así?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, di tú a qué te refieres. Yo no puedo responder si no lo dices.

Inspiró profundamente.

—De acuerdo. Has dicho que es un hombre de su tiempo y me has contado lo que ha hecho a Alice. ¿Qué te ha hecho a ti?

—Enviarme a trabajar a la plantación, mandar que me azoten, obligarme a pasar casi ocho meses durmiendo en el suelo del dormitorio de su madre, vender personas... Ha hecho un montón de cosas, pero lo peor siempre se lo ha hecho a otros. A mí no me ha violado, Kevin. Él entiende, y parece que tú no, que eso sería una forma de suicidio.

—¿Quieres decir que es algo que podría hacer si quisiera que tú le mataras, por ejemplo?

Suspiré, me acerqué a él y me senté en el brazo de su sillón. Le miré.

—Dime que crees que te estoy mintiendo.

Me miró, dubitativo.

—Mira, si sucediera algo, yo lo entendería. Sé cómo eran las cosas entonces.

—¿Quieres decir que podrías perdonarme si me violara?

—Dana, yo viví allí. Yo sé cómo era esa gente. Y la actitud de Rufus hacia ti...

—Fue de lo más sensata la mayor parte del tiempo. Sabe que puedo matarle con solo volverle la espalda en el momento preciso. Y siempre ha creído que nunca estaría con él porque te quería a ti. En una ocasión dijo algo así. Se equivocaba, pero nunca le saqué de su error.

—¿Se equivocaba?

—En parte sí. Por supuesto que te quiero y no quiero a nadie más. Pero hay otra razón y cuando estoy allí esa razón es la que más importa. No creo que Rufus lo haya entendido. Tal vez tú tampoco.

—Explícamelo.

Pensé un momento intentando encontrar las palabras idóneas. Si podía hacérselo entender, seguramente me creería. Tenía que creerme. Él era lo que me anclaba a mi tiempo. La única persona que sabía por lo que yo estaba pasando.

—¿Sabes qué pensé cuando vi a Tess atada con los demás esclavos? —le dije.

Yo le había contado lo de Tess y Sam, que los había conocido, que Rufus los había vendido..., pero no le había dado todos los detalles. Sobre todo los relativos a la venta de Sam. Durante dos semanas había estado intentando evitar que sus pensamientos fueran en la dirección que habían tomado en ese momento.

—¿Qué tiene que ver Tess con...?

—Pensé que podría ser yo. Yo la que estuviera allí con una soga al cuello ¡esperando a que alguien me llevara como a un perro! —Hice una pausa, le miré y seguí, más tranquila—. Yo no soy un objeto que alguien posee, Kevin. No soy un caballo ni un saco de trigo. Y si tengo que parecerlo, si tengo que aceptar los límites de mi libertad por Rufus, él también tiene que aceptar unos límites en su forma de comportarse conmigo. Tiene que dejarme controlar mi vida lo suficiente para que vivir me parezca mejor opción que matarme o morir.

—Si todos tus antepasados hubieran pensado así, tú no estarías aquí —dijo Kevin.

—Cuando todo esto comenzó te dije que yo no tenía su resistencia. Sigo sin tenerla. Algunos de ellos siguen luchando por sobrevivir, sin importar cómo. Yo no soy así.

Sonrió un poco.

—Creo que sí lo eres.

Meneé la cabeza. Él pensaba que lo hacía por modestia o algo así. No me había entendido.

Entonces me di cuenta de que estaba de nuevo sonriendo. Le miré con expresión interrogativa. Se recompuso.

—Tenía que saberlo.

—¿Y ahora ya lo sabes?

—Sí.

Parecía cierto. A mí me parecía lo bastante cierto como para que no me importase tanto que solo me hubiera entendido a medias.

—¿Has decidido ya qué vas a hacer con Rufus? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Sabes? No solo me preocupa lo que les pase a los esclavos si le doy la espalda, me preocupa lo que me pudiera pasar a mí.

—Terminarías con todo esto.

—O terminaría yo, fin. Podría no encontrar el camino de vuelta a casa.

—Tu vuelta a casa nunca ha tenido nada que ver con él. Vuelves a casa cuando tu vida está en peligro.

—Pero ¿cómo vuelvo? ¿Es mío ese poder? ¿O desencadenó algún poder que hay en él? A fin de cuentas, todo esto comenzó por él. No sé si necesito que actúe o no. Y no lo sabré mientras él esté por ahí.

3

El 4 de julio vinieron un par de amigos de Kevin que intentaron convencernos de ir al Rose Bowl con ellos a ver los fuegos artificiales. Kevin quería ir, supongo que más por estar un poco fuera de casa que por cualquier otro motivo. Le dije que fuera él, pero no quiso dejarme sola. Luego resultó que yo no habría podido ir de ningún modo, porque acababan de marcharse los amigos de Kevin cuando empecé a sentir el mareo.

Tropecé al intentar coger la bolsa, me caí antes de alcanzarla, me arrastré hacia ella y la agarré justo cuando Kevin volvía de despedir a sus amigos.

—Dana —iba diciendo—, no nos podemos quedar aquí enclaustrados todo el tiempo esperando algo que no...

Y desapareció.

En lugar de estar en el suelo del salón de mi casa, me encontraba en el campo, al sol, casi encima de un hormiguero con unas enormes hormigas negras.

Aún no me había podido poner de pie cuando alguien me pateó y cayó sobre mí. Durante un momento se me cortó la respiración.

—¡Dana! —Era la voz de Rufus—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Miré hacia arriba y le vi tumbado encima de mí: se había caído. Nos levantamos ambos justo cuando algo me picó... las hormigas seguramente. Me sacudí a toda prisa.

—¡Te he preguntado qué estás haciendo aquí!

Sonaba enfadado. No parecía mayor que la última vez que le había visto, pero había algo raro en él. Estaba demacrado y parecía abatido y como si llevara mucho tiempo sin dormir. Parecía, incluso, que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a dormir.

—No sé qué hago aquí, Rufe. Nunca lo sé hasta que averiguo qué te pasa a ti.

Me miró fijamente durante un momento. Tenía los ojos enrojecidos y, por debajo, unas sombras oscuras. Al final me agarró por un brazo y me llevó por donde él había venido. Estábamos en la plantación, no lejos de la casa. No parecía haber cambiado nada. Vi a dos de los hijos de Nigel peleando, rodando por el suelo. Eran los dos a los que yo había estado enseñando y no parecían estar más grandes que la última vez que los había visto.

—Rufe, ¿cuánto tiempo he estado fuera?

No respondió. Por lo que vi, me llevaba hacia el granero y parecía que no iba a enterarme de lo que había pasado hasta llegar allí.

Se detuvo a la puerta del granero y me empujó para que entrara. Él no entró.

Miré a mi alrededor. No veía prácticamente nada, hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz tenue. Me giré hacia el lugar donde me habían colgado y azotado y di un salto, sorprendida, al ver que había una persona colgada. Colgada del cuello. Una mujer.

Alice.

La miré fijamente sin creerlo, sin querer creerlo... La toqué. Tenía la carne fría y dura. Su rostro cadavérico y gris tenía en la muerte una frialdad que nunca había tenido en la vida. Tenía la boca abierta. Tenía los ojos muy abiertos. Tenía la cabeza descubierta, con el pelo suelto y corto, como el mío. Nunca había querido atárselo como hacían otras mujeres. Esa era una de las cosas que hacían que nos pareciéramos: éramos allí las únicas mujeres que no se cubrían la cabeza. Llevaba un vestido rojo oscuro y un mandil blanco limpio. Llevaba puestos unos zapatos que Rufus había mandado hacer para ella, en lugar del calzado burdo y pesado o las botas que usaban los demás esclavos. Era como si se hubiera arreglado y peinado para...

Quería bajarla de allí.

Miré a mi alrededor y vi que la soga estaba atada a un gancho de la pared y la había lanzado por encima de una viga. Me rompí las uñas intentando desatarla hasta que me acordé del cuchillo. Lo saqué de la bolsa y corté la cuerda para bajar a Alice.

Cayó como algo inarticulado que parece que se va a romper al golpear contra el suelo. Pero cayó sin romperse. Le retiré la soga del cuello y le cerré los ojos. Durante un rato me senté junto a ella, sosteniéndole la cabeza y llorando en silencio.

Al final entró Rufus. Le miré y él apartó la vista.

—¿Esto se lo ha hecho ella? —pregunté.

—Sí. Ella sola.

—¿Por qué?

Rufus no respondió.

—¿Rufe?

Movió la cabeza despacio, hacia un lado y hacia otro.

—¿Dónde están sus hijos?

Se dio la vuelta y salió del granero.

Tumbé el cuerpo de Alice y le estiré el vestido. Busqué algo con que cubrirla. No había nada.

Salí del granero. Tuve que cruzar una buena extensión de pradera para llegar a la cocina. Allí estaba Sarah cortando carne con esa coordinación y esa velocidad aterradora que eran habituales en ella. En una ocasión le dije que siempre parecía que estaba a punto de cortarse algún dedo y ella se rio. Aún los tenía todos.

—¿Sarah?

La diferencia de edad entre nosotras era ahora más patente. Todos los de mi edad ya la llamaban tía Sarah. Yo sabía que era un título de respeto en aquella cultura y yo la respetaba. Pero no era capaz de llamarla tía, como no hubiera podido tampoco llamarla mami. A ella no parecía importarle.

Levantó la vista.

—¡Dana! Criatura. ¿Qué haces otra vez aquí? ¿Qué ha hecho ahora el señorito Rufe?

—No lo sé, Sarah. Pero Alice está muerta.

Sarah dejó el cuchillo y se sentó en el banco que había junto a la mesa.

—Ay, Dios. Pobre muchacha. Al final ha terminado con ella.

—No lo sé —dije y fui a sentarme a su lado—. Creo que ha sido ella misma. Se ha colgado. Acabo de bajarla.

—¡Lo ha hecho él! —susurró—. De acuerdo, no habrá sido él quien le ha puesto la soga al cuello, pero la ha obligado a hacerlo. ¡Ha vendido a sus hijos!

Hice una mueca. Sarah había hablado con bastante claridad y a un volumen suficiente, pero por unos instantes no fui capaz de entenderla.

—¿A Joe y a Hagar? ¿A sus propios hijos?

—Mucho que le importaba eso a él...

—Pero... tenía que importarle. Iba a... ¿Cómo ha podido hacer algo así?

—Ella se fugó. —Sarah me miró de frente—. Tú debías saber que se iba a marchar. Eráis como hermanas.

No necesitaba que me lo recordara. Me puse en pie. Sentía que tenía que moverme, distraerme... o volvería a empezar a llorar.

—Peleabais como hermanas, sin duda —continuó Sarah—. Siempre discutiendo, metiéndoos la una con la otra, dejándoos de hablar, reconciliándoos otra vez. Justo después de que te fueras se pegó con un esclavo de la plantación que te estaba poniendo verde.

Ah, ¿sí? Seguro que lo había hecho. Insultarme era privilegio suyo. Nadie podía arrebatarérselo. Fui de la mesa a la chimenea, de ahí a una pequeña mesa de trabajo. Otra vez al lado de Sarah.

—Dana, ¿dónde está?

—En el granero.

—Le organizaré un funeral por todo lo alto. —Sarah meneó la cabeza—. Tiene gracia. Siempre pensé que al final sentaría la cabeza con ella..., que a ella no le importaría tanto.

—Si hubiera sido así, ella nunca se lo habría perdonado.

Sarah se encogió de hombros.

—Cuando huyó..., ¿la pegó?

—No mucho. Más o menos como el viejo Tom a ti aquella vez.

Ah, claro. Unos azotitos, sí.

—Los latigazos no le importaron mucho. Pero cuando él se llevó a los niños yo pensé que se moría allí mismo. No paraba de llorar y de gritar. Cayó enferma y tuve que cuidarla yo. —Sarah se quedó en silencio un momento—. Yo no quería ni acercarme a ella. Cuando el viejo Tom vendió a mis niños, lo único que quería era echarme a dormir y quedarme muerta. Al verla así me volvieron todos los recuerdos.

Entonces entró Carrie con la cara llena de lágrimas. Llegó hasta mí sin mostrar sorpresa y me abrazó.

—¿Ya lo sabes?

Asintió, hizo la seña que solía dedicar a los blancos y me empujó hacia la puerta. Salí.

Rufus estaba en su escritorio, en la biblioteca, manipulando un revólver.

Levantó la vista y me vio justo cuando me estaba retirando. Se me había ocurrido de repente que, en efecto, eso era lo que tenía en mente cuando me atrajo esta vez. ¿Cuál era entonces el motivo por el que me llamaba? ¿Un deseo inconsciente de llevarme hasta él para que le impidiera pegarse un tiro?

—Pasa, Dana.

Su voz sonaba vacía e inerte.

Yo acerqué mi vieja silla Windsor a su mesa y me senté.

—¿Cómo pudiste, Rufe?

No respondió.

—Eran tus hijos... ¿Cómo pudiste venderlos?

—No los vendí.

Eso me dejó sin habla. Me había preparado para recibir otra respuesta. O para no recibir ninguna. Pero una negativa...

—Pero... Pero...

—Se fugó.

—Lo sé.

—Nos llevábamos bien. Tú lo sabes. Tú estabas aquí. Era estupendo. Una vez, mientras tú no estabas, vino a mi habitación. Vino por su voluntad.

—¿Rufe?

—Todo iba bien. Hasta seguí dándole clases a Joe. ¡Yo! Dije a Alice que los liberaría a los dos.

—Pero ella no te creía. Pensaba que no lo pondrías por escrito.

—Lo habría hecho.

Me encogí de hombros.

—¿Dónde están los niños, Rufe?

—En Baltimore, con la hermana de mi madre.

—Pero... ¿por qué?

—Quería escarmentarla, asustarla. Quería hacerle ver qué pasaría si no..., si intentaba dejarme.

—¡Ay, Dios! ¿Y por qué no los trajiste cuando ella enfermó?

—Ojalá lo hubiera hecho.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No lo sé.

Aparté la mirada, asqueada.

—Tú la has matado. Es como si le hubieras puesto esa pistola en la cabeza y hubieras apretado el gatillo.

Miró la pistola y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—Nigel ha ido a buscar un ataúd. Uno bueno, no una caja de esas que hacen en casa... Y va a buscar a un sacerdote para que venga mañana.

—Me refiero a qué vas a hacer ahora con tus hijos.

Me miró sin saber qué decir.

—Dos certificados de libertad —le dije—. Se lo debes, aunque solo sea eso. Les has dejado sin madre.

—¡Maldita seas, Dana! ¡Deja de repetir eso! ¡Deja de decir que yo la maté!

Le miré.

—¿Por qué me dejaste? Sí tú no te hubieras ido, ¡ella no se habría fugado!

Me froté la cara donde él me había pegado cuando le rogué que no vendiera a Sam.

—¡No tenías por qué irte!

—Te estabas convirtiendo en un ser junto al que no quería estar. —Silencio—. Dos certificados de libertad, Rufe. Todo legal. Libera a los niños. Es lo menos que puedes hacer.

Al día siguiente se celebró un funeral al aire libre. Asistieron todos: los esclavos de la plantación, los criados de la casa y hasta el indiferente Evan Fowler.

El sacerdote era un liberto negro como el carbón, alto, de voz profunda, con un rostro que me recordaba una foto que tenía de mi padre, quien había muerto antes de que yo tuviera edad de conocerle. El sacerdote no era analfabeto. Tenía una Biblia en las manos, enormes, y leía párrafos del Libro de Job y del Eclesiastés que yo casi no podía soportar escuchar. Me había apartado de las estrictas enseñanzas baptistas de mi tío hacía muchos años. Pero incluso ahora, especialmente ahora, me conmovían las palabras amargas y melancólicas de Job. «El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos, como la flor brota y se marchita, y huye como la sombra sin pararse...».

No sé cómo me mantuve en silencio, me sequé las lágrimas calladas, espanté las moscas y los mosquitos mientras oía los susurros de los asistentes.

—¡Ha ido al infierno! Ya sabéis que quien se quita la vida va al infierno.

—¡Cierra la boca o el amo Rufe te mandará a ti también allí con ella!

Silencio.

La enterraron.

Después hubo un gran banquete. También mis parientes servían una comida después de los funerales. Nunca se me había ocurrido pensar a cuándo se remontaría esa costumbre.

Comí un poco y me fui a la biblioteca; allí podría estar sola, podría escribir. A veces escribía las cosas porque no conseguía decirlas, no lograba ordenar mis sentimientos y no podía quedarme con todo aquello dentro, embotellado. Lo que escribía en esas circunstancias siempre lo destruía después. No era para que lo leyera otra persona. Ni siquiera Kevin.

Al cabo de un rato vino Rufus, cuando yo casi había acabado de verter todo sobre el papel. Se acercó al escritorio, se sentó en mi vieja Windsor —yo estaba sentada en su silla— y apoyó la cabeza en la mesa. Estuvimos sentados un buen rato sin decirnos nada.

Al día siguiente me llevó con él al pueblo. Fuimos a los juzgados, que estaban en un viejo edificio de ladrillo, y yo estuve junto a él mientras le expedían los certificados de libertad para sus hijos.

—Si los traigo a casa —dijo mientras regresábamos—, ¿te harás cargo de ellos?

Meneé la cabeza.

—No sería bueno para ellos, Rufe. Este no es mi hogar. Se habituarían a mí y luego yo desaparecería.

—¿Quién entonces?

—Carrie. Sarah le ayudará.

Asintió, como distraído.

Una mañana temprano, días después de aquello, partió para Easton Point, donde cogería un vapor hacia Baltimore. Me ofrecí a ir con él para echarle una mano con los

niños, pero me miró con una expresión de desconfianza que no pude evitar descifrar.

—Rufe, no tengo que ir a Baltimore para escapar de ti. Me propongo, de verdad, ayudarte.

—Quédate aquí —dijo.

Y se fue a hablar con Evan Fowler antes de marcharse. Sabía cómo me había ido de allí la última vez. Me había preguntado y yo se lo había contado.

—Pero ¿por qué? —me había preguntado en tono exigente—. Podrías haberte matado.

—Hay cosas peores que estar muerto —le había respondido yo.

Y él se había dado la vuelta y se había ido.

Ahora me vigilaba más que antes. Pero no podía vigilarme continuamente. Y a menos que me encadenara, no podía evitar que yo tomara una ruta u otra para largarme de su mundo si quería hacerlo. Él no podía controlarme y estaba claro que le fastidiaba.

Mientras Rufus estuvo fuera, Evan Fowler pasó en la casa mucho más tiempo del que debía. Conmigo hablaba poco y no me daba órdenes. Pero estaba allí. Yo me refugiaba en la habitación de Margaret Weylin y a ella le complacía tanto que hablaba sin parar. Me di cuenta de que me reía y mantenía conversaciones con ella; éramos dos seres solitarios que hablaban entre sí sin preocuparse por la carga añadida que supone cualquier barrera absurda.

Rufus volvió. Llegó a casa con la niñita negra en brazos y, de la mano, el niño que cada vez se parecía más a él. Joe me vio en el vestíbulo y vino corriendo hacia mí.

—¡Tía Dana!, ¡tía Dana! —Me abrazó—. Ya sé leer mejor. Papá me ha estado enseñando. ¿Quieres oírme?

—¡Claro que quiero!

Miré a Rufus. ¿Papá?

Me miró con los labios apretados, como si me desafiara a decir algo. Lo único que quería decirle era: «¿Por qué has tardado tanto?». El niño había pasado la mayor parte de su corta vida llamando señor a su padre. En fin. Ahora que se había quedado sin madre, supongo que Rufus pensó que era hora de darle un padre. Conseguí sonreír a Rufus. Una sonrisa sincera, no quería que se sintiera incómodo o se pusiera a la defensiva por reconocer, por fin, a su hijo.

Me devolvió la sonrisa. Parecía tranquilo.

—Deberíamos seguir con las clases, ¿verdad?

Asintió.

—Creo que a los otros tampoco les ha dado tiempo a olvidar gran cosa.

No habían olvidado gran cosa: para ellos yo solo había estado fuera tres meses, con lo que habían tenido algo así como unas vacaciones de verano. Era hora de volver al colegio. Y yo, despacio y con delicadeza, comencé a llevar a Rufus a mi terreno, comencé a intentar convencerle de que liberase a alguno más, unos

cuantos... Quizá en su testamento a todos ellos. Había oído que muchos esclavistas hacían cosas así. Faltaban aún treinta años para la guerra civil. Yo podía conseguir que liberase a algunos de los esclavos adultos mientras aún eran jóvenes para que pudieran emprender una nueva vida. Por fin podía hacer algo bueno para todos. Al menos sentía la seguridad suficiente para intentarlo, ahora que tenía mi propia libertad al alcance de la mano.

Rufus ahora pasaba más rato conmigo, aunque me necesitara menos. Me llamaba para que comiera con él y parecía escucharme cuando le hablaba de liberar a los esclavos. Pero no prometió nada. Me pregunté si pensaba que era absurdo hacer testamento a su edad o si pensaba que era absurdo liberar a más esclavos. Como no dijo nada, me quedé sin saberlo.

Pero acabó por darme una respuesta y me dijo más de lo que yo quería saber. Nada de aquello debía haberme sorprendido.

—Dana —dijo una tarde en la biblioteca—, tendría que estar loco para hacer testamento liberando a toda esta gente y luego contártelo. Por esa locura podría morir mucho antes de lo que me toca.

Tuve que mirarle bien para asegurarme de que hablaba en serio. Pero al mirarle me quedé aún más confusa. Estaba sonriendo y tuve la sensación de que hablaba completamente en serio. Pensaba que yo le mataría para liberar a sus esclavos. Por extraño que parezca, aquello ni se me había pasado por la cabeza. Mi sugerencia había sido inocente. Pero podía llevar razón, sí. Podía haberseme ocurrido.

—Antes tenía pesadillas contigo —dijo—. Empezaron cuando era pequeño, justo después de prender fuego a las cortinas. ¿Recuerdas el fuego?

—Ya lo creo.

—Había soñado contigo y me desperté empapado en un sudor frío...

—¿Habías soñado... que yo te mataba?

—No exactamente. —Hizo una pausa y me lanzó una mirada que no pude descifrar—. Había soñado que me abandonabas.

Hice un mohín. Aquello se parecía mucho a lo que Kevin le había oído decir y con lo que había despertado sus sospechas.

—Pero me tengo que ir —dije cautelosa—. No me queda más remedio: este no es mi sitio.

—¡Claro que sí! En lo que a mí respecta, este es tu sitio. Pero no es eso lo que quiero decir. Te marchas y antes o después acabas volviendo. Pero en mis pesadillas te marchas sin ayudarme. Te alejas y yo me quedo ahí solo con mis problemas, mis heridas, tal vez muriéndome.

—Ah. ¿Estás seguro de que esos sueños empezaron cuando eras pequeño? Parece más bien algo que hubiera empezado después de tu pelea con Isaac.

—Ahí fue cuando empeoraron —reconoció—. Pero empezaron mucho antes, cuando el fuego. Cuando me di cuenta de que tú podías ayudarme o no, que podías

decidirlo. Tuve esas pesadillas durante años. Después, cuando Alice ya llevaba aquí un tiempo, desaparecieron. Ahora han vuelto.

Se detuvo, me miró como si esperase que yo dijera algo para reconfortarle, quizá la promesa de que yo nunca haría algo así. Pero no fui capaz de encontrar las palabras.

—¿Ves? —dijo con calma.

Me revolví incómoda en la silla.

—Rufe, ¿sabes cuánta gente vive hasta una edad avanzada sin meterse jamás en el tipo de líos que hacen que me necesites? Si no confías en mí, entonces tendrás más razones que nunca para ir con cuidado.

—Dime que puedo confiar en ti.

Me sentí más incómoda.

—Tú sigues haciendo cosas que no me permiten confiar en ti. Aunque sabes que esto tiene que funcionar en las dos direcciones.

Meneó la cabeza.

—No lo sé. Nunca sé cómo tratarte. Desconciertas a todo el mundo. A los esclavos de la plantación les pareces demasiado blanca. Una especie de traidora, supongo.

—Ya sé lo que piensan.

—Mi padre siempre pensó que eras peligrosa porque sabías hacer demasiadas cosas como las hacen los blancos siendo negra. Demasiado negra, decía él. De ese tipo de negro que observa, piensa y causa problemas. Se lo dije a Alice y se rio. Ella solía decir que mi padre demostraba tener más sesera que yo, que era él quien tenía razón y que algún día yo me daría cuenta.

Di un respingo. ¿Alice había dicho eso?

—Y mi madre —continuó Rufus con calma— dice que, si cierra los ojos cuando estás hablando con ella, puede olvidarse perfectamente de que eres negra, sin el menor esfuerzo.

—Soy negra —dije—. Y cuando tú vendes a un negro y le separas de su familia solo porque ha hablado conmigo, no puedes esperar que te muestre mis mejores sentimientos.

Apartó la mirada. No habíamos hablado de Sam hasta ese momento. Habíamos hecho algún comentario, le habíamos aludido sin mencionarle.

—Te quería para él —dijo Rufus sin rodeos.

Le lancé una mirada directa, plenamente convencida de por qué no habíamos hablado nunca de Sam. Era demasiado peligroso. Podía llevarnos a hablar de otras cosas. En aquel momento necesitábamos apegarnos a otros temas menos arriesgados, como el precio del maíz, lo que necesitaban los esclavos..., este tipo de cosas.

—Sam no hizo nada —dije yo—. Le vendiste solo por lo que tú creíste que sentía.

—Te quería para él —repitió Rufus.

«Lo mismo que tú», pensé. Y ahora no estaba Alice para hacer el trabajo sucio. Había llegado el momento de marcharme. Hice ademán de levantarme.

—No te vayas, Dana.

Me detuve. No quería irme a toda prisa. No quería huir de él. No quería darle ninguna pista de que iba a subir al ático a volver a abrir las cicatrices aún tiernas que tenía en las muñecas. Me senté de nuevo. Él se recostó en la silla y me miró hasta que deseé haber aprovechado la ocasión de huir.

—¿Qué va a ser de mí esta vez cuando vuelvas a casa? —dijo en voz baja.

—Sobrevivirás.

—Sí..., aunque no sé por qué.

—Por tus hijos, aunque solo sea por eso —afirmé—. Los hijos de Alice. Ellos son lo único que te queda de ella.

Cerró los ojos y se pasó una mano por encima de los párpados.

—Deberían ser tus hijos —respondió—. Si te inspiraran algún sentimiento, te quedarías.

¿Por ellos?

—Sabes que no puedo.

—Podrías, si quisieras. Yo no te haría daño y tú no tendrías que volver a hacértelo.

—Tú no me harías daño hasta que te sintieras frustrado por algo o enfadado o celoso. No me harías daño mientras nadie te lo hiciera a ti. Rufe, te conozco. No podría quedarme ni en el caso de que no tuviera un hogar al que volver... y a alguien esperándome allí.

—¡Ese Kevin!

—Sí.

—Ojalá le hubiera disparado.

—Si lo hubieras hecho, tú también estarías muerto ahora mismo.

Se giró y me miró de frente.

—Dices eso como si significara algo.

Me levanté para marcharme. No había nada más que decir. Me había pedido algo que sabía que yo no podía darle y yo se lo había negado.

—¿Sabes, Dana...? —comenzó a decir en voz queda—. La primera vez que enviaste a Alice conmigo y vi cuánto me odiaba, pensé: «Me voy a quedar dormido al lado de ella y me va a matar. Me va a dar un golpe con un candelabro. Va a prender fuego a la cama. Traerá un cuchillo de la cocina». Pensé todo eso, pero no tenía miedo. Porque, si me mataba, se acababa todo. Nada más importaría. Pero, si vivía, la tendría a ella. Y por Dios que yo quería tenerla.

Se puso de pie y vino hacia mí. Yo di un paso atrás, pero me agarró por los brazos.

—Te pareces tanto a ella que no puedo soportarlo —dijo.

—Suéltame, Rufe.

—Erais una sola mujer —insistió—. Ella y tú, la misma mujer. Dos mitades de un todo.

Tenía que alejarme de él.

—¡Suéltame o haré realidad tu sueño!

El abandono. La única arma que Alice no había podido esgrimir. Rufus no parecía tener miedo a morir. Ahora, hundido en su dolor, casi parecía desear la muerte. Lo que le asustaba era morir solo, le asustaba morir abandonado por la persona de la que había dependido durante tanto tiempo.

Se quedó de pie sin soltarme los brazos, quizá tratando de decidir qué hacer. Al cabo de un rato sentí que me soltaba y yo me aparté. Sabía que tenía que irme en ese momento, antes de que volviera a imponerse a su temor. Era capaz de ello, podía convencerse de cualquier cosa.

Salí de la biblioteca, subí la escalera principal y luego la escalerilla del ático. Me agaché sobre la bolsa, busqué la navaja...

Oí pasos en la escalera.

¡La navaja!

La abrí, dudando, y luego la metí de nuevo en la bolsa sin cerrarla.

Rufus abrió la puerta y entró; miró la habitación vacía, cálida. Me vio enseguida, pero aun así siguió mirando alrededor... ¿Quería ver si estábamos solos?

Lo estábamos.

Se acercó a mí y se sentó en mi jergón, a mi lado.

—Lo siento, Dana —dijo.

¿Qué sentía? ¿Lo que casi había hecho? ¿O lo que estaba a punto de hacer? Lo sentía. Se había disculpado tantas veces conmigo, de tantas formas... Pero sus disculpas siempre habían sido indirectas. «Ven a comer conmigo, Dana. Sarah ha preparado una comida especial». O: «Mira, Dana, te he comprado un libro nuevo cuando he ido al pueblo». O bien; «Mira esta tela, Dana. A lo mejor te puedes hacer algo con ella».

Cosas. Regalos que me ofrecía cuando sabía que me había herido u ofendido. Pero hasta entonces nunca había dicho: «Lo siento, Dana». Le miré indecisa.

—Nunca me he sentido tan solo en mi vida —dijo.

Esas palabras me llegaron muy hondo, como ninguna otra cosa que hubiera podido decir. Yo sabía lo que era estar sola. Me vinieron a la memoria las veces que había vuelto sola a mi casa, sin Kevin. La soledad, el miedo, la desesperanza que había sentido a veces. La desesperanza no significaba nada para Rufus, claro. Alice estaba muerta y enterrada. Solo le quedaban sus hijos. Pero uno de ellos, al menos, también había querido a Alice. Joe.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó el primer día que pasó en casa.

—Se ha marchado —le había dicho Rufus—. Se marchó de aquí.

—¿Y cuándo vuelve?

—No lo sé.

El niño se acercó a mí.

—Tía Dana, ¿adonde ha ido mi mamá?

—Cariño..., ha muerto.

—¿Muerto?

—Sí, como la viejecita Mary.

Quien, por cierto, había recorrido por fin el tramo que le quedaba hasta su recompensa. Había vivido más de ochenta años. Había venido desde África, decía la gente. Nigel le había construido una caja y Mary había ido a descansar cerca de donde estaba Alice ahora.

—Pero mamá no era viejecita.

—No, pero estaba enferma, Joe.

—Papá dice que se marchó de aquí.

—Bueno..., porque se fue al cielo.

—¡No!

Se había puesto a llorar y yo había intentado consolarle. Me recordaba el dolor que me había causado la muerte de mi madre: sufrimiento, soledad, incertidumbre en casa de mis tíos...

Abracé al niño y le dije que, gracias a Dios, aún tenía a su papá. Y a Sarah, a Carrie y a Nigel, que le querían mucho. Que no dejarían que nada malo le ocurriera. Como si ellos pudieran protegerle. Como si pudieran protegerse a sí mismos.

Dejé que fuera un rato a la cabaña de su madre él solo. Quería hacerlo. Luego se lo dije a Rufus y él no supo si pegarme o agradecerme. Me había mirado fijamente, con la piel de la cara tirante, serio. Luego se relajó, asintió y fue a buscar a su hijo.

Y en este momento estaba conmigo diciéndome que lo sentía, que estaba muy solo y que quería que yo ocupara el lugar de los muertos.

—Tú nunca me has odiado, ¿verdad? —me preguntó.

—No por mucho tiempo. Y no sé el motivo, porque te esmeraste mucho en conseguir que te odiara, Rufe.

—Ella me odiaba. Desde la primera vez que la forcé.

—No la culpo.

—Hasta justo antes de huir. Ahí ya había dejado de odiarme. Me pregunto cuánto tiempo te llevará a ti.

—¿El qué?

—Dejar de odiarme.

Ay, Dios. Casi contra mi voluntad, agarré fuerte el mango de la navaja que estaba todavía oculta en la bolsa. Él me agarró la otra mano, la mantuvo sujeta con firmeza pero delicadamente. Hasta que yo intentara soltarme, de eso estaba segura.

—Rufe —le dije—, tus hijos...

—Son libres.

—Son pequeños. Te necesitan a ti para que guardes su libertad.

—Entonces depende de ti, ¿no?

Poseída por una súbita ira, retorcí la mano tratando de soltarme de Rufus. Pero el contacto pasó enseguida de ser una caricia a ser una trampa. Y tenía la mano derecha sudorosa: la navaja se me resbalaba.

—Depende de ti —repitió.

—¡No, maldita sea! ¡No depende de mí! Hace ya demasiado tiempo que mantenerte con vida depende de mí. ¿Por qué no te pegaste un tiro cuando lo preparaste? Yo no te lo habría impedido.

—Ya lo sé.

La suavidad de su tono me hizo volver a mirarle.

—¿Qué más puedo perder? —preguntó. Me tiró contra el jergón y durante unos instantes estuvimos allí echados quietos y en silencio. ¿A qué estaba esperando? ¿A qué esperaba yo?

Él estaba tumbado con la cabeza apoyada en mi hombro; me había abrazado con el brazo izquierdo y con la mano derecha seguía agarrando la mía. Poco a poco me di cuenta de lo fácil que sería seguir así y perdonarle también esto. Muy fácil a pesar de todo lo que yo había dicho. No lo sería tanto levantar la navaja y hundirla en aquella carne que tantas veces había puesto a salvo. No sería tan fácil matarle...

No me estaba haciendo daño ni me lo haría si yo me quedaba como estaba. Él no era su padre, viejo y feo, brutal y desagradable. Él olía a jabón, como si se hubiera bañado no hacía mucho. ¿Se había bañado para mí? Llevaba el pelo rojo peinado y un poco húmedo. Pero yo nunca sería para él lo que Tess había sido para su padre: un objeto que se pasaban unos a otros como la jarra de *whisky* en el maizal durante la cosecha. Él no me haría eso, ni me vendería, ni...

No.

Sentía la navaja en la mano, todavía sudorosa. Un esclavo era un esclavo y se podía hacer con él lo que se quisiera. Y Rufus era Rufus: errático, unas veces generoso y otras cruel. Le podía aceptar como antepasado, como hermano pequeño, como amigo..., pero no como amo. Y no como amante. Eso ya se lo había hecho entender.

Me retorcí de repente y me solté: él me agarró, intentando no hacerme daño. Me di cuenta de que estaba intentando no hacerme daño aunque yo ya había levantado la navaja, aunque ya se la había hundido en un costado.

Gritó. Yo nunca había oído a nadie gritar así: era un sonido animal. Volvió a gritar, un gorjeo grave, feo.

Durante un momento me soltó la mano, pero me agarró el brazo antes de que yo pudiera apartarme. Luego levantó el puño que tenía libre para pegarme una y otra vez, como había hecho aquel patrullero tanto tiempo atrás.

Me las arreglé para tirar de la navaja que aún tenía clavada. La levanté y se la volví a hundir en la espalda.

Esta vez solo gruñó. Se cayó sobre mí todavía vivo, todavía sujetándome el brazo.

Yo estaba tumbada debajo de él, casi inconsciente por los golpes, y sentí náuseas. El estómago se me empezó a retorcer y vomité sobre los dos.

—¿Dana?

Una voz. La voz de un hombre.

—Dana, ¿qué...? Ay, no. ¡Dios, no!

—Nigel... —gimió Rufus, con un largo suspiro tembloroso.

Su cuerpo se quedó laxo y yo empecé a sentirlo pesado como el plomo. Lo aparté como pude. Todo su cuerpo salvo la mano, que seguía aferrada a mi brazo. Entonces empecé a sentir unas convulsiones terribles y más ganas de vomitar.

Algo —más fuerte y más duro que la mano de Rufus— me atenazó el brazo y me lo apretó. Sentí que se agarrotaba y empezaba a empujar contra lo que fuese aquello —sin dolor al principio—, que se derretía y se fundía con ello, como si me estuviera absorbiendo el brazo. Era algo frío e inanimado.

Algo..., pintura, escayola, madera..., una pared. La pared de mi salón. Había vuelto a casa, a mi propia casa, a mi propia época. Pero de alguna manera seguía atrapada, pegada a la pared, como si a la pared le hubiera crecido un brazo —el mío— y sobresaliera de ella. Desde el codo hasta la punta de los dedos mi brazo izquierdo se había convertido en una porción de la pared. Miré al lugar exacto donde la carne se fundía con la escayola, miré fijamente sin poder entenderlo. Era también el lugar exacto por donde Rufus me había atenazado con los dedos. Tiré del brazo hacia mí. Tiré fuerte. Y de repente una catarata de dolor, una agonía roja e imposible. Grité y grité.

EPÍLOGO

La sogá

Tomamos un vuelo a Maryland tan pronto como mi brazo mejoró lo suficiente. Allí alquilamos un coche —Kevin había vuelto, por fin, a conducir— y recorrimos Baltimore y luego Easton. Había un puente para llegar y no había que tomar el vapor en el que había ido Rufus. Al final pude ver bien la ciudad de la que tan cerca había vivido y de la que tan poco había visto. Encontramos los juzgados, una vieja iglesia y unos cuantos edificios que el tiempo no había desgastado. Y encontramos un Burger King, un Holiday Inn, Texaco y colegios a los que asistían, juntos, niños blancos y negros y gente mayor que nos miraba a Kevin y a mí una y otra vez.

Fuimos al campo, a lo que todavía eran bosques y cultivos, y encontramos algunas casas de la época. Un par de ellas podrían perfectamente haber sido la casa de Weylin. Estaban bien conservadas y eran más bonitas, pero del mismo estilo colonial georgiano de ladrillo rojo.

La casa de Rufus, sin embargo, no estaba. Hasta donde podíamos asegurar nosotros, el lugar donde había estado se encontraba ahora cubierto por una amplia extensión de maíz. La casa, como Rufus, ya solo era polvo.

Yo fui quien insistió en que buscáramos su tumba. Preguntamos al granjero por ella, porque Rufus —al igual que su padre, la vieja Mary y Alice— estaría, seguramente, enterrado en la plantación.

Pero el granjero no sabía nada o al menos no dijo nada. La única pista que encontramos —más que una pista en realidad— fue un viejo artículo de periódico, una noticia que decía que el señor Rufus Weylin había muerto en un incendio que destruyó su casa parcialmente. En periódicos de fecha posterior se daba noticia de la venta de los esclavos de la propiedad de Weylin: había una lista con sus nombres de pila, edades aproximadas y un detalle de lo que sabían hacer. Aparecían en la lista los tres hijos de Nigel, pero ni Nigel ni Carrie. Estaba Sarah, pero no Joe ni Hagar. Todos los demás estaban. Todos.

Pensé en todo aquello e hice encajar todas las piezas que pude. El fuego, por ejemplo. Era posible que lo hubiera provocado Nigel para ocultar lo que yo había hecho. Y sí, lo había ocultado. Se asumió que Rufus había muerto quemado. No encontré nada en aquellas crónicas incompletas de los periódicos que sugiriera que había sido asesinado, ni siquiera que el fuego se debiera a un incendio provocado. Nigel debió de hacer un buen trabajo. Seguramente también había logrado sacar a Margaret Weylin viva de la casa. No se mencionaba su muerte. Y Margaret tenía parientes en Baltimore, que era donde había vivido Hagar.

Kevin y yo regresamos a Baltimore a seguir buscando en los periódicos, en el Registro Civil, en cualquier parte donde pudiéramos encontrar algo que vinculara a

Margaret y Hagar, que nos hiciera suponer que habían estado juntas o, al menos, que las mencionara. Margaret podía haberse llevado a los dos niños. Tal vez al morir Alice los había aceptado. Eran sus nietos a fin de cuentas, el hijo y la hija de su único hijo. Podría haber cuidado de ellos. Podría haberse quedado con ellos como esclavos. En cualquier caso, Hagar al menos había vivido lo suficiente como para ser libre gracias a la Decimocuarta Enmienda.

—Quizá hizo testamento —dijo Kevin al terminar una de nuestras pesquisas en la Sociedad Histórica de Maryland—. Pudo haber pensado que liberaría a esa gente después, cuando ya no fuera a darles ningún uso.

—Pero estaba su madre —dije yo—. Él solo tenía veinticinco años. Probablemente pensaba que tenía mucho tiempo por delante para hacer testamento.

—Deja de defenderle —murmuró Kevin.

Dudé y meneé la cabeza.

—No le estaba defendiendo. Aunque supongo que, en cierto modo, me estaba defendiendo yo. Yo sé por qué no quiso hacer ese testamento. Se lo pregunté y me lo dijo.

—¿Por qué?

—Por mí. Tenía miedo de que si lo hacía, yo le matara después.

—No te habría hecho falta saberlo.

—Ya, pero imagino que no quería arriesgarse.

—¿Estaba en lo cierto? Al tener miedo, quiero decir.

—No lo sé.

—Lo dudo, teniendo en cuenta todo lo que le aguantaste. No creo que hubieras sido capaz de matarle. Hasta que te atacó, claro.

Y casi ni entonces, pensé yo. Kevin nunca sabría cómo habían sido aquellos últimos momentos. Yo se los había descrito brevemente y él había hecho pocas preguntas. Le estaba agradecida por ello. En ese momento, me limité a responder:

—Defensa propia.

—Sí —dijo él.

—Pero mira a qué precio..., los hijos de Nigel, Sarah, los otros...

—Se acabó —dijo—. Ya no hay nada que puedas hacer para cambiarlo.

—Ya lo sé. —Respiré hondo—. Me pregunto si dejaron que los niños siguieran juntos. Que se quedaran con Sarah tal vez.

—Ya lo has comprobado y no hay ningún registro. Es posible que nunca lo sepas.

Me toqué la cicatriz que la bota de Tom Weylin me había dejado en la cara. Me toqué el brazo izquierdo, la manga vacía.

—Ya lo sé —repetí—. No sé por qué he querido venir aquí. Cualquiera pensaría que ya tuve bastante de aquellos tiempos.

—Probablemente necesitabas venir por la misma razón que yo —dijo, encogiéndose de hombros—. Para intentar comprender. Para tocar una prueba sólida de que esa gente existió. Para convencerte de que estás en tu sano juicio.

Miré hacia atrás, hacia el edificio de ladrillo de la Sociedad Histórica, que era una mansión reconvertida.

—Si le contáramos esto a cualquiera, a cualquier persona, pensaría que no estamos en nuestro sano juicio.

—Pero lo estamos —respondió Kevin—. Y ahora que el chico ha muerto, podremos seguir así.



OCTAVIA E. BUTLER (1947 - 2016). La «gran dama de la ciencia ficción» recibió su título de profesora asociada en Artes en 1968 en el Pasadena Community College, y asistió a la Universidad de California en Los Ángeles. Durante 1969 y 1970, estudió en el Screenwriter's Guild Open Door Program y en el Clarion Science Writer's Workshop, donde asistió a clase con el maestro de ciencia ficción Harlan Ellison.

Su primera historia, «Crossover», fue publicada en la antología *Clarion* de 1971. *Patternmaster*, su primera novela y el primer título de la serie de cinco volúmenes *Patternist*, fue publicada en 1976, seguida por *Mind of My Mind* (1977), *Survivor* (1978), *Wild Seed* ((1980), que ganó el James Tiptree Award, y *Clay's Ark* (1984). Con la publicación de *Parentesco* en 1979, Butler logró mantenerse como escritora a tiempo completo. Ganó el Premio Hugo en 1984 por su cuento «Speech Sounds», y en 1985 su novela *Hijo de sangre*, ganó un Premio Hugo, un Premio Nebula, el Premio Locus y el Premio a la Mejor Novela de *Science Fiction Chronicle*. Es también autora de otras series como la trilogía *Xenogenesis*, así como de una colección de cuentos cortos: *Hijos de sangre y otras historias* (1955). *La parábola del sembrador* (1993), la primera parte de su serie *Parábolas* fue finalista del Premio Nebula y también del Libro Notable del Año del *New York Times*. En 1995, se convirtió en la primera escritora de ciencia ficción que recibió la prestigiosa Beca Genius de la Fundación MacArthur.